



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

El diputado de Arcis

Z. Marcas



TOMO XXI

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

El diputado de Arcis & Z. Marcas

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XXI

ePub r1.3

Titivillus 19.07.15

Título original: *Le député d'Arcis & Z. Marcas*
Honoré de Balzac, 1847
Traducción: José María Aymamí & Juan Godó Costa
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ESTE TOMO COMPRENDE LAS SIGUIENTES OBRAS:

El diputado de Arcis

Traducción: José M.^a Aymamí

Z. Marcas

Traducción: Juan Godo Costa

EL DIPUTADO DE ARCIS

PRIMERA PARTE

LA ELECCIÓN

A finales del mes de abril de 1839, hacia las diez de la mañana, el salón de la señora Marion, viuda de un recaudador del departamento del Aube, ofrecía un extraño aspecto. De todo el mobiliario, sólo quedaban en él las cortinas de las ventanas, la guarnición de la chimenea, la lámpara y la mesa de té. La alfombra de Aubusson, sacada quince días antes de tiempo, obstruía los peldaños de la escalera y el piso había sido fregado a ultranza, sin que por ello quedara más claro. Era como una especie de presagio doméstico relativo al futuro de las elecciones que se preparaban en todo el territorio francés. A menudo las cosas son tan espirituales como los mismos hombres, lo cual constituye un argumento en favor de las ciencias ocultas.

El anciano criado del coronel Giguet, hermano de la señora Marion, estaba terminando de quitar el polvo acumulado durante el invierno en el piso. La camarera y la cocinera traían, con una rapidez que denotaba un entusiasmo igual a su lealtad, sillas de todas las habitaciones de la casa y las iban amontonando en el jardín.

Apresurémonos a decir que en los árboles habían brotado ya sus anchas hojas, a través de las cuales podía verse un cielo sin nubes. El aire primaveral y el sol del mes de mayo permitían mantener abierta la puerta que daba al jardín y las dos ventanas de aquel salón, que formaba como un rectángulo alargado.

Destinando a las dos mujeres al fondo del salón, la anciana dama ordenó que las sillas fueran colocadas en cuatro filas de profundidad, entre cada una de las cuales se dejaba un espacio de unos tres pies de anchura. Pronto cada fila presentó un frente de diez sillas, de diversas clases. Una fila de sillas se extendía a lo largo de las ventanas y de la puerta vidriera. Al otro extremo del salón, frente a las cuarenta sillas, la señora Marion colocó tres sillones detrás de la mesa de té, que fue cubierta con un paño verde, y sobre la cual puso, personalmente, una campanilla.

El anciano coronel Giguet llegó a aquel campo de batalla en el momento en que su hermana intentaba rellenar los espacios vacíos de cada uno de los lados de la chimenea con dos banquetas que había hecho traer de su antecámara, a pesar de la calvicie que presentaba el terciopelo de que estaban tapizadas, con más de veinte años de servicios.

—Podemos dar asiento a unas setenta personas, dijo triunfalmente a su hermano.

—¡Dios quiera que sean setenta amigos! —respondió el coronel.

—¡Si, después de haber estado recibiendo durante veinticuatro años seguidos a la sociedad de Arcis-sur-Aube, nos fallara en esta circunstancia uno sólo de nuestros invitados habituales!... —dijo la anciana con tono amenazador.

—Vamos —respondió el coronel encogiéndose de hombros e interrumpiendo a su hermana— podría nombrarte a diez que no pueden, que no deben asistir a la reunión. En primer lugar —dijo contando con los dedos— Antonin Goulard, el subprefecto, ¡y va uno! El procurador del Rey, Federico Marest, ¡y son dos! El señor Oliverio Vinet, su sustituto, ¡y son tres! El señor Martener, el juez de Instrucción, ¡cuatro! El juez de paz...

—No soy tan tonta como para esperar —dijo la anciana dama interrumpiendo a su vez a su hermano— que personas de la situación asistan a una reunión cuya finalidad es dar un diputado más a la oposición... No obstante, Antonin Goulard, compañero de infancia y de colegio de Simón, supongo que se sentirá contento al verle diputado, ya que...

—Mira, hermana mía, déjanos a nosotros los hombres hacer lo que tengamos que hacer... ¿Dónde está Simón?

—Se está vistiendo —respondió ella—. Ha hecho muy bien en no desayunar pues es muy nervioso, y aunque nuestro joven abogado está acostumbrado a informar ante el Tribunal, teme a esta sesión como si en ella tuviera que enfrentarse con enemigos.

—¡A fe mía! Muchas veces he tenido que soportar el fuego de las baterías enemigas; pues bien, ni mi alma ni mi cuerpo temblaron jamás; pero si tengo que sentarme allí —dijo el viejo militar, señalando la mesa de té— y contemplar a los cuarenta burgueses, sentados frente a mí, con la boca abierta y los ojos fijos en los míos, esperando que pronuncie altisonantes y correctos períodos oratorios... tendré la camisa mojada antes de haber encontrado mi primera frase.

—Preciso será, no obstante, padre mío, que realices este esfuerzo por mí —dijo Simón Giguét entrando en el salón— porque si existe en el departamento del Aube una persona cuya palabra sea escuchada y temida, eres tú. En 1815...

—En 1815 —dijo el anciano, admirablemente conservado— yo no hubiera podido hablar, pero habría redactado una proclama que pondría en veinticuatro horas a dos mil hombres en pie de guerra... Y es muy diferente poner una firma al pie de una hoja que será leída por todo un departamento, que el hablar ante una asamblea. En esto, incluso Napoleón fracasó. Cuando el 18 Brumario, no dijo más que tonterías a los Quinientos.

—En fin, mi querido padre, ya sabes que se trata de mi vida —prosiguió Simón— de mi fortuna, de mi felicidad... Procura mirar únicamente a una persona, imagínate que estás hablando con ella... y te saldrá muy bien, estoy seguro...

—¡Dios mío!, yo no soy más que una mujer vieja —dijo la señora Marion— pero en semejante circunstancia, y sabiendo todo lo que se juega en ella... estoy seguro de que sería elocuente.

—¡Demasiado elocuente, quizá! —dijo el coronel—. Y el sobrepasar el fin, no es alcanzarlo. Pero ¿de qué se trata? —prosiguió, mirando a su hijo—. Desde hace unos días estás pensando que esa candidatura... Si mi hijo no sale elegido, tanto peor para Arcis, esto es todo.

Estas palabras, dignas de un padre, estaban en armonía con toda la vida del que las pronunciaba. El coronel Giguét, uno de los oficiales más estimados de la Grande-Armée, estaba dotado de uno de esos caracteres cuyo fondo es una excesiva probidad, unida a una gran delicadeza. Nunca se adelantó para solicitar un favor, sino que esperó a que los favores se acercaran a él; así pues, tuvo que pasar once años como simple capitán de Artillería de la Guardia, no siendo nombrado jefe de batallón hasta

1813, y comandante en 1814. La admiración, casi fanática, que sentía por Napoleón no le permitió servir bajo los Borbones, tras la primera abdicación de aquél. Por último, su lealtad, en 1815, fue tal que hubiese sido desterrado de no haber intervenido el conde de Gondreville, que le hizo borrar de la Ordenanza de proscripción, y terminó por conseguirle una pensión de retiro y el grado de coronel.

La señora Marion, de soltera Giguet, tenía otro hermano que llegó a ser coronel de la Gendarmería en Troyes, y durante cierto tiempo había vivido con él. En Troyes contrajo matrimonio con el señor Marion, recaudador general del departamento del Aube.

El difunto señor Marion, el recaudador general, tenía un hermano que era primer presidente de un tribunal imperial. Simple abogado en Arcis, aquel magistrado había prestado su nombre, durante el Terror, al famoso Malin del Aube, representante del Pueblo, para la adquisición de la propiedad de Gondreville. Así, toda la influencia de Malin, convertido posteriormente en senador y conde, fue puesta al servicio de la familia Marion. El hermano del abogado consiguió así la oficina de recaudación general del Aube en una época en la que, muy lejos de tener que escoger entre treinta solicitantes, el gobierno se sentía muy dichoso si encontraba a un súbdito dispuesto a aceptar puestos tan resbaladizos.

Marion, el recaudador general, heredó de su hermano el presidente, y la señora Marion de su hermano el coronel de la Gendarmería. En 1814, el recaudador había recibido serios reveses de fortuna. Murió al mismo tiempo que el Imperio, pero su viuda encontró, entre los restos de diversas fortunas acumuladas, más de quince mil francos de renta. El coronel de la Gendarmería Giguet había instituido heredera suya a su hermana, al conocer el matrimonio de su hermano el artillero, el cual, hacia 1806, contrajo matrimonio con una de las hijas de un rico banquero de Hamburgo. ¡Quién sabe cual fue la admiración que toda Europa sintió por los sublimes soldados del emperador Napoleón!

En 1814, la señora Marion, casi arruinada, volvió a Arcis, su patria chica, para instalarse allí, y compró en la Grande-Place una de las más hermosas casas de la población, cuya situación indica una antigua dependencia del castillo. Habitada a recibir a mucha gente en Troyes, donde el recaudador general reinaba, su salón fue abierto a las notabilidades del partido liberal de Arcis. Una mujer, acostumbrada a la preeminencia de una realeza de salón, no puede fácilmente renunciar a ella. De todas las costumbres, las de la vanidad son las más tenaces.

Bonapartista, además de liberal, ya que, por una de las más extrañas metamorfosis, los soldados de Napoleón se convirtieron casi todos en unos enamorados del sistema constitucional. El coronel Giguet fue, durante la Restauración, el presidente nato del comité directivo de Arcis, compuesto por el notario Grévin, su yerno Beauvisage y el joven Varlet, personajes todos ellos que tienen su papel en esta historia, desdichadamente para nuestras costumbres políticas completamente verídica.

—Si nuestro querido niño no sale elegido —dijo la señora Marion después de mirar por la antecámara y por el jardín para asegurarse de que nadie la estaba escuchando— no podré conseguir a la señorita Beauvisage; ya que después del éxito de su candidatura, le espera el matrimonio con Cecilia.

—¿Cecilia?... —preguntó el anciano, abriendo los ojos y mirando a su hermana con aire de estupefacción.

—No existe nadie en todo el departamento, hermano mío, capaz de olvidar la dote y las esperanzas de la señorita Beauvisage.

—Es la más rica heredera de todo el departamento del Aube —dijo Simón Giguet.

—Pero me parece que mi hijo no es nada despreciable —prosiguió el viejo militar —; es tu heredero, está ya en posesión de la herencia de su madre, y por mi parte espero dejarle algo más que mi apellido a secas...

—Todo esto que mencionas no proporciona, en conjunto, ni treinta mil francos de renta, y más de uno se ha presentado con fortuna parecida a ésta que dices, sin contar con su posición...

—¿Y qué?... —preguntó el coronel.

—¡Han sido rechazados!

—¿Qué quieren entonces los Beauvisage? —dijo el coronel mirando alternativamente a su hermana y a su hijo.

Quizá se pueda encontrar extraordinario que el coronel Giguet, hermano de la señora Marion, en cuya casa se reunía, desde hacía veinticuatro años, toda la sociedad de Arcis, cuyo salón era el eco de todos los rumores, de todas las maledicencias, de todos los comadros del departamento del Aube, y en el que, muy probablemente, se fabricaban, pudiese ignorar acontecimientos y hechos de tal naturaleza; pero su ignorancia parecerá perfectamente natural para aquellos que sepan que el noble resto de las falanges napoleónicas se acostaba y se levantaba de la cama con las gallinas, como todos los ancianos que quieren prolongar su vida. No asistía jamás a conversaciones íntimas. En provincias tienen lugar dos clases de conversaciones, las que se mantienen oficialmente, cuando todos están reunidos, se juega a las cartas y se comentan los sucesos generales; y las que *se maduran*, como un potaje que se quiere preparar bien, al quedarse solos cuatro amigos seguros de que no se va a repetir nada de cuanto digan más que cuando uno de ellos se encuentra en idéntica situación con otros tres o cuatro amigos.

Desde hacía nueve años, desde el triunfo de sus ideas políticas, el coronel vivía casi apartado de la sociedad. Levantándose con el sol, se entregaba a las labores de la horticultura, pues adoraba las flores, y de todas las flores únicamente cultivaba rosas. Tenía las manos ennegrecidas del verdadero jardinero y cuidaba con esmero sus rosales. ¡Sus cuadros!, esta palabra le recordaba otros cuadros de hombres multicolores alineados en los campos de batalla. Siempre conversaba con su jardinero, se mezclaba poco, sobre todo desde hacía un par de años, con la sociedad, a

la que veía solamente de refilón. Hacía una sola comida en familia, pues se levantaba demasiado temprano para desayunar con su hijo y su hermana. A los desvelos del coronel se debe la famosa rosa Giguet, conocida de todos los aficionados a la horticultura. Aquel anciano, pasado a la situación de fetiche doméstico, era exhibido, como puede suponerse, únicamente en las grandes ocasiones. Hay familias que gozan de un semidios de esta especie, y se vanaglorian de él como podrían vanagloriarse de un título nobiliario.

—Me ha parecido adivinar que, desde la Revolución de Julio —respondió la señora Marion a su hermano— la señora Beauvisage aspira a vivir en París. Obligada a permanecer aquí mientras viva su padre, ha traspasado su ambición *sobre* su futuro yerno, y la hermosa dama sueña con los esplendores de la vida política.

—¿Te gusta Cecilia? —preguntó el coronel a su hijo.

—Sí, padre.

—Y tú, ¿le gustas a ella?

—Así lo creo, padre; pero de lo que se trata es de gustar también a la madre y al abuelo. Aunque el señor Grévin pretenda sabotear mi elección, el éxito decidiría a la señora Beauvisage a aceptarme, ya que esperaba poderme gobernar a su gusto, y ser ella ministro bajo mi nombre...

—¡Ah!, ¡ésta sí que es buena! —exclamó la señora Marion—. ¿Y quién cree que somos?

—¿A quién han rechazado? —preguntó el coronel a su hermana.

—Pues, hace tres meses, Antonino Goulard y el procurador del Rey, el señor Federico Marest, han recibido, según se dice, respuestas equívocas que son todo lo que se quiera menos un *sí*.

—¡Oh! ¡Dios mío —exclamó el anciano— en qué tiempos vivimos! ¡Pero si Cecilia no es más que la hija de un fabricante de géneros de punto y nieta de un granjero! ¿Es que la señora de Beauvisage pretende tener por yerno a un conde de Cinq-Cygne?

—Hermano, no menosprecies a los Beauvisage. Cecilia es lo bastante rica para poder escoger marido en cualquier parte, incluso dentro del partido al cual pertenecen los Cinq-Cygne. Oigo la campana que anuncia la llegada de electores, os dejo, y lamento mucho no poder estar presente para enterarme de lo que aquí va a decirse...

Aunque 1839 se halle, políticamente hablando, muy lejos de 1847, es posible todavía recordar las elecciones que produjeron la coalición, efímera tentativa realizada por la Cámara de los Diputados para llevar a término la amenaza de un gobierno parlamentario; amenaza a lo Cromwell, que sin un Cromwell no podía conducir, bajo el reinado de un príncipe enemigo del fraude, más que al triunfo del actual sistema, en el que las Cámaras y los ministros se parecen a los títeres de madera que hace mover el propietario del espectáculo de Guignolet, con gran satisfacción del público.

El distrito de Arcis-sur-Aube se hallaba entonces en una curiosa situación: se

creía libre para poder elegir diputado. Desde 1816 hasta 1836, había salido siempre elegido uno de los más pesados oradores del ala izquierda, uno de los diecisiete que fueron calificados de *eximios ciudadanos* por el partido liberal, en fin, el ilustre Francisco Keller, de la Casa Hermanos Keller, el yerno del conde de Gondreville. Gondreville, una de las más espléndidas propiedades de Francia, se halla enclavada a un cuarto de legua de Arcis. Dicho banquero, recientemente nombrado conde y Par de Francia, esperaba, sin duda, transmitir a su hijo, entonces de treinta años de edad, su herencia electoral para hacerle apto para el procerato.

Jefe ya de escuadrón en el Estado Mayor, y uno de los favoritos del Príncipe Real, Carlos Keller, que había sido honrado con el título de vizconde, pertenecía al partido de la corte ciudadana. Parecía que el más brillante destino le esperaba a aquel joven, fabulosamente rico, valeroso, distinguido por su lealtad a la nueva dinastía, nieto del conde de Gondreville, y sobrino de la mariscal de Carigliano; pero aquella elección, tan necesaria para su porvenir, presentaba grandes dificultades que vencer.

Desde el acceso al Poder de la clase burguesa, Arcis mostraba un vago deseo de mostrarse independiente. Así, la última elección de Francisco Keller se había visto perturbada por algunos republicanos, cuyos gorros rojos y barbas enmarañadas no habían impresionado demasiado a los habitantes de Arcis. Explotando la disposición de la comarca, el candidato radical pudo reunir, no obstante, treinta o cuarenta votos. Algunos habitantes, humillados al ver que su ciudad formaba parte del grupo de burgos podridos de la oposición, se unieron a los demócratas, aunque fueran enemigos de la democracia. En Francia, los escrutinios de las elecciones forman unos productos político-químicos en los que las leyes de la afinidad no cuentan para nada.

Así, elegir al joven comandante Keller en 1839, después de haber elegido a su padre durante veinte años consecutivos, demostraba una verdadera servidumbre electoral, contra la cual se rebelaba el orgullo de varios burgueses enriquecidos que creían valer tanto como el señor Malin, conde de Gondreville, como los banqueros Hermanos Keller, los Cinq-Cygne, e incluso como el mismo rey de Francia. Los numerosos partidarios del viejo Gondreville, rey del departamento del Aube, esperaban de él una nueva prueba de su habilidad, tantas veces demostrada. Para no comprometer la influencia de su familia en el distrito de Arcis, el anciano hombre de Estado propondría, sin duda alguna, a algún hombre de la región como candidato, el cual cedería su escaño a Carlos Keller, aceptando a cambio algún cargo público; caso parlamentario que hace al elegido por el pueblo motivo de reelección.

Como Simón Giguet presentía, con respecto a las elecciones, el fiel amigo del conde, el anciano notario Grévin, manifestó que sin conocer las intenciones del conde de Gondreville, su candidato era Carlos Keller, y que emplearía toda su influencia en su elección. En cuanto aquella opinión de Grévin empezó a circular por Arcis, se produjo una reacción en contra suya. Aunque durante cuarenta años de ejercicio notarial hubiese contado con la confianza de la ciudad entera, y hubiese sido alcalde de Arcis desde 1804 a 1814 y durante los Cien Días; aunque la oposición le hubiese

aceptado como jefe, hasta el triunfo de 1830, época en la que renunció a los honores de la Alcaldía so pretexto de su avanzada edad; y, en fin, aunque la ciudad, para testimoniarle su agradecimiento, hubiese nombrado alcalde a su yerno, el señor de Beauvisage, la gente se puso en contra suya, y algunos exaltados llegaron incluso a acusarle de chochear. Los partidarios de Simón Giguet se volvieron hacia Phileas Beauvisage, el alcalde, y se pusieron a su lado, especialmente porque, sin que estuviera indispuesto con su suegro, afectaba unos aires de independencia hacia él que degeneraban casi en frialdad, actitud que su suegro le permitía manifestar al ver en ella un excelente medio de acción sobre la ciudad de Arcis.

El señor alcalde, interrogado la víspera en la plaza pública, había declarado que antes votaría por el primer inscrito en la lista de elegibles de la ciudad de Arcis que dar su voto a Carlos Keller, al cual, por otra parte, consideraba y respetaba infinitamente.

—Arcis dejará de ser un burgo podrido, o emigro a París —dijo.

Si se halagan las pasiones del momento, se puede llegar a ser un héroe, incluso en Arcis-sur-Aube.

El señor alcalde, se comentó, acaba de demostrar una vez más la firmeza de su carácter.

Nada hay que marche con más rapidez que una revolución legal. Aquella misma noche la señora Marion y sus amigos organizaron, para el día siguiente, una reunión de *electores independientes*, en provecho de Simón Giguet, un hijo del coronel. El siguiente día acababa de iniciarse poniendo en conmoción toda la causa para poder recibir convenientemente a los amigos con cuya independencia se contaba.

Simón Giguet, candidato nacido en una pequeña localidad, celosa de poder elegir a uno de sus hijos, había intentado aprovecharse, como se ve, de aquel movimiento de los espíritus para convertirse en representante de los intereses y necesidades de la Champaña. No obstante, toda la consideración de que gozaba, y la fortuna de los Giguet, se las debían al conde de Gondreville. Pero ¿se pueden tener en cuenta, tratándose de elecciones, los sentimientos?

Esta historia ha sido escrita para enseñanza de los pueblos tan infortunados que no conocen los beneficios de una representación nacional, y que, por consiguiente, ignoran la serie de guerras intestinas, de enormes sacrificios a los Brutos, para que una insignificante localidad dé a luz a un diputado. Espectáculo majestuoso y natural, que sólo puede ser comparado al de un parto: los mismos dolores, las mismas impurezas, los mismos quejidos, el mismo triunfo.

Es permitido preguntar cómo era que un hijo único, cuya fortuna era más que suficiente, se encontraba, como Simón Giguet, de simple abogado en la pequeña localidad de Arcis, donde los abogados son inútiles.

Resulta necesario decir aquí algo sobre aquel candidato. El coronel había tenido, de 1806 a 1813, tres hijos de su mujer —fallecida en 1814— de los cuales sólo sobrevivió el mayor de ellos, Simón. Sus otros dos hermanos fallecieron, uno en 1818

y el otro en 1825. Hasta que se quedó solo, Simón tuvo que ser educado como un hombre para el que resulta necesario el ejercicio de una profesión lucrativa. Convertido en hijo único, Simón fue alcanzado por un revés de fortuna. La señora Marion contaba con que su sobrino recibiría la totalidad o una buena parte de la herencia de su abuelo, el banquero de Hamburgo; pero aquel alemán murió en 1826, dejando a su nieto Giguet solamente dos mil francos de renta. El banquero, dotado de una gran virtud procreadora, había combatido las preocupaciones de su profesión mediante los placeres de la paternidad. Así pues, favoreció en su testamento a las familias de sus otros once hijos, que le rodeaban y que le habían convencido, con bastante verosimilitud por cierto, de que Simón Giguet sería rico.

El coronel hizo que su hijo abrazara una profesión independiente. He aquí el porqué. Los Giguet, en tiempos de la Restauración, no podían esperar ningún favor del poder constituido. Aunque Simón no hubiera sido hijo de un entusiasta bonapartista, pertenecía a una familia cuyos miembros habían incurrido, a justo título, en la animadversión de la familia de Cinq-Cygne, por la parte que Giguet, el coronel de la Gendarmería, y los Marion, incluida la señora Marion, habían tenido, en calidad de testigos de cargo en el famoso proceso de los señores de Simeuse, condenados en 1805 como culpables del secuestro del señor conde de Gondreville, por aquellos días senador, y de la cual eran totalmente inocentes. Este representante del pueblo había expoliado la fortuna de la casa de Simeuse, y los herederos parecieron culpables de aquel atentado, en unos tiempos en los que la venta de bienes nacionales constituía el arca santa de la política. (Véase *Un asunto tenebroso*).

Grévin fue no solamente uno de los más importantes testigos del proceso, sino también uno de los más ardientes agitadores de aquel asunto. Este proceso criminal todavía dividía al distrito de Arcis en dos bandos opuestos, uno de los cuales defendía la inocencia de los condenados, y consiguientemente la de la Casa de Cinq-Cygne, y el otro que estaba al lado del conde de Gondreville y sus colaboradores.

Si durante la Restauración la condesa de Cinq-Cygne empleó la influencia que le proporcionaba el retorno de los Borbones para hacer lo que le vino en gana en todo el departamento del Aube, el conde Gondreville supo contrarrestar la realeza de los Cinq-Cygne, gracias a la secreta autoridad que conservó sobre los liberales de la región por medio del notario Grévin, del coronel Giguet y, sobre todo, a través de su yerno Keller, elegido diputado por Arcis-sur-Aube ininterrumpidamente durante muchos años, pese a los Cinq-Cygne, y por último, merced al prestigio que conservó en los Consejos de la Corona mientras vivió Luis XVIII. Solamente después de la muerte de dicho rey, la condesa de Cinq-Cygne consiguió que Michu fuese nombrado presidente del juzgado de primera Instancia de Arcis. Había procurado por todos los medios dar aquel cargo al hijo de su administrador, muerto en el cadalso de Troyes, víctima de su lealtad a la familia Simeuse, y cuyo retrato, de tamaño natural, adornaba las paredes de los salones de sus residencias de París y de Cinq-Cygne. Hasta 1823, el conde de Gondreville había tenido poder suficiente para impedir el

nombramiento de Michu.

Fue por consejo del propio conde de Gondreville como el coronel Giguet se decidió a dar a su hijo la carrera de abogado. Simón podía distinguirse en el distrito de Arcis, en el ejercicio de la carrera, tanto más cuanto era el único abogado residente en la ciudad, y los procuradores actuaban en las aldeas de los alrededores. Simón había obtenido algunos éxitos en el tribunal del Aube; pero no dejaba de ser el blanco de las bromas e ironías de Federico Marest, el procurador del rey, de Olivier Vinet, el sustituto, y del Presidente Michu, los tres más sólidos cerebros del tribunal, personajes importantes en este drama electoral, la primera escena del cual se estaba preparando.

Simón Giguet, como, por otra parte, la inmensa mayoría de los hombres, pagaba a la gran potencia del ridículo una fuerte contribución. Se escuchaba al hablar, pedía la palabra a propósito de cualquier cosa y devanaba frases áridas y filamentosas, de forma solemne, consideradas por la alta burguesía de Arcis como piezas oratorias. Aquel pobre muchacho pertenecía a la especie de personas fastidiosas que pretenden explicarlo todo, incluso las cosas más obvias. Explicaba la lluvia, explicaba las causas de la Revolución de Julio. Pero explicaba también cosas impenetrables: explicaba a Luis Felipe, explicaba a Odilon Barrot, explicaba al señor Thiers, explicaba la cuestión de Oriente, explicaba la Champaña, explicaba lo de 1789, explicaba el arancel de Aduanas, el magnetismo y la economía de la lista civil.

Aquel joven delgado, de tez biliosa, de estatura lo bastante alta para justificar su sonora nulidad, ya que es raro que un hombre de elevada estatura posea gran capacidad, ultrajaba el puritanismo de las personas de la extrema izquierda, ya muy afectas de por sí a guardar escondidas sus intrigas como hacen los excesivamente prudentes. Siempre vestido de negro, llevaba corbata blanca que dejaba caer hasta la parte más baja del cuello. De este modo, su cara parecía estar colocada dentro de un cucurucho de papel blanco, ya que seguía llevando los cuellos altos y rígidos, afortunadamente hechos desaparecer por la moda de la indumentaria masculina. Sus pantalones, sus chaquetas siempre parecía que le venían anchos. Poseía aquello que en provincias se conoce por dignidad, es decir, se mostraba huraño y fastidioso. Antonino Goulard, su amigo íntimo, le acusaba de querer imitar al señor Dupin. En efecto, el abogado se calzaba, usualmente, con zapatos y calcetines de filosa negra. Simón Giguet, protegido por la consideración de que gozaba su anciano padre y por la influencia que ejercía su tía en una localidad cuyos principales habitantes asistían a sus reuniones desde hacía veinticuatro años, que poseía ya más de diez mil francos de renta, sin contar los honorarios que le proporcionaba el ejercicio de su profesión y la fortuna de su tía que iría a parar a él algún día, no abrigaba duda alguna sobre su elección.

No obstante, el primer repique de campana, anunciando la llegada de los electores más influyentes, resonó en el corazón del ambicioso, produciéndole vagos temores. Simón no se llamaba a engaño sobre la habilidad y los inmensos recursos del viejo

Grévin, ni sobre el prestigio que el ministerio derramaría apoyando la candidatura de un joven y distinguido oficial, entonces en África, como agregado al Estado Mayor del Príncipe Real, hijo de uno de aquellos eximios ciudadanos de Francia, y sobrino de una mariscal.

—Me parece —dijo a su padre— que tengo algo de cólico. Siento como una especie de calor dulzón por debajo del estómago, que me produce inquietudes...

—Los soldados más veteranos —respondió el coronel— sentían la misma emoción cuando empezaba a tronar el cañón al comienzo de una batalla.

—¿Qué me puede suceder en la Cámara?... —preguntó el abogado.

—El conde de Gondreville nos contó —respondió el anciano militar— que más de un orador experimenta alguno de los pequeños inconvenientes de los que sentimos nosotros, viejos curtidos, al iniciarse una batalla. Pero, en fin, ¿te has propuesto ser diputado? —dijo el anciano encogiéndose de hombros—. Pues bien, ¡sé diputado!

—Padre, para mí el triunfo es Cecilia. Y Cecilia representa una fortuna inmensa. Hoy día, una gran fortuna significa el poder.

—¡Ah!, cómo cambian los tiempos. En la época del Emperador, para alcanzar el Poder bastaba con tener valor.

—Cada época de la Historia puede resumirse en una sola palabra —dijo Simón a su padre, repitiendo una frase del conde de Gondreville, que pinta perfectamente la manera de ser de este viejo—. En tiempos del Imperio, cuando se quería aniquilar a un hombre, bastaba con decir: «¡Es un cobarde!». Hoy en día, se dice: «¡Es un sinvergüenza!».

—¡Pobre Francia! ¡A dónde te han llevado!... —exclamó el coronel—. Me vuelvo con mis rosas.

—¡Oh!, no, quédese por favor, padre. Usted es aquí la piedra angular.

El alcalde, el señor Phileas Beauvisage, fue el primero en llegar, acompañado del sucesor de su padre, el más importante notario de la localidad, el señor Aquiles Pigoult, nieto de un anciano que había sido juez de paz de Arcis durante la época de la Revolución, durante el Imperio y durante los primeros días de la Restauración.

Aquiles Pigoult, de unos treinta y dos años de edad, había estado durante dieciocho años, en el despacho del viejo Grévin, en calidad de pasante, sin tener la esperanza de llegar a notario. Su padre, hijo de un juez de paz de Arcis, fallecido de una pretendida apoplejía, había realizado malos negocios.

El conde de Gondreville, conocido del viejo Pigoult desde 1793, había prestado dinero sacado de una cantidad que se le había confiado, y facilitado así la adquisición de la notaría de Grévin al nieto del juez de paz iniciador del proceso Simeuse. Aquiles se había establecido en la plaza de la iglesia, en una casa que pertenecía al conde de Gondreville, y que el Par de Francia le había alquilado a tan bajo precio que era fácil ver cómo el avisado político deseaba seguir teniendo sujeto entre sus manos al primer notario de Arcis.

El joven Pigoult, hombre bajo y reseco, cuyos ojos parecían horadar los cristales

verdes de sus gafas, que como no atenuaban la malicia de su mirada, instruido en todos los intereses de la región, que debía al hábito de realizar negocios una cierta facilidad de palabra, pasaba por ser un *bromista*, y decía campechanamente las cosas con más ingenio del empleado por los demás indígenas de sus conversaciones. Este notario, todavía soltero, esperaba, por influencia de sus dos protectores, el señor Grévin y el conde de Gondreville, poder celebrar un ventajoso matrimonio. También el abogado Giguet dejó escapar un gesto de sorpresa al ver a Aquiles al lado del señor Phileas Beauvisage. El pequeño notario, cuyo rostro estaba tan cubierto por las marcas de viruela que parecía una red blanca, formaba un perfecto contraste con la rechoncha personalidad del señor alcalde, cuya cara parecía una luna llena, pero una luna alegre.

Aquella tez de lirios y rosas quedaba aún más acentuada en Phileas merced a una graciosa sonrisa, resultado, no de una disposición de ánimo, sino de la forma de sus labios para la cual se ha creado la palabra *pepona*. Phileas Beauvisage estaba tan satisfecho de sí mismo que sonreía constantemente a todos en todas las circunstancias. Sus pepones labios habrían sido capaces de sonreír en un entierro. La vida que se manifestaba en sus ojos, azules e infantiles, no desmentía aquella perpetua e insoportable sonrisa. Dicha satisfacción interna se había atribuido por tantas personas a bondad y a afabilidad, que Phileas se había creado un lenguaje propio, remarcado por el empleo inmoderado de las fórmulas de la cortesía. Tenía siempre *el honor*; unía a todas las preguntas sobre la salud de las personas ausentes los calificativos *querido*, *bondadoso*, o *excelente*. Prodigaba las frases de condolencia o las de cumplimiento a propósito de cualquier pequeña miseria o de cualquier insignificante felicidad de la vida humana. Escondía así, bajo un diluvio de lugares comunes, su incapacidad, su falta total de educación y una debilidad de carácter que no puede ser expresada más que con la palabra, un tanto anticuada, *de voluble*.

¡Tranquilícense!, aquella volubilidad tenía por eje a la hermosa señora Beauvisage, Severina Grévin, la mujer más célebre de todo el distrito. Así, en cuanto Severina se enteró de los que constituían lo que ella llamaba el equipo del señor Beauvisage para la elección, le había dicho aquella misma mañana: «No has estado mal al darte ciertos aires de independencia; pero no irás a la reunión de los Giguet sin la compañía de Aquiles Pigoult, a quien yo he dicho que venga a recogerte». ¿Dar a Beauvisage como mentor de Aquiles Pigoult?, ¿no equivalía a que asistiese a la asamblea de los Giguet un espía del partido de los Gondreville? Así pues, fácil será a cada cual imaginarse la mueca que contrajo el puritano rostro de Simón, obligado a dar una bienvenida afectuosa, en el salón de su tía, a un elector influyente, en el cual veía, desde un principio, a un enemigo.

«¡Ah! —se dijo para sí— he cometido un error al negarle la fianza cuando me la pidió. El viejo Gondreville es más inteligente que yo...».

—Buenos días, Aquiles —dijo adoptando un aire indiferente— veo que viene usted a darme quehacer...

—Supongo que su reunión no será ninguna conspiración contra la independencia de nuestros votos —respondió el notario, sonriendo—. ¿No jugamos todos limpio?

—¡Juego limpio! —repitió Beauvisage.

Y el alcalde se puso a reír con aquella risa sin expresión con la que ciertas personas acostumbran a terminar las frases, y que debería llamarse la muletilla de la conversación. A continuación, el señor alcalde adoptó lo que podría calificarse de *tercera posición*, al ponerse erguido, el pecho saliente y las manos detrás de la espalda. Llevaba pantalones y chaqueta negros, y un soberbio chaleco blanco, entreabierto de forma que dejase ver dos botonaduras de brillantes valoradas en varios millares de francos.

—Aunque nos combatamos, no por eso dejaremos de ser buenos amigos —prosiguió Phileas—. Esto es la esencia de los principios constitucionales. (¡Je, je, je!). Así es como yo comprendo la alianza entre la Monarquía y la Libertad... (¡Ja, ja, ja!).

El señor alcalde estrechó la mano de Simón, diciéndole:

—¿Cómo se encuentra usted, mi buen amigo? Su querida tía, y nuestro digno coronel, estarán sin duda tan bien hoy como lo estaban ayer... Por lo menos hay que suponerlo... (¡Je, je, je!) —añadió con aire beatífico, quizá un poco preocupado por la ceremonia que iba a tener lugar...—. ¡Ay!, caramba, joven, de modo que pensamos entrar en la carrera política... (¡Ja, ja, ja!). Éste es su primer paso en ella... No debe retroceder... es una gran decisión, y yo preferiría que fuera usted, y no yo, el que se viera lanzado en medio de los vendavales y las tempestades de la Cámara (¡Ji, ji, ji!), por muy agradable que sea el detentar en la propia persona... (¡Ji, ji, ji!) unas cuatrocientas cincuenta y tres partes del poder soberano de Francia... (¡Ji, ji, ji!).

El órgano vocal de Phileas Beauvisage tenía una agradable sonoridad, en perfecta armonía con las curvas leguminosas de su rostro colorado como una calabaza tierna, con sus macizas espaldas, con su pecho amplio y abombado. Aquella voz, que por su volumen correspondía a la de un bajo cantante, se aterciopelaba como la de los barítonos y adoptaba en la risa, con la cual Phileas acompañaba sus finales de frase, un tono más bien argentino. Dios, en su Paraíso Terrenal, en el caso de haber querido completar las especies animales con la inclusión de un burgués de provincias, no hubiera podido hacer salir de sus manos un tipo más perfecto, más completo, que Phileas Beauvisage.

—Admiro la entrega de aquellos que tienen el valor de lanzarse en medio de los huracanes de la vida política... (¡Je, je, je!), porque para ello se requieren unos nervios de los cuales yo carezco. Quién nos hubiera dicho, en 1812 o en 1813, que tendríamos que llegar a esto... Yo, ya no me extraño de nada en una época en la que el asfalto, el caucho, los ferrocarriles y el vapor transforman la faz de la tierra, los gabanes y las distancias. (¡Je, je, je!).

Estas últimas palabras fueron abundantemente sazonadas con aquella risa con la cual Phileas ponía de relieve todas las bromas de que tanto gustan los burgueses y que se ha pretendido representar por medio de paréntesis; pero fue acompañado con

un gesto que se había hecho ya característico en él: cerraba el puño derecho y lo golpeaba contra la palma, combada, de la mano izquierda, y a continuación lo frotaba con ella intensa y alegremente.

Este gesto concordaba con sus risas en las frecuentes ocasiones en las que creía haber dicho algo ingenioso. Probablemente será superfluo decir que Phileas era considerado en Arcis como un hombre simpático y encantador.

—Intentaré —respondió Simón Giguet— representar dignamente...

—... a los corderos de Champaña —interrumpió vivamente Aquiles Pigoult.

El candidato se tragó el epigrama sin responder, ya que en aquel momento se vio obligado a ir a recibir a otros nuevos electores.

Uno de ellos era el dueño de *El Mulo*, la mejor posada de Arcis, situada en la Plaza Mayor, en la esquina de la calle de Brienne. Aquel digno posadero, apellidado Poupart, había contraído matrimonio con la hermana de un criado de la condesa de Cinq-Cygne, el famoso Gothard, uno de los protagonistas del proceso criminal. Hacía ya tiempo que dicho Gothard había sido puesto en libertad. Poupart, aunque podía ser considerado como uno de los hombres de Arcis más afectos a los Cinq-Cygne, había sido sondeado hacía dos días por el criado del coronel Giguet con tanta perseverancia y habilidad que se creía en disposición de poder jugarle una mala pasada al enemigo de los Cinq-Cygne consagrando su influencia al nombramiento de Simón Giguet, y acababa de hablar sobre ello con un farmacéutico llamado Fromaget, el cual, no siendo proveedor de los Gondreville, no deseaba otra cosa que el conspirar contra los Keller.

Estos dos personajes de la pequeña burguesía podían, merced a sus relaciones, determinar una cierta cantidad de votos flotantes, ya que acostumbraban a aconsejar a una multitud de personas para las cuales las opiniones políticas de los candidatos eran completamente indiferentes. Por ello el abogado se apoderó de Poupart, y entregó al farmacéutico Fromaget a su padre, que había bajado para dar la bienvenida a los electores llegados.

El subingeniero del distrito, el secretario de la Alcaldía, tres escribanos, cuatro procuradores, el secretario del Juzgado y el del Juzgado de paz, el encargado del Registro, el recaudador de contribuciones, dos médicos rivales de Varlet, el cuñado de Grévin, un fabricante de harinas, los dos adjuntos de Phileas, el librero e impresor de Arcis, y otra docena de burgueses fueron entrando sucesivamente en el salón y pasaron al jardín por el que empezaron a pasearse, en grupos, a la espera de que la concurrencia fuera lo bastante numerosa para poder abrir la sesión. Finalmente, a mediodía, unas cincuenta personas, todas ellas endomingadas y que en su mayor parte habían ido por pura curiosidad, para poder ver los hermosos salones de los cuales tanto se hablaba por todo el departamento, se sentaron en las sillas que la señora Marion había preparado con tanto entusiasmo. Se dejaron abiertas las ventanas, y pronto se hizo un silencio tan profundo que pudo oírse perfectamente el roce de la falda de seda de la señora Marion, que no había podido resistir a la

tentación de bajar al jardín y de situarse en un lugar desde el cual podía oír lo que decían los electores. La cocinera, la doncella y el criado se quedaron en el comedor, para compartir las emociones de sus dueños.

—Señores —dijo Simón Giguet— algunos de entre ustedes desean hacer a mi padre el honor de ofrecerle la presidencia de esta reunión; pero el coronel Giguet me ha encargado les transmita su agradecimiento, expresando la gratitud que merece este deseo, en el cual ve una recompensa por los servicios prestados a la patria. Estamos reunidos precisamente en casa de mi padre, y cree deber suyo el renunciar a dicha función y les propone para ella a un honorable comerciante al cual vuestros votos han conferido la primera magistratura de la ciudad, al señor Phileas Beauvisage.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Creo que estamos todos de acuerdo en imitar, en esta reunión, esencialmente amistosa... pero totalmente libre, y que no constituye ningún antecedente para la gran reunión preparatoria en la que podréis interpelar a los candidatos, en la cual podréis aquilatar sus méritos... en imitar, decía, las formas... constitucionales de la Cámara... electiva.

—¡Sí, sí! —aprobaron todos al unísono.

—En consecuencia —prosiguió Simón Giguet— tengo el honor de rogar, según el voto de la asamblea, al señor alcalde que venga a ocupar el sillón de la presidencia.

Phileas se puso en pie, cruzó el salón y se puso colorado como una cereza. Luego, cuando estuvo detrás de la mesa presidencial, no vio a cien ojos que le miraban, vio a cien bujías. Por último, le pareció que el sol hacía en aquel salón el mismo efecto de un incendio, y se le puso, según su expresión, un nudo en la garganta.

—Dé las gracias —le dijo Simón en voz baja.

—Señores...

Se hizo un profundo silencio, tan intenso que Phileas sintió un acceso de cólico.

—¿Qué es lo que tengo que decir, Simón? —prosiguió en voz baja.

—¿Y bien? —dijo Aquiles Pigoult.

—Señores —dijo el abogado sobrecogido por la cruel interjección del pequeño notario— el honor que acabáis de hacer al señor alcalde es perfectamente posible que le haya emocionado.

—Esto es —dijo el señor Beauvisage— me siento extremadamente sensible a esta distinción que me confieren mis conciudadanos, y no puedo dejar de sentirme halagado.

—¡Bravo! —exclamó el notario, sin que nadie más le corease.

«Que el diablo me lleve, si otra vez me comprometo a hablar en público...» se dijo para sí el señor Beauvisage.

—Los señores Fromaget y Marcellot ¿aceptarían las funciones de escrutadores? —preguntó Simón Giguet.

—Para seguir imitando a la Cámara —dijo Aquiles Pigoult, poniéndose en pie— creo que sería más regular que la asamblea nombrase ella misma a los miembros de la

mesa.

—Sería preferible, en efecto —dijo el enorme señor Mollet, el secretario del Juzgado—, de lo contrario, lo que estamos haciendo en estos momentos no sería más que una comedia, y no seríamos libres. Podríamos dejar al señor Simón que fuera tomando por sí solo sus decisiones.

Simón dijo unas palabras a Beauvisage, que se puso en pie para dar a luz un: «¡Señores!...», que podía ser considerado como de *palpitante interés*.

—Pido perdón, señor presidente —dijo Aquiles Pigoult— pero su misión es la de presidir, no la de intervenir en los debates...

—Señores, si nosotros debemos... adaptarnos... a los usos parlamentarios —dijo Beauvisage, a quien Simón le iba apuntando lo que tenía que decir— rogaría... al honorable señor Pigoult... viniera a esta tribuna... y hablara desde aquí...

Pigoult se encaminó precipitadamente hacia la mesa de té, y se colocó detrás de ella, con los dedos ligeramente apoyados en el borde, dando una clara prueba de su audacia, al dirigir la palabra al auditorio sin ningún embarazo, casi como el ilustre señor Thiers:

—Señores, no he sido yo quien ha lanzado la idea de imitar a la Cámara en sus procedimientos, ya que hasta el momento presente las Cámaras me han parecido realmente inimitables; no obstante, me ha sido fácil imaginar que una asamblea de sesenta y pico de champañeses debe improvisar un presidente, ya que ningún rebaño va sin pastor. De haber votado individualmente en una urna, estoy completamente seguro de que nuestro ilustre alcalde hubiese conseguido, igualmente, la misma unanimidad; su oposición a la candidatura sostenida por su propia familia nos demuestra que es poseedor de un valor cívico llevado a su más alta expresión, ya que para ello tiene que liberarse de los lazos que más estrechamente atan a los hombres: los de la familia. Poner a la patria delante de la familia es algo verdaderamente difícil, algo tan importante que nos vemos obligados a decir que, desde lo alto de su tribunal en la Historia, Bruto nos contempla a través de dos mil quinientos y pico de años. Parece completamente natural que el señor abogado Giguet que, hay que reconocerlo, ha tenido el mérito de adivinar nuestros sentimientos relativos a la elección de presidente, haya pretendido también guiarnos para la de los escrutadores; pero creo que todos ustedes habrán pensado que con una vez había suficiente, y hay que reconocer que tienen ustedes razón. Nuestro común amigo, el señor Simón Giguet, que debe presentarse como candidato, parecería que desea ya desde ahora dirigirlo todo, como dueño y señor, y podría, con ello, perder en nuestra consideración los beneficios de la modesta actitud que ha adoptado su venerable padre. ¿Qué haría nuestro presidente si aceptara la forma de presidir que le ha propuesto el candidato? Nos privaría de nuestra libertad. Y yo les pregunto a ustedes, ¿es conveniente que un presidente elegido por nosotros nos proponga nombrar, por el procedimiento de levantados y sentados, a los otros dos miembros de la mesa?... Esto, señores, constituiría una previa elección. ¿Seríamos entonces libres de elegir? ¿Podría uno de

nosotros permanecer sentado al lado de su vecino puesto en pie? Se me dirá que todos nos pondríamos en pie por pura educación; y como todos nos levantaríamos por nuestro propio impulso no podría haber elección allí donde todo el mundo sería nombrado necesariamente por todos los demás.

—Tiene mucha razón —dijeron los sesenta auditores.

—Así, pues, propongo que cada uno de nosotros escriba dos nombres en una papeleta, y los que vengan luego a sentarse a ambos lados del señor presidente, podrán ser considerados como dos representantes de esta reunión; tendrán calidad suficiente para pronunciarse sobre la mayoría, conjuntamente con el señor presidente, cuando decidamos por el procedimiento de sentados y levantados sobre las determinaciones a tomar. Estamos aquí, según creo, para prometer a un candidato las fuerzas de las que cada cual dispone, con vistas a la reunión preparatoria, a la cual asistirán todos los candidatos del distrito. Este acto, me permito declararlo públicamente, es grave. ¿No se trata de un cuatrocientosavo de poder, como decía no hace mucho el señor alcalde, con el ingenio y clara visión de las cosas que le caracteriza y que todos apreciamos en él?

El coronel Giguet estaba cortando, a tiras, una hoja de papel y Simón mandó a buscar una pluma y un tintero. Se suspendió la sesión durante unos minutos. Aquella discusión preliminar sobre las formas había inquietado profundamente a Simón y despertado la atención de los sesenta burgueses convocados. Inmediatamente éstos se pusieron a llenar las papeletas y el astuto Pigoult consiguió fueran nombrados escrutadores los señores Mollot, secretario del juzgado, y el señor Godivet, encargado del registro. Dichos dos nombramientos molestaron, evidentemente, al farmacéutico Fromaget y al procurador Marcellot.

—Han cooperado ustedes —les dijo Aquiles Pigoult— a manifestar su independencia; podéis estar más orgullosos de no haber sido nombrados que si lo hubieseis sido.

Todos rieron.

Simón Giguet hizo que se restableciera el silencio, pidiendo la palabra al presidente, cuya camisa estaba ya empapada de sudor, y que hubo de reunir todo su valor para decir: «El señor Simón Giguet tiene la palabra».

—Señores —dijo el abogado— permítanme que dé las gracias al señor Aquiles Pigoult, el cual, a pesar de que nuestra reunión es totalmente amistosa...

—Es una reunión preparatoria de la gran reunión preparatoria —dijo el procurador Marcellot.

—Es precisamente esto lo que me proponía explicar —prosiguió Simón—. Agradezco, ante todo, al señor Pigoult el haber introducido en esta reunión todo el rigor de las formas parlamentarias. Es ésta la primera vez que el distrito de Arcis usará libremente...

—¿Libremente? —preguntó Aquiles Pigoult, interrumpiendo al orador.

—¡Sí, libremente! —exclamó la asamblea.

—Libremente —prosiguió Giguet— de sus derechos en la gran batalla de la elección general para la Cámara de los Diputados; y como dentro de unos días tendremos que celebrar otra reunión a la que asistirán todos los electores para juzgar de los méritos de los candidatos, debemos estar muy satisfechos de podernos ir acostumbrando a esta clase de asambleas; nos podremos sentir más fuertes cuando llegue el momento de decidir sobre el porvenir político de la ciudad de Arcis, ya que de lo que se trata hoy es de sustituir una familia por una ciudad, un hombre por toda una región.

Simón hizo entonces historia de las elecciones de los últimos veinte años. Al tiempo que aprobaba la constante elección de Francisco Keller, manifestó que había llegado el momento de sacudir el yugo de la casa de Gondreville.

Arcis tenía que dejar de ser un feudo liberal, a la vez que dejar de ser un feudo de la casa de Cinq-Cygne. Estaban naciendo en Francia, en aquellos días, una serie de ideas progresivas que los Keller no podían, en modo alguno, representar. Carlos Keller, con su título de vizconde, pertenecía a la Corte y carecía de independencia; ya que al presentarse candidato, se pensaba más en hacer de él un sucesor en el señorío de su padre que el sucesor de un diputado, etc., etc. Finalmente, Simón se presentó a la elección de sus conciudadanos, comprometiéndose a sentarse entre los correligionarios del ilustre Odilon Barrot y a no desertar jamás del glorioso estandarte del progreso.

El progreso era una palabra tras la cual se pretendía, en aquellos días agrupar muchas más ambiciones mendaces que ideas; ya que, después de 1830, sólo era capaz de representar las pretensiones de algunos demócratas notorios; pero aquella palabra seguía produciendo mucho efecto en Arcis y daba una cierta consistencia a quien la escribía en su bandera. Calificarse a sí mismo de progresista, era como proclamarse filósofo en todo y puritano en política. Se declaraba, con ello, partidario de los ferrocarriles, de los mackintosh, de las penitenciarías, del adoquinado en madera, de la independencia de los negros, de las cajas de ahorro, de los zapatos sin costura, de la luz de gas, de las aceras asfaltadas, del sufragio universal y de la reducción de la lista civil. Por último, era también como pronunciarse contra los Tratados de 1815, contra la rama primogénita, contra el coloso del Norte, la pérfida Albión, y contra todas las empresas, buenas o malas, del gobierno. Como se ve, la palabra *progreso*, tanto podía significar *Sí*, como *No*... Era como una renovación de los múltiples significados de la palabra *liberalismo*, una nueva consigna para nuevas ambiciones.

—Si he comprendido bien qué es lo que hemos venido a hacer aquí —dijo Juan Violette, un fabricante de medias que hacía dos años había comprado el negocio de Bauvisage— se trata de comprometernos todos a hacer lo posible para que el señor Simón Giguet sea elegido diputado, en lugar del señor conde Francisco Keller. Si cada uno de nosotros considera que ésta es la cuestión, lo único que nos resta por hacer es decir, simple y llanamente, si estamos o no de acuerdo en ello.

—¡Esto sería ir demasiado directamente al grano! No es así como funcionan los

asuntos políticos, ya que si así fuera, no existiría la política —exclamó Pigoult, cuyo abuelo, de ochenta y seis años de edad, hizo su entrada en el salón—. El preopinante decide de antemano, lo que, según mi pobre inteligencia, estimo debería ser objeto de debate. Pido la palabra.

—El señor Pigoult tiene la palabra —dijo Beauvisage que, por fin, pudo pronunciar aquella frase con toda dignidad municipal y constitucional.

—Señores —dijo el pequeño notario— si existe alguna casa en Arcis que no deba sublevarse contra la influencia de los Gondreville y de los Keller, ¿no es precisamente ésta?... El digno coronel Giguet es el único que no ha tenido que sufrir los rigores del poder senatorial, ya que, en realidad, nada le ha negado el conde de Gondreville, que le hizo borrar de la lista de proscritos en 1815 y le ha conseguido la pensión de que goza actualmente, sin que el venerable coronel, cuya gloria nos alcanza a todos, lo solicitara...

Un murmullo halagador para el coronel acogió aquella observación.

—Pero —prosiguió el orador— los Marion han recibido numerosos favores del conde. Sin su protección, el difunto coronel Giguet nunca hubiera mandado la gendarmería del Aube. El difunto señor Marion jamás hubiera ocupado la Presidencia del Tribunal Real sin el apoyo del conde, al cual yo, personalmente, siempre le estaré agradecido... Ustedes encontrarán natural que sea su abogado en este asunto... Por último, creo que pocas personas hay en este distrito que no hayan recibido algún favor de dicha familia... (*Rumores en la sala*).

—Un candidato se presenta a la elección —prosiguió Aquiles con pasión— y yo tengo perfecto derecho a investigar su vida antes de investigarle con mis poderes. Y yo deseo que mi mandatario no sea un ingrato, ya que la ingratitud es como la desgracia: una atrae a otra. Nosotros hemos sido, durante muchos años, habéis dicho, el trampolín de los Keller: pues bien, lo que he oído últimamente me hace temer que se pretenda convertirnos en el trampolín de los Giguet. Nos hallamos en el siglo de lo positivo, ¿no es así? Pues bien, examinemos cuáles podrían ser, para el distrito de Arcis, las consecuencias de una elección de Simón Giguet. Se os habla de independencia. Simón, al que ataco como candidato, es amigo mío, como lo es de todos los que me escucháis, y personalmente estaría encantado de verle convertido en parlamentario de la izquierda, y sentarse entre Garnier-Pagès y Lafitte; pero ¿qué le sucedería al distrito?... El distrito se quedaría sin el apoyo de los Gondreville y de los Keller... Tenemos, por un período de cinco años, necesidad de ambos. Todos van a visitar a la mariscala de Carigliano para conseguir sea librado de quintas un muchacho que ha sacado número bajo. Se recurre a los Keller para solucionar muchos asuntos que, de hecho, se deciden por su recomendación. En todo momento hemos encontrado al conde de Gondreville dispuesto a rendirnos servicios: basta con ser de Arcis para entrar en su casa sin necesidad de hacer antesala. Estas tres familias que acabo de mencionar conocen a todas las otras familias de Arcis... ¿Dónde está la caja de la casa Giguet, y cuál será su influencia en los ministerios?... ¿De qué crédito

goza en los medios financieros de París? Si se estima necesario hacer de piedra el puente de madera, ¿podrá conseguir del departamento y del Estado los fondos necesarios para ello?... Si elegimos a Carlos Keller, continuamos un pacto de alianza y de amistad que, hasta el momento presente no nos ha reportado más que beneficios. Eligiendo a mi buen y excelente camarada de colegio, a mi digno amigo Simón Giguet, sólo experimentaremos pérdidas hasta el día en que sea nombrado ministro. Conozco suficientemente su modestia para creer que no me desmentirá si me permito dudar de su nombramiento para tan elevado puesto... (*Risas*). He venido a esta reunión para oponerme a una decisión fatal para nuestro distrito. Se me dirá: Carlos Keller pertenece a la Corte. Pues tanto mejor, ya que no tendremos que pagar los gastos que produzca su aprendizaje político; conoce los asuntos de la región, conoce las necesidades parlamentarias y puede llegar a convertirse en hombre de Estado mucho más fácilmente que nuestro amigo Simón, que pretende ser un Pitt o un Talleyrand de nuestra pobre y minúscula ciudad de Arcis...

—¡Danton fue hijo de ella!... —exclamó el coronel Giguet, furioso por aquella observación perfectamente justa.

—¡Bravo!...

Esta exclamación fue algo así como una aclamación; sesenta personas la aplaudieron sonoramente.

—Mi padre es muy inteligente —dijo Simón Giguet en voz baja a Beauvisage.

—No comprendo a santo de qué —dijo el anciano coronel a quien la sangre le hervía en las venas y que se le había subido a la cara, poniéndose en pie— se mezclan en la cuestión de una elección los lazos que nos unen al conde de Gondreville. Si mi hijo tiene alguna fortuna, ésta la heredó de su madre, y nada ha pedido al conde de Gondreville. Aunque el conde no hubiera existido nunca, Simón seguiría siendo lo que es: el hijo de un coronel de Artillería que debe su grado a su servicio a la patria, y un abogado que no ha cambiado jamás de opinión. Podría decirle al conde de Gondreville, en voz bien alta y a la cara: «Nosotros hemos elegido a su yerno durante veinte años; ahora deseamos hacerle comprender que, eligiéndole a él, obramos voluntariamente, y que lo hacemos con un hombre nacido en Arcis, precisamente para demostrar que el antiguo espíritu de 1789, al cual debe usted su fortuna, sigue vivo en la patria de los Danton, de los Malin, de los Grévin, de los Pigoult, de los Marion...». Esto es todo.

El anciano se sentó. Se levantó entonces un gran tumulto. Aquiles abrió la boca para contestar. Beauvisage, que no se hubiera considerado a sí mismo presidente si no hubiera podido agitar la campanilla, aumentó con ella la algarabía reinante en la sala, reclamando silencio. Eran entonces las dos de la tarde.

—Me tomo la libertad de hacer observar al honorable coronel Giguet, cuyos sentimientos son bien fáciles de comprender, que nadie le ha concedido la palabra: esto es algo que va en contra de los usos parlamentarios —dijo Aquiles Pigoult.

—No creo que sea necesario llamar al orden al coronel —dijo Beauvisage—. Es

padre y... (*El silencio se restableció*).

—No nos hemos reunido aquí —exclamó Fromaget— para decir *amén* a todo lo que quieran los señores Giguet, padre o hijo...

—¡No! ¡No! —exclamó la asamblea.

—Esto marcha mal —dijo la señora Marion a la cocinera.

—¡Señores —prosiguió Aquiles— me limito a pedir categóricamente a mi amigo Simón Giguet preguntar qué piensa hacer en defensa de nuestros intereses!...

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Desde cuándo —dijo Simón Giguet— unos buenos ciudadanos, como son los de Arcis, desean hacer profesión y mercancía de la santa misión de un diputado?

No puede uno formarse idea del efecto que producen los sentimientos elevados en una reunión de hombres. Se aplauden las grandes frases, aunque no por ello se deja de votar el hundimiento del propio país, como el forzado que ansía el castigo de Roberto Macaire, al ver representada la obra, no por ello va a asesinar a un Germeuil cualquiera.

—¡Bravo! —gritaron varios electores—. ¡Giguet pura sangre!

—Vosotros me enviaréis a la Cámara, si es que me enviáis, para representar en ella los principios de 1789; para ser en ella un diputado más, si queréis, de la oposición, pero para votar con ella, para orientar al gobierno, para combatir los abusos, para proclamar las excelencias del progreso en todos los órdenes...

—¿Qué es lo que entiende usted por progreso? Para nosotros, progreso sería poner en condiciones de ser cultivada a toda la Champaña —dijo Fromaget.

—¡El progreso!, ahora voy a explicaros qué es lo que entiendo yo por él —gritó Giguet, exasperado por la interrupción.

—El progreso son las fronteras del Rin para Francia —dijo el coronel— y la anulación de los Tratados de 1815.

—Es el poder vender el trigo muy caro, mientras el pan siga vendiéndose barato —gritó burlonamente Aquiles Pigoult que, queriendo hacer un chiste, expresó perfectamente uno de los contrasentidos que imperan en Francia.

—Es la felicidad de todos, conseguida por el triunfo de las doctrinas humanitarias.

—¿Qué es lo que estaba yo diciendo?... —preguntó el astuto notario a sus vecinos.

—¡Chist!, ¡silencio!, ¡escuchemos! —exclamaron algunos curiosos.

—Señores —dijo el obeso Mollot sonriendo— el debate va tomando altura, presten atención al orador, permítanle explicarse...

—En todas las épocas de transición, señores —prosiguió gravemente Simón Giguet— y nosotros nos hallamos en una de ellas...

—¡Be!..., ¡béee!... —baló un amigo de Aquiles Pigoult que poseía condiciones (sublimes cuando se trata de elecciones) de ventrilocuo. Una risa general se apoderó de aquella asamblea, champañesa ante todo. Simón Giguet se cruzó de brazos y

aguardó a que aquella tempestad de risas amainara.

—Si lo que se pretende es darme una lección —prosiguió— y decirme que marchó con el rebaño de los gloriosos defensores de los derechos de la humanidad, que lanzan grito tras grito, libro tras libro, con el del sacerdote inmortal que clama por la Polonia sojuzgada, el del valeroso panfletista, el del vigilante celoso de la lista civil, el de los filósofos que exigen sinceridad en el libre juego de nuestras instituciones, le doy las gracias a mi desconocido interruptor. Para mí, el progreso es la realización de todo lo que nos fue prometido en la Revolución de Julio, es la reforma electoral, es...

—¡Sois un demócrata, entonces! —dijo Aquiles Pigoult.

—¡Nada de eso! —exclamó el candidato—. ¿Es ser demócrata desear el desarrollo regular, legal, de nuestras instituciones? Para mí, el progreso es la fraternidad restablecida entre todos los miembros de la gran familia francesa, y no nos debemos ocultar el hecho de que muchos de los sufrimientos...

A las tres de la tarde Simón Giguet seguía explicando lo que él entendía por progreso, y algunos de los asistentes dejaban escapar unos sonoros ronquidos, reveladores del más profundo de los sueños. El malicioso Aquiles Pigoult había instado a todo el mundo a que escuchara religiosamente al orador que se estaba ahogando en medio de un mar de frases y perífrasis.

En aquel momento varios grupos de burgueses, electores o no, se hallaban reunidos delante del castillo de Arcis, cuya verja da a la plaza, y en una esquina de la cual se abre la puerta de la residencia de los Marion.

Dicha plaza es un terreno en el cual desembocan varios caminos y varias calles. En ella hay un mercado cubierto; enfrente del castillo, al otro lado de la plaza, que no está adoquinada ni pavimentada, y en la que la lluvia deja profundos surcos, se abre un magnífico paseo, conocido por el Paseo de los Suspiros. ¿Es en honor, o como crítica a las mujeres de la localidad? Esta anfibología constituye, sin duda, uno de los rasgos de ingenio de la región. Dos hermosos contrapaseos, bordeados de viejos tilos muy frondosos, conducen desde la plaza a un bulevar circular, que forma como otro paseo, casi siempre desierto, y en el cual pueden verse muchas más inmundicias tranquilas que apresurados paseantes, como los de París.

En lo más fuerte de la discusión que Aquiles Pigoult estaba dramatizando con una sangre fría y un valor dignos de un orador del verdadero Parlamento, cuatro personajes se estaban paseando por una de las contraavenidas de la avenida de los Suspiros. Cuando llegaron a la plaza, se detuvieron como si estuvieran de acuerdo, y dirigieron una mirada a los habitantes de Arcis que rumoreaban delante del castillo, como abejas al regresar, por la noche, a su colmena. Aquellos cuatro paseantes constituían la totalidad del partido gubernamental de Arcis: el subprefecto, el procurador del rey, su sustituto, y el señor Martener, juez de instrucción. El presidente del tribunal era, como es sabido, partidario de la rama primogénita, y leal servidor de la Casa de Cinq-Cygne.

—No, yo no comprendo al gobierno —repitió el subprefecto, señalando a los grupos que iban aumentando—. En tan grave coyuntura como la presente, me deja sin instrucciones...

—En esto se parece usted a otros muchos —respondió Olivier Vinet, sonriendo.

—¿Qué es lo que tiene usted que reprocharle al gobierno? —preguntó el procurador del rey.

—El ministerio está sumamente preocupado —prosiguió el joven Martener—; sabe perfectamente que este distrito pertenece, en cierto modo, a los Keller, y se guardará muchísimo de enfrentarse con ellos. Hay que guardar ciertos miramientos con el único hombre que puede sostener una comparación con el señor de Talleyrand. No es al prefecto a quien debe usted mandar el comisario de policía, sino al conde de Gondreville.

—En la espera —dijo Federico Marest— la oposición se agita, y ya puede ver cuál es la influencia del coronel Giguet. Nuestro alcalde, el señor Beauvisage, es quien preside esta reunión preparatoria...

—Al fin y al cabo —dijo cazarmente Olivier Vinet al subprefecto— Simón Giguet es su amigo, su camarada de colegio; será del partido de Thiers, y usted no arriesgará nada favoreciendo su elección.

—Antes de caer, el ministerio actual puede destituirme. Si bien sabemos perfectamente cuando se nos destituye, nunca sabemos cuando nos pueden volver a dar un cargo —comentó Antonino Goulard.

—¡Coffinet, el tendero!... He ahí el elector número sesenta y siete entrando en casa del coronel Giguet —dijo Martener, que ejercía su cargo de juez de instrucción, contando a los electores.

—Si Carlos Keller es el candidato del ministerio —prosiguió Antonino Goulard— debieran habérmelo dicho, y no dar a Simón Giguet tiempo suficiente para que se fuera apoderando de los ánimos de los electores.

Los cuatro personajes llegaron, paseando lentamente, hasta el lugar en que termina el bulevar, para convertirse en plaza pública.

—Ahí va el señor Groslier —dijo el juez al ver a un hombre a caballo.

Aquel jinete era el comisario de policía; vio al gobierno de Arcis reunido en plena vía pública, y se dirigió hacia los cuatro funcionarios.

—Señor —dijo el comisario de Policía en voz baja— el señor prefecto me ha encargado le comunicara a usted una triste noticia: el señor vizconde de Keller ha muerto. La noticia llegó anteayer por telégrafo, y los dos señores Keller, el señor conde de Gondreville, la mariscala de Carigliano y, en fin, toda la familia, se halla reunida, desde ayer, en Gondreville. Abd-el-Kader ha reanudado la ofensiva en África, y se está combatiendo encarnizadamente. Ese desdichado joven ha sido una de las primeras víctimas de las hostilidades. Recibirá usted, aquí en Arcis, me ha dicho el señor prefecto, en lo que se refiere a las elecciones, instrucciones confidenciales...

—¿Por quién?... —preguntó el subprefecto.

—Si lo supiera, dejaría de ser un asunto confidencial —respondió el comisario— y el mismo señor prefecto no sabe nada de esto. Seguramente se tratará de un secreto entre el ministro y usted.

Y prosiguió su camino, después de haber visto cómo el feliz subprefecto se ponía un dedo en los labios para recomendarle silencio.

—¿Qué novedades hay de la Prefectura?... —preguntó el procurador del rey cuando Antonino Goulard regresó al grupo formado por los tres funcionarios.

—Nada que no sea satisfactorio —respondió con aire misterioso Antonino, que empezó a andar rápidamente, como si quisiera abandonar a los magistrados.

Mientras andaban por el centro de la plaza, en total silencio, ya que los tres magistrados se sintieron picados por la rapidez del paso del subprefecto, el señor Martener vio a la anciana señora Beauvisage, la madre de Phileas, rodeada por la casi totalidad de los burgueses que se hallaban en la plaza, a los cuales parecía estarles explicando algo. Un procurador, apellidado Sinot, que tenía entre sus clientes a la mayoría de los realistas del distrito de Arcis, y que se había abstenido de asistir a la reunión convocada por Giguet, se destacó del grupo y corrió hacia la puerta de la residencia Marion, llamado a ella, vigorosamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Federico Marest, dejando caer sus anteojos e instruyendo al subprefecto y al juez de aquella circunstancia.

—Sucede, señores —respondió Antonino Goulard— que Carlos Keller ha muerto en África, y que este acontecimiento proporciona las más hermosas posibilidades a Simón Giguet. Ya conocéis a Arcis, y no podía encontrarse, en todo el distrito, otro candidato ministerial más apropiado que Carlos Keller. Cualquiera otro encontrará en su contra el patriotismo de campanario...

—¿Será elegido semejante imbécil? —preguntó Olivier Vinet, riendo.

El sustituto, que contaba unos veintitrés años de edad, en su calidad de hijo primogénito de uno de los más famosos procuradores generales, cuya ascensión al poder databa de la Revolución de Julio, debía a la influencia de su padre, como es natural, el haber podido ingresar en la magistratura. Dicho procurador general, repetidamente elegido diputado por la villa de Provins, es uno de los pilares del centro de la Cámara. Así el muchacho —su madre era una señorita de Chargeboeuf— tenía una seguridad en sus funciones en su aire revelador de la importancia del padre. Expresaba sus opiniones sobre los hombres y sobre las cosas sin excesivas preocupaciones; ya que esperaba no permanecer demasiado tiempo en la ciudad de Arcis, y ser nombrado procurador del rey en Versalles, infalible trampolín para un más alto cargo en París. El aspecto desenvuelto de aquel retoño de los Vinet, la especie de fatuidad judicial que le prestaba la seguridad de labrarse un porvenir, molestaba tanto más a Federico Marest, cuanto el más mordaz de los ingenios apoyaba las pretensiones de su subordinado. El procurador del rey, hombre de cuarenta años, que, durante la Restauración había esperado durante seis años el

nombramiento de primer sustituto, y a quien la Revolución de Julio había relegado a un Juzgado de Arcis, aunque poseía dieciocho mil francos de renta, se encontraba perpetuamente cogido entre el deseo de conciliarse el favor de un Procurador General, que posiblemente llegaría a ser Guardasellos, como tantos otros abogados-diputados, y la necesidad de mantenerse digno.

Olivier Vinet, delgado y enfermizo, rubio, de cara vulgar en la que únicamente se destacaban dos ojos verdes llenos de malicia, era uno de aquellos jóvenes bromistas, que gustan de las diversiones, pero que saben adoptar un aire estirado, serio y pedante en cuanto se sientan en su sillón de magistrado. El alto, gordo, espeso y grave procurador del rey, acababa de idear, hacía sólo breves días, un sistema por medio del cual podía entenderse con el desesperante Vinet: le trataba como un padre trataría a su hijo.

—Olivier —respondió a su sustituto dándole un golpecito en el hombro— un hombre de tantos alcances como tú, debe pensar que el señor Giguet puede ser nombrado diputado. Hubieses podido decir la misma cosa delante de todo Arcis, tal y como la has dicho entre amigos.

—Hay algo en contra de Giguet —dijo entonces el señor Martener.

Este excelente joven, un poco patoso, pero lleno de capacidad, hijo de un médico de Provins, debía su cargo al procurador general Vinet, el cual ejerció de abogado, durante muchos años, en Provins, y que protegía a los de Provins, del mismo modo que el conde de Gondreville protegía a los de Arcis. (Véase *Pierrette*).

—¿El qué? —preguntó Antonino.

—El patriotismo de campanario es terrible contra un hombre que han impuesto a los electores —prosiguió el juez— pero, cuando se trate, para los buenos ciudadanos de Arcis, de elegir a uno de sus iguales, los celos y la envidia serán más fuertes que el patriotismo.

—Es muy simple —dijo el procurador del Rey— pero es muy cierto... Si puede usted reunir cincuenta votos ministeriales, se encontrará usted, muy probablemente, con que se habrá convertido en el árbitro de las elecciones —añadió, mirando a Antonino Goulard.

—Bastaría con oponer a Simón Giguet un candidato de su misma especie —dijo Olivier Vinet.

El subprefecto dejó que cruzara por su cara un gesto de satisfacción que no podía dejar de ser observado por ninguno de sus tres compañeros, con los cuales, por otra parte, se entendía a la perfección. Solteros los cuatro, los cuatro bastante ricos, habían formado, sin ninguna clase de premeditación, como una especie de alianza para eludir todo el terrible aburrimiento de la provincia. Los tres funcionarios habían observado también los celos que Giguet inspiraba a Goulard, y que una breve noticia sobre sus antecedentes harán que sean mejor comprendidos.

Hijo de un ex caballerizo de la casa de Simeuse, enriquecido por la compra de bienes nacionales, Antonio Goulard había nacido, como Simón Giguet, en Arcis. El

viejo Goulard, su padre, había dejado la abadía de Valpreux (corrupción de Val-des-Preux), para habitar en Arcis, después del fallecimiento de su esposa, y mandó a su hijo Antonino al Liceo Imperial, donde el coronel Giguet había enviado, asimismo, a su hijo Simón. Los dos coterráneos, después de haber seguido juntos sus estudios primarios, cursaron también juntos, en París, la carrera de derecho, y su amistad se continuó en las diversiones propias de la juventud. Se prometieron, uno a otro, ayudarse, aunque emprendieran carreras diferentes. Pero la suerte quiso que se convirtieran en rivales. A pesar de sus positivas ventajas, a pesar de la cruz de la Legión de Honor que el conde de Gondreville, en defecto de un ascenso, había hecho conceder a Goulard y que florecía en su ojal, la oferta de su corazón y de su posición fue honestamente rechazada, cuando, seis meses antes del día en que comienza esta historia, Antonino Goulard la presentó, en persona y secretamente, a la señora Beauvisage.

Ningún paso de esta clase se mantiene secreto en provincias. El procurador del rey, Federico Marest, cuya fortuna, cuya cruz, y cuya posición social eran casi idénticas a las de Antonino Goulard, había experimentado, tres años antes, el mismo fracaso, motivado por la diferencia de edad.

Por ello, tanto el subprefecto como el procurador del rey se encerraban en los límites de una estricta educación en sus relaciones con los Beauvisage, y se burlaban de ellos cuando estaban reunidos en privado. Los dos, mientras se paseaban, acababan de adivinar y de comunicarse el secreto de la candidatura de Simón Giguet, ya que habían comprendido, la víspera, las esperanzas de la señora Marion. Poseídos ambos del mismo sentimiento que anima al *perro del hortelano*, se sentían henchidos de una magnífica buena voluntad para todo cuanto representara impedir que el abogado se casara con la rica heredera, la mano de la cual les había sido negada a ellos.

—Dios quiera que yo pueda ser el árbitro de estas elecciones —prosiguió el subprefecto— y que el conde de Gondreville consiga mi nombramiento de prefecto, porque no tengo más deseos que ustedes de permanecer en Arcis, aunque haya nacido aquí.

—Ahora tiene en las manos una magnífica ocasión para hacerse nombrar diputado, amigo mío —dijo Olivier Vinet a Marest—. Vaya a ver a mi padre, que, seguramente dentro de pocas horas, estará en Provins, y pídale que le nombren a usted candidato ministerial...

—No es necesario que vaya —replicó Antonino— el ministerio tiene ya tomada una decisión sobre la candidatura de Arcis...

—¡Ah!, ¡bah!, pero hay dos ministerios: el que cree estar haciendo las elecciones, y el que cree aprovecharse de ellas —dijo Vinet.

—Dejemos de aumentar las preocupaciones de Antonino —respondió Federico Marest, guiñando un ojo a su sustituto.

Los cuatro magistrados, que en su deambular habían llegado mucho más allá de la

avenida de los Suspiros, ya en la plaza, se adelantaron hasta el *Hostal del Mulo*, al ver que Poupart salía de la casa de la señora Marion. En aquel momento, la puerta cochera de la casa estaba vomitando los sesenta y siete conspiradores.

—¿Ha estado usted en esa casa? —le dijo Antonino Goulard, señalando los muros del jardín de Marion, que se extiende a lo largo de la carretera de Brienne, frente por frente a las cuadras del *Mulo*.

—Tenga la seguridad de que no volveré más a ella, señor subprefecto —respondió el posadero— el hijo del señor Keller ha muerto, y nada tengo que hacer ya ahí dentro. Dios se ha encargado de despejar el terreno...

—¿Y Pigoult?... —preguntó Olivier Vinet al ver acercarse a toda la oposición de la asamblea Marion.

—Bien —respondió el notario, en cuya frente el sudor aún no secado era testigo de sus esfuerzos, Sinot ha comunicado una noticia que les ha puesto a todos de acuerdo. Con la excepción de cinco disidentes: Poupart, mi abuelo, Mollot, Sinot y yo, todos han jurado, como en el juego de pelota, emplear todas sus fuerzas en el triunfo de Simón Giguet, del cual me he convertido en enemigo mortal. ¡Oh!, nos hemos zurrado lindamente la badana. He procurado en todo momento que los Giguet hablaran mal de los Gondreville. De este modo, el viejo conde estará a mi lado. Antes de mañana, estará enterado de todo lo que los pseudo-patriotas de Arcis han dicho de él, sobre su corrupción, sus infamias, para poder sustraerse de su protección, o, como ellos dicen, de su yugo.

—Son unánimes, por lo que se ve —dijo, sonriendo, Olivier Vinet.

—Hoy, sí, replicó el señor Martener.

—¡Oh!, el propósito general de los electores es nombrar a un hombre de la región. ¿A quién quieren ustedes oponer a Simón Giguet? A un hombre que acaba de pasarse dos horas largas intentando explicar la palabra *progreso*...

—Podríamos oponerle el viejo Grévin —exclamó el subprefecto.

—No, carece de ambición —respondió Pigoult— pero, antes que nada, deberíamos consultar con el conde de Gondreville. Miren, miren con qué cuidado mima Simón a esa calabaza colorada de Beauvisage —dijo señalando al abogado que cogía del brazo al alcalde y le hablaba al oído.

Beauvisage iba saludando, a derecha e izquierda, a todos los habitantes, que le miraban con la deferencia que la gente de provincias testimonia al hombre más rico de la localidad.

—¡Oh!, lo mima como se mima al padre y a la madre —replicó Vinet^[1].

—Tendrá que mimarle mucho para eso —respondió Pigoult, que captó inmediatamente el juego de palabras del sustituto— porque me parece que la mano de Cecilia no depende ni del padre ni de la madre.

—¿De quién, entonces?

—De mi antiguo patrón. Aunque Simón sea elegido diputado por Arcis, no por ello puede considerar tomada la ciudadela...

Por mucho que el subprefecto y Federico Marest presionaran a Pigoult, éste se negó a dar ninguna explicación a sus palabras, que les habían parecido preñadas de acontecimientos, y que revelaban un cierto conocimiento de los proyectos de la familia Beauvisage.

Todo Arcis estaba en movimiento, no sólo a causa de la fatal noticia que acababa de caer sobre la familia Gondreville, sino también por la importante decisión tomada en casa de los Giguet, donde, en este momento, tres criados y la señora Marion trabajaban a toda prisa para poder recibir, durante el anochecer, sus habituales, que la curiosidad debía atraer en gran número.

La Champaña tiene aspecto de ser un país pobre, cuando en realidad no es más que un pobre país. Su aspecto es, en general, triste; sus campos son llanos. Al atravesar sus pueblos, y aun sus ciudades, sólo pueden verse construcciones de madera o de adobe; las más lujosas están hechas con ladrillos. La piedra queda reservada para los edificios públicos. Así, el castillo, el palacio de justicia de Arcis, y algunos otros pocos, están contruidos con piedra. No obstante, la Champaña, o si lo prefieren, los departamentos del Aube, del Marne y del Alto-Marne, ya ricamente dotados por viñedos de fama universal, se hallan cubiertos de numerosas y florecientes industrias.

Sin mencionar las manufacturas de Reims, casi todo el ramo de géneros de punto de Francia, comercio considerable, se halla localizado en los alrededores de Troyes. En el campo, y en un radio de diez leguas, pueden observarse multitud de obreros, cuyos talleres pueden verse por las puertas abiertas de las casas cuando se atraviesan los poblados. Dichos obreros trabajan para un factor, y sus productos van a parar a un especulador conocido con el apelativo de fabricante. El tal fabricante está en relación con las casas de París, y, a veces, con simples tiendas de géneros de punto que venden al detall; tanto en unas como en otras, aparecen sobre las puertas de entrada letreros con la inscripción *Fábrica de Géneros de Punto*. Ni unas ni otras confeccionan ni una media, ni un gorro, ni un calcetín. En su mayor parte, el género de punto procede de la Champaña, ya que es cierto que en París hay también obreros que rivalizan en esta fabricación con los champañeses. El intermediario entre el productor y el consumidor no es una plaga privativa del ramo del género de punto. Existe en la mayor parte de las industrias y encarece la mercancía, El derribar la institución de este costoso personaje que dificulta el acceso al consumidor de los productos manufacturados, con su insólito beneficio, constituiría una empresa grandiosa, y que por sus resultados podría ser considerada como una obra auténticamente política. En efecto, la industria toda saldría beneficiada si pudieran establecerse, en el comercio interior, los bajos precios necesarios para poder sostener en el exterior, victoriosamente, la mortífera guerra industrial que tiene lugar contra las potencias extranjeras; guerra mucho más mortífera que la que pueda desarrollarse con las armas.

Pero la destrucción de un abuso de este género no proporcionaría a los filántropos modernos la gloria y las ventajas de una polémica sostenida por las vaciedades de la

negrofilia o del sistema penitenciario; por ello, el antieconómico comercio de estos *banqueros de mercancías* continuará gravitando durante mucho tiempo sobre la producción y sobre el consumo. En Francia, en este país tan espiritual e inteligente, parece como si el simplificar fuera sinónimo de destruir. La Revolución de 1789 sigue causando temor.

Puede imaginarse, por la energía industrial que despliega una región con la cual la Naturaleza se ha mostrado poco complaciente, los progresos que podría hacer la agricultura si el dinero se atreviera a comanditar el suelo, que no es más ingrato en la Champaña de lo que pueda serlo en Escocia, donde los capitales han realizado auténticas maravillas. Así, el día en que la agricultura haya domeñado las porciones infértiles de estos departamentos, cuando la industria haya sembrado algo de capital sobre la creta champañesa, la prosperidad se triplicará. En efecto, la región carece de comodidades, las casas están completamente desnudas; el confort de que gozan los ingleses podrá penetrar en ellas, el dinero se pondrá rápidamente en circulación, lo cual constituye el cincuenta por ciento de la riqueza, y que empieza ya a moverse en algunas otras regiones de Francia.

Los escritores, los administradores, la Iglesia desde lo alto de sus púlpitos, la prensa desde lo alto de sus columnas, todos aquéllos a los cuales la casualidad dio el poder de influir sobre las masas, deben decirlo una y otra vez: el atesorar es un crimen social. La economía ininteligente de las provincias detiene la marcha del cuerpo industrial, y causa grandes males a la salud nacional.

Así, la pequeña localidad de Arcis, sin tránsito, sin movimiento, en apariencia entregada a la más completa inmovilidad social, es, relativamente, una ciudad rica y repleta de capitales, lentamente amasados en la industria de la calcetería.

El señor Phileas Beauvisage era el Alejandro Magno, o si lo prefieren, el Atila de esta rama de la producción. He aquí como aquel honorable industrial había conquistado la supremacía en la manufactura de algodón. Habiendo quedado hijo único de los Beauvisage, antiguos granjeros de la espléndida alquería de Bellache, dependiente de la propiedad de Gondreville, sus padres realizaron, en 1811, el sacrificio para salvarle de la conscripción de comprar a un hombre. Después, la madre Beauvisage, que se había quedado viuda, pudo sustraer, en 1813, a su hijo único, y merced a la influencia del conde de Gondreville, a su enrolamiento en el cuerpo de Guardias de honor. En 1813, Phileas, que contaba veintiún años de edad, se había dedicado al comercio de la calcetería. Como sea que por aquellos días llegaba a su término el arrendamiento de la granja de Bellache, la granjera renunció a prorrogarlo. En efecto, consideraba que el trabajo que le proporcionaría su cuidado era excesivo para su avanzada edad. Para que nada pudiera perturbar su ancianidad, decidió proceder, en el despacho del señor Grévin, notario de Arcis, a la liquidación de la herencia de su esposo, aunque su hijo no le había pedido cuenta alguna de ella; el resultado fue que le debía unos ciento cincuenta mil francos todavía. La buena mujer no vendió sus tierras, la mayor parte de las cuales provenía del desdichado

Michu, antiguo administrador de la casa de Simeuse; entregó la suma en dinero a su hijo, y le aconsejó se quedara con el negocio de su dueño, el hijo del anterior juez de paz, negocio que andaba tan mal que, como se ha dicho, se sospechó de que su muerte no fuese natural, sino voluntaria. Phileas Beauvisage, muchacho serio y muy respetuoso para con su madre, no tardó mucho tiempo en concluir el negocio con su patrón, y como había heredado de sus padres la protuberancia que los frenólogos califican de la *adquisibilidad*, su ardor de juventud hizo que se entregara a aquel comercio que le parecía magnífico, y al que quería engrandecer mediante la especulación. Su nombre de Phileas que puede parecer extraordinario, fue una de las mil extravagancias debidas a la Revolución. Muy afectos a la familia Simeuse, y por consiguiente, buenos católicos, los Beauvisage habían expresado su deseo de que su hijo fuera bautizado. El cura de Cinq-Cygne, el abate Goujet, consultado por los granjeros, les aconsejó dieran a su hijo, como patrón, a Phileas, un santo cuyo nombre griego daría satisfacción a la Municipalidad; ya que aquel niño había nacido en una época en que los hijos se inscribían en el registro civil con los nombres estrambóticos del calendario republicano.

En 1814, la calcetería, comercio poco productivo en tiempos normales, se encontraba afectado por las variaciones en los precios del algodón. Y el precio del algodón dependía del triunfo o de la derrota del emperador Napoleón del que sus adversarios, los generales ingleses decían en España: «La ciudad ha sido tomada, ya pueden avanzar los tercios...».

Pigoult, el ex patrón del joven Phileas, proporcionaba la materia prima a sus operarios del campo. En el momento en que vendió su negocio al hijo Beauvisage, poseía una importante partida de algodón comprada a alto precio, mientras que de Lisboa entraban grandes cantidades, en virtud del famoso decreto del Emperador, a seis sueldos el kilogramo. La reacción que produjo en Francia la introducción de aquel algodón causó la muerte de Pigoult, el padre de Aquiles, y proporcionó la fortuna a Phileas, el cual, lejos de perder la cabeza, como su patrón, procuró nivelar los precios de coste, a base de comprar varias partidas de algodón a bajo precio, hasta doblar la cantidad anteriormente adquirida por su patrón. Esta idea, tan simple, permitió a Phileas triplicar la producción, aparecer entre los operarios como su benefactor, y poder enviar sus manufacturas a París y a toda Francia con beneficios, cuando los demás competidores sólo podían vender a precio de coste. A principios de 1814, Phileas había conseguido vaciar sus almacenes. La perspectiva de una guerra en territorio patrio, y cuyas devastaciones debían de tener lugar, presumiblemente, en la Champaña, le hizo mostrarse prudente; dejó de fabricar, y se quedó a la expectativa con todo su capital en oro.

En aquella época habían sido derribadas todas las líneas de aduanas, pues Napoleón no había podido prescindir, para la defensa del suelo nacional, de los treinta mil aduaneros. El algodón, introducido en Francia a través de innumerables boquetes practicados en nuestras fronteras, se amontonaba en todos los mercados del

país. No puede imaginarse lo astuto y avisado que anduvo el algodón en aquella época, ni con qué avidez los ingleses se apoderaron de un país en el que unas medias de algodón costaban seis francos, y en el que las camisas de percal constituían un objeto de lujo. Los fabricantes de segundo orden y los principales artesanos, confiando en el genio de Napoleón, habían comprado el algodón procedente de España. Lo manufacturaban con la esperanza de poder imponer la ley, más tarde, a los comerciantes de París. Phileas observó los acontecimientos. A su tiempo, cuando la guerra asoló la Champaña, se situó entre el ejército y París. A cada batalla perdida, se presentaba en casa de los artesanos que habían enterrado sus productos manufacturados, en los toneles, especie de silos de la calcetería; después, con dinero contante y sonante en la mano, aquel cosaco de las medias y calcetines fue comprando, de pueblo en pueblo, a bajo precio, toneladas de mercancías que el día de mañana podían convertirse en algo codiciado por un enemigo que tenía tanta necesidad de abrigar sus pies como de humedecer la garganta.

Phileas desplegó, en aquellas desdichadas circunstancias, una actividad casi igual a la del emperador. Aquel general del género de punto hizo, comercialmente, la campaña de 1814 con un valor inusitado e inigualado. A una legua de la retaguardia, allí donde el general había avanzando una legua, acaparaba medias y gorros de algodón en el mismo lugar donde el emperador recogía, con sus derrotas, lauros inmortales. El genio se manifestó tanto en uno como en otro, aunque se manifestaba en esferas diferentes, ya que uno se preocupaba de cubrir cabezas, y el otro de cortarlas. Obligado a procurarse medios de transporte para llevar de un lado a otro las toneladas de mercancías que había almacenado en un local de París, Phileas tuvo a menudo que requisar caballos y carros, como si se tratase de la salvación del Imperio. Pero ¿no tiene la majestad del comercio la misma grandeza que la de Napoleón? Los comerciantes ingleses, después de haberse apoderado del comercio de Europa, ¿no tenían razón al sentirse amenazados por el coloso que amenazaba sus tiendas?... En el momento en que Napoleón abdicaba en Fontainebleau, Phileas triunfaba en su comercio. Sostuvo, por medio de hábiles maniobras, la depredación de los algodones, y dobló su fortuna en el momento en que los más afortunados fabricantes eran los que podían desprenderse de sus mercancías con un cincuenta por ciento de pérdida. Regresó a Arcis con una fortuna de trescientos mil francos, la mitad de la cual invirtió en fondos del gobierno a sesenta francos, lo que le produjo quince mil libras de renta. Destinó otros cien mil francos a duplicar el capital necesario a su negocio. Y el resto, en construir, amueblar y adornar una hermosa casa en la plaza del Puente, en Arcis.

Al regreso del triunfador comerciante, el señor Grévin fue, naturalmente, su confidente. El notario tenía, por aquellos días, una hija única, soltera, de veinte años de edad. El suegro de Grévin, que durante cuarenta años ejerció la medicina en Arcis, aún no había muerto. Grévin, ya viudo, conocía la fortuna de la madre Beauvisage. Tuvo fe en la energía y en la capacidad de un joven que había sido lo bastante osado

como para hacer la campaña de 1814. Severina Grévin tenía, como dote, la fortuna de su madre, unos sesenta mil francos. ¿Qué podría dejarle, el día de mañana, el señor Varlet a Severine? Todo lo más, una cantidad equivalente. Grévin contaba entonces cincuenta años; tenía miedo de morir; no veía llegar el día, con la Restauración, en que pudiese casar a su hija conforme a sus deseos, ya que ella era ambiciosa. En tales circunstancias tuvo la habilidad de hacer que Phileas le solicitase la mano de su hija.

Severina Grévin, joven que había recibido una esmerada educación, hermosa, pasaba por ser uno de los mejores partidos de Arcis. Por otra parte, una alianza con el más íntimo amigo del senador, el conde de Gondreville, que seguía siendo par de Francia, no podía más que honrar al hijo de un granjero de Gondreville; la viuda Beauvisage hubiera hecho cualquier sacrificio para lograr aquella boda; pero, al saber el éxito de su hijo, se resistió a entregarle una dote, sabia reserva que fue imitada por el notario. Así se consumó la unión del hijo de un granjero, en otros tiempos tan fiel a los Simeuse, con la hija de uno de sus más encarnizados enemigos. Posiblemente fue aquella la única aplicación práctica de la frase de Luis XVIII: «Unión y olvido».

Al segundo regreso de los Borbones, el viejo médico, el señor Varlet, fallecido a los setenta y seis años, había dejado doscientos mil francos en oro en su bodega, además de otras propiedades valoradas en otro tanto. Con ello, Phileas y su mujer se encontraron con que, además de su negocio, tenían en 1816 treinta mil francos de renta; porque Grévin insistió en colocar en inmuebles la fortuna de su hija, y Beauvisage no se opuso en absoluto a que así se hiciera. Las cantidades recogidas por Severina Grévin a consecuencia de la herencia de su abuelo apenas dieron quince mil francos de renta, a pesar de las buenas ocasiones de inversión que buscó el viejo Grévin.

Aquellos dos primeros años bastaron a la señora de Beauvisage y a Grévin para darse cuenta de la total ineptitud de Phileas. Al anciano notario, la rapacidad comercial de éste le había parecido ser el efecto de una capacidad superior, al igual que había tomado la juventud por la energía, y la suerte por el genio de los negocios. Pero si bien Phileas sabía leer y escribir, y también algo de aritmética, nunca se había preocupado por leer nada. De crasa ignorancia, era imposible sostener con él la más mínima conversación, y respondía a cualquier cuestión con un diluvio de lugares comunes. Únicamente podía ponerse en su haber el que, en su calidad de hijo de granjero, no carecía de buen sentido comercial. Lo que le decían los demás debía de ser siempre algo claro, limpio, comprensible, pero en cambio, él jamás correspondía con lo mismo a su oponente. Phileas, bondadoso, e incluso cariñoso, se ponía a llorar al escuchar la menor narración patética. Aquella bondad le hizo, sobre todo, respetar a su mujer, cuya superioridad le produjo siempre la más viva admiración. Severina, mujer con ideas propias, según Phileas lo sabía todo. Además, estaba tanto más acertada en todo lo que decía, cuanto consultaba frecuentemente a su padre. Por último, poseía una gran firmeza de carácter, que la hizo dueña absoluta de la casa. En cuanto se consiguió esto, el anciano experimentó menos sentimiento por la vida que

llevaba su hija, máxime cuando la veía feliz y dichosa al ejercer un dominio que siempre suele satisfacer a las mujeres de su carácter; pero ¡seguía siendo mujer! Y he aquí lo que encontró, según se decía, la mujer.

Durante la reacción de 1815 fue destinado en calidad de subprefecto de Arcis un tal vizconde de Chargeboeuf, vástago de la rama pobre de dicha familia, que había sido nombrado merced a la protección de la marquesa de Cinq-Cygne, con cuya familia estaba más o menos emparentado. Aquel joven fue subprefecto de Arcis durante cinco años. La hermosa señora Beauvisage no fue ajena, se dice, a aquella permanencia excesivamente prolongada del señor vizconde en la subprefectura. Apresurémonos, no obstante, a declarar que las murmuraciones no se vieron sancionadas por ninguno de los escándalos que producen en provincias pasiones tan difíciles de mantener ocultas a los Argos de poblaciones de tercer orden. Si Severina amó al vizconde de Chargeboeuf, y si ella fue amada por éste, fue de la manera más discreta, con toda honorabilidad, dijeron los amigos de Grévin y de los Marion. Este doble círculo impuso su opinión a todo el distrito; pero los Marion y los Grévin no ejercían influencia alguna entre los realistas, y los realistas consideraron al subprefecto como hombre sumamente afortunado.

En cuanto la marquesa de Cinq-Cygne se enteró de lo que se rumoreaba sobre su pariente, le hizo presentarse en Cinq-Cygne; sentía tan extremado horror hacia todos aquellos que, de lejos o de cerca, tenían algo que ver con los protagonistas del drama judicial que tan fatal había sido para su familia, que le instó a que cambiara de residencia. Consiguió para su primo la subprefectura de Sancerre, y le prometió una prefectura. Ciertos astutos observadores pretendieron que el subprefecto había aparentado su pasión únicamente para ser prefecto, ya que conocía el odio que, sentía la marquesa hacia todo aquel que llevara el apellido Grévin. Otros observaron determinadas coincidencias entre las apariciones del vizconde en París y los viajes que realizaba la señora Beauvisage a la capital, con los pretextos más frívolos.

Un historiador imparcial difícilmente podría tener una opinión segura sobre toda aquella serie de hechos, rodeados del misterio de la vida privada. Una sola circunstancia parecía dar la victoria a la causa de la maledicencia. Cecilia-Renata Beauvisage había nacido en 1820, en los días en que el señor vizconde de Chargeboeuf dejaba la subprefectura de Arcis, y entre los nombres del afortunado subprefecto se encuentra el de Renato. Este nombre le fue impuesto por el conde de Gondreville, padrino de Cecilia. Si la madre se hubiera opuesto a que su hija recibiera aquel nombre, habría, en cierto modo, confirmado las sospechas. Como la gente quiere tener siempre razón, la cosa fue considerada como una broma del malicioso par de Francia. La madrina fue la señora Keller, hija del conde, que se llamaba Cecilia. En cuanto al parecido de Cecilia, es impresionante. No se parece ni a su padre ni a su madre: y con el tiempo se ha ido convirtiendo en el vivo retrato del vizconde, del cual posee las aristocráticas maneras. Este doble parecido, moral y físico, no ha podido ser observado por los habitantes de Arcis, ya que el vizconde no

regresó jamás a la ciudad.

Por otra parte, Severina hizo, a su manera, feliz a Phileas. A éste le gustaban la buena mesa y las comodidades de la vida; y ella le proporcionó los mejores vinos, manjares dignos de un obispo, guisados por la mejor cocinera del departamento, pero sin rodearse de lujo alguno, pues quería mantener su casa dentro de las condiciones de la vida burguesa de Arcis. Uno de los proverbios de la localidad dice que hay que ir a comer a casa de la señora Beauvisage, e ir a pasar la velada a casa de la señora Marion.

La preponderancia que la Restauración dio, en todo el distrito de Arcis, a la casa de Cinq-Cygne, había, naturalmente, estrechado todos los lazos que unían a las familias del país más o menos relacionadas con el proceso criminal incoado con motivo del rapto de Gondreville. Los Marion, los Grévin y los Giguët se sintieron tanto más unidos entre sí, cuanto el triunfo de sus opiniones políticas, calificadas de *constitucionales*, en las elecciones exigía de ellos una armonía perfecta.

Por cálculo, Severina dejó que Beauvisage siguiera con el comercio de la calcetería, al que cualquier otro habría renunciado; lo mandó a París, a las aldeas, a todas partes, para que siguiera negociando. Así, hasta 1830, Phileas, que tenía con aquella actividad ocasión de ejercitar su protuberancia de la *adquisividad*, consiguió ganar, cada año una cantidad equivalente a la de sus gastos, además de los intereses de su capital, realizando su comercio *en zapatillas*, para emplear una expresión proverbial. Los intereses de la fortuna del señor y de la señora Beauvisage, capitalizados desde hacía quince años por Grévin, debían alcanzar, pues, en 1830, a unos quinientos mil francos. Tal era, en efecto, por aquella época, la dote de Cecilia, que el anciano notario colocó al 3 por ciento en cincuenta francos, lo que producía una renta de unas treinta mil libras. Así no se equivocaba la gente que evaluaba la fortuna de los Beauvisage en ochenta mil francos de renta. En 1830 habían vendido el negocio de géneros de punto a Juan Violette, uno de sus agentes, nieto de uno de los principales testigos de cargo en el proceso Simeuse, y habían colocado su capital, estimado en aquellos días en trescientos mil francos; pero el señor y la señora Beauvisage tenían en perspectiva las dos herencias del anciano Grévin y de la antigua granjera Beauvisage, estimadas cada una entre quince y veinte mil francos de renta. Las grandes fortunas provincianas son el producto del tiempo, multiplicado por el ahorro. Treinta años de antigüedad constituyen siempre un capital.

Dando a Cecilia-Renata una dote de cincuenta mil francos de renta, el señor y la señora Beauvisage seguían conservando para ellos aquellas dos herencias, treinta mil francos de renta, y su casa de Arcis. Una vez muerta la marquesa de Cing-Cygne, Cecilia podría, con toda seguridad, casarse con el joven marqués; pero la salud de aquella mujer, todavía fuerte y casi hermosa a sus sesenta años, echaba por tierra tal esperanza, si es que en algún momento había animado en el corazón de Grévin o de su hija, como aseguraban ciertas personas, extrañadas al ver las sucesivas negativas recibidas por el subprefecto y el procurador del Rey.

La casa de los Beauvisage, una de las más bellas de Arcis, está enclavada en la plaza del Puente, cerca de la calle Vide-Bourse, en la esquina de la calle del Puente, que asciende hasta la plaza de la iglesia. Aunque no tiene ni patio ni jardín, como muchas otras casas de provincias, causa un cierto efecto, pese a los adornos que exhibe, de franco mal gusto. La puerta bastarda, de dos batientes, da a la plaza. Las ventanas de la planta baja, que dan a la calle, tienen vista al *Hotel de la Poste*, y las que dan a la plaza a un paisaje bastante pintoresco del Aube, cuya parte navegable empieza un poco aguas abajo del puente. Más allá de éste, existe otra pequeña plaza, en la cual vive el señor Grévin y en la que empieza la carretera de Sézanne. Tanto en la fachada que da a la plaza, como en la que da a la calle, la casa Beauvisage, cuidadosamente pintada de blanco, tiene el aspecto de haber sido construida de piedra. La altura de las puertas y ventanas, las molduras exteriores, todo contribuye a dar a esta residencia una cierta categoría, especialmente realzada por el aspecto miserable de las restantes casas de Arcis, construidas casi todas con madera, y recubiertas sus paredes con una especie de argamasa, con la ayuda de la cual se intenta simular la solidez de la piedra. No obstante, estas casas no dejan de ofrecer un cierto aspecto de sencilla ingenuidad, por el mismo hecho de que cada arquitecto, o cada burgués, se las ha ingeniado para resolver el problema que presenta aquel sistema de edificación. En cada una de las plazas que hay a ambos lados del puente, pueden verse varios modelos de aquel tipo de edificios champañeses.

En medio de la línea de casas situada en la plaza, a la izquierda de la de Beauvisage, se percibe, pintada de color de vino y el maderamen de color verde, la miserable tienda de Juan Violette, nieto del célebre granjero de Grouage, que fue uno de los principales testigos en el asunto del rapto del senador, al cual, desde 1830, Beauvisage había vendido su comercio, cedido sus clientes, y a quien, según se rumoreaba, prestaba dinero.

El puente de Arcis es de madera. A cien metros de dicho puente, aguas arriba del Aube, el río está cruzado por otro puente, junto al cual se elevan las altas construcciones de madera de un molino. El espacio comprendido entre el puente público y el puente privado forma como una gran balsa, en cuyas orillas se levantan varias casas. Por un sesgo del terreno, y por encima de los tejados de las casas, puede distinguirse la eminencia donde se asienta el castillo de Arcis, sus jardines, su parque, los muros que rodean a éste, sus árboles, que dominan el curso superior del Aube, y los prados que se extienden por la orilla izquierda.

El rumor del Aube, que vierte sus aguas por encima de la presa a los molinos, la música de las ruedas contra las cuales golpea el agua, cayendo de nuevo en el remanso en forma de cascada, dan animación a la calle del puente y contrastan con la tranquilidad del río, que corre entre los jardines de la casa de Grévin, que se levanta en la esquina del puente, en la orilla izquierda, y el puerto, situado en la orilla derecha, y en el que las embarcaciones descargan sus mercancías delante de una hilera de construcciones bastante pobres, pero pintorescas. El Aube sigue

serpenteando, a lontananza, en medio de árboles dispersos o agrupados, altos o bajos, de diverso follaje.

El aspecto de las casas es tan variado que un viajero podría encontrar en ellas un espécimen de las casas de todos los países. Así, en la parte norte, a orillas del remanso, en cuyas aguas nadan bandadas de patos, hay una casa casi meridional cuyo tejado recuerda el de las casas italianas; está flanqueada por un huertecillo, sostenido por una de las extremidades del muelle, en el cual crecen vides, una parra y dos o tres árboles frutales. Recuerda ciertos aspectos de Roma, donde, a orillas del Tiber, hay muchas casas parecidas a aquélla. Enfrente, en la otra orilla, hay una gran casa de tejado puntiagudo, con galerías, que parece una casa suiza. Para completar la ilusión, entre esta edificación y el desaguadero se extiende un amplio prado, poblado de tiemblos, cruzado por un camino arenoso. Por último, las edificaciones del castillo, que aparece, rodeado, de edificios endebles, mucho más imponente de lo que es, representan todo el esplendor de la aristocracia francesa.

Aunque las dos plazas del puente estén cortadas por el camino de Sézanne —una horrible carretera en mal estado—, constituyen la parte más concurrida de la ciudad, ya que en la calle Vide-Bouse están el juzgado de paz y la alcaldía de Arcis, cualquier habitante de París encontraría aquel lugar prodigiosamente campestre y solitario. Este paisaje posee tal simplicidad, que en la plaza del puente, frente al *Hotel de la Poste*, puede verse un pozo de granja. ¿Podría encontrarse otro parecido en el patio del Louvre?

Nada explica mejor la vida de provincias que el profundo silencio que envuelve a esta pequeña localidad, y que reina en su zona más concurrida. Fácil será imaginarse de qué modo la presencia de un forastero, aunque pase solamente medio día en ella, se hace inquietante, con qué curiosidad se asoman todos los rostros por las ventanas para observarle, y el estado de espionaje en que viven todos, y cada uno de sus habitantes, con respecto a los demás. La vida se ha ido haciendo tan conventual que, con la sola excepción de los domingos y días festivos, un forastero no puede encontrar a nadie en los bulevares, ni en la Avenida de los Suspiros, ni en parte alguna, ni tan siquiera en las calles. Ahora será fácil comprender por qué la planta baja de la casa Beauvisage estaba al nivel de la calle y de la plaza. La plaza le servía de patio. Con sólo asomarse a la ventana, el ex comerciante en géneros de punto podría contemplar en enfilada, la plaza de la iglesia, las dos plazas del puente, y el camino de Sézanne. Veía llegar los mensajeros y los viajeros al *Hotel de la Poste*. Por último, los días de audiencia, veía todo el movimiento de la justicia de paz y de la alcaldía. Por todo ello, Beauvisage no habría cambiado su casa por el mismo castillo, a pesar de su aspecto señorial, de sus piedras, y de su soberbia situación.

Al entrar en casa de Beauvisage, se encontraba uno ante un peristilo al fondo del cual se iniciaba una escalera. A la derecha, se entraba en un amplio salón cuyas dos ventanas daban a la plaza, y a la izquierda, en un hermoso comedor, cuyas ventanas miraban hacia la calle. En el primer piso, se hallaban las habitaciones.

A pesar de la fortuna de los Beauvisage, el servicio de su casa se componía de una cocinera y una camarera, especie de campesina que lavaba, planchaba, pero no ayudaba a vestir a la señora ni a la señorita, que acostumbraban a hacerlo entre sí para matar el tiempo. En cuanto vendió su negocio de calcetería, el caballo y el coche de Phileas, que guardaba en las cuadras del *Hotel de la Poste*, fueron igualmente vendidos.

En el momento en que Phileas regresaba a su casa, su mujer, que se había enterado ya de la resolución adoptada en la asamblea celebrada en casa de los Giguet, se había puesto sus botinas y su sombrero, con la intención de ir a visitar a su padre, ya que suponía que, por la noche, la señora Marion le haría alguna confidencia relativa a Cecilia y Simón. Luego de enterar a su mujer de la muerte de Carlos Keller, le pidió consejo con un sencillo: «¿Qué opinas tú de todo esto?», que ponía claramente de manifiesto la costumbre de respetar la opinión de Severina en todo y por todo. Una vez hecha la pregunta, se sentó en su sillón, y esperó pacientemente la respuesta.

En 1839, la señora Beauvisage, que contaba ya cuarenta años, estaba tan bien conservada que hubiera podido compararse perfectamente con la señorita Mars. Comparándola con la más encantadora Celimena que jamás haya tenido el Teatro Francés, se formará una idea exacta de la fisonomía de Severina Grévin. Tenía su misma abundancia de formas, el mismo hermoso rostro, la misma delicadeza de líneas; pero la esposa del fabricante de calcetería era baja de estatura, y aquello le quitaba el encanto noble, la delicadeza a la Sévigné, con las cuales la gran actriz queda grabada en la memoria de todos aquéllos que la han visto en tiempos del Imperio y de la Restauración.

La vida provinciana y el poco cuidado en el vestir en que había caído desde hacía unos diez años, daban a su perfil un indefinible aire vulgar, y la gordura había ido destruyendo aquel magnífico cuerpo de los primeros doce años de matrimonio. Pero Severina compensaba aquellas imperfecciones con una mirada soberana, soberbia, imperiosa, y por una cierta actitud de altanería en su cabeza. Sus cabellos, todavía negros, largos y lustrosos, peinados en largas trenzas sobre su cabeza, le daban un aspecto juvenil. Tenía el busto y los hombros como la nieve, pero todo ello como hinchado, lleno, de forma que le dificultaba el movimiento del cuello, que se le había hecho demasiado corto. Al final de sus gruesos brazos regordetes pendían unas manitas excesivamente gruesas. En resumen, tenía tal exceso de vida y de salud, que, por encima de sus zapatos, la carne le formaba como un reborde. Sus orejas iban siempre adornadas con dos pendientes, cada uno de los cuales costaba mil escudos. En aquel momento, llevaba un sombrero de puntas, un abrigo de muselina de lana a rayas alternativamente rosas y grises, con bordes verdes, abierto en la parte baja para dejar ver una falda adornada con encaje de Valenciennes, y un mantón de cachemira verde, cuya punta arrastraba por el suelo. Sus pies no parecían estar muy cómodos dentro de unos borceguíes de piel bronceada.

—No creo tengas tanta hambre que no puedas esperar media hora —dijo dirigiendo una penetrante mirada a Beauvisage—. Mi padre ha terminado y no puedo servirte con tranquilidad, sin saber qué es lo que él piensa, y si debemos ir a Gondreville.

—Ve, ve pues, querida, te esperaré —le dijo su marido.

—¡Dios mío!, ¿es que no podré conseguir que te desacostumbres a tutearme? —preguntó ella haciendo un gesto con los hombros harto significativo.

—Desde 1817, ni una sola vez lo he hecho en público —dijo Phileas.

—Pero lo haces constantemente delante de la servidumbre y de nuestra hija.

—Como tú quieras —dijo pacientemente Beauvisage.

—Sobre todo, no digas nada a Cecilia sobre esta decisión de los electores —añadió la señora Beauvisage, que se estaba mirando en un espejo para arreglarse el mantón.

—¿Quieres que te acompañe a casa de tu padre? —preguntó Phileas.

—No, quédate con Cecilia. Por otra parte ¿no debe Juan Violette pagarte hoy el resto de lo que te debe? Tiene que venir a traerte veinte mil francos. Ya son tres las veces que nos ha pedido un aplazamiento de tres meses; no le concedas más plazos; y si no puede pagarte esta vez, ve a llevar el recibo al secretario del juzgado, a Courtel; debemos estar en regla, haz levantar acta. Aquiles Pigoult te dirá lo que debemos hacer para recuperar nuestro dinero. Este Violette es un digno descendiente de su abuelo. Le creo capaz de enriquecerse por medio de una suspensión de pagos: no tiene ni ley ni fe.

—Es hombre sumamente inteligente —comentó Beauvisage.

—Le diste, por treinta mil francos, una clientela y un negocio que, con seguridad, valían cincuenta mil, y en ocho años sólo te ha pagado diez mil francos...

—Nunca he perseguido judicialmente a nadie —respondió Beauvisage— y preferiría perder mi dinero que atormentar a un pobre hombre...

—¡Un pobre hombre que se está burlando de ti!

Beauvisage se calló. No encontrando qué contestar a aquella cruel observación, se dedicó a mirar las planchas que formaban el piso del salón. Tal vez la abolición progresiva de la inteligencia y de la voluntad de Beauvisage puedan explicarse por medio del sueño, del cual abusaba. Al estar ya acostado a las ocho de la noche, y al levantarse a las ocho de la mañana, hacía veinte años que dormía doce horas sin despertarse jamás durante la noche, y si este raro acontecimiento tenía lugar, era algo tan extraordinario que hablaba de él durante todo el día siguiente. Pasaba en acicalarse casi una hora entera, ya que su mujer le había acostumbrado a no presentarse ante ella si no estaba afeitado, limpio y vestido. Cuando se dedicaba al comercio, salía de casa después de desayunar, iba a sus asuntos y no regresaba hasta la hora de cenar. Desde 1832 había sustituido sus correrías mercantiles por una visita a su suegro, por un paseo, o por un rato de conversación en casa de alguna de sus amistades locales. En todo tiempo llevaba botas, un pantalón de paño azul, un

chaleco blanco y una chaqueta azul, indumentaria exigida también por su mujer. Su ropa blanca se caracterizaba por una albura y una delicadeza tanto más notable cuanto que Severina le obligaba a cambiarse diariamente. Aquellos cuidados por su exterior, tan raramente seguidos en provincias, contribuían a que se le considerara, en Arcis, como en París se considera a un hombre elegante.

Fuera de casa, pues, aquel fabricante de medias y calcetines de algodón parecía un personaje; ya que su mujer era lo bastante inteligente para no haber mencionado jamás, ante las gentes de Arcis, su desencanto, ni la nulidad de su marido, el cual, gracias a sus sonrisas, a sus frases obsequiosas, y a su aspecto de ricachón, estaba conceptuado como uno de los hombres más considerados. Se decía que Severina estaba tan celosa de él, que le impedía asistir a las veladas; mientras ella lo hacía, Phileas deshojaba hojas de rosa y de lirio sobre su tez, con la pesadez de un sueño feliz.

Beauvisage, que vivía según sus gustos, mimado por su esposa, bien servido por sus dos domésticas, halagado por su hija, se consideraba el hombre más dichoso de Arcis, y, en realidad, lo era. Los sentimientos de Severina hacia aquel hombre perfectamente nulo tenían algo de parecido con los de una madre por sus hijos. Enmascaraba la dureza de las frases que se veía obligada a dirigirle bajo un aire generoso. No había en la ciudad matrimonio más tranquilo, y la aversión que Phileas sentía por la sociedad y las tertulias, en las que se dormía, y en las que no podía jugar, pues no conocía ningún juego de cartas, había hecho a Severina totalmente dueña de sus veladas.

La entrada de Cecilia puso punto final a la preocupación de Phileas, que exclamó:
—¡Qué hermosa estás!

La señora Beauvisage se volvió bruscamente y lanzó sobre su hija una mirada penetrante que la hizo enrojecer.

—¡Vamos, Cecilia! ¿Quién te ha dicho que te pusieras este vestido?... —preguntó la madre.

—¿No tenemos que ir esta noche a casa de la señora Marion? Me lo he puesto para ver cómo me sentaba.

—¡Cecilia!, ¡Cecilia! —exclamó Severina— ¿por qué pretendes engañar a tu madre?... Esto no está nada bien, no estoy contenta de ti, tú me quieres esconder alguna cosa que has pensado...

—Pero ¿qué es lo que ha hecho? —preguntó Beauvisage, encantado de ver a su hija tan pimpante.

—¿Que qué es lo que ha hecho? ¡Ya se lo diré a ella!... —dijo la señora Beauvisage, amenazando a su hija única con el dedo.

Cecilia se lanzó sobre su madre, la abrazó, le hizo algunos mimos, lo cual, para las hijas únicas, es una forma de tener razón.

Cecilia Beauvisage, jovencita de diecinueve años, se acababa de poner un vestido de seda gris, adornado con brandenburgos de un gris más oscuro, y que por la parte

delantera figuraba una redingote. El corpiño, de camisolín, adornado con botones y *jockeys*, terminaba, por delante, en una punta, y se enlazaba por la parte de atrás como un corsé. El falso corsé delineaba perfectamente los hombros, las caderas y el busto. La falda, adornada con tres líneas de flequillo, formaba encantadores pliegues que revelaban, por el corte y la manera de estar hecha, la mano de una modista de París. Una linda pañoleta, adornada con encajes, le caía graciosamente sobre el corpiño. La rica heredera llevaba, anudada elegantemente alrededor del cuello, una bufanda de color rosa, y, sobre la cabeza, un sombrero de paja adornado con una encendida rosa. Sus manos estaban enguantadas con mitones de tafilete negro. Iba calzada con borceguíes de piel bronceada; por último, excepto su ligero aire endomingado, aquel aspecto de figurín de revista de modas había encantado tanto al padre como a la madre. Por otra parte, Cecilia tenía buen tipo, era de estatura media, pero perfectamente proporcionada. Había peinado sus castaños cabellos, según la moda de 1839, en dos grandes trenzas que le bajaban por ambos lados de la cara, y que reunía en la nuca. Su rostro, rebosante de salud, de una distinguida forma oval, se caracterizaba por un aire aristocrático que, ciertamente, no había podido heredar ni de su padre ni de su madre. Sus ojos, castaño claro, estaban enteramente desprovistos de la expresión dulce, y, en cierto modo, melancólica tan natural en las muchachas jóvenes.

Vivaracha, animada, de aspecto saludable, Cecilia borraba, por una especie de positivismo burgués, y por la libertad de maneras que muestran los hijos mimados, todo cuanto había en su fisonomía de romántico. No obstante, un marido que fuese capaz de rehacer su educación y de borrar en ella las huellas que había dejado la vida provinciana, podría todavía conseguir convertirla en una mujer encantadora. En efecto, el orgullo que Severina había inculcado en su hija contrabalanceaba los efectos de su ternura. La señora Beauvisage había tenido el valor de dar una perfecta educación a su hija; se había acostumbrado a emplear con ella una falsa severidad que le permitía hacerse obedecer y reprimir la poca maldad que podía hallarse en aquella alma juvenil. La madre y la hija no se habían separado ni un solo día; por ello Cecilia poseía —lo que en muchachas de su edad es más raro de lo que podría pensarse— una pureza de pensamiento, una frescura de alma, y una ingenuidad real, total y perfecta.

—Tu vestido me da mucho que pensar —dijo la señora Beauvisage—, ¿es que ayer Simón Giguet te dijo algo que me has ocultado?

—¡Pues bien! —intervino Phileas— un hombre que va a recibir el mandato de sus conciudadanos...

—Mi querida mamá —dijo Cecilia al oído de su madre— la verdad es que me fastidia; pero creo que en Arcis, no hay ningún otro que pueda convenirme.

—Lo has juzgado perfectamente; pero espera a que tu abuelo haya decidido lo que se debe hacer —dijo la señora Beauvisage abrazando a su hija, cuya respuesta revelaba un gran sentido común, al tiempo que una brecha hecha en su inocencia por

la idea del matrimonio.

La casa de Grévin, situada en la orilla derecha del Aube, y que hace esquina con la pequeña plaza del otro lado del puente, es una de las más antiguas casas de Arcis. Está construida de madera, y los intersticios de aquellas tan delicadas paredes, rellenos con argamasa; pero revestidas con una capa de mortero alisada y pintada de color gris. A pesar de aquel refuerzo no deja de tener el aspecto de un castillo de naipes.

El jardín, situado a lo largo del Aube, está protegido por un muro de terrazas coronado con tiestos de flores. Aquella humilde casa, cuyas ventanas tienen postigos sólidos, pintados de gris, como las paredes, está amueblada en armonía con la sencillez exterior. En la entrada pueden verse, en un pequeño patio empedrado con guijarros, las verdes parras que sirven de bóveda al jardín. En la planta baja, el que otrora fue despacho, convertido actualmente en salón, cuyas ventanas dan a la plaza y al río, está amueblado con muebles antiguos tapizados con terciopelo verde de Utrecht, excesivamente raído. El antiguo despacho era utilizado también como comedor por el notario retirado. Todo anuncia la presencia de un anciano profundamente filosófico, y una de esas vidas que han transcurrido del mismo modo que el agua de los arroyos campestres, y que los arlequines de la vida política acaban por desear cuando se hallan ya de vuelta de las grandezas sociales y de las luchas insensatas contra el curso de la Humanidad.

Mientras Severina cruzaba el puente, mirando si su padre había terminado de cenar, no sería inútil lanzar una ojeada sobre la persona, la vida, y las opiniones de aquel anciano, al que la amistad del conde Malin de Gondreville hacía que fuera respetado en toda la región.

He aquí la simple y sencilla historia de aquel notario, durante mucho tiempo, por así decirlo, el único de Arcis. En 1787 dos jóvenes de Arcis habían ido a París, con recomendaciones para un abogado del consejo apellidado Danton. Este ilustre patriota era natural de Arcis. En dicha población puede verse todavía su casa, y su familia existe aún en nuestros días. Ello podrá explicar la influencia que la Revolución ejerció sobre aquel rincón de la Champaña. Danton colocó a sus dos coterráneos en el despacho del procurador del Châtelet, tan famoso por el pleito que sostuvo con el conde Morton de Chabillant a propósito de su palco en el estreno de *Las Bodas de Fígaro*, y en el cual el Parlamento fue parte, al considerarse ultrajado en la persona de su procurador.

Uno de ellos se apellidaba Malin, y el otro, Grévin, los dos hijos únicos. Malin tenía por progenitor al propietario de la misma casa donde actualmente vive Grévin. Los dos se profesaron, mutuamente, una sincera y sólida amistad. Malin, muchacho de carácter complicado, profundamente inteligente, ambicioso, poseía el don de la oratoria. Grévin, honrado y laborioso, tuvo como principal finalidad de su vida el admirar a Malin. Durante la Revolución regresaron a su patria chica, uno para ejercer la abogacía en Troyes; el otro, para ser notario en Arcis. Grévin, humilde servidor de

Malin, le hizo elegir diputado en la Convención. Malin hizo nombrar a Grévin procurador-síndico de Arcis. Hasta el 9 de Thermidor, Malin no fue más que un oscuro convencional, que se sentaba siempre al lado del más poderoso, y que aplastaba al débil; pero Tallien le hizo comprender la necesidad de derribar a Robespierre. Malin se distinguió en ocasión de aquella memorable lucha parlamentaria, y tuvo el valor suficiente para ello. Desde aquel momento, se inicia el papel político de aquel hombre, uno de los héroes de la esfera inferior; abandonó el partido de los thermidorianos para pasarse al de los clichyanos, siendo entonces nombrado miembro del Consejo de Ancianos. Habiéndose hecho amigo de Talleyrand y de Fouché, conspiró con ellos contra Bonaparte y se convirtió en uno de los más ardientes partidarios de éste después de la victoria de Marengo. Nombrado tribuno, fue uno de los primeros en ingresar en el Consejo de Estado, siendo uno de los redactores del Código Civil, y de los primeros en ser ascendido a la dignidad de senador, con el título de conde de Gondreville. Éste fue el aspecto político de su vida; veamos ahora el financiero.

Grévin fue, en el distrito de Arcis, el instrumento más activo y más hábil de la fortuna del conde de Gondreville. La propiedad de Gondreville pertenecía a los Simeuse, excelente y antigua familia provinciana, diezmada por la guillotina, cuyos herederos, dos muchachos jóvenes, servían en el ejército de Condé. Dicha propiedad, vendida nacionalmente, fue adquirida por Malin, bajo el nombre de Marion y por intervención de Grévin. Éste hizo también que su amigo adquiriera la mayor parte de los bienes eclesiásticos vendidos por la República en el departamento del Aube. Malin mandaba a Grévin las cantidades necesarias para tales compras, sin olvidar a su agente de negocios. Cuando vino el Directorio, época en la cual Malin reinaba soberanamente en los Consejos de la República, las ventas fueron realizadas en nombre de Malin. Grévin fue notario de Arcis, y Malin fue senador y conde de Gondreville. Malin se casó con la hija de un proveedor millonario, y Grévin con la hija única del señor Varlet, el médico más importante de Arcis. El conde de Gondreville tuvo trescientas mil libras de renta, una casa en París y el magnífico castillo de Gondreville; casó a una de sus hijas con uno de los Keller, banqueros de París, y a la otra con el mariscal duque de Carigliano.

Grévin, por su parte, con una fortuna de quince mil libras de renta, posee la casa en la cual termina sus días economizando y administrando los bienes de su amigo, que le vendió dicha casa por seis mil francos.

El conde de Gondreville cuenta ochenta años y Grévin setenta y seis. El par de Francia se pasea por su parque, y el ex notario por el jardín del padre de Malin. Ambos, envueltos en mantas, amontonan escudo sobre escudo. Ninguna nube ha perturbado aquella amistad de sesenta años. El notario siempre ha obedecido al convencional, al Consejero de Estado, al senador, al par de Francia. Después de la Revolución de Julio, al pasar un día Malin por Arcis, dijo a Grévin: «¿Te interesa la Legión de honor?». «¿Qué haría con ella?», le respondió Grévin. Ninguno de los dos

había decepcionado jamás al otro; los dos se informaban mutuamente, se aconsejaban; uno, sin celos ni envidias; el otro, sin altanería ni pretensiones molestas. Malin se sentía reconocido a Grévin, ya que todo el orgullo de éste era el conde de Gondreville, y Grévin era tan conde de Gondreville como el propio conde de Gondreville.

No obstante, después de la Revolución de Julio, momento en que Grévin se notaba envejecido, dejando la administración de los bienes del conde, y en que el conde, debilitado por los años y por su participación en los huracanes políticos, había pensado en terminar su vida tranquilamente, los dos ancianos, seguros de su amistad respectiva, pero sin tener necesidad el uno del otro, se veían poco. Cuando iba a sus propiedades, o regresaba de ellas, el conde iba a ver un rato a Grévin, que realizaba solamente una o dos visitas al conde cuando estaba en Gondreville; no existía ningún lazo entre sus hijos. Nunca, ni la señora Keller ni la duquesa de Carigliano habían tenido la más mínima relación con la señorita Grévin, ni antes ni después de su matrimonio con el fabricante de géneros de punto Beauvisage. Aquel menosprecio, involuntario o real, sorprendía extraordinariamente a Severina.

Grévin, alcalde de Arcis en tiempos del Imperio, servicial con todo el mundo, se había condecorado con todo el mundo durante el ejercicio de su ministerio, evitado muchas dificultades. Su ductilidad, su campechanería, su honradez, le granjearon la estimación y el afecto de todo el distrito; por otra parte, todos respetaban al hombre que les constaba disponía del favor, del poder y de la influencia del conde de Gondreville. No obstante, desde que sus actividades notariales y su participación en los asuntos públicos y particulares habían cesado, hacía ocho años, su recuerdo casi se había borrado del todo en la ciudad de Arcis, en la que todos esperaban, el día menos pensado, recibir la noticia de su fallecimiento. Grévin, a semejanza de su amigo Malin, más que vivir, vegetaba. No salía nunca de casa, cultivaba su jardín, podando los árboles, iba a vigilar como crecían las hortalizas; y, como todos los ancianos, ensayaba su papel de cadáver. La vida de aquel septuagenario era de una regularidad perfecta. Lo mismo que su amigo Giguet, se levantaba con el sol, se acostaba antes de las nueve de la noche, y poseía la frugalidad de los avaros. Casi no bebía vino, pero el poco que bebía era exquisito. No tomaba café ni licores, siendo el único ejercicio a que se entregaba el exigido por el cuidado de un jardín. Siempre llevaba la misma indumentaria: gruesos zapatos engrasados, medias de luto, un pantalón de pana gruesa, un gran chaleco de color azul celeste con botones de asta, y una chaqueta de pana igual a la del pantalón; sobre la cabeza acostumbraba a llevar un pequeño casquete redondo. En verano, reemplazaba aquel casquete por una especie de gorra de terciopelo negro y la chaqueta de pana por otra de paño gris acero. Su estatura era de cinco pies y cuatro pulgadas; tenía la robustez de los ancianos que se han sabido conservar, lo que hacía más pesado su andar, ya de por sí lento, como es el de todos los hombres de oficina.

En cuanto amanecía, se levantaba y vestía con los más minuciosos cuidados; se

afeitaba solo, daba luego un paseo por el jardín, miraba el tiempo, iba a consultar el barómetro, abriendo por sí mismo los postigos de la ventana del salón. Cavaba, podaba, recortaba setos, y siempre encontraba algo que hacer hasta la hora de comer. Después de hacerlo, se sentaba para digerir, hasta las dos, pensando no se sabe en qué. Su nieta solía irle a visitar entre las dos y las cinco, acompañada por una criada, y, a veces, por su madre. En determinados días aquella vida mecánica se interrumpía: cuando recibía los quesos y otros productos del campo, vendidos inmediatamente. Pero aquellas cortas interrupciones sólo tenían lugar en los días de mercado, una vez por mes. ¿Qué hacía con el dinero? Nadie, ni la misma Severina, ni Cecilia lo sabían. Grévin era de una discreción eclesiástica. No obstante, todos los sentimientos de aquel anciano habían terminado por concentrarse en su hija y en su nieta: las quería más que a su dinero.

Este anciano cuidadoso, de rostro redondo, ojos azules y cabellos blancos, tenía algo de absolutista en su carácter como les sucede a todos a quienes ni los hombres ni las cosas les han resistido. Su único defecto, por otra parte celosamente guardado, ya que no tenía ocasión de manifestarlo, consistía en un rencor persistente, terrible, una susceptibilidad que ni el mismo Malin había podido nunca adivinar. Si Grévin había servido constantemente al conde de Gondreville, éste siempre se había mostrado reconocido con él: en ninguna ocasión había humillado Malin a su amigo, al que conocía a fondo. Los dos amigos conservaban el tuteo de su juventud, saludándose con el mismo afectuoso estrechamiento de mano. Jamás había hecho sentir el senador a Grévin la diferencia de sus posiciones sociales; se anticipaba siempre a los menores deseos de su amigo de infancia, ofreciéndole todo, sabiendo que se conformaría con poco. Grévin, que adoraba la literatura clásica, puritano, excelente administrador, poseía serios y amplios conocimientos sobre legislación; había realizado para Malin los trabajos que en el Consejo de Estado sirvieron de fundamento a la gloria del redactor de códigos. Severina quería mucho a su padre. Ella y su hija no permitían que nadie más cuidara su ropa; le hacían, personalmente, las medias que usaba en invierno, prodigándole las más pequeñas atenciones, y a Grévin le constaba que no había en ellas ni el más mínimo sentimiento interesado; el probable millón de su herencia no hubiera sido capaz de enjugar sus lágrimas. Los ancianos son muy sensibles a la ternura desinteresada. Antes de ir a visitar a su padre todos los días, tanto la señora Beauvisage como la hija de ésta se preocupaban de su comida del día siguiente, enviándole las cosas más selectas del mercado.

La señora Beauvisage siempre había deseado que su padre la presentara en el castillo de Gondreville y la introdujera en la amistad de las hijas del conde; pero el prudente anciano le había explicado repetidas veces lo muy difícil que era mantener relaciones continuadas con la duquesa de Carigliano, que vivía en París, y que venía en raras ocasiones a Gondreville, o con la brillante señora Keller, cuando se tenía una fábrica de géneros de punto en Arcis.

—Tu vida se ha acabado —le decía Grévin a su hija— pon todo tu interés y

sentimientos en Cecilia, que será lo bastante rica para darte, cuando dejes el comercio, la existencia grande y acaudalada a que tienes derecho. Elige a un yerno que tenga ambición y medios, y podrás ir un día a París, dejando aquí a este bobo de Beauvisage. Si vivo lo bastante para tener un nieto-yerno, le pilotaré por el mar de los intereses políticos del mismo modo que piloté a Malin y llegarás a gozar de una posición igual a la de los Keller.

Estas breves frases, pronunciadas antes de la Revolución de 1830, poco tiempo después de que el viejo notario se hubiera retirado a aquella casa, explica su actitud vegetativa. Grévin deseaba vivir, quería poner en el camino de la grandeza a su hija, a su nieta y a sus biznietos. El anciano poseía la ambición de la tercera generación. Cuando así hablaba, el anciano soñaba con casar a Cecilia con Carlos Keller; por ello lloraba en aquellos momentos sus esperanzas derrumbadas, y no sabía qué camino tomar. Sin relaciones en la sociedad de París, al no ver en todo el departamento del Aube a otro marido para Cecilia que el joven marqués de Cinq-Cygne, se preguntaba si podría superar, a fuerza de dinero, las dificultades que la Revolución de Julio suscitaba entre los realistas, fieles a sus principios, y sus vencedores. La felicidad de su nieta le parecía de tal modo comprometida si la entregaba a la orgullosa marquesa de Cinq-Cygne, que se sentía decidido a confiar al gran amigo de los viejos, al tiempo, la resolución de su problema. Esperaba que su mortal enemiga, la marquesa de Cinq-Cygne, muriese, pues se creía con habilidad suficiente para seducir al hijo de ésta, sirviéndose del abuelo del marqués, el anciano de Mautesserre, que residía por aquel entonces en Cinq-Cygne, y al que sabía accesible a los cálculos de la avaricia. Se explicará, cuando el desarrollo de los acontecimientos del drama nos lleve al castillo de Cinq-Cygne, la razón por la cual el abuelo del joven marqués llevaba un nombre distinto del de su nieto.

Cuando Cecilia Beauvisage cumplió los veintidós años, Grévin, desesperado, tenía la intención de consultar con su amigo Malin, que le elegiría en París un marido según su corazón y su ambición, entre los duques del Imperio.

Severina encontró a su padre sentado en un banco de madera, al final de la terraza, bajo las lilas en flor, tomando su café, ya que eran las cinco y media. Comprendió, viendo el dolor reflejado en el rostro de su padre, que éste conocía ya la noticia. En efecto, el anciano par de Francia acababa de mandar un ayuda de cámara a su amigo, rogándole fuera a verle. Hasta entonces, el viejo Grévin no había querido que su hija alentara demasiadas esperanzas en su ambición; pero en aquellos momentos, en medio de las reflexiones contradictorias que se revolvían en su silenciosa meditación, dejó escapar su secreto:

—Mi querida niña —le dijo— me había forjado, con respecto a tu porvenir, las más hermosas y orgullosas ilusiones. La muerte acaba de echarlas todas por tierra. Cecilia hubiese sido vizcondesa Keller, ya que Carlos, con mi ayuda, habría sido elegido diputado por Arcis, y algún día hubiese heredado la dignidad de par de su padre. Ni Gondreville ni su hija, la señora Keller, habrían renunciado a los sesenta

mil francos de renta que Cecilia les hubiera llevado en dote, especialmente con la perspectiva de otros cien mil, que algún día serán tuyos... Hubieses podido irte a vivir a París con tu hija, y habrías podido desempeñar brillantemente el papel de suegra en las altas esferas del poder (la señora Beauvisage hizo un gesto de satisfacción). Pero he aquí que un golpe duro alcanza a ese encantador muchacho, al que su amistad con el Príncipe Real... Y este Simón Giguet que ahora aparece en la escena política, no es más que un imbécil de la peor especie pues se cree un águila... Estáis demasiado vinculados por lazos de amistad con los Giguet y los Marion para que no procuréis utilizar los mejores modales en vuestra negativa, pues es preciso darla...

—Como siempre, padre, somos de la misma opinión.

—Todo esto me obliga a ir a visitar a mi viejo Malin, primero para consolarle, después para consultarle. Cecilia y tú os sentiríais desdichadas al tener que vivir con una antigua familia del *faubourg* Saint-Germain, pues os harían sentir constantemente vuestro origen de mil maneras distintas; debemos buscar algún duque de *los creados* por Bonaparte, que esté arruinado; podríamos conseguir para Cecilia un título nobiliario, y la casaríamos bajo el régimen matrimonial de separación de bienes. Tú puedes decir que yo he dispuesto de la mano de Cecilia, y cortaremos de raíz toda esta serie de peticiones molestas e inoportunas, como la de Antonino Goulard. El joven Vinet no dejará de ofrecerse, y sería ciertamente preferible a todos los husmeadores de dotes que vendrán a vernos... Es inteligente, intrigante, familiar de los Chargeboeuf por parte de su madre; pero tiene demasiado carácter para no dejar de dominar a su mujer, y es lo bastante joven para hacerse amar; entre estos dos sentimientos, tú te morirías, ya que no te creo desposeída de corazón, mi querida niña.

—Esta noche, en casa de los Marion, pasaré un mal rato —dijo Severina.

—Pues bien niña mía —respondió Grévin— dile a la señora Marion que venga a verme, yo hablaré con ella.

—Sabía, padre, que estaba usted preocupándose por nuestro porvenir, pero no esperaba que éste pudiera ser tan brillante —dijo la señora Beauvisage, cogiendo las manos de su padre y besándoselas.

—Había pensado tan profundamente en él —prosiguió Grévin—, que en 1831 compré la casa de Beauseant —la señora Beauvisage hizo un gesto de sorpresa al enterarse de aquel secreto tan celosamente guardado, pero no interrumpió a su padre—. Será mi regalo de boda —añadió—. En 1832 lo alquilé por siete años a unos ingleses, a razón de veinticuatro mil francos anuales; un bonito negocio, pues la casa sólo me costó trescientos veinticinco mil francos, de los cuales he recuperado ya doscientos mil. El contrato de arrendamiento termina el día 15 de julio de este año.

Severina besó a su padre en la frente y en las dos mejillas. Aquella última revelación engrandecía de tal modo su futuro, que tuvo como una especie de síncope.

«Mi padre, si sigue mi consejo, sólo debe dar la nuda propiedad de esta herencia a

sus nietos —se iba diciendo mientras cruzaba nuevamente el puente— y yo tendría el usufructo; no quiero que ni mi hija ni mi yerno me puedan echar de su casa; son ellos los que deben estar en la mía».

A los postres, cuando las dos criadas se hubieron sentado a la mesa en la cocina, y la señora Beauvisage tuvo la seguridad de no ser escuchada, juzgó necesario hacer una pequeña plática a Cecilia.

—Hija mía —le dijo— condúctete esta noche como una muchacha bien educada, y a partir de hoy procura adoptar un aire serio, no hables a la ligera, deja de pasearte sola con el señor Giguet, con el señor Olivier, con el subprefecto, con el señor Martener; en resumen, deja de pasearte sola con quien sea, incluso con el señor Aquiles Pigoult. No te casarás con ninguno de los jóvenes de Arcis ni del departamento. Estás destinada a brillar en París. Por ello tendrás cada día un vestido nuevo, para que te vayas acostumbrando a ser elegante. Intentaremos quitarle una doncella a la joven duquesa de Maufrigneuse, y sabremos por ella en qué tiendas se proveen la princesa de Cadignan y la marquesa de Cinq-Cygne... ¡Oh!, no quiero que ninguna de nosotras dos tenga el menor aire provinciano. Estudiarás, durante tres horas diarias, el piano; haré que venga todos los días el señor Moisés de Troyes, hasta que llegue el profesor que mandaré venir de París. Hay que perfeccionar todos tus talentos, ya que sólo te queda un año, todo lo más, de permanecer soltera. Ya estás prevenida, veré como te comportas esta noche. Se trata de mantener a Simón a la mayor distancia posible de ti, sin burlarte de él.

—Puedes estar tranquila, mamá, me dedicaré a adorar al *desconocido*.

Estas palabras, que hicieron sonreír a la señora Beauvisage, merecen una explicación.

—¡Ah!, todavía no le he visto —dijo Phileas— pero todos hablan de él. Cuando quiera saber de quién se trata, mandaré al brigada o a Groslier a que le pidan su pasaporte...

No hay ninguna pequeña localidad de Francia en la que, en un momento dado, no se represente el drama o la comedia del *forastero*. Frecuentemente, el tal *forastero* no es más que un aventurero que comete algunos timos, y desaparece llevándose la reputación de una mujer o el dinero de una familia. Más frecuentemente el forastero es un auténtico forastero, cuya vida permanece mucho tiempo misteriosa, para que la pequeña ciudad se preocupe por sus actos y sus gestos. Por lo que, el advenimiento probable de Simón Giguet al poder, no era el único acontecimiento importante que tenía lugar en Arcis. Desde hacía dos días, la atención de toda la ciudad tenía como punto de mira a un personaje que había llegado a ella hacía tres, y que tenía la particularidad de ser *el primer desconocido* de la generación actual. De modo que el *desconocido* era tema obligado de conversación en todas las casas. Era el rey que le caía del cielo a una ciudad de ranas.

La situación de Arcis-sur-Aube explica la impresión que debía producir en ella la llegada de un forastero. Seis leguas antes de Troves, en la carretera general de París,

frente a una granja conocida por *La Belle Etoile*, se inicia un camino departamental que conduce a la ciudad de Arcis, atravesando vastas llanuras en las que el Sena forma un estrecho valle sombreado por álamos, que se destaca sobre la blancura de las tierras gredosas de la Champaña. La carretera que une Arcis con Troyes tiene seis leguas de recorrido, y forma la cuerda de un arco cuyos puntos extremos son Arcis y Troyes, de modo que el camino más corto para ir de París a Arcis es, precisamente, aquella ruta departamental que se toma al llegar a la *Belle Etoile*. Como ya se ha dicho, el Aube sólo es navegable desde Arcis hasta su desembocadura. De modo que esta localidad, situada a seis leguas de la carretera general, separada de Troyes por unas llanuras monótonas, se encuentra como perdida en medio de un territorio sin comercio ni tránsito, ni por tierra ni por el río. En efecto, Sézanne, situada a pocas leguas de Arcis, al otro lado del Aube, está atravesada por una carretera principal que ahorra ocho cambios de caballos en la antigua carretera de Alemania, por Troyes. Arcis es, pues, una población completamente aislada, por la que no pasa nunca un solo coche, y que está unida a Troyes únicamente por medio de mensajeros. Todos los habitantes se conocen unos a otros, conocen igualmente a los viajeros de comercio que recorren la región por cuenta de las casas de París; así pues, como todas las pequeñas poblaciones de provincias que se encuentran en una situación análoga, un forastero es capaz de hacer mover todas las lenguas, y de agitar todas las imaginaciones del lugar, si permanece en él más de dos días sin que se haya podido averiguar ni su nombre ni lo que ha ido a hacer allí.

Y como todo Arcis se hallaba todavía tranquilo, tres días antes de la mañana en la que por voluntad del creador de tantas historias comienza ésta, todo el mundo había visto llegar, por la carretera de la *Belle-Etoile*, a un forastero que conducía un lindo tálburi tirado por un caballo de lujo, y acompañado por un diminuto criado, grande como un puño, montado en un caballo de silla. El mensajero que estaba en relación con las diligencias de Troyes había traído de la *Belle-Etoile* tres maletas procedentes de París, sin dirección, pertenecientes al desconocido, que se alojaba en el *Hotel del Mulo*.

Cada uno, en Arcis, se imaginó, por la noche, que aquel personaje había ido allí para comprar la propiedad de Arcis, y en todas las casas se habló de él como del futuro propietario del castillo. El tálburi, el viajero, sus caballos y su doméstico, todo parecía pertenecer a un hombre nacido en las más altas esferas sociales. El desconocido, sin duda fatigado, no salió de su alojamiento; quizá había pasado parte de su tiempo en arreglar las habitaciones que había elegido, lo cual revelaba su intención de permanecer en la localidad durante cierto tiempo. Quiso ver el sitio en que se habían guardado sus caballos en las cuadras, y se mostró también muy exigente; quiso que permanecieran separados de los del posadero y de los otros que podían llegar. Después de tantas exigencias, el dueño del *Hotel del Mulo* consideró a su huésped como a un inglés. Desde la noche del día de su llegada se habían hecho, por parte de algunos curiosos, tentativas para averiguar quién era el forastero; pero

nada pudo conseguirse del diminuto *groom*, que se negó a facilitar información alguna sobre su dueño, no con una negativa o por medio del silencio, sino con bromas que parecieron inadecuadas para su edad y que revelaban en él una gran corrupción.

Después de acicalarse cuidadosamente y de cenar, a las seis salió a caballo, seguido de su *tigre*, desapareció por la carretera de Brienne y no regresó hasta mucho más tarde.

El hostelero, su mujer y las camareras no habían podido obtener, examinando las maletas del desconocido, dato alguno sobre la identidad y los negocios del mismo, nada que pudiera arrojar ninguna luz sobre el rango, el nombre, la condición o los proyectos del misterioso huésped. Aquello fue de un efecto incalculable. Se hicieron mil comentarios, cuya naturaleza hizo necesaria la intervención del procurador del Rey.

A su regreso, el desconocido permitió que subiera la dueña de la casa, que le presentó el libro, en el que, según las ordenanzas de policía, debía inscribir su nombre, su calidad, la finalidad de su viaje y el punto de procedencia.

—No escribiré nada —dijo a la dueña de la posada—. Si está usted preocupada por esto, puede decir a quien sea que me he negado a hacerlo, y me puede mandar aquí al subprefecto, ya que carezco de pasaporte. Sobre mí, seguramente, le harán muchas preguntas, señora —prosiguió— y sobre ellas puede contestar lo que le plazca; no quiero que usted sepa nada sobre mi persona. Si me atosiga usted, me iré al *Hotel de la Poste*, en la plaza del Puente, y piense que tengo intención de quedarme aquí unos quince días... Ello me molestaría mucho, porque me consta que es usted hermana de Gothard, uno de los protagonistas del asunto Simeuse.

—¡Basta, señor! —dijo la hermana de Gothard, el intendente de Cinq-Cygne.

Después de esto, el desconocido pudo hacer que la dueña de la posada se quedara con él un par de horas, aproximadamente, y le hizo contar todo lo que sabía de Arcis, interrogándola sobre las fortunas, los intereses, y los funcionarios. Al día siguiente, desapareció nuevamente a caballo, seguido también por su *tigre*, y no regresó hasta medianoche.

Con ello puede comprenderse la broma gastada por Cecilia, y que la señora Beauvisage creyó carecía de fundamento. Cecilia y Beauvisage, sorprendidos por la orden del día formulada por Severina, se sintieron encantados. Mientras su mujer planchaba un vestido para ir a casa de la señora Marion, el padre excitó a su hija a hacer las suposiciones naturales en cualquier muchacha en semejante caso. Después, fatigado por el día que había pasado, se fue a acostar en cuanto la madre y la hija hubieron partido.

Como deben adivinar los que conocen Francia y la Champaña, lo cual no es la misma cosa, o si se quiere, las ciudades pequeñas, aquella noche había un gentío enorme en casa de la señora Marion. El triunfo del hijo del coronel Giguët fue considerado como una victoria conseguida sobre el conde de Gondreville, y con

semejante elección parecía quedar asegurada para siempre la independencia de Arcis. La noticia de la muerte del infortunado Carlos Keller fue mirada como un aviso del cielo, e impuso silencio a todas las rivalidades. Antonino Goulard, Federico Marest, Olivier Vinet, el señor Martener, en suma, todas las autoridades que hasta entonces habían frecuentado aquel salón cuyas opiniones no les parecían ser demasiado contrarias al gobierno creado por la voluntad popular en julio de 1830, acudieron a él según su costumbre, pero poseídos todos ellos de una curiosidad cuya finalidad era la actitud que adoptaría la familia Beauvisage.

El salón, restablecido en su forma, no presentaba huella alguna de la sesión que parecía haber sellado el destino del abogado Giguet. A las ocho, estaban funcionando cuatro mesas de juego, en cada una de las cuales se sentaban cuatro jugadores. El salón pequeño y el comedor estaban llenos de gente. Nunca, con la excepción de las grandes solemnidades o de un baile, la señora Marion había podido ver grupos reunidos a la entrada del salón, formando como la cola de un cometa en el comedor.

—Es la aurora del favor —le dijo Olivier, indicando aquel espectáculo tan regocijante para una dueña de casa a la que le gusta recibir.

—Nadie sabe hasta dónde puede llegar Simón —respondió la señora Marion—. Estamos en una época en la que las personas que tienen perseverancia y condiciones pueden aspirar a todo.

Esta respuesta iba dirigida más bien a la señora Beauvisage que al propio Vinet. La señora Beauvisage hacía en aquel momento su entrada en el salón, acompañada de su hija, y se dirigía hacia ella, para saludarla y felicitar a su amiga.

Para evitar toda pregunta indirecta, y eludir cualquier interpretación de palabras lanzadas al aire, la madre de Cecilia tomó posiciones en una mesa de whist, y concentró la atención de su espíritu para ganar cien fichas. ¡Cien fichas eran cincuenta sueldos!... Cuando un jugador pierde una cantidad semejante en Arcis, se habla durante dos días de ello.

Cecilia se fue a conversar con la señorita Mollot, una de sus más íntimas amigas, y pareció sentir como una multiplicación de su afecto por ella. La señorita Mollot era la beldad de Arcis, del mismo modo que Cecilia era la heredera.

El señor Mollot, secretario del Juzgado de Arcis, vivía en la plaza mayor, en una casa situada en las mismas condiciones en que la de Beauvisage estaba con relación a la plaza del puente. La señora Mollot, constantemente sentada detrás de una de las ventanas de su salón, en la planta baja, se hallaba afectada, a causa de aquella situación, de una crisis de curiosidad aguda, casi, convertida en enfermedad consecutiva, inveterada. La señora Mollot se entregaba al espionaje del mismo modo que una mujer nerviosa habla de sus males imaginarios, con coquetería y pasión. En cuanto un labriego desembocaba por la carretera de Brienne en la plaza, le seguía con la mirada, intentando adivinar lo que había ido a hacer a Arcis; no dejaba su espíritu en reposo, mientras no lo hubiese averiguado. Pasaba la vida juzgando los acontecimientos, los hombres, las cosas y las familias de Arcis. Aquella mujer alta,

delgada, reseca, hija de un juez de Troyes, había aportado en concepto de dote al señor Mollot, antiguo primer pasante de Grévin, una cantidad bastante considerable, con la cual pudo comprar el cargo de secretario de juzgado. Conocido es que un secretario de juzgado tiene la misma categoría que un juez, del mismo modo que en los tribunales reales, el secretario en jefe tiene la de consejero. La posición del señor Mollot, la debía al conde de Gondreville, que con una palabra le había solucionado su nombramiento. Toda la ambición de la casa Mollot, del padre, de la madre, y de la hija, era la de casar a Ernestina Mollot, hija única, con Antonino Goulard. Así, pues, las negativas con que los Beauvisage habían recibido las tentativas del subprefecto, habían estrechado aún más los lazos de amistad de los Mollot con la familia Beauvisage.

—He ahí uno que está impaciente —dijo Ernestina señalando Simón Giguet a Cecilia—. ¡Oh! es evidente que está deseando venir a charlar con nosotras; pero cada persona que entra se cree en la obligación de ir a saludarle, de felicitarle. Le he oído decir más de cincuenta veces: «Creo que ha sido a mi padre más que a mí a quien se han dirigido los votos de nuestros conciudadanos; pero, en cualquier caso, podéis estar seguros de que me entregaré a la defensa no sólo de nuestros intereses generales, sino también a los particulares». Mira, adivino que vuelve a pronunciar las mismas palabras por el movimiento de los labios, y cada vez te mira poniendo ojos de mártir...

—Ernestina —respondió Cecilia—, no te apartes de mí en toda la velada, pues no quisiera tener que pasarme la noche escuchando sus encubiertas proposiciones con frases formadas por ¡ays!, mezclados con suspiros.

—¿Es que no te gustaría convertirte en la mujer de un guardasellos?

—¿No son más que esto? —dijo Cecilia riendo.

—Te aseguro que hace muy poco, justamente antes de que tú llegaras, el señor Miley, el encargado del Registro, en su entusiasmo, pretendía que Simón sería nombrado guardasellos antes de que transcurrieran tres años.

—¿Cuenta con la protección del señor de Gondreville para conseguirlo? —preguntó el subprefecto, que fue a sentarse al lado de las dos muchachas, adivinando que se estaban burlando de su amigo Giguet.

—¡Ah!, señor Antonino —dijo la hermosa Ernestina Mollot— usted le prometió a mi madre enterarse de quién es este ese apuesto desconocido. ¿Qué es lo que sabe de él?

—Los acontecimientos de hoy, señorita, son mucho más importantes que esto —dijo Antonino, sentándose cerca de Cecilia, como un diplomático encantado de escapar a la atención general al refugiarse en la conversación de unas muchachas—. Toda mi vida de subprefecto, o mi futuro de prefecto, depende de ellos...

—¿No dejará que elijan por unanimidad a su amigo Simón?

—Simón es amigo mío, pero el gobierno es mi dueño, y espero hacer todo cuando esté en mi mano para impedir que Simón triunfe en su empeño. Y ahí está la señora

Mollot, que me deberá su cooperación, como esposa que es de un hombre que debe lealtad al gobierno.

—No pedimos otra cosa que poder ayudarle —replicó la secretaria— Mollot me ha explicado —continuó en voz baja— todo lo que ha sucedido aquí esta mañana... ¡Es lastimoso! Un solo hombre ha demostrado tener inteligencia, y este hombre ha sido Aquiles Pigoult: todo el mundo está de acuerdo en reconocer que sería un orador que destacaría en la Cámara; así, aunque él no tenga nada y mi hija sea una hija única, que pronto podrá disponer de su dote, cifrada en unos sesenta mil francos, además de lo que pueda heredar de nosotros, de lo cual no quiero hablar, y las herencias del tío de Mollot, el molinero, y la de mi tía Lambert, la de Troyes, que debe venir a parar a nosotros, pues bien, le declaro a usted que si el señor Aquiles Pigoult quisiera hacernos el honor de pensar en ella y nos la pidiese por esposa, yo se la daría, siempre claro está, que mi hija le aceptase; porque esta pequeña boba sólo quiere casarse según su fantasía... Es la señorita Beauvisage la que le mete esta clase de ideas en la cabeza...

El subprefecto recibió aquella doble andanada como hombre consciente de que posee treinta mil libras de renta y espera una prefectura.

—La señorita tiene razón —respondió, mirando a Cecilia—, pero ella es lo bastante rica para poder contraer su matrimonio por amor...

—No hablemos de matrimonio —dijo Ernestina—. Está usted poniendo triste a mi pobre Cecilia que, no hace más que unos instantes, me confesaba que no quería que se casaran con ella por su fortuna, sino por amor, y sería capaz de correr una aventura con cualquier desconocido que no supiera nada de lo que pasa en Arcis, ni de las herencias que la convierten en una especie de *lady* Creso, y vivir una novela en la que, al final, se casaría, siendo amada por ella misma...

—Esto sería muy hermoso, en verdad. Ya sabía que la señorita poseía tanta inteligencia y agudeza de espíritu como dinero —exclamó Olivier Vinet, uniéndose al grupo de señoritas y separándose del coro de cortesanos de Simón Giguét, héroe del día.

—Es así, señor Goulard —dijo Cecilia sonriendo— como que hemos llegado, pasando de una cosa a otra, a hablar del desconocido...

—Y, además —dijo Ernestina—, lo ha elegido a él como protagonista de esa novela que acabo de mencionar...

—¡Oh! —dijo la señora Mollot— un hombre de cincuenta años... ¡Vaya pues!...

—¿Cómo sabe usted que tiene cincuenta años? —preguntó Olivier Vinet, sonriendo.

—¡A fe mía! —dijo la señora Mollot— que esta mañana me sentía tan intrigada, que he ido a buscar mis anteojos.

—¡Bravo! —exclamó el ingeniero de obras públicas, que hacía la corte a la madre para poder conseguir a la hija.

—Así pues —prosiguió la señora Mollot— he podido ver al desconocido cómo se

afeitaba, con unas navajas muy elegantes... Son de mango de oro o de plata dorada.

—¡De oro!, ¡de oro! —dijo Vinet—. Cuando algo nos es desconocido debemos imaginárnoslo lo más hermoso posible. Así yo, que declaro que todavía no he tenido ocasión de ver a ese caballero, estoy seguro de que, cuando menos, se trata de un conde^[2]...

Aquello hizo reír a los que formaban el reducido grupo, y aquella risa excitó los celos del grupo de las *solteronas* y la atención del rebaño de hombres en traje negro que rodeaban a Simón Giguet. En cuanto al abogado, estaba desesperado al no poder poner su fortuna a los pies de la acaudalada Cecilia. «Padre mío —pensó el sustituto al verse felicitado por haber hecho un juego de palabras que le parecía demasiado fácil— en qué clase de tribunal me has hecho iniciar mi carrera!». Sí, un conde, señoras y señoritas —continuó—. Un hombre tan distinguido por su cuna como por sus modales, por su fortuna y por su tren, un *lion*, un elegante, ¡un *guante amarillo!*...

—Tiene, señor Olivier —dijo Ernestina— el más lindo tálburi que se haya visto jamás.

—¡Cómo! Antonino, esta mañana no dijiste nada sobre el tálburi cuando hemos estado hablando sobre el conspirador; pero el poseer un tálburi constituye una circunstancia atenuante; con ello se demuestra que no puede tratarse de un republicano...

—Señoritas, nada hay que yo no fuera capaz de ser para poder satisfacer su curiosidad... —dijo Antonino Goulard—. Vamos a saber si se trata de un conde con M o de un conde con N.

—Este cuento quizá se convierta en historia —dijo el ingeniero del distrito.

—Una historia para uso de los subprefectos —comentó Olivier Vinet.

—¿Cómo podrá conseguirlo? —preguntó la señora Mollot.

—¡Oh! —replicó el subprefecto— pregunte usted a quién escogería la señorita Beauvisage por marido, si se viera condenada a tener que elegir entre los presentes, y jamás conseguiría de ella una respuesta... Deje usted al poder su coquetería. Estén ustedes tranquilas, señoritas, de que antes de diez minutos sabrán con seguridad si el desconocido es un conde o un viajante de comercio.

Antonino Goulard abandonó el reducido grupo de las señoritas, ya que en él se hallaban, además de la señorita Berton, hija del recaudador de contribuciones, joven insignificante que representaba el papel de satélite al lado de Cecilia y de Ernestina; la señorita Herbellot, solterona de treinta años, agria, delgada, hermana del segundo notario de Arcis, y que vestía como todas las solteronas: llevaba, sobre un vestido de alepín verde una pañoleta bordada, cuyas puntas, reunidas en el talle por delante, se anudaban a la moda que reinaba durante la época del Terror.

—Julián —dijo el subprefecto a su criado que aguardaba en la antecámara— tú que has estado al servicio del señor de Gondreville durante seis meses, ¿sabes cómo es una corona de conde?

—Sí, tiene unas perlas sobre las nueve puntas.

—Pues bien, dale una patada al *Mulo*, e intenta echar un vistazo al tálburi del señor que allí se aloja; después, vuelve a decirme qué es lo que has visto pintado en la portezuela. En fin, hazlo lo mejor que puedas, procura enterarte de todo lo que se dice de él... Si te encuentras con su criado, pregúntale a qué hora puede el señor conde recibir mañana al subprefecto, siempre que hayas visto en la portezuela la corona de nueve puntas rematadas con perlas; no bebas, no hables, regresa inmediatamente, y cuando llegues aquí, házmelo saber asomando la nariz por la puerta del salón.

—Sí, señor subprefecto.

La fonda del *Mulo*, como ya queda dicho, ocupa, en la plaza, la esquina opuesta al ángulo de la pared de cerca de los jardines de la casa Marion, al otro lado de la carretera de Brienne. Así, la solución del problema no podía hacerse esperar. Antonino Goulard regresó al sitio que ocupaba al lado de la señorita Beauvisage.

—Ayer estuvimos hablando tanto rato de este forastero —estaba diciendo en aquel momento la señora Mollot— que he soñado con él toda la noche...

—¡Ah!, ¡ah!, ¿todavía sueña usted, hermosa dama, con los desconocidos? —dijo Vinet.

—Usted es un impertinente, y yo sería muy capaz de hacerle soñar conmigo —le replicó ella—. Esta mañana, pues, al levantarme... —Inútil es hacer observar que la señora Mollot es considerada en Arcis como una mujer de ingenio, es decir, que se expresa con tanta facilidad y desenvoltura, que abusa de su ventaja. Un parisino, perdido por aquellos parajes, como le sucedía al desconocido, la habría tal vez encontrado demasiado charlatana—. Estaba haciendo, como es de razón, mi tocado, cuando miré maquinalmente hacia delante...

—Por la ventana... —concluyó Antonino Goulard.

—Pues sí, mi tocador da a la plaza. Y ya saben ustedes que Poupart ha instalado al desconocido en una de aquellas habitaciones cuyas ventanas están situadas frente por frente a las mías...

—¿Una habitación, mamá? —interrumpió Ernestina—. ¡El conde ocupa tres habitaciones!... Su criadito, vestido completamente de negro, está en la primera. La segunda ha sido habilitada como salón, y el desconocido duerme en la tercera.

—Entonces, este señor ocupa la mitad de las habitaciones del *Mulo* exclamó la señorita Herbelot.

—Pero, en definitiva, señoritas, ¿qué es lo que esto puede importar a su persona? —dijo agriamente la señora Mollot, molesta por las interrupciones de las muchachas—. Se trata de saber qué y quién es.

—No interrumpan al orador —dijo Olivier Vinet.

—Como yo estaba agachada...

—Sentada —rectificó Antonino Goulard.

—La señora estaba tal como debía estar —intervino Vinet—. Hacía su tocado y miraba lo que sucedía en el *Mulo*. En provincias, bromas como ésta son toleradas, porque desde mucho tiempo atrás ya está dicho todo entre todos, y no se tiene

necesidad de recurrir a las tonterías que nos ha impuesto la introducción en nuestras costumbres de la hipocresía inglesa, una de las mercancías contra las cuales las aduanas son impotentes.

—No interrumpen al orador —repitió, sonriendo, la señorita Beauvisage dirigiéndose a Vinet, con el cual cambió una sonrisa.

—Mi mirada se dirigió, involuntariamente, hacia la ventana de la habitación en la que había dormido el desconocido; ignoro la hora a que se acostó, pero debió ser muy tarde, porque yo no me dormí hasta muy pasada la medianoche... Tengo la desgracia de estar casada con un hombre que ronca de tal modo que hace temblar techos y paredes... Si consigo ser la primera en conciliar el sueño, tengo un sueño tan pesado que no oigo nada; pero si es Mollot el que me toma la delantera, paso toda la noche en vela...

—¡Podéis intentar dormir simultáneamente! —dijo Aquiles Pigoult que se había ido a reunir al alegre grupo—. Ya veo que están hablando de su sueño y de cómo duerme...

—Cállese usted, ¡malvado! —replicó graciosamente la señora Mollot.

—¿Tú lo comprendes? —dijo Cecilia al oído de Ernestina.

—Así pues, puedo asegurar que una hora después de haber sonado la medianoche, aún no había regresado al Hotel —dijo la señora Mollot.

—La ha defraudado a usted. ¡Regresar sin que usted lo sepa! —dijo Aquiles Pigoult—. ¡Ah!, este hombre debe ser sumamente astuto, nos meterá a todos dentro de un saco, y nos venderá en la plaza del mercado.

—¿A quién? —preguntó Vinet.

—¡Qué sé yo! A un negocio, a una idea, a un sistema —respondió el notario a quien el sustituto sonrió con aire sagaz.

—Juzguen ustedes mi sorpresa —continuó la señora Mollot— cuando vi una tela de una magnificencia, de una belleza, de un brillo... Yo me digo: sin duda lleva un vestido para estar por casa hecho con aquella tela que vimos en la exposición de productos industriales que fuimos a visitar. Voy entonces a buscar los anteojos, y examino... Pero, ¡Dios mío!, ¿qué es lo que veo? Por debajo del batín, allí donde debía de haber una cabeza, veo una masa enorme, algo como una rodilla... No, me es difícil explicarles cuánta ha sido mi curiosidad...

—Lo concibo perfectamente —dijo Antonino.

—No, no puede usted concebirlo —dijo la señora Mollot— ya que aquella rodilla...

—¡Ah!, ya comprendo —dijo Olivier Vinet, riéndose a carcajadas— el desconocido estaba también lavándose y lo que vio usted eran sus dos rodillas...

—No, ¡claro que no! —exclamó la señora Mollot—, me hacen ustedes decir incongruencias. El desconocido estaba de pie, y sostenía una esponja sobre un inmenso balde, y déjese ya de gastar bromas, señor Olivier. Me he dado perfecta cuenta de lo que usted quiere dar a entender...

—¡Ah!, la palabra reconocido, la compromete a usted, señora —dijo Antonino Goulard.

—Permítanme que acabe —dijo la señora Mollot—. Era su cabeza. Se estaba lavando la cabeza, y en ella no tiene ni un solo pelo... ¡Está completamente calvo!

—Entonces yo tenía razón cuando decía que nuestro desconocido tiene cincuenta años. No se utiliza peluca siendo más joven. Y en efecto, al cabo de un rato, terminado su aseo, el desconocido ha abierto la ventana; le he podido ver provisto de una soberbia cabellera negra, y me ha visto cuando yo me asomaba al balcón. De modo, mi querida Cecilia, que no creo elijas a este caballero como héroe de tu romance.

—¿Por qué no? Los hombres de cincuenta años no son desdeñables, especialmente cuando son condes —dijo Ernestina.

—Puede tener cabellos —dijo maliciosamente Olivier Vinet— y, en este caso, sería perfectamente matrimoniable. La cuestión está en saber si realmente ha mostrado a la señora Mollot su cabeza calva, o...

—¡Cállese usted! —dijo la señora Mollot.

Antonino Goulard se dio prisa en despachar al criado de la señora Marion al *Mulo*, con órdenes para Julián.

—¡Dios mío!, ¿qué puede importar la edad de un marido? —dijo la señorita Herbelot.

—Esto, siempre que exista el tal marido —replicó el sustituto, que se distinguía por la fría ironía de sus bromas.

—Pero —replicó la solterona, acusando el epigrama— yo preferiría para marido a un hombre cincuentón, indulgente y bondadoso, lleno de atenciones para con su esposa, que un joven de veintitantos años sin alma, y cuya malicia haría daño a todos, incluso a su mujer.

—Esto está muy bien en una conversación —dijo Olivier Vinet—, ya que para preferir un hombre de cincuenta años a un mozo, hay que tener donde poder escoger.

—¡Oh! —dijo la señora Mollot para detener aquella lucha entre la solterona y el joven Vinet que tenía visos de llegar demasiado lejos— cuando una mujer tiene experiencia, sabe que un marido de cincuenta años o uno de veinticinco, es absolutamente la misma cosa, cuando es amado... Lo importante, en el matrimonio, son las ventajas y conveniencias que puedan encontrarse en él. Si la señorita Beauvisage desea ir a París, para figurar en sociedad, y en su lugar —yo lo desearía también, pensando lo mismo—, no escogería a mi marido entre los hombres de Arcis... Si yo hubiese tenido la fortuna que ella tendrá, hubiese concedido mi mano a un conde, a un hombre que me hubiese colocado en una elevada posición social, y no me hubiera preocupado de consultar su partida de nacimiento.

—Le hubiera bastado a usted ver como se lavaba —dijo en voz baja Vinet a la señora Mollot.

—Pero el rey es quien hace a los condes, señora —comentó la señora Marion, que

desde hacía un rato estaba vigilando el círculo de las señoritas.

—¡Ah, señora —replicó Vinet— hay algunas muchachas que aman a los que ya han sido nombrados condes!...

—Señor Antonino —dijo entonces Cecilia riéndose del sarcasmo de Vinet— sus diez minutos han transcurrido ya, y todavía no sabemos si el desconocido es conde o no.

—El gobierno debe ser infalible —dijo Olivier Vinet, mirando a Antonino.

—Voy a cumplir mi promesa inmediatamente —replicó el subprefecto viendo aparecer por la puerta del salón la cabeza de su criado. Y abandonó de nuevo su sitio cerca de Cecilia.

—¿Están ustedes hablando del forastero? —preguntó la señora Marion—. ¿Saben algo sobre él?

—No, señora —respondió Aquiles Pigoult— pero él es, sin saberlo, como un atleta en un circo, el centro hacia el que convergen las miradas, de dos mil habitantes. Pero yo sé algo sobre él —añadió el pequeño notario.

—¡Ah!, díganoslo, señor Aquiles —pidió con vivacidad Ernestina.

—Sé que su criado se llama Paraíso...

—¡Paraíso! —exclamó la señorita Herbelot.

—¡Paraíso! —repitieron todos los que formaban el grupo.

—¿Existe semejante nombre? —preguntó la señora Herbelot, tomando asiento al lado de su cuñada.

—Esto tiende a demostrar —prosiguió el notario— que su dueño es un ángel; ya que si su criado le sigue por todas partes... Ya comprenden...

—Sí, es el camino del Paraíso. Es algo hermoso esto —dijo la señora Marion, que intentaba llevar a Aquiles Pigoult hacia los intereses de su sobrino.

—Señor —decía en el comedor el criado de Antonino a su dueño— el tálburi lleva en las portezuelas pintado un escudo...

—¡Un escudo!...

—Y, señor, vea, las armas son curiosísimas... Sobre él, hay pintada una corona de nueve puntas, con perlas...

—Entonces es un conde.

—Se ve en él a un monstruo que corre como si tuviera que avasallar todo, igual que un postillón al que se le ha olvidado algo. Y he aquí lo que está escrito en una banderola —dijo sacando un papel de su faltriquera—. La señorita Aniceta, la doncella de la princesa de Cadignan, que acaba de traer, en coche, claro está (el coche de los Cinq-Cygne está parado delante del *Mulo*), una carta de ese señor, y me ha copiado lo que está aquí escrito...

—¡Dádmelo!...

Y el subprefecto leyó: «Quo me trahit fortuna». Aunque no estaba lo bastante fuerte en Heráldica francesa para saber cuál era la casa que llevaba aquella divisa, Antonino pensó que los Cinq-Cygne no podían prestar su coche, y la princesa de

Cadignan mandar un propio a una persona que no perteneciera a la más alta nobleza.

—¡Vaya!, veo que conoces a la doncella de la princesa de Cadignan... Eres hombre afortunado... —dijo Antonino a su criado.

Julián, muchacho nacido en la región, después de haber servido seis meses a Gondreville, había entrado a servir al señor subprefecto, que deseaba tener un criado de alto estilo.

—Pero, señor, si Aniceta es la ahijada de mi padre. Mi padre quería mucho a esta muchacha, cuyo padre murió, y la mandó a París para que aprendiera a coser, porque mi madre no podía aguantarla.

—¿Es bonita?

—Sí, bastante, señor subprefecto. La prueba es que en París tuvo bastantes líos; pero, en fin, como posee cualidades, como sabe hacer vestidos, sabe peinar, entró a servir en casa de la princesa por recomendación del señor Marín, el primer ayuda de cámara del duque de Maufrigneuse...

—¿Qué te ha dicho de Cinq-Cygne? ¿Hay mucha gente allí?

—Mucha, señor. Están la princesa y el señor d'Arthez..., el duque de Maufrigneuse y la duquesa, el joven marqués... En fin, el castillo está casi lleno... Esta noche es esperado el señor obispo de Troyes...

—¿Monseñor Troubert?... Me gustaría saber si piensa permanecer en el castillo mucho tiempo...

—Aniceta lo cree así, y cree también que monseñor va al castillo para entrevistarse con el conde que se aloja en el *Mulo*. Se espera también la llegada de otras personas. El cochero ha dicho que se ha hablado mucho de las elecciones... El señor presidente Michu debe pasar allí unos días...

—Trata de conseguir que venga esa camarera a la ciudad con el pretexto de buscar algo... ¿Tienes alguna intención con respecto a ella?...

—Si tuviera algo, no diría nada... Es muy simpática...

—Dile que te venga a ver a la subprefectura.

—Sí, señor, ahora voy...

—No le hables de mí. Si lo haces, no vendrá; proponle un empleo ventajoso...

—¡Ah!, señor... yo he servido en Gondreville.

—Tú no sabes el porqué de ese mensaje de Cinq-Cygne, mandado a tales horas, pues son ya las nueve y media...

—Parece que se trata de algo muy urgente, ya que el conde, que acababa de regresar de Gondreville...

—¿El forastero ha estado en Gondreville?...

—Ha estado cenando allí, señor subprefecto. Y ahora le voy a decir algo que da risa. El pequeño criado está, con todos mis respetos, borracho como una cuba; ha bebido en la cocina tanto vino de Champaña que las piernas no le aguantan; seguramente los criados de la casa, para gastarle una broma, le habrán hecho beber más de lo que podía resistir.

—¿Y el conde?

—El conde, que estaba ya acostado cuando le llevaron la carta, se ha levantado inmediatamente. Están enganchando los caballos al tálburi; ahora se está vistiendo. El conde va a pasar la velada a Cinq-Cygne.

—¿Es entonces un gran personaje?

—Sí, señor, puede estar seguro de ello, pues Gothard, el intendente de Cinq-Cygne, ha venido esta mañana a ver a su cuñado Poupart, y le ha recomendado la mayor discreción en todo lo que se refiere a este señor, y que le sirviera como si se tratara del mismo rey...

«¿Tendrá razón Vinet?, se dijo el subprefecto. ¿Se tratará de alguna conspiración...?».

—Quien ha mandado a Gothard al *Mulo* ha sido el duque Jorge de Maufrigneuse. Si Poupart ha estado aquí, esta mañana, en la asamblea que se ha celebrado, es porque el conde ha querido que viniera. Si ese señor le dice a Poupart que esta misma noche debe ponerse en camino para París, tenga la seguridad de que no dejará de hacerlo... Gothard le ha dicho que debía ponerse absolutamente a disposición de ese señor, y que procurara alejar de él a los curiosos.

—Si puedes conseguir que Aniceta venga, no dejes de avisármelo... —dijo Antonino.

—Si el señor quiere que vaya a su casa de Val-Preux, puedo verla en Cinq-Cygne.

—Es una buena idea. Puedes aprovechar el coche para ir allí... Pero ¿qué es lo que tienes que decirme del pequeño criado?

—Ese muchacho es un tunante, señor subprefecto. Figúrese usted que, borracho como está, acaba de partir montando el magnífico caballo inglés de su amo, un caballo capaz de correr siete leguas en una hora, para llevar una carta a Troyes a fin de que pueda llegar mañana a París... ¡Y sólo tiene nueve años y medio! ¿Qué será cuando tenga veinte?

El subprefecto escuchó maquinalmente este último comentario administrativo. Y entonces, Julián charló durante unos minutos. Antonino Goulard escuchaba a Julián, mientras pensaba en el desconocido.

—Aguarda —dijo el subprefecto a su criado.

«¡Qué embrollo...! —se decía regresando con paso lento—. Un hombre que cena con el conde de Gondreville y que pasa la noche en Cinq-Cygne... ¡Esto sí que es misterioso!...».

—¿Qué hay? —le preguntaron los del círculo de la señorita Beauvisage en cuanto reapareció.

—Es un conde, y de la más pura cepa, les respondo de ello.

—¡Cómo me gustaría conocerle! —exclamó Cecilia.

—Señorita —dijo Antonino sonriendo, y mirando a la señora Mollet maliciosamente— es un hombre alto y bien parecido, y no usa peluca... Su criadito está tan borracho como las uvas; en la cocina de Gondreville le han abrevado con

vino, y ese muchacho de nueve años le ha contestado a Julián, que le ha mencionado la peluca de su amo, con el orgullo de un viejo lacayo: «¡Mi amo una peluca! Si la usara, se la quitaría de un manotazo... Se tiñe el pelo, y con esto ya es bastante».

—Sus anteojos agrandan mucho los objetos —dijo Aquiles Pigoult a la señora Mollot, que se puso a reír.

Finalmente, debo decirles que el *tigre* del lindo conde, borracho como está, galopa en estos momentos en dirección a Troyes para llevar una carta, y llegará allí, aunque sea de noche, en cinco cuartos de hora.

—Yo querría ver al *tigre* —dijo Vinet.

—Si ha cenado en Gondreville —dijo Cecilia— no nos será difícil saber quién es ese conde; papá va a ir allí mañana por la mañana.

—Lo que puede parecerles más extraño es que desde Cinq-Cygne acaban de despachar a Aniceta, la doncella de la princesa de Cadignan, para que vaya a ver al desconocido, y que éste va a pasar la noche allí...

—Ése no es un hombre —dijo Olivier Vinet— es un demonio, un ave fénix. Si es amigo de los castillos, es capaz de *pocularar*.

—Vaya, señor —dijo la señora Mollot— emplea usted unas palabras...

—*Pocularar* es una palabra puramente latina, señora, respondió con seriedad el sustituto...—. Sería capaz de *pocularar* con el rey Luis Felipe por la mañana, y banquetear en Holy Rood, por la tarde, con Carlos X. Existe una única razón que permite a un cristiano estar con los dos partidos, con los Capuletos y con los Montescos. Ahora ya sé quién es ese desconocido. Es...

—¿Es?... —interrogaron de todos lados.

—... el director de los ferrocarriles de París a Lyon, o de París a Dijon, o de Montereau a Troyes.

—¡Es verdad! Lo has adivinado —dijo Antonino—. Únicamente la banca, la industria o la especulación pueden ser tan bien acogidas por todos.

—Si, en los momentos presentes, los grandes apellidos, las grandes familias, la antigua y la joven nobleza, se lanzan a paso de carga para entrar a formar parte de las sociedades anónimas —dijo Aquiles Pigoult.

—Los francos atraen a los Francos —comentó Olivier Vinet, sin reírse esta vez.

—No puede decirse de usted que sea el olivo de la paz^[3] —dijo la señora Mollot, sonriendo.

—Pero ¿no es desmoralizador ver los apellidos Verneuil, Maufrigneuse, o d'Herouville, realizar, juntos con los du Tillet y Nucingen, operaciones de bolsa?

—Nuestro desconocido debe ser, decididamente, un ferrocarril en ciernes —dijo Olivier Vinet.

—Mañana todo Arcis estará convulsionado —dijo Aquiles Pigoult—. Iré a visitar a ese caballero para tratar de ser el notario del asunto. Por lo menos habrá que redactar un par de miles de actas.

—Nuestra novela se está convirtiendo en una locomotora —dijo tristemente

Ernestina a Cecilia.

—Un conde convertido en ferrocarril, realmente no tiene nada de conyugal. Pero ¿es soltero?

—Mañana, por mi abuelo, lo sabré —dijo Cecilia con un entusiasmo burlón.

—¡Qué broma tan divertida! —exclamó la señora Marion, con una risa forzada—. Pero cómo, Cecilia, mi pequeña gata, puedes pensar en el desconocido...

—El marido es siempre un desconocido —dijo rápidamente Olivier Vinet haciendo a la señorita Beauvisage un signo que ésta comprendió maravillosamente.

—¿Y por qué no puedo pensar en él? —preguntó Cecilia—. No creo que tenga nada de comprometedor. Ya que estos señores aseguran que es un gran especulador o un gran señor... Pues a fe mía, que tanto lo uno como lo otro no me disgustarían. ¡Me gusta París! Quiero tener coche, casa propia, un palco en los Italianos, etc.

—¡Esto está bien! —dijo Olivier Vinet—. Cuando uno sueña, no tiene por qué negarse nada. Por otra parte yo, si tuviera el honor de ser su hermano, la casaría a usted con el joven marqués de Cinq-Cygne, que me parece un muchacho alegre, capaz de hacer danzar los escudos y de burlarse de las repugnancias que pueda experimentar su madre hacia los actores del gran drama en el que el padre de nuestro presidente tuvo la desdicha de perder la vida.

—¡Más fácil le sería a usted llegar a primer ministro! —dijo la señora Marion—. ¡Jamás podrá existir una alianza entre la nieta de los Grévin, y los Cinq-Cygne!...

—Romeo logró casarse con Julieta —dijo Aquiles Pigoult—, y la señorita es mucho más hermosa que...

—Ya veo que están ustedes hablando de ópera —dijo ingenuamente Herbelot, el notario, que acababa de terminar su partida de whist.

—Mi colega —dijo Aquiles Pigoult— no está muy fuerte, que digamos, en historia medieval...

—Ven, Malvina —dijo el gordo notario sin contestar a su joven cofrade.

—Diga, señor Antonino —preguntó Cecilia al subprefecto— ha mencionado usted a Aniceta, la doncella de la princesa de Cadignan... ¿Es que la conoce usted?

—No; pero la conoce Julián: es la ahijada de su padre, y se llevan bien.

—Intente, por Julián, conseguirla para nosotros; mamá no repararía en el sueldo...

—Señorita, escucharla equivale a obedecerla, se dice en Asia a los déspotas —replicó el subprefecto—. Para servirla a usted verá como procedo.

Salió para dar orden a Julián de que fuera a buscar a Aniceta al coche que tenía que regresar a Cinq-Cygne, y convencerla a cualquier precio.

En aquel momento, Simón Giguet, que acababa de terminar sus piruetas orales con todos los personajes influyentes de Arcis, y que se consideraba seguro de su elección, fue a unirse al círculo que rodeaba a Cecilia y a la señorita Mollot. La velada estaba ya muy avanzada. Dieron las diez de la noche. Después de haber consumido enormes cantidades de pasteles, de vasos de horchata, de ponche, de

limonada y de jarabes variados, los que no habían ido aquella noche a casa de la señora Marion con finalidades políticas, y no estaban acostumbrados a aquellos techos, para ellos aristocráticos, se fueron tanto más rápidamente cuanto que no estaban acostumbrados a acostarse tan tarde. La velada, pues, iba a tomar un carácter íntimo. Simón Giguet esperó poder intercambiar algunas palabras con Cecilia, y la miró en plan de conquistador. Aquella mirada hirió profundamente a Cecilia.

—Amigo mío —dijo Antonino a Simón, viendo brillar en el rostro de éste la aureola del triunfo— llegas en un momento en que las gentes de Arcis cometen un gran error...

—Un enorme error —dijo Ernestina, a quien Cecilia dio un codazo—. Tanto Cecilia como yo, estamos locas por el desconocido; nos lo disputamos.

—En primer lugar, hay que aclarar que no es ya un desconocido —dijo Cecilia—. ¡Es un conde!

—¡Qué farsante! —replicó Simón Giguet, con aire despectivo.

—¿Sería usted capaz de decir tal cosa en la cara de un hombre al que la princesa de Cadignan manda a sus criados, que hoy mismo ha cenado en Gondreville, y que va a pasar la velada a Cinq-Cygne? —dijo Cecilia, amoscada. Aquello fue dicho con un tono tan duro, con tanta rudeza, que Simón quedó desconcertado.

—Señorita —dijo Olivier— si se dijera en la cara todo lo que nos decimos a la espalda, no sería posible la existencia de relaciones sociales. Los placeres de la sociedad, especialmente en provincias, consisten en hablar mal los unos de los otros...

—El señor Simón está celoso de tu entusiasmo por el desconocido conde —dijo Ernestina.

—Me parece que el señor Simón no tiene ningún derecho a sentirse celoso por ninguno de mis sentimientos.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento que fulminó a Simón y Cecilia se levantó; todos le dejaron paso franco y fue a reunirse con su madre, que acababa sus cuentas de la partida de whist.

—¡Pequeña mía! —exclamó la señora Marion corriendo detrás de la heredera—. Me parece que has estado muy dura con mi pobre Simón.

—¿Qué es lo que ha hecho mi querida gatita? —preguntó la señora Beauvisage.

—Mamá, Simón ha abofeteado a mi desconocido con el calificativo de farsante.

Simón siguió a su tía, y llegó al terreno de las mesas de juego. Los cuatro personajes cuyos intereses eran tan importantes, se encontraron entonces reunidos en el centro del salón. Cecilia y su madre, a un lado de la mesa, y la señora Marion y su sobrino, en el otro.

—En verdad, señora —dijo Simón Giguet— debe usted confesar que son ganas de encontrar defectos en alguien, para enfadarse por lo que acabo de decir de un caballero del que habla todo Arcis y que se hospeda en el *Mulo*...

—¿Es que considera usted que le hace la competencia? —dijo bromeando la

señora Beauvisage.

—Estaría verdaderamente indignado con él si fuera la causa de la menor desavenencia entre la señorita Cecilia y yo —dijo el candidato, mirando a la muchacha con aire suplicante.

—Ha estado usted muy decidido al dictar su sentencia, señor, lo que demuestra que el día de mañana podría convertirse en un déspota; pero quizá tenga usted razón, si lo que desea es llegar a ministro, hay que mostrarse duro e inflexible...

En aquel momento la señora Marion tomó a la señora Beauvisage por el brazo y se la llevó hacia un sofá. Cecilia, al verse sola, fue a reunirse con el círculo en que antes había estado, para no tener que escuchar la respuesta que Simón estaba a punto de darle, y el candidato quedó solo, estúpidamente plantado al lado de la mesa, y se puso a jugar maquinalmente con las fichas que había encima de ella.

—Hay fichas de consolación —dijo Olivier Vinet, que seguía de lejos aquella pequeña comedia. Estas palabras, aunque dichas en voz baja, fueron oídas por Cecilia, que no pudo evitar la risa.

—Mi querida amiga —estaba diciendo la señora Marion, en voz baja, a la señora Beauvisage— ya ve usted que, actualmente, nada hay que pueda impedir la elección de mi sobrino.

—Estoy encantada por ello, tanto por vosotros como por la Cámara de los Diputados —dijo Severina.

—Mi sobrino, querida amiga, llegará muy lejos... Y he aquí el porqué: la fortuna de que es ya dueño, la que le dejará su padre, y la mía, producirán unos treinta mil francos de renta... Cuando uno es diputado, y está respaldado por una fortuna como ésta, puede aspirar a todo.

—Señora, puede contar con nuestra admiración, y nuestros mejores deseos le seguirán durante toda su carrera política; pero...

—No le pido a usted una respuesta —dijo rápidamente la señora Marion, interrumpiendo a su amiga—. Le ruego, únicamente, que reflexione sobre esta proposición. ¿Nuestros hijos se convienen? ¿Podemos casarlos? Podríamos vivir en París durante todo el tiempo que durasen las sesiones de la Cámara; y, ¿quién sabe si el diputado por Arcis no tendrá que fijar en la capital su residencia por desempeñar un alto cargo en la magistratura?... Fíjese en la carrera que está haciendo el señor Vinet de Provins. Se criticó a la señorita de Chargeboeuf por haberse casado con él; y ahora es la esposa de un guardasellos, y el señor Vinet será par de Francia cuando lo desee.

—Señora, yo no soy dueña de casar a mi hija a mi gusto. De acuerdo su padre y yo, la dejamos en completa libertad para elegir. Si deseara casarse con el *desconocido*, siempre que se trate de un hombre honrado, le concederíamos nuestra autorización. Pero, además, Cecilia depende totalmente de su abuelo, que en el contrato de matrimonio le regalará una residencia en París, la residencia Beauséant, comprada hace diez años para nosotros, y que hoy en día puede valer ochocientos mil

francos. Es uno de los más hermosos edificios del faubourg Saint-Germain. Y ha destinado doscientos mil francos más para los gastos de mobiliario. Un abuelo que se preocupa de este modo por su nieta, y que obligará a mi suegra a realizar algunos sacrificios económicos más en favor de su nieta con vistas a un matrimonio conveniente, tiene derecho al consejo...

—¡Claro que sí! —dijo la señora Marion, estupefacta por aquella confidencia que hacía aún más difícil el matrimonio de su sobrino con Cecilia.

—Cecilia no podría esperar nada de su abuelo Grévin si contrajera matrimonio sin el consentimiento de éste —prosiguió la señora Beauvisage—. El yerno que mi padre me había escogido acaba de morir; ignoro cuales son sus nuevos proyectos. Si tiene usted alguna proposición que hacer, le ruego vaya a ver a mi padre.

—Iré —dijo la señora Marion.

La señora Beauvisage hizo una seña a Cecilia, y las dos abandonaron el salón.

Al día siguiente, Antonino y Federico Marest se encontraron, siguiendo su costumbre, después de comer, con Martener y Olivier, bajo los tilos de la Avenida de los Suspiros, fumando unos cigarros puros, y paseando. Este paseo constituye uno de los placeres de las autoridades provincianas, cuando viven en armonía.

Después de dar algunas vueltas por el paseo, Simón Giguet fue a reunirse con los paseantes, y se llevó a su camarada de colegio Antonino más allá de la avenida, al lado de la plaza, con aire misterioso:

—Tú debes seguir siendo fiel a un viejo compañero de estudios, que va a conseguir para ti el botón de la Legión de Honor y una prefectura —le dijo.

—Veo que ya has iniciado tu carrera política —dijo Antonino, riendo—. ¿Es que pretendes corromperme, furioso puritano?

—¿Quieres secundarme?

—Querido amigo, sabes perfectamente que Bar-sur-Aube tiene que venir a votar aquí. ¿Quién puede garantizar una mayoría en tales circunstancias? Mi colega de Bar-sur-Aube se quejaría de mí si yo no hiciera los mismos esfuerzos que él en favor del gobierno, y tu promesa está condicionada, mientras que mi destitución es segura.

—Pero yo no tengo competidores.

—Esto es lo que tú crees —dijo Antonino— pero...

—Se presentará alguno, no dudes de ello.

—Y mi tía, sabiendo que estoy sobre ascuas no viene... —exclamó Giguet—. ¡He pasado tres horas que valen por tres años!... —Y dejó escapar su secreto. Confesó a su amigo que la señora Marion había ido a proponerle al viejo Grévin como pretendiente oficial de Cecilia.

Los dos amigos habían llegado hasta la altura de la carretera de Brienne, frente al *Hotel del Mulo*. Mientras el abogado tenía la vista fija en la pendiente calle por la cual su tía debía venir procedente del puente, el subprefecto examinaba los arroyuelos que las lluvias habían dejado en el suelo de la plaza. Arcis carece de pavimentación, ya que los llanos de la Champaña no proporcionan ninguno de los materiales

adecuados para la construcción, y mucho menos adoquines suficientemente grandes para ser empleados en la pavimentación de calles y plazas. Solamente una o dos calles, y algún que otro sitio aislado, están imperfectamente macadamizadas, y no hay que decir el estado en que se hallaban en cuanto caían cuatro gotas. El subprefecto parecía estar preocupado por este importante problema; pero no por eso se le escaparía ninguno de los sufrimientos íntimos que se dibujaban en la faz alterada de su amigo.

En aquel momento, el desconocido regresaba del castillo de Cinq-Cygne, en el que, presumiblemente, había pasado la noche. Goulard decidió resolver personalmente el enigma de que estaba rodeado el desconocido, el cual, físicamente, se había envuelto en aquella clase de gabanes de tamaño reducido que son conocidos con el nombre de paletos, entonces de moda; una manta echada sobre las piernas del desconocido, impedía se pudiera ver nada de su cuerpo; por último, un enorme pasamontañas de cachemira roja le tapaba el rostro, excepto los ojos. El sombrero, colocado picarescamente de lado, nada tenía, no obstante, de ridículo. Jamás misterio alguno fue tan misteriosamente envuelto, ocultado.

—¡Cuidado! —gritó el *tigre*, que precedía, a caballo, al tálburi—. ¡Señor Poupart! ¡Abra! —gritó con voz aguda.

Acudieron los tres mozos del *Mulo*, y el tálburi entró en la posada sin que nadie pudiera ver ni un solo rasgo del desconocido. El subprefecto siguió las huellas del tálburi, y se presentó en el dintel de la puerta de la posada.

—Señora Poupart, quiere usted decir al señor... al señor...

—No sé cómo se llama —dijo la hermana de Gothard.

—¡Pues esto está mal! Ya sabe usted que las ordenanzas de policía son muy explícitas, y que el señor Groslier no se anda con chiquitas, como todos los comisarios de policía que no tienen nada que hacer.

—Los posaderos, en tiempos de elecciones, no cometen errores de esta clase —dijo el *tigre*, que en aquel momento se apeaba del caballo.

«Tengo que repetirle esto a Vinet», se dijo el subprefecto. «Ve a preguntar a tu amo si puede recibir al subprefecto de Arcis». Y Antonino Goulard se reunió con los otros tres paseantes, que se habían detenido al borde de la avenida al ver que el subprefecto se hallaba conversando con el *tigre*, ilustre ya en Arcis, a causa de su apellido y de sus salidas.

—El señor ruega al señor subprefecto tenga la bondad de subir; estará encantado de recibirle —le comunicó Paraíso al subprefecto, instantes después.

—Muchacho —le dijo Olivier—. ¿Cuánto te paga tu dueño, por tener a su servicio a un chico de tu pelo y de tu ingenio?

—¿Pagar, señor?... ¿Por quién nos toma usted? El señor conde se deja timar... y yo me siento satisfecho.

—Este niño ha ido a una buena escuela —dijo Federico Marest.

—¡A la mejor y más alta escuela de todas, señor procurador del Rey! —replicó

Paraíso, dejando a los cinco amigos atónitos por su desfachatez.

—¡Vaya Fígaro! —exclamó Vinet.

—No es cuestión de rebajarnos —replicó el muchacho—. Mi profesor se llama Roberto Macario. Desde que he aprendido a conseguir algún dinero, no carezco de rentas, como Fígaro.

—¿De dónde lo sacas?

—Hay carreras en las que he llegado a ganar mil escudos... sin necesidad de engañar a mi amo, señor...

—¡Muchacho sublime! —dijo Vinet—. Conoce las carreras de caballos.

—Y a todos los *gentlemen riders* —dijo el muchacho, sacándole la lengua a Vinet.

—Los caminos del Paraíso llevan muy lejos... —dijo Federico Marest.

Acompañado por el dueño de la posada, Antonino Goulard encontró al desconocido en la habitación convertida en su sala de estar, y se vio bajo la mirada de un monóculo sostenido de la manera más impertinente.

—Señor —dijo Antonio Goulard con algo de altanería— acabo de enterarme, por la mujer del posadero, de que se niega usted a acatar lo dispuesto en las ordenanzas de policía, y como estoy convencido de que es usted persona distinguida, he querido venir personalmente...

—¿Se apellida usted Goulard? —preguntó el desconocido con voz nasal.

—Sí, soy el subprefecto, señor... —respondió Antonino Goulard.

—¿Su padre de usted no pertenecía al partido de los Simeuse?...

—Yo, señor, pertenezco al partido del gobierno; ya ve como cambian los tiempos.

—¿No tiene usted un criado llamado Julián, que intenta llevarse a la doncella de la princesa de Cadignan?...

—Caballero, no permito que nadie me hable de esta forma —dijo Goulard—. No sabe usted con quién está hablando...

—Y usted pretende saber con quién lo está haciendo —respondió el desconocido—. Me voy a dar a conocer... En el libro registro del posadero pueden poner los siguientes datos: *Impertinente... Procedente de París... Preguntón... Edad dudosa... Viaja por placer...* Sería esto una verdadera y beneficiosa innovación en Francia, ya que creo ha llegado el momento de imitar a Inglaterra en su método de dejar que la gente vaya y venga a su antojo, o según le apetezca, sin importunarla, sin exigir continuamente *documentación...* Carezco de pasaporte ¿qué es lo que piensa hacer conmigo?

—El señor procurador del rey está ahí abajo, en la avenida... —dijo el subprefecto.

—El señor Marest... Le ruego le salude de mi parte...

—Pero ¿quién es usted?

—Lo que usted quiera que sea, mi estimado señor Goulard —dijo el desconocido— ya que es a usted a quien le corresponde decidir *qué* es lo que debo ser en este

distrito. Deme usted un buen consejo sobre *quién* debo ser. Tenga, lea esto. Y el desconocido alargó al subprefecto una carta, concebida en los siguientes términos:

PREFECTURA DEL AUBE

(*Despacho*)

»Señor subprefecto:

«Se pondrá usted de acuerdo con el portador de la presente para las elecciones de Arcis, y accederá a todo cuanto le pida. Le notifico que deberá usted guardar la más estricta discreción, y tratarle de acuerdo con los merecimientos de su posición».

Esta carta estaba escrita y firmada por el prefecto.

—Ha estado usted hablando en prosa sin saberlo —dijo el desconocido, volviendo a tomar la carta.

Antonino Goulard, que ya estaba algo impresionado por el aire aristocrático y los modales de aquel personaje, se volvió respetuoso.

—¿Y cómo, señor? —preguntó el subprefecto.

—Al querer convencer a Aniceta... Ha venido a contarnos las tentativas de corrupción de Julián, al que podríamos calificar de Julián el Apóstata, ya que ha sido vencido por el joven Paraíso, mi *tigre*, y ha terminado por confesar que usted pretendía hacer entrar a Aniceta al servicio de la casa más rica de Arcis. Y como la casa más rica de Arcis es la de Beauvisage, no he dudado ni un solo momento de que era la señorita Cecilia la que pensaba disfrutar de este tesoro.

—Sí, señor, así es...

—Pues bien, mañana mismo, Aniceta entrará al servicio de los Beauvisage.

Lanzó un silbido. Paraíso se presentó con tal rapidez que el desconocido le dijo:

—¡Estabas escuchando!

—Muy a pesar mío, señor conde; ¡las puertas son tan delgadas!... Si el señor conde lo desea, me trasladaré a otra habitación del piso de arriba...

—No, puedes escuchar libremente, estás en tu derecho. Es a mí a quien corresponde hablar bajo cuando no quiero que te enteres de mis cosas... Vas a regresar a Cinq-Cygne y entregarás a Aniceta, de mi parte, esta moneda de veinte francos... Julián creerá haberla convencido. Esta moneda de oro significa que puede seguir a Julián —dijo el desconocido volviéndose hacia Goulard—. Aniceta podrá ser útil para el triunfo de nuestro candidato.

—¿Aniceta?...

—Hace ya treinta y dos años, señor subprefecto, que las doncellas me sirven... Tuve la primera aventura con una de ellas a los trece años, exactamente igual que el Regente, el bisabuelo de nuestro rey... ¿Conoce usted la fortuna de esa señorita de Beauvisage?...

—Es imposible conocerla con exactitud, ya que ayer mismo, en casa de la señora

Marion, la señora Severina dijo que el señor Grévin, el abuelo de Cecilia, entregaría a su nieta la residencia Beauséant y doscientos mil francos en dinero, en concepto de regalo de bodas...

Los ojos del desconocido no revelaron sorpresa alguna; aparentaba considerar aquella fortuna muy mediocre.

—¿Conoce usted bien Arcis? —preguntó a Goulard.

—Soy el subprefecto del distrito, y además he nacido aquí.

—Pues bien, ¿cómo podríamos evitar la curiosidad de la gente?

—Pues, satisfaciéndola. Que el señor conde inscriba su nombre de pila en el registro, y debajo ponga su título.

—Muy bien: el conde Máximo...

—Y si el señor quiere adoptar la profesión de administrador de los ferrocarriles, todo Arcis estará contento al poderse entretener, durante quince días, con esta pista falsa.

—No, prefiero la profesión de ingeniero de canales, es menos vulgar... He venido para revalorizar las tierras de la Champaña. Ésta será, mi querido señor Goulard, una buena razón para hacerme invitar por usted a su casa, junto con los Beauvisage, mañana... tengo necesidad de estudiarlos.

—Me sentiré sumamente honrado en recibirle en mi casa —dijo el subprefecto—, pero debo pedirle indulgencia por la pobreza de mi morada...

—Si tengo el éxito que espero en el asunto de las elecciones de Arcis en la medida de los deseos de aquéllos que me mandan aquí, tenga usted la seguridad, mi querido amigo, de que será usted nombrado prefecto, —dijo el desconocido—. Mire, lea usted —dijo tendiendo a Antonino otras dos cartas.

—Está bien, señor conde —dijo Goulard devolviéndoselas una vez que las hubo leído.

—Recoja usted todos los votos de que pueda disponer el ministerio, y sobre todo, que nadie se dé cuenta de que estamos actuando juntos. Soy un ingeniero interesado en inversiones, y me importan un comino las elecciones...

—Voy a mandarle a usted al comisario de policía para que le obligue a inscribirse en el registro de Poupart.

—Es una buena idea... Adiós señor. ¡Qué país! —exclamó el conde en voz alta—. No se puede dar un solo paso sin que todos, incluso el subprefecto, os siga las pisadas.

—Tendrá usted que entenderse con el comisario de policía, señor, —exclamó, también en voz alta, Antonino.

Al cabo de veinte minutos se comentaba ya, en casa de la señora Mollot, una violenta discusión que había tenido lugar entre el subprefecto y el desconocido.

—¿De qué madera es la rama que ha caído en nuestro fuego? —preguntó Olivier Vinet a Goulard, cuando éste regresó del *Hotel del Mulo*.

—Es un tal conde Máximo, que ha venido para estudiar el sistema geológico de la

Champaña, con la intención de hallar por aquí recursos minerales —respondió el subprefecto, con aire despreocupado.

—Espera reunir capitales en la comarca... —dijo Martener.

—Dudo mucho de que nuestros realistas den algo para la explotación de esas minas —respondió Olivier Vinet, sonriendo.

—¿Qué presume usted, dado el aspecto y los gestos de la señora Marion? —preguntó el subprefecto, cortando la conversación, y señalando a Simón y a su tía, que estaban conferenciando.

Simón se había adelantado al encuentro de su tía, y conversaba con ella en medio de la plaza.

—Pues creo que si hubiese sido aceptado bastaría con una palabra para hacérselo saber —replicó el sustituto.

—¿Y qué? —preguntaron a la vez los dos funcionarios a Simón, que venía bajo los tilos.

—Pues que mi tía tiene buenas esperanzas. La señora Beauvisage y el viejo Grévin, que se disponía a partir para Gondreville, no se han mostrado sorprendidos lo más mínimo por nuestra petición; se ha hablado de las respectivas fortunas, y han querido dejar a Cecilia enteramente libre para que realice la elección. Por último, la señora Beauvisage ha dicho que, en lo que a ella respecta, no pondría objeción alguna a una alianza con la cual se sentiría muy honrada, pero que, no obstante, subordinaba su contestación definitiva a mi nombramiento, y tal vez a mi primera intervención en la Cámara. El viejo Grévin ha hablado de consultar con el conde de Gondreville, sin el consejo del cual jamás adopta una decisión importante.

—Esto quiere decir, mi viejo amigo, que jamás te casarás con Cecilia —dijo claramente Goulard.

—¿Por qué? —preguntó irónicamente Giguet.

—Mi querido amigo, la señora Beauvisage acostumbra a pasar, con su hija y su marido, cuatro veladas por semana en el salón de tu tía; tu tía es la mujer más relevante de Arcis; aunque existan veinte años de diferencia entre ella y la señora Beauvisage, es objeto de su envidia, y ¿no la crees capaz de envolver en fórmulas adecuadas y correctas una negativa?...

—No decir ni sí ni no —añadió Vinet— es decir que no, especialmente teniendo en cuenta las relaciones existentes entre vuestras dos familias. Si la señorita Beauvisage es la fortuna más importante de Arcis, la señora Marion es la persona que goza de mayor consideración en la localidad; ya que con la excepción de la esposa de nuestro presidente, que no sale nunca de casa ni ve a nadie, es la única que puede y sabe mantener un salón; ella es la reina de Arcis. Parece como si la señora Beauvisage deseara emplear las más finas formas de negativa, esto es todo.

—Tengo la impresión de que el viejo Grévin se ha burlado de tu tía, amigo mío —dijo Federico Marest.

—Ayer mismo estuviste atacando al conde Gondreville, tú mismo le has ofendido

gravemente, ya que Aquiles Pigolut tuvo que defenderle valerosamente. ¡Y ahora pretende consultarle sobre tu matrimonio con Cecilia!...

—Es imposible ser más solapado que el anciano abuelo Grévin —dijo Vinet.

—La señora Beauvisage es ambiciosa —respondió Goulard— y sabe muy bien que su hija puede contar con dos millones; aspira a ser la madre política de un ministro o de un embajador, para poder destacar en la sociedad de París.

—¿Por qué no? —dijo Simón Giguet.

—Te deseo muy sinceramente llegues a alcanzar estos cargos —respondió el subprefecto mirando al sustituto, tras lo cual se echó a reír en cuanto estuvieron algo alejados—. ¡Pero, ni tan siquiera será diputado! —dijo a Olivier—. El ministerio ha tomado cartas en el asunto. En tu casa encontrarás una carta de tu padre en la que te insta a asegurarte de las personas de tu oficina cuyos votos pertenecen al ministerio, va en ello tu ascenso, y te recomienda el máximo de discreción.

—¿Por quién deberán votar nuestros ujieres, nuestros escribanos, nuestros jueces de paz y nuestros notarios? —preguntó el sustituto.

—Por el candidato que yo te indicaré.

—Pero ¿cómo sabes que mi padre me ha escrito, y lo que me ha escrito?...

—Por medio del desconocido...

—¡El hombre de las minas!

—Amigo Vinet, como no debemos tener tratos con él, sigamos tratándole como a un forastero... De paso para aquí, ha estado con tu padre, en Provins. Inmediatamente que he estado frente a él, el tal personaje me ha saludado dándome a leer una nota del prefecto, en la que me dice que debo seguir, en todo y por todo, en lo concerniente a las elecciones de Arcis, las instrucciones que me dé el conde Máximo. No podía dejar de tener que librar una batalla, lo sabía muy bien. Vamos a comer juntos, y emplazaremos nuestras baterías: para ti, se trata de convertirte en procurador del rey en Mantes, y para mí, de ser prefecto. No debe parecer que nos mezclamos en las elecciones, ya que nos encontramos entre el yunque y el martillo. Simón es el candidato de un partido que pretende derribar el actual ministerio, y que puede conseguirlo; pero para personas tan inteligentes como nosotros, sólo hay un partido...

—¿Cuál?

—El de los que hacen y deshacen los ministerios... Y la carta que me ha enseñado es de uno de estos personajes que son compañeros inseparables del pensamiento inmutable.

Antes de seguir adelante, es necesario explicar quién era aquel ingeniero de canales o de minas, y qué era lo que había ido a hacer en la Champaña.

Aproximadamente unos dos meses antes del triunfo de Simón Giguet como candidato, a las once, en una casa del faubourg Saint-Honoré, en el momento en que se iba a servir el té en casa de la señora marquesa d'Espard, el caballero d'Espard, su cuñado, decía, dejando la taza y mirando al grupo de personas reunidas junto a la chimenea:

—¿No os parece que Máximo estaba muy triste esta tarde?...

—Hay que reconocer que su tristeza es bastante justificable —respondió Rastignac—. Ha cumplido ya los cuarenta y ocho años, a esa edad ya no se tienen amigos; y después de haber enterrado a Marsay, Máximo ha perdido al único hombre capaz de comprenderle, de servirle, y de servirse de él...

—Sin duda debe de tener deudas apremiantes, ¿no podrías hacer algo para aliviar su situación? —dijo la marquesa de Rastignac.

Por aquellos días, Rastignac era, por segunda vez, ministro, y hacía poco que había sido nombrado conde, casi a su pesar; su suegro, el barón de Nucingen, había sido nombrado par de Francia; su hermano era obispo; el conde de la Roche-Hugon, su cuñado, era embajador, y estaba considerado como indispensable en las futuras combinaciones ministeriales.

—Siempre te olvidas, mi querida marquesa —respondió Rastignac— de que nuestro gobierno únicamente cambia el dinero por oro; se desentiende totalmente del valor de los hombres.

—¿Es que Máximo es hombre capaz de saltarse la tapa de los sesos? —preguntó du Tillet.

—¡Ah!, ya veo que lo que tú quieres es que todos mis acreedores queden tranquilos de una vez —respondió al banquero el conde Máximo de Trailles, del que todos creían que se había marchado ya.

Y el conde se levantó, como una aparición, del fondo de un sillón colocado detrás del que ocupaba el caballero d'Espard. Todos se rieron.

—¿Quieres una taza de té? —le dijo la joven condesa de Rastignac, a la que la marquesa había rogado hiciera los honores de la casa en su lugar.

—La acepto encantado —respondió el conde, yéndose a situar delante de la chimenea.

Aquel hombre, el príncipe de los maleantes de París, se había podido mantener hasta entonces en la posición elevada que ocupan los *dandies* en la sociedad, conocidos en aquellas fechas por *guantes amarillos*, y más tarde, por *leones*. Consideramos inútil explicar la historia de su juventud, llena de aventuras galantes y marcada por la participación en dramas horribles en los cuales siempre había sabido guardar las conveniencias. Para aquel hombre, las mujeres no fueron jamás otra cosa que un medio, y no creía ni en sus penas, ni en sus placeres; las consideraba, como el difunto Marsay, unas niñas mal criadas. Después de haberse comido su propia fortuna, había devorado la de una mujer célebre, conocida por la *Bella Holandesa*, madre de la famosa Ester Gobseck. Después, había sido la desgracia de la señora de Restaud, la hermana de la señora Delfina de Nucingen, madre de la joven condesa de Rastignac.

La sociedad de París ofrece a un observador curiosidades casi inimaginables. La baronesa de Nucingen estaba en aquellos momentos en el salón de la señora d'Espard, ante el autor de todos los males y desventuras de su hermana, ante un asesino que

había matado la felicidad de una mujer. He aquí por qué, sin duda, la señora de Nucingen había comido en casa de la marquesa con su hija, casada desde hacía un año con el conde de Rastignac, que había iniciado su carrera política ocupando el cargo de subsecretario de Estado en el célebre ministerio Marsay, el único estadista que ha producido la Revolución de Julio.

Únicamente el conde Máximo de Trailles conocía la gran cantidad de desastres que había cometido y los males que había causado; pero siempre había quedado al margen de cualquier crítica, obedeciendo siempre las leyes del *Código-Hombre*. Aunque hubiese disipado durante su vida cantidades más elevadas de las que podían ser capaces de robar todos los ladrones de Francia en el mismo período, la justicia se había mostrado respetuosa con él. Nunca había dejado de cumplir con el honor, y pagaba escrupulosamente sus deudas de juego. Jugador excelente, compartía las mesas de juego con los más grandes señores y embajadores. Cenaba en casa de todos los miembros del cuerpo diplomático. Tenía desafíos, y en su vida había matado a dos o tres hombres, o por mejor decir, les había casi asesinado, pues tenía una habilidad y una sangre fría sin par. Ningún joven le igualaba en el vestir, ni en la distinción de sus modales, ni en la elegancia de sus frases, ni en su desenvoltura, en lo que en otra época se calificaba de tener *aires de grandeza*. En su calidad de paje del Emperador, formado desde los doce años en los ejercicios de equitación, era considerado como uno de los mejores jinetes de París. Siempre había tenido no menos de cinco caballos en sus cuadras, los hacía correr en las carreras, y dominaba siempre la moda. En fin, en un banquete de gente joven no había quien bebiera más que él, y terminaba fresco, dispuesto a volver a empezar, como si la orgía y el desenfreno fueran sus elementos. Máximo, uno de aquellos hombres despreciables, que saben dominar el desprecio que producen por la insolencia de su actitud y el miedo que causan, no abusaba jamás de su situación. De esto procedía su fuerza. Las personas fuertes son siempre sus propios críticos.

Bajo la Restauración había sabido explotar convenientemente su puesto de paje del Emperador; atribuía a sus pretendidas opiniones bonapartistas la repulsión que había hallado en los diferentes ministerios cuando solicitó servir a los Borbones; ya que, a pesar de sus amistades, de su cuna, y de su peligrosa capacidad, nada pudo conseguir, y entró a formar parte del grupo de conspiradores sordos bajo cuya acción sucumbió la rama primogénita de los Borbones. Máximo formó parte de una asociación iniciada, en un principio, con finalidades de diversión (véase *Los Trece*), y que, insensiblemente, fue adoptando finalidades políticas, irnos cinco años antes de la Revolución de Julio. Cuando la rama colateral se puso en marcha, precedida por el pueblo, contra la rama primogénita, y se hubo sentado en el Trono, Máximo volvió a explotar su lealtad a Napoleón, del que parecía acordarse como de su primer amor. Prestó entonces grandes servicios, que le hubiera sido extremadamente embarazoso reconocer, ya que le gustaba ser espléndidamente pagado por personas que sabían mucho de cuentas. A la primera negativa, Máximo se puso en estado de guerra,

amenazando con revelar detalles desagradables, ya que las dinastías que empiezan tienen, como los niños, muchas manchas en sus vestidos.

Durante su ministerio, De Marsay reparó los errores de aquéllos que no habían querido o sabido reconocer la utilidad del personaje que nos ocupa; le encargó de misiones secretas para las cuales son precisas conciencias batidas por el martillo de la necesidad, una habilidad que no retroceda ante nada, impudicia y, sobre todo, sangre fría, ese aplomo, ese golpe de vista que constituye la característica más destacada de los *bravi* de la política. Tales instrumentos son, a la vez, raros y necesarios. Por cálculo, De Marsay ancló a Máximo de Trailles en los mares de la más distinguida sociedad; lo describía como un hombre madurado por las pasiones, instruido por la experiencia, que conocía las cosas y los hombres, al que los viajes y una cierta facultad de observación habían dado amplios conocimientos de los asuntos europeos, de los gabinetes extranjeros y de las alianzas de todas las familias del continente. De Marsay convenció a Máximo de la necesidad de proporcionarse un honor que le fuera propio; le enseñó la discreción, menos como una virtud que como una especulación; le demostró que el poder jamás abandonaría a un instrumento suyo, sólido, seguro, elegante y educado.

—En política, sólo se puede hacer *cantar* una vez —le dijo, reprendiéndole por haber amenazado a alguien.

Máximo era hombre capaz de sondear hasta el fondo la profundidad de aquellas palabras.

Una vez fallecido De Marsay, el conde Máximo de Trailles había vuelto a su vida anterior. Iba a jugar todos los años a los balnearios más famosos, y regresaba a París para pasar el invierno; pero si bien recibía algunas cantidades importantes, procedentes de las profundidades de ciertas cajas extremadamente avaras, aquella media paga, concedida a un hombre intrépido al que se podía utilizar de un momento a otro, y que era confidente de todos los misterios de la contra-diplomacia, era a todas luces insuficiente para las disipaciones de una vida tan espléndida como pudiera serlo la del rey de los *dandies*, del tirano de la moda de cuatro o cinco clubs de París. Por ello, el conde Máximo experimentaba muy frecuentemente intensa inquietud sobre su situación financiera. Al no ser propietario, no le había sido posible consolidar su posición haciéndose elegir diputado; y además, como sus funciones no eran ostensibles, le había sido imposible ponerle el puñal en la garganta a ningún ministerio para conseguir el nombramiento de par de Francia. Y veía que el tiempo iba transcurriendo, y que éste había ido gastando su persona a la vez que su disipación gastaba su dinero. A pesar de su bello exterior, se conocía perfectamente, y no se engañaba a sí mismo; pensaba poner fin a todo aquello, y casarse.

Hombre inteligente, no abusaba de su reputación; sabía perfectamente que era falaz. No habría para él ninguna mujer perteneciente a la alta sociedad ni a la alta burguesía de París; hubiese sido necesario un prodigio de habilidad, de bondad aparente o de servicios prestados para hacerse soportar por cualquier familia

respetable, ya que todo el mundo deseaba su caída, y cualquier paso dado en falso podía ser su perdición. Una vez enviado a la cárcel de Clichy o al extranjero, por alguna letra de cambio impagada, se hundiría en el precipicio en cuyo fondo tantas osamentas políticas hay, sin tener ni la posibilidad de darse consuelo unas a otras. En aquellos precisos momentos ya creía estar percibiendo los crujidos de cierta parte de esa bóveda amenazada de ruina que las deudas elevan por encima de las cabezas parisinas. Había permitido, incluso, que la preocupación apareciera en su frente, y acababa de renunciar a una invitación para jugar en casa de la señora d'Espard, había estado conversando con mujeres dando pruebas de distracción, y había terminado por quedarse absorto y mudo en el sillón del que acababa de levantarse como el espectro de *Banquo*. El conde Máximo de Trailles se sintió blanco de todas las miradas, directas o indirectas, colocado como estaba ante el centro de la chimenea, iluminado por los fuegos cruzados de dos candelabros. Las pocas palabras que se habían dicho sobre él, le habían obligado, en cierto modo, a actuar con altivez, y se comportaba como hombre inteligente y audaz que era, sin arrogancia, pero con apariencia de estar por encima de toda sospecha.

Un pintor no habría podido escoger mejor momento para captar el aspecto verdadero de aquel hombre extraordinario. ¿No es necesario estar dotado de facultades extraordinarias para desempeñar tan extraño papel, para haber estado seduciendo mujeres durante treinta años, para estar decidido a emplear únicamente sus dotes en una esfera escondida, excitando a un pueblo a la revolución, sorprendiendo los secretos de una política artera, no triunfando más que en los reservados y los despachos? ¿No existe algo de grandioso en este ascender a las más altas cimas de la política, y volver a caer, con indiferencia, en el vacío de una vida frívola? ¿Qué hombre, sino éste, hubiese podido resistir las alternativas del juego, los rápidos virajes de la política, manteniendo la elegancia y la corrección en la sociedad y la disipación de los necesarios galanteos? Que hizo de su memoria una biblioteca entera de artimañas y mentiras. ¡Quién hubiera podido encubrir tantas ideas dispares, tantos manejos inconfesables, bajo una impenetrable elegancia de modales! Si el viento del favor hubiese soplado en sus velas siempre izadas, si el azar de las circunstancias hubiese estado al lado de Máximo, hubiese sido un Mazarino, un mariscal de Richelieu, un Potemkin, o quizá, con más propiedad, un Lauzun sin Pignerol.

Al conde, aunque de estatura bastante alta y de constitución más bien delgada, le estaba engordando la barriga, pero la llevaba majestuosamente, según expresión de Brillat-Savarin. Sus vestidos estaban, por otra parte, tan bien hechos que conservaba en toda su persona un cierto aspecto juvenil, algo de ágil, de desenvuelto, debido probablemente a realizar ejercicios físicos, a practicar frecuentemente la esgrima, a montar a caballo, y a ir de caza. Máximo poseía todos los encantos y la nobleza física de la aristocracia, realzado todo ello por su aire de superioridad. Su rostro, alargado y borbónico, estaba encuadrado por unas patillas y por una barba en forma de collar,

cuidadosamente cortada y rizada, lo mismo que el cabello, todo ello de un negro de jade. Este color se obtenía merced a un cosmético indio muy caro, empleado en Persia, y sobre el cual Máximo guardaba el más profundo secreto.

Engañaba así a todos sobre las canas que, desde hacía ya bastante tiempo, poblaban su cabeza. La característica de aquella tintura, de la cual se sirven los persas para teñir sus barbas, es que evita los rasgos excesivamente duros de un rostro; puede matizarse añadiendo más o menos cantidad de índigo, y armonizarse con el color de la tez. Sin duda era esta operación la que había visto llevar a término la señora Molloy; pero la broma de intentar averiguar qué era lo que ésta había visto, duró todavía varias semanas.

Máximo tenía una hermosa frente, los ojos azules, una boca agradable, y el mentón bien formado; pero el contorno de los ojos estaba cubierto de numerosas líneas finas, como si hubiesen sido marcadas por una navaja, perceptibles solamente desde cierta distancia. En las sienes tenía líneas similares. Los ojos, como los de todos los jugadores que se han pasado innumerables noches bajo la luz artificial, estaban cubiertos como por un baluarte; pero, aunque debilitada, no por ello dejaba de ser su mirada terrible, asustaba. Se notaba detrás de ella un ardor amortecido, una lava de pasiones imperfectamente apagadas. Aquellos labios, otrora frescos y rojos, tenían igualmente tonos fríos; ya no aparecían como una línea recta, ahora se inclinaban hacia la derecha. Tal sinuosidad parecía indicar la presencia de la mentira. El vicio había hundido aquellos labios, pero los dientes se conservaban hermosos y blancos.

Toda aquella marchitez desaparecía en el conjunto de su fisonomía y de su persona. Las formas seguían siendo tan seductoras que ningún hombre joven podía competir con él, montando a caballo por el bosque de Bolonia, ya que se mostraba más joven y más ágil que el más joven y más ágil de los demás. Aquel privilegio de juventud eterna fue característica de algunos hombres de su tiempo.

El conde era tanto más peligroso, cuanto parecía flexible, indolente, y no dejaba entrever el espantoso poder de acción que poseía. Aquella impresionante indiferencia, que le permitía secundar una sedición popular con la misma habilidad con que podía intervenir en una intriga cortesana, para poder reafirmar la autoridad de un príncipe, tenía una cierta gracia, un cierto encanto. Nunca se desconfía, en Francia, de la calma, de la indolencia; estamos acostumbrados a ver mucho ajeteo por las cosas más mínimas.

Vestido según la moda de 1839, el conde llevaba un traje negro, un chaleco de cachemira azul oscuro bordado con florecillas de un azul más claro, pantalón negro, calcetines de seda gris y zapatos relucientes. Su reloj, guardado en uno de los bolsillos del chaleco, estaba unido a uno de los ojales por una elegante cadena.

—Rastignac —dijo aceptando la taza de té que la hermosa señora de Rastignac le tendía—, ¿quieres venir conmigo a la embajada de Austria?

—Amigo mío, todavía hace poco tiempo que estoy casado como para no desear

quedarme con mi mujer.

—¿Quieres decir que más tarde?... —dijo la joven condesa, volviéndose y mirando a su marido.

—Más tarde puede ser el fin del mundo —respondió Máximo—. Pero ¿no es una manera muy linda de hacerme ganar mi pleito, dándome a la señora por juez?

El conde, con gesto gracioso, atrajo a la linda condesa a su lado; le escuchó ella unas palabras, miró a su madre, y enfrentándose con Rastignac le dijo: «Si quieres ir con el señor de Trailles a la embajada, mi madre puede acompañarme».

Instantes más tarde, la baronesa de Nucingen y la condesa de Rastignac salían juntas. Máximo y Rastignac descendieron también muy poco después, y cuando estuvieron ambos sentados en el coche del barón, el recién casado dijo:

—¿Qué es lo que quieres de mí, Máximo? ¿Qué sucede para que me arrastres por los pelos? ¿Qué es lo que le has dicho a mi mujer?

—Que tenía necesidad de hablar contigo —respondió el señor de Trailles—. ¡Tú, sí que eres feliz! Has terminado por casarte con la única heredera de los millones de Nucingen, y la verdad es que te la has ganado limpiamente... después de veinte años de trabajos forzados.

—¡Máximo!

—Pero yo estoy en evidencia ante todo el mundo —continuó diciendo sin tener en cuenta la interrupción—. Soy un miserable, un du Tillet se atreve a preguntar si tendría el valor de suicidarme. Es hora ya de tomar una decisión. ¿Pretenden o no deshacerse de mí? Tú puedes saberlo, tú lo sabrás —dijo Máximo haciendo un gesto para imponer silencio a Rastignac—. He aquí mi plan, escúchalo. Ahora te toca a ti prestarme un servicio, pues yo ya te los he prestado a ti, y puedo prestarte todavía algunos más. La vida que llevo me aburre, y deseo buscarme un retiro. Te ruego me secundes en la consecución de un matrimonio que me proporcione medio millón: una vez casado, nómbrame ministro plenipotenciario en cualquier república miserable de Centroamérica. Permaneceré en dicho cargo todo el tiempo que sea preciso para legitimar un cargo similar en Alemania. Si es que valgo para algo, sacarán provecho de mí, si no valgo para nada, me darán las gracias. Tal vez para entonces tenga ya algún hijo y sea severo con él: su madre será rica, haré de él un diplomático, y es posible que llegue a embajador.

—He aquí mi respuesta —dijo Rastignac—. Hay una lucha, mucho más intensa de lo que el vulgo cree, entre las posibilidades de un niño de pañales y un muchacho. La fuerza en mantillas es la Cámara de los Diputados, la cual, sin estar contenida por una cámara hereditaria...

—¡Cómo se ve que tú eres par de Francia!

—En mi situación actual ¿no crees que podría serlo en cualquier régimen?... —dijo el par de nuevo cuño—. Pero no me interrumpas, estoy pensando en ti, en todo este pastel. Llegará un momento, como nos decía De Marsay, en que la Cámara será el único gobierno existente en el país, y ya sabes que éste fue el único hombre capaz

de salvar a Francia en cuanto gobierno, ya que los pueblos no mueren jamás, son libres o esclavos, y se limitan a esto. La potencia, muchacho, es la realeza coronada en el mes de agosto de 1830. El ministerio actual está ya vencido, ha disuelto la Cámara, y quiere celebrar nuevas elecciones para que el ministerio que siga no tenga que realizarlas; pero no tiene confianza alguna en la victoria. Si resultara victorioso en las elecciones, la dinastía estaría en peligro; mientras que, si el ministerio es derrotado, el partido dinástico podrá luchar, con ventaja, durante cierto tiempo. Los errores de la Cámara aprovecharán a una voluntad que, desgraciadamente, lo es todo en política. Cuando se consigue serlo todo, como le sucedió a Napoleón, se ve llegar el momento en el que es necesario buscar una continuación, y como se ha tenido buen cuidado de ir apartando a las verdaderas personalidades, el que está arriba no puede ya encontrar ningún sustituto. El sustituto es lo que ahora se llama un gabinete, y en Francia no hay ninguno, y sí únicamente una serie de opiniones transitorias. En Francia, únicamente los gobernantes cometen errores, la oposición no puede cometerlos, puede perder tantas batallas como entable, y le basta, como a los Aliados de 1814, con vencer una sola vez. En fin, que con sólo *tres gloriosas jornadas* puede derribarlo todo. Así pues, no es lo mismo considerarse como heredero del poder que detentarlo. Por mis opiniones personales pertenezco a la aristocracia, y por mis opiniones políticas a la realeza de Julio. La casa de Orleans me ha servido para rehacer la fortuna de la mía, y le seré leal para siempre jamás.

—El jamás de Talleyrand, bien entendido —dijo Máximo.

—En estos momentos nada puedo hacer en tu favor —prosiguió Rastignac—; en los próximos seis meses no tendremos el poder. Sí, estos seis meses van a constituir una verdadera agonía, lo sabía; conocemos nuestra suerte. Pero si en medio de la batalla electoral puedes distinguirte con una acción brillante, si puedes conseguir un solo voto, un solo diputado fiel a la causa dinástica, tu deseo será realizado. Puedo mencionar tus buenos deseos y tu disposición, puedo procurarte el conocimiento de todos los documentos secretos, de todos los informes confidenciales, y encontrar en ellos alguna tarea difícil. Si tienes éxito, insistiré sobre tus cualidades, tus dotes, tu lealtad, y reclamaré para ti una recompensa. Tu matrimonio sólo podrás realizarlo, mi querido amigo, en una familia de industriales ambiciosos y en provincias. En París eres demasiado conocido. Se trata, pues, de encontrar a un millonario, a un nuevo rico que tenga una hija y que sienta comezón de pasearse por el parque de las Tullerías.

—Por favor, haz que tu padre político me preste veinticinco mil francos para que pueda esperar la llegada del momento; él mismo se interesará en que no me paguen solamente con agua bendita de la corte, y colaborará a mi matrimonio.

—Eres listo, Máximo, estás desconfiando de mí. Pero a mí me gustan las personas de ingenio, y voy a ocuparme de tu asunto.

Habían llegado. El barón de Rastignac vio, en el salón, al ministro del Interior y se dirigió a hablar con él en un rincón. El conde Máximo de Trailles estaba ocupado,

en apariencia, en dar conversación a la anciana condesa de Listomère; pero, en realidad, estaba pendiente del curso de la que estaban sosteniendo los dos pares de Francia; vigilaba sus gestos, interpretaba sus miradas, y terminó por captar una ojeada, que le pareció favorable, que el ministro le dirigió.

Máximo y Rastignac salieron juntos a la una de la madrugada, y antes de que cada uno de ellos subiera a su coche respectivo, en los peldaños de la escalera, Rastignac dijo a de Trailles:

—Cuando se acerquen las elecciones, ven a verme. De aquí a entonces ya me habré informado del lugar en que la oposición tiene nuevas probabilidades y qué recursos pueden allegar dos inteligencias como las nuestras.

—Lo que urge, ahora, son los veinticinco mil francos —le respondió Máximo de Trailles.

—De acuerdo, pero, de momento, escóndete.

Cincuenta días más tarde, una mañana, antes de salir el sol, el conde de Trailles fue misteriosamente a la calle Bourbon en un coche de alquiler. A la puerta de la magnífica residencia que el barón Nucingen había comprado para su yerno, despidió el fiacre, comprobó si había sido seguido, y después esperó, en una salita, a que Rastignac se levantara de la cama. Minutos después, el ayuda de cámara introducía a Máximo en el despacho del hombre de Estado.

—Mi querido amigo —le dijo el ministro— puedo comunicarte un secreto que será divulgado dentro de dos días por todos los periódicos, pero que, de momento, puede resultarte provechoso. Aquel pobre Carlos Keller, que tan bien bailaba la mazurka, ha muerto en África, cuando era nuestro candidato en el distrito de Arcis. Esta muerte deja un vacío. Aquí tienes la copia de dos informes, uno del subprefecto, y otro del comisario de policía, que avisan al ministro de que la elección de nuestro infortunado amigo podía encontrar serias dificultades. En el del comisario de policía encontrarás multitud de datos interesantes sobre la situación en la localidad, que creo serán suficientes para un hombre como tú, ya que la ambición del rival del pobre finado Keller proviene de su deseo de contraer matrimonio con una rica heredera... A un tan buen entendedor como tú, esto debe bastar. Las Cinq-Cygne, la princesa de Cadignan y Jorge de Maufigneuse están a dos pasos de Arcis; en caso de necesidad, podrás hacer entrar en el juego los votos legitimistas... De modo que...

—No te canses más —dijo Máximo—. ¿Continúa en Arcis el comisario de policía?

—Sí.

—Escríbeme una carta para él.

—Mi querido amigo —dijo Rastignac entregando todo un voluminoso *dossier* a Máximo— aquí encontrarás dos cartas para Gondreville. Has sido paje, él ha sido senador, ya me entiendes lo que quiero decir. La señora Keller es una beata y aquí hay también una carta para ella de la mariscala de Carigliano. La mariscala se ha pasado al partido dinástico, te recomienda entusiásticamente y, por otra parte, podrás

entrevistarte con ella. Sólo tengo que añadir una cosa: desconfía del subprefecto, al que considero capaz de intentar hallar en ese Simón Giguet un punto de apoyo cerca del ex Presidente del Consejo. Si necesitas más cartas, poderes o recomendaciones, escíbeme.

—¿Y los veinticinco mil francos? —preguntó Máximo.

—Firma esta letra de cambio a la orden de du Tillet; aquí tienes el dinero.

—Conseguiré lo que pretendemos —dijo el conde— y ya puedes desde ahora prometer a Palacio que el diputado de Arcis le será devoto en cuerpo y alma. Si fracaso, podéis abandonarme a mi suerte.

Una hora más tarde, Máximo de Trailles corría en tálburi por la carretera de Troyes.

El diputado de Arcis es una de las novelas que Balzac dejó inacabadas. Como casi todas las que se hallan en su mismo caso, había sido largamente meditada y su proyecto recibió diversos títulos sucesivos: Una elección en provincias, El diputado en París, Una elección en Champaña y, finalmente, éste de El diputado de Arcis. Estaba destinada a pintar un aspecto de las costumbres políticas provincianas durante la Monarquía de Julio, bastante parecidas, dicho sea de paso, a las nuestras durante la Restauración.

Su verdadero protagonista era el conde Máximo de Trailles, turbio personaje que aparece reiteradamente en escena a lo largo de la Comedia Humana y que ahora iba a sentar cabeza y contraer matrimonio con Cecilia Beauvisage, después de conseguir que el padre de ésta, Phileas Beauvisage, fuese elegido diputado por Arcis. Aunque Balzac no dejó ningún borrador del final de la novela —ni acostumbraba a escribirlos, a diferencia de Stendhal— ese desenlace se deduce de otros personajes de la Comedia Humana, donde Máximo de Trailles aparece a punto de casarse o recién casado, especialmente el capítulo XLVI de la segunda parte de Beatriz. No se cita allí expresamente el nombre de la nueva condesa de Trailles, pero se dan elementos bastantes para identificar de modo inequívoco a Cecilia Beauvisage: es una provinciana, su padre es diputado y, sobre todo, para expresar sus esperanzas de pulirla, Máximo de Trailles utiliza una expresión tan elocuente como pintoresca: *désembrotonnetdecotonner* (es decir, desembrotonetealgodonar, aunque en nuestra versión aparece simplemente «pulir»), alusión bien transparente a los gorros de algodón que fabricaba Phileas Beauvisage.

El texto de Balzac no se interrumpe en El diputado de Arcis de una manera tan brusca como en Los pequeños burgueses, donde el párrafo final aparece brutalmente truncado. En El diputado de Arcis se llega normalmente al término de la primera parte, que se publicó como folletín en un periódico titulado *L'Union Monarchique* desde el 7 de abril hasta el 3 de mayo de 1847. Al morir Balzac su viuda encargó la terminación de la novela al mismo Charles Rabou que se había encargado de continuar también Los pequeños burgueses. Como buen folletinista, Rabou escribió una formidable masa de cuartillas, de una extensión más de diez veces superior a lo que había escrito Balzac. No sabemos si llegó a conocer los proyectos del autor sobre el futuro desarrollo de la novela. En todo caso los cambió por completo, y de un modo poco afortunado, al introducir en ella a un nuevo personaje de su exclusiva invención, el escultor Dorlange, al que hace elegir diputado del modo que podrán ver los lectores a continuación.

De la farragosa producción de Rabou damos tan sólo la parte que llega hasta la elección. El resto, que forma dos partes con los títulos respectivos de El conde de Sallenaue y La familia Beauvisage, aunque durante muchos años se le haya venido incluyendo en La Comedia Humana, lo consideramos totalmente fuera de lugar. Es más, al admitir en este tomo lo que figura a continuación pecamos, tal vez de demasiado indulgentes, pues la mayor parte de las modernas ediciones francesas,

aunque dejen el desarrollo de la acción en suspenso, ofrecen tan sólo el texto auténtico de Balzac.

SEGUNDA PARTE

CARTAS EDIFICANTES

PREFACIO A LA CARTA

Una vez en posesión de la información proporcionada por la dueña de la posada del *Mulo* y por el subprefecto Antonino Goulard, el señor de Trailles se halló en condiciones de poner en práctica todo el plan para la batalla electoral, un plan que, de puro claro, habrá sido fácilmente presentado por el lector.

Consistía, sencillamente, en oponer a la candidatura de Simón Giguet la de Phileas; y, a pesar de la nulidad de éste y de lo absurdo del personaje, aquella combinación, hay que reconocerlo, tenía muchas probabilidades de triunfo.

Popularizado por su aureola municipal ante la masa de electores indiferentes, Beauvisage tenía una ventaja incontestable: era conocido por todos.

La lógica preside las cosas de este mundo mucho más de lo que pueda pensarse; es como aquellas mujeres con las que, tras numerosas infidelidades, se termina siempre por volver a su lado.

Lo que el sentido común exige es que, llamados a elegir a un representante público, los electores conocieran las aptitudes, la honradez y la manera de pensar del candidato propuesto.

Sin duda esta teoría es frecuentemente alterada en la práctica; pero todas las veces que el rebaño electoral, abandonado a su instinto, puede convencerse de que vota a plena conciencia, se puede estar seguro de que pone todo su amor propio y entusiasmo en pronunciarse en tal sentido; y el conocer a un hombre, y saber cómo se llama y quién es, constituye un excelente principio.

Tanto los electores apasionados como los indiferentes estaban convencidos de que Phileas se uniría al partido de Gondreville. Pues, tratándose de castigar la imprudencia de Simón Giguet, ¿qué candidato no habría sido apoyado por *el virrey de Arcis*? El nombramiento de un hombre que se había atrevido a enfrentarse con él, en flagrante delito de hostilidad e ingratitud, constituía, dada su importancia provincial, algo que necesitaba ser conjurado a cualquier precio.

Su suegro había acogido con cierta estupefacción, poco halagadora para Beauvisage, la noticia de sus ambiciosas pretensiones parlamentarias. Por una vez, el anciano notario había juzgado a su yerno, y para su inteligencia justa y precisa, la idea de un Phileas convertido en hombre de Estado le produjo un desagradable efecto, algo así como una disonancia en una sinfonía. Si bien es verdad que nadie es profeta en su tierra, mucho más verdad todavía es que resulta menos profeta en su propia familia, en el seno de la cual se continúa, durante mucho tiempo, poniendo en tela de juicio los éxitos más manifiestos, de los cuales el público ha dejado ya de preocuparse. Pero una vez pasada la primera impresión, Grévin debía terminar por aclimatarse a la idea de un expediente que, en suma, se ajustaba a sus propósitos sobre el futuro de Severina. Y por otra parte, para salvaguardar la influencia de Gondreville, tan seriamente amenazada, ¿no estaba siempre dispuesto a cualquier sacrificio?

Para los partidos legitimista y republicano, cuyo peso en la elección no era más que relativo, el candidato del señor Trailles poseía un atractivo extraño: su perfecta ineptitud. Sin fuerza suficiente para presentar por sí mismos un candidato, las dos fracciones de la oposición antidinástica tenían en las manos una inapreciable ocasión para poner en ridículo a lo que desdeñosamente calificaban de *orden de cosas*, y podía estarse casi seguro de que, en su alegre desesperación, se unirían entusiásticamente para apoyar a aquel absurdo candidato en la esperanza de que fuera un representante idóneo del gobierno que le apoyaba.

Por último, dentro del seno mismo de la fracción centro-derechista, adoptada provisionalmente por Simón Guignet, Beauvisage podía producir una profunda escisión, ya que él también manifestaba su oposición dinástica, y al mismo tiempo que le aseguraba el concurso de la influencia ministerial, el señor de Trailles procuraría que adoptara el mismo matiz político del ambiente en que operaba, que era, sin duda, el más popular. Pero sea cual fuere el bagaje de convicciones que el incorruptible mandatario se llevara a París, su horóscopo estaba hecho: en cuanto apareciera una vez en los salones de las Tullerías, la más sencilla de las augustas seducciones harían de él un seide, si es que las maniobras previas ministeriales no habían conseguido ya el mismo resultado. El interés por la administración pública quedaba reducido, para aquel cortesano electoral, a una cuestión totalmente personal: saber si en su nueva condición de candidato electo podría conseguir un título de suegro.

Primera cuestión, la dote; segunda cuestión, la hija le gustaba: la una, sin duda alguna; la otra sin que se le ocultaran todas las imperfecciones de una educación provinciana que se vería obligado a revisar de arriba a abajo, pero que no ofrecería demasiadas dificultades para un profundo conocedor de la psicología conyugal.

Era evidente que la señora Beauvisage se sentía superior a su marido; que era una ambiciosa, que a pesar de sus cuarenta y cuatro años, bien cumplidos, aún escuchaba los latidos de su corazón. Podían concentrarse los ataques sobre ella con fuego de diversión, para dirigirlo posteriormente sobre la hija. ¿Hasta dónde se podría llegar en la acción sobre las fortificaciones avanzadas? Cuestión que se tendría que resolver según las circunstancias.

En todo caso, frente a las dos mujeres Máximo se sentía poderosamente protegido por su título, por su reputación de hombre mundano, y por sus magistrales aptitudes para servirles de iniciador en cuantas dificultades les presentara la vida social en París; por último, siendo el promotor de los éxitos políticos de Beauvisage, lo que proporcionaría una feliz revolución en la vida de las dos desterradas champañesas, ¿no podía esperar de ellas el señor de Trailles el más sincero reconocimiento?

No obstante, para el éxito de su campaña matrimonial, existía una seria dificultad. Era preciso conseguir el consentimiento del viejo Grévin, que no era hombre capaz de entregar a su Cecilia en matrimonio sin antes haberse enterado detalladamente del pasado del pretendiente. Y, una vez hechas las averiguaciones, sería muy de temer

que en la tempestuosa biografía de un quincuagenario, de vuelta ya de todo, no apareciese, para el escrupuloso anciano, el compendio entero de seguridades y conveniencias exigidas por su prudencia.

La clase de misión gubernamental encargada al señor de Trailles en Arcis tenía una apariencia de seriedad y de confianza muy adecuadas para neutralizar el alcance de determinados informes. Antes de terminar esa misión, al tiempo que se realizaba, bajo el mayor secreto, el trabajo de captarse la confianza del señor Gondreville, procuraría halagar a Grévin y aparecer ante él con cierta aureola. Máximo estaba asimismo decidido a emplear la habilidad atribuida a Gribouille, consistente en arrojar al agua para evitar el remojón. Adelantándose a la posible desconfianza del viejo notario, había aparentado dudar de su propia capacidad, y, a modo de precaución contra la influencia de sus antiguos entusiasmos, se había propuesto pedir que en el contrato de esponsales se incluyera una cláusula consignando el régimen de separación absoluta de bienes. De este modo la familia Grévin se aseguraba contra cualquier recaída en sus antiguas costumbres de prodigalidad. En cuanto a él, era asunto suyo el procurarse influencia bastante sobre su mujer para conseguir por la fuerza de los sentimientos o por cualquier otro procedimiento, la parte de autoridad conyugal de la que voluntariamente se había despojado en el contrato.

De momento nada contradijo la prudencia, sabiduría y lucidez de sus prevenciones. En cuanto se hubo presentado, la candidatura de Beauvisage ardió como un reguero de pólvora, y el señor de Trailles vio en el éxito de sus previsiones tantas posibilidades en su favor que se creyó autorizado a escribir a Rastignac para comunicarle la feliz y completa realización de cuanto se le había ordenado.

Pero de pronto se alzó una contra-candidatura contra el triunfador Beauvisage que, hay que decirlo todo, para fortuna de nuestra historia se presentaba en condiciones tan excepcionales e imprevistas que la descripción de las minúsculas miserias electorales tendrían suficiente interés para sustituir al drama más profundo e interesante.

El hombre que en esta historia desempeña una misión tan elevada estaba llamado a desempeñar en ella un papel tan importante que no es necesario presentarle con dilatadas explicaciones retrospectivas. Pero, además, al punto a que ha llegado la narración, si se suspendiera inopinadamente la marcha de los acontecimientos, ¿no sería proceder contra todas las reglas del arte y exponerse a la cólera de la crítica, ese piadoso gendarme de la ortodoxia literaria?

Ante una tal dificultad, el autor podría verse en muchas dificultades si no tuviera la fortuna de disponer de una correspondencia en la que, con una vida y una animación que posiblemente él no hubiese podido comunicarles, se hallan reunidos y expuestos todos los detalles indispensables que deben ser conocidos por el lector.

Estas cartas deben leerse atentamente. Al volver a aparecer en ellas varios personajes de la COMEDIA HUMANA, se producen numerosos hechos totalmente necesarios para la comprensión del presente drama. Una vez haya tenido lugar su

desfile y la narración vuelva al instante en que la hemos abandonado, sin sacudidas, por sus propios pasos, proseguirá su curso y estamos seguros de que la introducción transitoria de la fórmula epistolar, su unidad, que puede parecer, por un instante, perjudicada, recobrará su verdadero carácter.

I

EL CONDE DE L'ESTORADE A MARIE GASTON ^[4]

Estimado Señor:

Siguiendo sus deseos, me he entrevistado con el señor prefecto de policía para saber si la piadosa intención de la cual me pone en conocimiento por su carta fechada en Carrara, podía encontrar alguna oposición por parte de la autoridad.

El prefecto me ha explicado que el decreto imperial de 23 de prarial del año XII, por el cual se sigue regulando todo lo referente a inhumaciones, establece, de la manera más inequívoca, el derecho de todo ciudadano a hacerse enterrar en su propiedad. Por lo tanto le bastará a usted con procurarse un permiso de la prefectura del departamento de Seine-et-Oise, y sin otra formalidad puede efectuar el traslado de los restos mortales de la señora Marie-Gaston al mausoleo que se propone construirle en su parque de Ville-d'Avray.

Una vez dicho esto, por mi parte me atrevo a hacerle a usted algunas objeciones. ¿Está usted completamente seguro de que los Chaulieu, con los cuales no vivía en perfecta inteligencia, no le pondrán dificultades?

En efecto, ¿no podrían ellos, hasta cierto punto, sentirse lesionados en sus derechos al trasladar de un cementerio comunal a una propiedad cerrada una sepultura que, como a usted, les es querida? Ya que en definitiva, y esto es evidente, de realizarse su proyecto, siempre le sería legalmente factible a usted prohibirles el acceso a la propiedad.

Aunque sé perfectamente que, en estricto derecho, la mujer, muerta o viva, pertenece al marido, con total exclusión de sus parientes, incluso los más próximos, pienso que la animadversión de la cual ha recibido usted más de una prueba no lleve a los parientes de la señora Marie-Gaston a plantear su oposición en el terreno judicial, lo cual resultaría sumamente desagradable.

Estoy seguro de que, si tal sucediera, usted ganaría el pleito, ya que la influencia del duque de Chaulieu ya no es la que era en tiempos de la Restauración; pero ¿ha pensado en todo el veneno que la palabra de un abogado puede verter sobre un asunto como éste, cuando al fin y al cabo se limitaría a abogar por una reclamación lógica y respetable, la de un padre, una madre y dos hermanos que sólo piden no ser despojados de la dolorosa felicidad de estar al lado de una tumba querida para rezar sobre ella?

Si es necesario, por otra parte, comunicarle mi pensamiento completo, le diré que no es sino con sincera pena como le veo a usted preocupado en echar un nuevo alimento a su dolor, demasiado tiempo inconsolable.

Todos nosotros habíamos supuesto y esperado que, tras dos años de residencia en

Italia, regresaría a Francia más resignado, y que terminaría por exigir a la vida activa algunas de sus distracciones. Evidentemente, esta especie de templo que usted se propone erigir para perpetuar sus recuerdos, en un lugar abundante en ellos, no puede servir más que para eternizar su amargura, y, sinceramente, no puedo alabarle, si es que busca el olvido.

No obstante, como hay que emplear los amigos en lo que realmente pueden hacer, he realizado gestiones ante el señor Dorlange, gestión que usted me encomendó; pero sus ideas no han encontrado demasiado entusiasmo en él.

Sus primeras palabras, cuando me he hecho anunciar de parte de usted, han sido las de que no tenía el honor de conocerle, y esta curiosa respuesta, por extraña que pueda parecerle, ha sido dado con tanta naturalidad que, en los primeros momentos, he creído se trataba de algún error debido a confusión de apellidos.

No obstante, como sea que poco más tarde su olvidadizo amigo me explicó que había estudiado en Tours, y como, según confesión propia, era el mismo señor Dorlange que, en 1831, en circunstancias absolutamente excepcionales, obtuvo el gran premio de escultura, no tuve la menor duda de su identidad. Me expliqué entonces su falta de memoria por la larga interrupción, indicada ya por usted, en sus relaciones. Su proceder probablemente le debió herir más intensamente de lo que podía usted figurarse, y cuando aparentó haberse olvidado incluso de su nombre, se trataba únicamente de una esperada venganza.

Pero no residía ahí el obstáculo real.

Recordando la fraternal amistad que les unió a ustedes en cierta época de la vida, me resistía a considerar el malhumor del señor Dorlange inexorable. De modo que, después de manifestarle la naturaleza del trabajo del que debería encargarse, me disponía a iniciar algunas explicaciones, relativas a los agravios que pudiera haber recibido, cuando, de repente, me he hallado con un obstáculo imprevisto.

—Dios mío —me dijo— la importancia del encargo que me encomienda, esta seguridad de no tener que ahorrar nada para conseguir una obra grandiosa y perfecta, esta invitación a que vaya a Carrara para que dirija, personalmente, la extracción de los mármoles, todo esto constituye lo máximo que pueda desear un artista, y en otra época lo habría aceptado con verdadero entusiasmo. Pero, en estos momentos en que tengo el honor de recibirle, sin haber expresado todavía mi intención de abandonar la carrera de las armas, puedo decirle que estoy a punto de entrar en la vida política. Mis amigos me instan a que me presente en las próximas elecciones y ya comprenderá, señor, que si resultara elegido, la complicación que entrañan los deberes parlamentarios, obligándome a iniciar una nueva vida, constituirían, durante mucho tiempo, un obstáculo suficientemente importante para que pudiera abordar con el recogimiento necesario una obra digna de mí.

—Tendría que tratar —añadió el señor Dorlange— con un gran dolor, que busca consuelo en el monumento proyectado. Este dolor será, naturalmente, impaciente; y yo estaré tardo, distraído, desconcentrado: lo mejor sería, pues, que se dirigiera a

otro; lo cual no me impide mostrarme, como es mi deber, agradecido y honrado por la confianza que se me ha testimoniado.

A continuación de aquel pequeño *speech*, bastante bien hecho, como puede usted comprobar, y en el cual su amigo se relamía, quizá demasiado prematuramente, con sus futuros éxitos parlamentarios, hubo un momento en que me pasó por la imaginación exponerle la hipótesis de un posible fracaso de su candidatura y en tal caso nos hallaríamos imposibilitados de renovarle la petición. Pero luego consideré que nunca se puede insinuar a un candidato la posibilidad de un fracaso electoral, y como me hallaba en presencia de un hombre profundamente herido no quise, por una impertinencia inoportuna, arrojar aceite sobre las ascuas. Me limité a decirle que lo sentía vivamente, y que le haría saber a usted el resultado de mi gestión. Es inútil le diga que dentro de pocos días sabré a qué atenerme sobre el alcance de esta ambición parlamentaria que tan inoportunamente se ha cruzado en nuestro camino.

Para mí existen mil razones para creer que esta candidatura es una excusa. De ser cierto lo que creo, tal vez haría usted bien en escribirle personalmente al señor Dorlange, ya que su actitud, por otra parte educada y correcta, me ha parecido conservaba un recuerdo aún demasiado vivido de los aparentes males que usted le ha ocasionado, y que estoy seguro sabrá hacerse perdonar.

Sé que para su sensibilidad constituye una dificultad explicar el conjunto de circunstancias excepcionales que acompañaron a la celebración de su boda; ya que, además, se vería usted arrastrado por ella misma a recorrer el mismo camino de los días felices, convertidos, para usted, actualmente, en un verdadero camino de espinas. Pero, según lo que he podido adivinar sobre la predisposición de su amigo, si usted reduce su petición a que ponga a contribución únicamente su talento, procediendo una vez más por mandatario, sería exponerse a una decisión que le colocaría en posición incómoda, y que quizá no le permitiría una negativa. Después de ello, si la gestión que le pido sobrepasara sus fuerzas, tal vez habría otro medio de conseguir su aceptación.

En todas las cosas en las cuales he visto que se entremetía, la señora de L'Estorade siempre me ha parecido portarse como una habilísima negociadora; pero en este caso particular tendría una confianza absoluta en su intervención.

Ella tuvo que sufrir por parte de la señora Marie-Gaston egoísmos apasionados, bastante parecidos al trato del cual se queja el señor Dorlange. Se hallaría mejor que nadie en situación de poderle explicar los arrebatos de esta absorbente vida conyugal que usted supo replegar en sí misma y me parece muy difícil que el ejemplo de largueza y de clemencia que siempre empleó con aquélla a la que llamaba *su querida descarriada* no fuera contagioso para su amigo.

Tiene, por otra parte, todo el tiempo que quiera para meditar sobre el uso que podría hacer de esta gestión. La señora de L'Estorade se encuentra en estos días aquejada de una grave indisposición, consecuencia de su terror maternal. Hace sólo ocho días, nuestra pequeña Nais estuvo a punto de ser atropellada ante sus ojos, y, sin

la intervención de un desconocido que valerosamente se lanzó contra los caballos para detener su alocada carrera, cosa que consiguió, sólo Dios sabe la desgracia que ahora estaríamos llorando.

De esta cruel emoción le quedó a la señora de L'Estorade una excitación nerviosa que en los primeros días nos llenó de inquietud. Aunque hoy se encuentre bastante mejor, no será sino dentro de unos días cuando se hallará en disposición de poder recibir al señor Dorlange, siempre en el caso de que su femenina intervención le parezca a usted deseable y útil.

Pero, mi querido señor, ¿no sería mejor arrancar de cuajo su idea? Un gasto enorme, enojosas discusiones con los Chaulieu, y para usted una revivificación de sus penas: esto es lo que veo. Lo que, no obstante, no quiere decir que, en todo y por todo, no siga estando a sus órdenes, como me obligan a ello los sentimientos de afecto y amistad que usted se merece.

II

LA CONDESA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA OCTAVIA DE CAMPS

París, febrero de 1839.

Querida señora:

De todos los testimonios de simpatía recibidos en ocasión del terrible accidente sufrido por mi pobre niña, ninguno me ha afectado tanto como su magnífica carta.

Para contestar a su afectuosa solicitud, debo decirle que en aquel terrible paso, Nais tuvo una calma y sangre fría maravillosas. Creo que uno no puede hallarse más cerca de la muerte; pero durante el suceso, y después, mi valiente niña ni ha parpadeado, y todo en ella ha revelado el más decidido de los caracteres; así pues, en lo que se refiere a su salud, ¡gracias a Dios!, ni el menor trastorno.

En cuanto a mí, a causa del intenso terror que experimente he sido presa de una serie de convulsiones espasmódicas y, a lo que parece, mi estado ha causado al médico vivos temores durante unos días, tanto que durante ellos temió muy seriamente por mi razón.

Merced a la fuerza de mi temperamento, aquí estoy otra vez casi restablecida, y de esta fatal conmoción no quedaría huella alguna si, por una fatalidad singular, no hubiese venido a conjugarse con otra desagradable preocupación que, desde hace algún tiempo, se ha instalado en mi alma.

Incluso antes de la seguridad que me da de su buena disposición hacia mí, siempre tan benévola, había pensado en invocar el socorro de su amistad y de su consejo; hoy, cuando ha tenido usted la amabilidad de escribirme diciéndome que se sentiría feliz y orgullosa de poderme ayudar en lo que fuera, y me ha recordado a la infortunada Luisa de Chaulieu, la incomparable amiga que me ha quitado la muerte, ¿cómo podría seguir dudando?

Le cojo la palabra, querida señora, y esa exquisita habilidad que en otros días le ayudó a soslayar los más estúpidos comentarios cuando se hallaba usted en la imposibilidad de poder declarar públicamente su matrimonio con el señor de Camps y que le dejaban entregada a curiosidades insolentes y pérfidas^[5], ese tacto singular que en aquella época le ayudó tan eficazmente a vencer una situación en que todo eran problemas y peligros; en una palabra, ese arte maravilloso que le permitió, al tiempo que mantenía su secreto, guardar también íntegramente su dignidad de mujer, voy a solicitarle lo ponga al servicio de esta preocupación que me embarga y cuya existencia he insinuado al principio de estas líneas.

Desdichadamente, para conseguir un diagnóstico del médico hay que explicarle la

enfermedad que se padece, y en esto me parece que el señor de Camps, con toda su capacidad para los asuntos industriales, sería un hombre abominable.

Gracias a esas absurdas fundiciones que ha tenido la idea de adquirir, usted está casi muerta para el mundo, en París. Antes, cuando la teníamos aquí, al alcance de la mano, habría bastado un cuarto de hora de conversación para, tranquilamente, sin estar debidamente preparada para ello, contárselo todo; pero ahora debo concentrarme en mí misma, y pasar, para decirlo con brevedad, por todas las solemnidades de una confesión escrita.

Pero, después de todo, ¿no será mejor afrontar las cosas cara a cara y evitar los circunloquios y los preámbulos, confesándole sencillamente que se trata del desconocido gracias a cuya intervención se salvó mi pobre hija? Desconocido... Permítame que se lo explique.

Es un desconocido para el señor de L'Estorade; desconocido para todos los que presenciaron el accidente; desconocido, si usted quiere, para el mundo entero, pero no desconocido para ésta su humilde servidora, a la cual dedica este hombre, desde hace tres meses, la más obstinada atención.

El que a los treinta y dos años cumplidos, y madre de tres hijos, uno de los cuales tiene ya quince años, haya podido convertirme en el objeto de una tan apasionada atención, le parecerá a usted, aunque no tanto como a mí, algo inverosímil, y de ahí lo ridículo de las desdichas contra las cuales tengo que defenderme.

Y cuando digo que este desconocido es conocido para mí, tengo, una vez más, que hacer un distinguo: pues ni sé su nombre, ni dónde vive, ni nada que se refiera a él, pues nunca lo he encontrado en sociedad, y debo añadir que aunque luce en la solapa la cinta de la Legión de Honor, nada en su aspecto, totalmente desprovisto de elegancia, me hace sospechar que frecuente reuniones sociales en las que nos podamos encontrar.

Esta agotadora obsesión empezó a manifestarse en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, donde, como sabe usted, tengo la costumbre de asistir a misa todos los días. También casi todos los días llevaba a los niños a que tomasen el sol y el aire en los jardines de las Tullerías, ya que el señor de L'Estorade había alquilado para nosotros una casa que no tenía jardín. Esta costumbre, rápidamente observada y comprobada, animó de tal modo a mi perseguidor que lo encontraba siempre en mi camino.

Por otra parte, tan discreto como atrevido, este extraño enamorado se abstenía de acompañarme hasta la puerta, y maniobraba desde larga distancia, con suficiente reserva para que tuviera la consoladora seguridad de que su estúpida asiduidad no atraería la atención de ninguno de los que me acompañaban.

¡No obstante, sólo Dios sabe los sacrificios y obstáculos a que recurrí para despistarle!

Sólo he ido a la iglesia los domingos; mis queridos hijos, con peligro para su salud, los he ido dejando en casa cada vez más o he tenido que inventar pretextos para no acompañarles en sus paseos; y contra todos mis principios de educación y de

prudencia, los he entregado a la vigilancia de domésticos. Las visitas y las compras las realizaba únicamente en coche, lo que no ha impedido que cuando ya creía haber burlado a mi fastidioso seguidor, o cansado su paciencia, estuviera próximo al lugar del accidente de Nais, desempeñando tan honroso y providencial papel.

¿Pero precisamente por esto, por este agradecimiento que desde ahora le debo, no constituye, en una situación ya molesta, una complicación deplorable?

Cansada de su insistencia podía llegar a cortar de raíz, incluso violentamente, su persecución; pero ahora que se ha cruzado en mi camino, ¿qué debo hacer? ¿Qué actitud tomar con él?

¿Abordarle para expresarle mi agradecimiento? Esto sería darle alas, y ¿trataría de aprovecharse del paso dado por mí para modificar la naturaleza de nuestras relaciones, y lo cosería definitivamente a mis faldas?

¿Y si no le digo nada? ¿Y si finjo no reconocerlo? Piense, señora, lo que es una madre, ¡una madre!, simulando no darse cuenta de la presencia de quien ha salvado la vida a su hija y no teniendo hacia él ni una sola palabra de gratitud...

He aquí un dilema insoportable e insoluble para mí, y por él comprenderá lo necesarios que me son sus consejos y su amistad.

¿Qué hacer para romper la desagradable costumbre que ha adquirido ese señor de convertirse en mi sombra? ¿Cómo expresarle mi agradecimiento sin sobreexcitar su imaginación, y agradecerle lo que hizo por mí, sin que la conciencia me lo recrimine mil veces?

Éste es el problema sometido a su inteligencia. Si me hace el favor de resolvérmelo, y no conozco a nadie que mejor que usted pueda hacerlo, uniré a mi agradecimiento todos los sentimientos afectuosos que, como le consta, siento por usted...

III

EL CONDE DE L'ESTORADE A MARIE-GASTON

París, febrero de 1839.

Quizá antes que yo, estimado señor, los periódicos le habrán enterado del duelo que tuvo lugar entre su amigo el señor Dorlange y el duque de Rhétoré. Pero al comunicar escuetamente el hecho, ya que la costumbre y las conveniencias sociales no les permiten explicar los motivos de la querrela, los periódicos posiblemente han excitado, sin satisfacerla, su curiosidad.

Por casualidad me he enterado, de buena fuente, de todos los detalles del asunto, y me apresuro a transmitírselos; son de tal naturaleza, que estoy seguro le interesarán en grado sumo.

Hace tres días, es decir, la noche misma del que fui a visitar al señor Dorlange, el duque de Rhétoré ocupaba, en la Ópera, una butaca de orquesta. A su lado ocupó la suya el señor de Ronquerolles, llegado recientemente a París, después de haber realizado en el extranjero una misión diplomática que le tuvo alejado de la capital varios años.

En el entreacto aquellos señores no se levantaron de sus sitios para salir al vestíbulo; pero, como se suele hacer en el teatro, permanecieron de pie, con la espalda vuelta al escenario, dando cara, por consiguiente, al señor Dorlange, que continuaba sentado en una butaca de la segunda fila, absorto en la lectura de un periódico vespertino. Aquel día había tenido lugar una sesión borrascosa, lo que se conoce como una sesión interesante, en la Cámara de Diputados.

La conversación fue derivando, paulatinamente, hacia comentarios de los acontecimientos de la sociedad parisina que habían tenido lugar durante la ausencia del señor de Ronquerolles, cuando éste pronunció una frase, cuya naturaleza era lógico despertase la curiosidad del señor de Dorlange:

—¡Vaya, esa infeliz señora Macumer, qué final tan triste y que matrimonio tan absurdo!

—¡Ah, ya sabe usted —respondió el señor de Rhétoré, con su potente voz— que mi hermana tenía excesiva imaginación para no ser quimérica y novelesca! Amó apasionadamente al señor de Macumer, su primer marido; pero a la larga, la gente se cansa de todo, incluso de la viudez. Ese tipo de Marie-Gaston se cruzó en su camino. Es un hombre de agradable presencia; mi hermana era rica, él, agobiado por las deudas; se mostró, pues, amable y apasionado, y supo maniobrar con tanta habilidad que, después de suceder al señor de Macumer y haber matado a mi hermana de celos, ha sacado de ella todo lo que la ley permite disponer a una pobre enajenada. La

herencia de Luisa ascendía, por lo menos, a un millón doscientos mil francos, sin contar un magnífico mobiliario y una deliciosa villa que había construido en Ville-d'Avray. La mitad fue a manos de dicho señor, y la otra al duque y a la duquesa de Chaulieu, mis padres, que, en su calidad de ascendientes, tenían derecho a esta proporción. En cuanto a mi hermano Lenoncourt y a mí, fuimos, pura y simplemente, desheredados.

Tan pronto fue pronunciado su nombre, querido señor, el señor Dorlange dejó el periódico que estaba leyendo, y una vez terminada la explicación por Rhétoré, poniéndose en pie, le dijo:

—Perdóneme usted, señor duque, mi osadía por inmiscuirme en su conversación; pero, en conciencia, debo advertirle que se halla usted totalmente mal informado.

—¡Qué dice usted!... —exclamó el duque, parpadeando y con tono de supremo desprecio.

—Decía, señor duque, que Marie-Gaston es amigo mío de la infancia, y que nunca le han tenido por un *tipo*; que, al contrario, es un hombre de honor y de talento, y que muy lejos de haber dejado consumir a su esposa de celos, la hizo completamente feliz durante los tres años que duró su matrimonio. En cuanto a la herencia...

—¿Ha medido, señor —le interrumpió el duque de Rhétoré— el alcance de su comportamiento?

—Perfectamente, señor, y le repito que en cuanto a la herencia que recibió el señor Marie-Gaston por voluntad expresa de su mujer, solemnemente expresada en su testamento, tan poco interés tenía por ella que, según sé, está a punto de gastar cerca de trescientos mil francos en la construcción de un mausoleo destinado a aquélla que no ha cesado de llorar.

—Pero ¿se puede saber quién es usted? —interrumpió de nuevo el duque de Rhétoré con una impaciencia cada vez menos reprimida.

—En seguida se lo diré —respondió el señor Dorlange— permítame antes añadir que de la parte de herencia de la cual fue usted despojado, la señora Marie-Gaston tenía la libre disposición, ya que toda su fortuna procedía del señor barón de Macumer, su primer marido; con anterioridad había prescindido de su legítima para constituir un capital en favor de su señor hermano, el duque de Lenoncourt-Givry que, en su calidad de hijo menor, no tenía la suerte de estar mejorado como usted, señor duque.

Una vez dicho esto, Dorlange buscó en sus bolsillos la cartera, que no encontró.

—No llevo encima tarjetas mías —terminó por decir— pero mi nombre es Dorlange, un apellido de comedia, fácil de recordar, y vivo en la calle del Oeste, núm. 42.

—El barrio no es demasiado céntrico que digamos —observó irónicamente el señor de Rhétoré.

Al mismo tiempo, se volvió hacia el señor de Ronquerolles, que se convirtió, de

aquel modo, en un testigo:

—Le pido a usted disculpas, amigo mío —le dijo— por el viaje que tendrá que realizar a primera hora.

E inmediatamente, añadió:

—¿Me acompaña al vestíbulo? Allí podremos hablar más tranquilamente, y con *mayor seguridad*.

Por la manera de acentuar las últimas palabras, era imposible dejar de adivinar el desprecio que contenían.

Una vez se hubieron ido aquellos caballeros, sin que la escena ocasionara el menor escándalo, ya que durante el entreacto las filas de butacas se hallaban vacías, el señor Dorlange vio al otro lado de la platea al señor Stidmann, el célebre escultor, y dirigiéndose a él, le pidió:

—¿Tendría usted, por casualidad, una agenda o un bloc de notas?

—Sí, lo llevo siempre.

—¿Sería tan amable que me permitiese arrancar una hoja? Acaba de ocurrírseme una idea, y no quisiera se me escapara. Si no le pudiese encontrar, una vez terminada la función, para devolvérselo, se lo enviaría sin falta mañana por la mañana a su casa.

Al regresar a su sitio, el señor Dorlange trazó una serie de rasgos en un papel, y cuando se alzó nuevamente el telón, y los señores de Rhétoré y de Ronqueroles volvieron a ocupar sus butacas, tocando suavemente el hombro del duque, y entregándole el dibujo, le dijo:

—Ésta es mi tarjeta; tengo el honor de ofrecérsela a su señoría.

Dicha tarjeta consistía en un encantador boceto de arquitectura escultórica, encuadrada en un paisaje. Al pie, había escrito lo siguiente: Proyecto de monumento a erigir en memoria de la señora Marie-Gaston, de soltera Chaulieu, por su esposo, a realizar por Carlos Dorlange, escultor de la calle del Oeste, núm. 42.

Era imposible hacer saber, de modo más fino y delicado, al señor de Rhétoré, que tenía que enfrentarse con un adversario adecuado, y al mismo tiempo podrá usted comprobar que el señor Dorlange había hallado el medio para insistir en su mentís, dando, por decirlo así, cuerpo a su afirmación relativa al desinterés de usted, y a la sinceridad de su dolor conyugal.

El espectáculo terminó sin otro incidente. El señor de Rhétore se separó del de Ronquerolles. Entonces, éste se acercó cortésmente al señor Dorlange, intentando una reconciliación, haciéndole observar que en el fondo tenía razón, aunque su proceder había sido algo insólito; por su parte, el señor de Rhétoré había dado muestras de una gran moderación, y con seguridad se conformaría con la más mínima disculpa; en fin, todo cuanto suele decirse en semejantes ocasiones.

El señor Dorlange no quiso oír hablar de nada que significase la más ligera sumisión y, al día siguiente, recibió la visita del de Ronquerolles y del general de Montriveau, enviados por el señor de Rhétoré. Tuvieron lugar entonces, nuevas instancias para que el señor de Dorlange consintiese en dar un mínimo alcance a sus

palabras. Pero su amigo no quiso apartarse de este ultimátum:

—Si el señor de Rhétoré desea retirar las palabras que me vi en la necesidad de contradecir, entonces retiraré las mías.

—Pero, esto es imposible —le objetaron—. El señor de Rhétoré se siente personalmente ofendido; en cambio usted no tiene por qué sentirse así. Con razón o sin ella, está convencido de que el señor Marie-Gaston le ha causado un mal. Hay que tener siempre una cierta indulgencia con los intereses heridos; jamás puede obtenerse de ellos un juicio absolutamente justo.

—Si es así, el señor duque —continuó Dorlange— podrá seguir calumniando a mi amigo; en primer lugar, porque el señor Marie-Gaston está en Italia, y en segundo lugar, porque experimentará una profunda repugnancia a enfrentarse con el hermano de su esposa. Precisamente en esta impotencia relativa en que se halla de defenderse reside mi derecho o, más bien, mi deber de intervenir en su favor. Solamente a una extraordinaria concesión de la Providencia debo el haberme hallado lo suficientemente cerca del señor duque para escuchar las palabras que pronunció contra el honor de mi amigo, y ya que el señor de Rhétoré no quiere retirar lo que dijo, si no tienen ustedes inconveniente, iremos hasta donde sea.

La discusión se sostuvo en todo momento en este tono, y el duelo se hizo inevitable; durante el día se establecieron las condiciones entre los testigos de ambas partes. El lance, señalado para el día siguiente, debía tener lugar a pistola. En el campo, Dorlange dio muestras de gran sangre fría. Luego de haber intercambiado un disparo, sin resultado, los testigos hablaron de poner término al duelo.

—¡Venga, disparemos otro tiro! —exclamó con alegría, como si se tratase de disparar sobre muñecos en una feria.

El segundo disparo le alcanzó la parte carnosa del muslo, herida en realidad de poca importancia, pero que le ocasionó una abundante pérdida de sangre. Cuando le transportaban al coche que le había traído al terreno, en el momento en que el señor de Rhétoré acudía para ayudarle, le dijo:

—Esto no impide que el señor Marie-Gaston siga siendo un hombre de honor y un corazón de oro...

Y, al pronunciar estas palabras, cayó desvanecido.

Este duelo, como puede usted imaginarse, mi querido señor, ha producido un considerable revuelo, y para recoger informes sobre el señor Dorlange no he tenido necesidad de hacer otra cosa que escuchar, ya que durante todo el día de ayer fue el personaje más famoso de París, y era imposible entrar en ninguna casa sin que se oyera pronunciar su nombre.

Mi cosecha más importante la recogí en casa de la señora de Montcornet; esta señora recibe, como sabe usted, a muchas artistas y literatos, y, para que tenga usted una idea de la popularidad alcanzada por su amigo, me limitaré a taquigrafiar para usted una conversación presenciada en el salón de la condesa.

Los interlocutores eran el señor Emilio Blondet, de los *Débats*; el señor Bixiou, el

caricaturista, uno de los hurones mejor informados de París; me parece recordar que usted les conoce a ambos, pero de lo que sí estoy absolutamente seguro es de su amistad con José Bridau, nuestro eximio pintor, que desempeñaba el papel de tercero en aquella conversación, pues me acuerdo de que él y Daniel D'Arthez fueron testigos en su boda.

—Los principios de Dorlange —decía José Bridau en el mismo instante en que me acercaba para escuchar lo que hablaban— fueron magníficos. Había ya algo de gran maestro en la escultura que presentó en el concurso de la Academia que ésta, presionada por la opinión, se decidió a coronar aunque fuera objeto de muchas burlas oficiales.

—Esto es verdad —respondió Bixiou— y la *Pandora* que expuso en 1837, a su regreso de Roma, es igualmente una figura muy buena. Pero como todo lo consiguió al primer envite, cruces, encargos del gobierno y del Ayuntamiento, en los periódicos aparecieron unos treinta artículos ponderando su talento, y me parece muy difícil que pueda recuperarse de un éxito tal.

—Esto —dijo Emilio Blondet— es una opinión a lo Bixiou.

—Sin duda, y perfectamente motivada. ¿Conoces al hombre?

—No, no se le ve por ninguna parte.

—Exactamente es ese sitio que indicas el que más le gusta frecuentar. Es un auténtico oso, pero un oso con premeditación, un oso presuntuoso y reflexivo.

—No veo el porqué tal retraimiento deba ser nocivo a un artista. ¿Qué es lo que un escultor puede aprender en un salón de París, donde tanto los hombres como las mujeres tienen la costumbre de ir vestidos?

En los salones, en primer lugar, un artista se distrae, lo que le impedirá tener manías, y en segundo lugar, tiene ocasión de ver cómo es en realidad el mundo, y de comprobar que el año 1839 no es el siglo xv ni el xvi.

—¿Cómo? —preguntó Emilio Blondet—. ¿Es que ese pobre muchacho tiene ilusiones?

—¿Él? Es capaz de hablarte normalmente de reiniciar la vida de los grandes maestros de la Edad Media con la universalidad de sus estudios y de sus conocimientos, y la espantosa vida de trabajo para comprender las costumbres de una sociedad semibárbara, pero que la nuestra no tolera. Dice el ingenuo soñador que la sociedad actual, al complicar extraordinariamente las relaciones sociales, absorbe mucho más tiempo en los negocios, intereses y diversiones, que una sociedad menos avanzada. Fijaos en el salvaje dentro de su cabaña: no tiene nada que hacer. Pero nosotros, con la Ópera, la Bolsa, los periódicos, las discusiones parlamentarias, los salones, las elecciones, los ferrocarriles, el Café de París, y la Guardia Nacional, ¿de qué tiempo disponemos para trabajar?

—¡Hermosa teoría para un holgazán! —exclamó, riendo, Emilio Blondet.

—No, no, mi querido amigo, lo que estoy diciendo es la pura realidad. El toque de retreta no suena ya a las nueve de la noche, y ayer mismo, sin ir más lejos, se

celebraba una velada en casa de mi portero Ravenouillet^[6]; es posible haya cometido una terrible equivocación al declinar la invitación encubierta que me hizo para asistir a ella.

—No obstante —dijo José Bridau— es evidente que si uno no se mezcla en los negocios, ni en las diversiones de su época, puede obtenerse un lindo capital. Independientemente de los encargos que pueda tener, creo que Dorlange posee, personalmente, algunos bienes que le permiten vivir con holgura; así pues, nada le impide arreglar su vida del modo que más le convenga o le agrade.

—Pero si incluso va a la Ópera, pues ya sabes que fue allí donde se inició la discusión que condujo al duelo. Parece como si cayeras del cielo o vinieras de muy lejos, pintándonoslo como un aislado de su medio contemporáneo, cuando a mí me consta que se halla a punto de meterse en el más absorbente engranaje de la maquinaria social: ¡los asuntos políticos!

—¿Pretende entrar en la política? —preguntó, desdeñosamente, Emilio Blondet.

—Sin duda esto debe de formar parte de su famoso programa de universalidad, pues hay que ver la perseverancia e interés que pone en esta decisión. El pasado año le llovieron del cielo doscientos cincuenta mil francos, e inmediatamente adquirió una casa en la calle de Saint Martin para entrar a formar parte del censo electoral; después, otra hermosa especulación: con lo que le restaba compró acciones del periódico *El Nacional*, donde puedo hallarle todas las veces que se me ocurre ir a reírme de las utopías republicanas. Allí tiene él su corte de aduladores; le han convencido de que era un orador nato, y de que en la Cámara tendría un gran éxito. Se habla, incluso, de presentar su candidatura, y en ciertos momentos de entusiasmo se ha llegado a encontrarle cierta semejanza con Danton.

—Esto es algo sencillamente grotesco.

—No sé si habrá usted observado, mi querido amigo, que, en los hombres de auténtico talento, hay, con respecto a la mayoría de las cosas, un gran fondo de indulgencia. El señor José Bridau, aquí presente, es una prueba de lo que afirmo.

—Yo creo —dijo— que si Dorlange emprende este camino, puede considerársele perdido para el arte. Pero, después de todo ¿por qué no había de obtener un clamoroso éxito en la Cámara? Habla con facilidad, y además me parece lleva dentro, de sí un notable bagaje de ideas. Recuerden a Canalis cuando fue elegido diputado: «¡Vamos, un poeta!», decía todo el mundo; lo que no le impidió pronunciar una serie de excelentes discursos y alcanzar el puesto de ministro.

—Pero lo primero es llegar a la Cámara —dijo Emilio Blondet—. ¿Dónde piensa presentar Dorlange su candidatura?

—Naturalmente —respondió Bixiou— en uno de los burgos podridos del *Nacional*. Pero ignoro todavía si el colegio electoral ha sido designado.

—Por regla general —comentó el periodista de los *Débats*— para alcanzar la diputación, incluso con el más entusiasta apoyo de un partido, es necesario poseer cierta notoriedad política o, por lo menos, cierto arraigo popular en una provincia, por

tradicción familiar o por poseer bienes de fortuna. ¿Hay en Dorlange algo de esto?

—En cuanto a la tradición familiar, le será muy difícil encontrarla, ya que carece de familia.

—¿De verdad es hijo natural? —preguntó Emilio Blondet.

—De lo más natural que pueda haber, ya que tanto el padre como la madre son desconocidos. Pero, admitiendo que salga elegido, lo verdaderamente interesante será ver qué ideas desenvuelve durante su carrera.

—Debe ser republicano, ya que tan amigo es de los del *Nacional* y tanto se parece a Danton.

—Seguramente debe de ser así, pero de lo que estoy seguro es de que desprecia soberanamente a sus correligionarios, y afirma que únicamente sirven para llevar a cabo algaradas, actos de violencia y gritar. Provisionalmente, se contenta con una monarquía rodeada de instituciones republicanas; pero afirma que nuestra realeza ciudadana tiene, infaliblemente, que desaparecer debido al abuso de las influencias y recomendaciones, lo que él califica brutalmente de corrupción. Ello le conducirá a un acercamiento a la baja Iglesia y al centro izquierda; pero en esto existen aún varios *peros*, ya que en este grupo sólo ve a una reunión de ambiciosos y de eunucos, que preparan estúpidamente el camino a una revolución, que entrevé en lontananza, con gran disgusto porque, dice, las masas están poco preparadas y carecen de suficiente inteligencia para ser dominadas. Del legitimismo se ríe; no admite, en modo alguno, que contenga un principio. Para él no constituye otra cosa que una forma estricta y más perfecta de la herencia monárquica, y no le reconoce otra ventaja que la que pueda tener un vino añejo sobre un vino nuevo. Lo mismo que no es legitimista, ni conservador, ni del centro izquierda, y que es republicano pero sin república, se considera, intrépidamente, católico, pero defiende la libertad de enseñanza, que es el caballo de batalla de este último partido; este hombre que desea el establecimiento de la libertad de enseñanza siente temores, por otro lado, de los jesuitas y de los manejos del partido clerical y de la Congregación. ¿Sabéis cuál es el gran partido que se propone crear en la Cámara y del cual espera ser elegido el jefe? Pues el de lo justo, de lo imparcial, de lo honrado: como si algo de todo esto pudiera hallarse en la caverna y en la *olla* parlamentaria, y como si todas las banderías no hubiesen adoptado esta bandera desde hace mucho tiempo.

—En resumen ¿creéis que renunciará definitivamente a la escultura?

—Por ahora, quizá no; en estos momentos está terminando la estatua de no sé qué santa, pero no permite a nadie que la mire, y no piensa exhibirla en la exposición de este año... Sigue con sus ideas sobre esto.

—¿Y cuales son? —preguntó Emilio Blondet.

—Que las obras de carácter católico no deben ser sometidas al juicio de la crítica ni a las podridas miradas del público, criterios ambos dominados por el escepticismo, que deben ir, sin pasar por el mundanal ruido, a instalarse, modestamente en el lugar para el cual han sido creadas.

—¡Ah, vaya! Veo que es un ferviente católico, pero que no obstante no tiene inconveniente en batirse en duelo —observó Emilio Blondet.

—Ha hecho algo más. Es católico, pero vive con una mujer que se trajo de Italia, una especie de diosa de la libertad, que le sirve a la vez de modelo y de ama de llaves...

—¡Qué lengua y qué oficina de información es este Bixiou! —comentaron, al separarse, sus interlocutores.

Acababan de ser invitados por la señora de Montcornet a tomar una taza de té.

Ya ve usted, mi querido señor, que las aspiraciones políticas de Dorlange no son tomadas demasiado en serio, y que se piensa de ellas, aproximadamente, lo mismo que yo. No dudo de que usted le escribirá en fecha próxima para agradecerle el ardor con que ha sabido defenderle contra la calumnia. Este valeroso comportamiento hacia usted ha despertado en mí una viva simpatía hacia él, y me gustaría saber que emplea la influencia de su antigua amistad para apartarle del camino deplorable que está a punto de tomar. No quiero emitir juicio sobre las otras cosas que mencionó el señor Bixiou, que es hombre chismoso y superficial, y como José Bridau, estoy dispuesto a calificarlas de pecados veniales; pero lo que sí considero un pecado mortal es que abandone una carrera en la que tantos éxitos ha obtenido, para hundirse en la política. Ruéguele, con todas sus fuerzas, que no renuncie al arte. En realidad, usted es el primer interesado en que adopte esta decisión, si es que sigue pensando en confiarle el trabajo que hasta ahora se ha negado a aceptar.

Referente a la explicación que le aconsejaba tuviera con él, puedo anticiparle que su tarea ha quedado notablemente simplificada. He procurado no entrar en detalles que podrían ser excesivamente dolorosos para usted. La señora de L'Estorade, a la cual le hablé del papel de mediadora, sugerido por ella misma, lo acepta encantada, y me ha dicho que estaba segura de que, en media hora de conversación, podría disipar todos los malentendidos existentes entre usted y su amigo.

Mientras le escribía esta larga epístola, he enviado a pedir noticias sobre el estado de éste: me las han traído tan buenas como sean de desear, y los médicos, a menos de que sobrevengan complicaciones extraordinarias, no sienten la menor inquietud por su estado. Parece, además, que es objeto del interés y la simpatía generales, ya que, según expresión de mi criado, *hacen cola* para interesarse por él.

Hay que decir también que el señor de Rhétoré no goza de ninguna simpatía. Es muy altanero y poco inteligente. ¡Qué diferencia con aquélla de que tan bellos recuerdos guardamos! Ella era sencilla y bondadosa, y nada hay que pueda ser comparado a las cualidades de su alma, a no ser las de su inteligencia.

IV

LA CONDESA RENATA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA OCTAVIA DE CAMPS

París, febrero de 1839.

He tornado buena nota de todo cuanto me dice en su carta, señora, y se ha comprobado; en efecto, era muy poco probable que, en la primera ocasión, mi fastidioso perseguidor intentase abordarme. Su heroísmo no le daba derecho a ello, y la más elemental educación le impedía hacerlo. Bajo pena de ser considerado como el más inoportuno de los solicitantes, debía enterarse de las consecuencias que tuvo aquel accidente para la salud de Nais y para la mía.

Pero, contra todas las previsiones, se ha obstinado en no descender de su nube y, bajo la inspiración de su juicioso consejo, he tomado definitivamente una decisión. Ya que la montaña no venía a mí, yo iría a la montaña; como Hipólita, en la narración de Theramena, pensé en *encararme* directamente con *el monstruo* y expresarle mi agradecimiento.

Lo mismo que usted, señora, he llegado a comprender que el aspecto verdaderamente peligroso de esta absurda obsesión era su duración y el hecho de que, tarde o temprano, se revelaría.

Mis criados, mis hijos, podían, de un momento a otro, darse cuenta del secreto; los molestos comentarios a los que me exponía y, sobre todo, el pensamiento de que esta ridícula intriga llegase a conocimiento del señor de L'Estorade con las consecuencias que su imaginación meridional y su pasado militar me hacían sospechar, todo me había dado los suficientes ánimos, y el programa que usted me brindaba para ser realizado fue, hasta cierto punto, superado...

No solamente aceptaba la necesidad de ser yo la que me adelantase a hablar a este caballero, sino que, bajo el especioso pretexto de que mi marido pensaba ir a su casa para darle las gracias, le podía solicitar su nombre y dirección. Después, por poco correcto que fuese, al día siguiente le enviaría una invitación para cenar, pues estaba decidida a encerrar el lobo en el redil.

Después de todo ¿dónde estaba el peligro? Si poseía sólo una ligera sombra de sentido común, al comprobar cuál es mi actitud con el señor de L'Estorade, mi pasión *arrebatada*, como usted la califica, por mis hijos, en una palabra, toda la prudencia de que soy poseedora ¿no le haría comprobar lo inútil de su insistencia? En todo caso, tanto si se recrudescían como si no, su ardor perdería su peligrosidad al producirse *al aire libre*. Si tenía que continuar siendo asediada, lo sería en mi domicilio, y no se trataría ya de una de esas asiduidades vulgares a las cuales todas nos hallamos más o

menos expuestas; y en realidad, estos pasos resbaladizos terminan siempre dignamente, por poco seria y honesta que sea una mujer, si tiene un mínimo de inteligencia.

La verdad sea dicha, esta resolución me costó mucho adoptarla. No me sentía completamente segura de poseer el suficiente aplomo para considerar la situación con elevados puntos de mira cuando llegara el momento. No obstante, me sentía firmemente decidida; y ya conoce usted que, una vez tomada una decisión, la llevo a cabo.

Pues bien, señora, todo este hermoso plan, todo el acopio de valor que había hecho, han sido en vano. Desde su última carta, el médico me ha dado de alta y he salido a la calle varias veces, siempre majestuosamente flanqueada por mis hijos, para abordarle en su presencia en el caso de tener que ser yo la primera; pero con el rabillo del ojo lancé miradas hacia todas las partes del horizonte y no vi nada, absolutamente nada parecido a un salvador o a un enamorado.

¿Qué le parece, señora, esta nueva actitud? Hace poco hablaba de enfrentarme con el monstruo. ¿Es que ese caballero deseaba ser considerado como uno de la especie más peligrosa?

¿Cómo interpretar esta ausencia? ¿Con admirable clarividencia y perspicacia habría olido la trampa en la que esperábamos atraparle y se mantenía, prudentemente, a distancia? ¿Se trataría de algo más profundo de lo que pensábamos? Ese hombre, en el que me resistía a ver la mínima sombra de delicadeza, ¿llevaría su refinamiento hasta sacrificar su fantasía al temor de echar a perder su hermosa acción?

Pero, sobre esto, él debía saber a qué atenerse, y mi querido señor de L'Estorade debía estar al tanto. ¿Sabe usted que un hombre de tan delicados sentimientos podría convertirse en algo más amenazador de lo que podría creerse a primera vista?

Ya ve usted, señora, que intento mostrarme alegre, pero debo confesarle que, en el fondo, canto porque tengo miedo. Esta retirada tan hábil y tan inesperada excita mi imaginación; y lo que imagino confina con otras ideas y pensamientos que en principio había considerado a la ligera y de las cuales debo hablarle a usted, ya que no veo el fin de esta preocupación.

Ese hombre no tiene por qué albergar ninguna duda acerca de mis sentimientos hacia él. Ha salvado a mi hija, esto es cierto, pero únicamente para que yo me sintiera en deuda con él. En la espera, echa por los suelos mis más queridas costumbres: tengo que dejar que mis hijos salgan de paseo sin mi compañía; no puedo ir a la iglesia todas las veces que deseo, ya que, incluso al pie del altar, tiene la insolencia de interponerse entre Dios y yo; por último, ha alterado esta serenidad de pensamientos y de sentimientos que habían constituido la alegría y el orgullo de mi vida.

Aunque insoportable y odioso, este perseguidor ejerce sobre mí como una especie de magnetismo que me turba. Antes de verle, lo noto a mis espaldas. Su mirada pesa sobre mí sin encontrar la mía. Es más bien feo, pero su fealdad tiene algo de enérgico y de intensamente pronunciado que hace que uno se acuerde de él, y se sienta movido

a atribuirle fuertes y enérgicas facultades. Así, por mucho que uno haga, no puede impedir su presencia en el pensamiento. Ahora me parece haberme deshecho de su presencia. Pues bien, ¿me atreveré a decirlo?, siento como una especie de vacío, sabe usted, como el vacío que se produce cuando cesa un ruido persistente que durante mucho tiempo ha molestado nuestro oído.

Lo que voy a decirle a continuación, probablemente le parecerá una necedad, ¿pero acaso es uno dueño de los espejismos de su imaginación?

A menudo le he hablado de mis largas conversaciones con Luisa de Chaulieu, relativas a la forma en que las mujeres debemos afrontar la vida. Yo le decía que la pasión que ella buscaba tan ardientemente era algo desordenado y mortal para la felicidad. Y ella me contestaba: «Esto lo dices porque tú nunca has amado, querida; el amor es un fenómeno tan extraño que se puede vivir toda una vida sin encontrar al ser a quien la naturaleza ha concedido el poder de hacernos felices. En un día de gloria se encuentra a una persona que hace despertar al corazón de su letargo, y entonces quizá hables de otra forma».

Señora, las palabras de aquellos que van a morir, son proféticas. ¡Si este hombre, Dios mío, fuera la tardía serpiente con la que Luisa parecía amenazarme!

El que en algún momento lo considere totalmente peligroso, la posibilidad de que llegue un instante en que me haga faltar a mis deberes, es algo que queda al margen de cualquier duda: me siento enteramente fuerte ante cosas como éstas. Pero yo no me casé, como usted, querida señora, con un hombre elegido por mi corazón. Únicamente a fuerza de paciencia, de voluntad y de comprensión conseguí edificar el austero y sólido afecto que me une al señor de L'Estorade. ¿Es que no debo sentir miedo, incluso del simple pensamiento de que dicho afecto pueda ser herido? ¿No constituye una verdadera desdicha el que mi pensamiento se dirija incensante hacia otro hombre, aunque sólo sea para detestarlo? Yo podría decir, como *Monsieur*, el hermano de Luis XIV, que solía enseñar a su esposa las cartas que escribía rogándole se las descifrara: vea usted más claro que yo, señora, en mi corazón y en mi alma; disipe usted las nieblas que hay en ella, estos flujos y reflujos de la voluntad que esta situación mueve en mí. ¿Verdad que mi querida Luisa estaba en un error? ¿Verdad que no soy una mujer en la que pueda hacer mella el amor? *El hombre que en un día de gloria puede pretender hacerme feliz* es mi Armando, es mi Renato, es mi Nais, son estos tres ángeles por los cuales y para los cuales he vivido hasta el día de hoy, y no experimentaré por nadie, lo sé muy bien, pasión alguna.

V

LA CONDESA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA OCTAVIA DE CAMPS

París, marzo de 1839.

Hacia 1820, en una misma semana, el colegio de Tours, para decirlo con el lenguaje técnico de la escuela, reclutó dos *novatos*. Uno tenía un rostro encantador y el otro sería considerado como francamente feo, si la salud, la franqueza y la inteligencia, reflejadas en su rostro, no hubiesen compensado la inelegancia e irregularidad de sus rasgos.

Aquí podría usted detenerme, señora, y preguntarme si es que ya se ha terminado para mí la gran preocupación y si me dispongo a contarle un folletín.

Por el contrario, y sin que lo parezca, el principio que puede causarle extrañeza no es más que la consecuencia y continuación de mi aventura. Preste, pues, atención a lo que le cuento, sin interrumpirme; una vez dicho esto, continúo.

Casi inmediatamente después de sus ingreso en el colegio, aquellos dos muchachos se unieron en estrecha amistad. Para que intimaran existía más de una buena razón.

Uno de ellos, el más guapo, era un soñador, un contemplativo y casi elegiaco; el otro, fogoso, apasionado, impetuoso, siempre dispuesto a la acción. Eran, pues, dos naturalezas que se completaban: combinación inestimable para toda amistad que pretende ser duradera.

Los dos, por otra parte, tenían en su cuna algo que debía unirles. Hijo de la famosa *lady* Brandon, el soñador era hijo adulterino; se llamaba Marie-Gaston, lo que difícilmente puede ser tomado por un apellido. Nacido de padre y madre desconocidos, el otro se llamaba Dorlange, lo que, evidentemente, no es ningún apellido. Dorlange, Valmon, Volmar, Derfeuil, y Melcourt son nombres que sólo pueden escucharse en el teatro, y aún en el antiguo repertorio, en que se unieron a los Arnulfos, Alcestes, Clitandros, Damis, Erastos, Filintos y Arsínoes. Otra de las razones que había para que aquellos dos infelices de dudoso nacimiento se unieran en estrecha amistad era el cruel abandono en el cual se hallaban sumidos.

Durante los siete mortales años que duraron sus estudios, ni un solo día, incluso en la temporada de vacaciones, la puerta de su prisión se abrió para ellos. De tarde en tarde, Marie-Gaston recibía la visita de una anciana criada que había servido a su madre. Dicha mujer le pagaba su pensión. La de Dorlange se pagaba a través de unos fondos que regularmente, cada trimestre, recibía, de procedencia desconocida, un banquero de Tours. Una cosa hay que destacar, y es que la pensión del joven escolar

había sido fijada a base de la tarifa más elevada, de donde puede deducirse que sus anónimos padres gozaban de una situación económica desahogada. Merced a esta suposición, pero sobre todo al generoso empleo que hacía Dorlange de su dinero entre sus camaradas, había llegado a adquirir una cierta reputación entre ellos, consideración que también había sabido granjearse a fuerza de puños cuando así lo exigían las circunstancias; pero en voz baja todos comentaban el hecho de que nunca nadie le hubiese llamado al locutorio, y que, fuera del recinto del establecimiento, ni un alma se hubiese interesado por él.

Aquellos dos muchachos, convertidos con el transcurso del tiempo en hombres distinguidos, solamente fueron alumnos mediocres. Sin ser considerados como indóciles u holgazanes, como no existía nadie que se alegrara con sus éxitos ¿qué podían importarles los laureles de fin de curso? Tenían una forma de estudiar característica. A los quince años de edad Marie-Gaston pensaba escribir elegías, versos, sátiras, meditaciones y dos tragedias. Los estudios de Dorlange, y sobre todo sus aficiones, le impulsaban a buscar troncos de árbol: con su cuchillo esculpía *Vírgenes*, esculturas de los encargados de clase, santos, granaderos de la vieja guardia, y, secretamente, *Napoleones*.

En 1827, una vez terminados sus estudios, los dos amigos abandonaron juntos el colegio y fueron enviados juntos a París. Por anticipado le había sido reservada a Dorlange una plaza en el taller de Bosio, y desde aquella fecha, la oculta protección que se cernía sobre él fue intensificándose.

Al descender del coche ante la casa indicada en la dirección que le había dado el director del colegio se encontró con un reducido apartamento exquisitamente amueblado. Junto a la caja del reloj de pared había un gran sobre con su nombre escrito en él, colocado de forma que llamase su atención.

Dentro de dicho sobre halló una nota, escrita con lápiz, que contenía las siguientes palabras:

«Al día siguiente de su llegada a París, esté a las ocho en punto de la mañana en el Jardín del Luxemburgo, paseo del Observatorio, cuarto banco de la derecha, a contar desde la verja. Esta indicación debe ser estrictamente obedecida. No falte a la cita».

Puntual, como puede imaginarse, Dorlange no tuvo que esperar mucho en el lugar de la cita; inmediatamente después de llegar fue abordado por un hombrecillo que no tenía más que dos pies de estatura, y al que su enorme cabeza coronada de una inmensa y enmarañada cabellera, su nariz, su barbilla y sus piernas zambas le daban el aspecto de un personaje escapado de los *Cuentos de Hoffmann*. Sin pronunciar ni una sola palabra, ya que a todas las ya citadas cualidades físicas aquel galante mensajero unía las de sordo y mudo, entregó al joven una carta y una bolsa. La carta decía que la familia de Dorlange vería con gusto que se dedicara a las bellas artes. Se le alentaba a trabajar intensamente y a que aprovechara las lecciones del gran maestro bajo cuya dirección había sido colocado. Se esperaba de él que llevara una vida

digna; en cualquier caso, su conducta sería atentamente vigilada. Pero tampoco se quería que renunciara a ninguno de los placeres honestos propios de su edad. Para sus necesidades, para sus diversiones, podía contar con la cantidad de veinticinco mil lises que, cada tres meses, le sería entregada en el mismo lugar, y por el mismo hombre. Referente a este intermediario, se le indicaba expresa y terminantemente la prohibición de seguirle una vez llevada a término su comisión. En caso de faltar, directa o indirectamente, a dicha prohibición, el castigo era grave: se le amenazaba con la supresión total del subsidio y con el más absoluto abandono.

¿Recuerda, querida señora, que en 1831 la acompañé a la Escuela de Bellas Artes, donde se celebraba la Exposición del concurso para el Gran Premio de escultura? El tema, *Niobe llorando la pérdida de sus hijos*, me había impresionado y atraído.

¿Recuerda también mi indignación en presencia de la obra de uno de los concursantes, alrededor de la cual la multitud se apretujaba de tal modo que a duras penas pudimos aproximarnos para contemplarla? ¡El muy insolente! Se había atrevido a tomar el tema en broma. Su Niobe, hay que aceptar la opinión de usted y la del público, era realmente impresionante de hermosura y de dolor; pero el haber representado a sus hijos en forma de pequeños simios, tendidos en el suelo en las actitudes más variadas y más grotescas, era un auténtico abuso de talento.

Me hizo usted observar que aquellos monos eran realmente admirables de gracia y de espiritualidad, y que no había manera humana de burlarse con más ingenio de la ceguera de las madres, de su idolatría, que les hace ver en la criatura más fea una obra maestra de la naturaleza; consideré aquella idea del artista como algo monstruoso, y la indignación de los viejos académicos que exigían que aquella impertinente escultura fuese solemnemente excluida del concurso me había parecido totalmente justificada.

Presionada por el público y los periódicos, que hablaban de abrir una suscripción para enviar al joven escultor a Roma en el caso de que no le fuera concedido el premio, la Academia no siguió su opinión ni el consejo de los antiguos académicos. La insigne belleza de aquella Niobe triunfó sobre todas las demás consideraciones, y, en medio de una severa reprimenda administrada por el señor secretario perpetuo el día de la distribución de premios, el difamador de madres vio su obra premiada.

¡El muy infeliz! Ahora le puedo disculpar: ¡no había conocido a la suya! Era Dorlange, el pobre abandonado del colegio de Tours, el amigo de Marie-Gaston.

Durante cuatro años, desde 1827 a 1831, época en que Dorlange partió para Roma, los dos amigos no se habían separado. Con su pensión de dos mil cuatrocientos francos, siempre puntualmente entregada por el misterioso enano, Dorlange era una especie de marqués de Aligre. Por el contrario, reducido a sus propios medios, Marie-Gaston habría vivido con extraordinarias dificultades económicas; pero entre personas que se estiman, y esta clase de seres resultan más raros de lo que uno puede imaginarse, el que uno lo tenga todo y el otro nada constituye una razón para mantenerse asociados. Sin tener en cuenta sus ingresos,

aquellos dos muchachos pusieron todos sus haberes en un fondo común: alquiler, dinero, penas, diversiones, esperanzas, todo fue a engrosar aquel acervo; sólo tuvieron, por decirlo así, una vida para los dos.

Desgraciadamente para Marie Gaston, sus esfuerzos no se vieron, como los de Dorlange, coronados por el éxito. Su volumen de versos, cuidadosamente revisado y retocado, otras muchas poesías salidas de su pluma, dos o tres piezas de teatro con que había enriquecido sus carpetas, todo, por falta de buena predisposición de los directores de espectáculos y de los editores, permaneció implacablemente inédito. La sociedad, a instancias de Dorlange, tomó entonces una violenta decisión: realizaron economías y con ellas reunieron el dinero suficiente para costear la edición de un volumen. El título era encantador: *Campánulas blancas*; la cubierta era del más hermoso gris perla, los blancos se mostraban con profusión, y además figuraba en ella una deliciosa viñeta dibujada por Dorlange.

Pero el público lo recibió del mismo modo que lo habían hecho los editores y los directores de teatros; se negó a comprarlo y a leerlo. Y un día en que se hallaba sumido en la desesperación, Marie-Gaston llamó a un librero de lance y le vendió la edición entera a tres sueldos el ejemplar, con lo que al poco tiempo se produjo una inundación de *Campánulas blancas* a todo lo largo de los muelles del Sena, desde el Pont-Roray hasta el de Marie.

Su corazón todavía albergaba este fracaso cuando empezó a hablarse de la partida de Dorlange para Roma.

Desde entonces no existió ya ninguna asociación entre ellos. Advertido por el misterioso enano de que su pensión le continuaría siendo entregada en Roma, a través del banquero Torlonia, Dorlange pretendió ayudar a Marie-Gaston, entregándole a su vez, durante los cinco años que iba a durar su separación, los mil quinientos francos a que ascendía la pensión del rey.

Pero el corazón generoso que sabe recibir un favor, es aún más raro que el corazón generoso que sabe hacerlo. Herido en lo más íntimo por sus continuos fracasos, Marie-Gaston no tuvo valor para el sacrificio que se le exigía. La disolución de la sociedad ponía al descubierto la situación de agradecido que hasta aquel momento había aceptado. Unos trabajos que le había confiado Daniel d'Arthez, nuestro gran escritor, unido a un pequeño haber, le bastarían, según creía, para seguir viviendo. Y rechazó perentoriamente lo que su amor propio le hacía calificar de limosna. Este orgullo mal entendido hizo que la amistad entre los dos jóvenes fuera enfriándose paulatinamente.

No obstante, hasta 1833 su intimidad fue sostenida por una correspondencia bastante activa, pero por parte de Marie-Gaston la confianza en su compañero había dejado de ser total.

Tenía que buscar algo; su orgullosa pretensión de bastarse a sí mismo había sido un gran error. Cada día que transcurría veía crecer su preocupación, y bajo el influjo de esta detestable consejera había dado a su vida un curso deplorable. Jugándose el

todo por el todo, había intentado terminar con aquella incesante presión de la necesidad que le hacía sentirse como paralizado. Imprudentemente mezclado en los negocios de un periódico para intentar crearse una situación preponderante, asumió todas las responsabilidades de la empresa y agobiado por pagos que ascendían casi a treinta mil francos, veía abrirse ante él, para devorarlo, las anchas fauces de la prisión por deudas.

Fue aquél el momento en que tuvo lugar su encuentro con Luisa de Chaulieu.

Durante los nueve meses que duró la floración de su matrimonio, las cartas de Marie-Gaston fueron espaciándose cada vez más; y en ninguna de ellas dejaba de traslucir el reproche de lesa amistad. Dorlange debió ser el primero en conocer la novela de su amigo, y nada se le había confiado.

La muy alta y poderosa dama Luisa de Chaulieu, baronesa de Macumer, había exigido que así fuera. Al llegar el día de la boda, la pasión por el secreto se manifestaba en la señora de Macumer con especial frenesí. Tanto que ni a mí, su amiga más íntima, me confió el acontecimiento, y nadie fue invitado a la ceremonia.

No obstante, para cumplir la ley hubo que buscar unos testigos. Pero al mismo tiempo que Marie-Gaston se encargaba de buscar, para este cometido, a dos amigos suyos, les advertía que una vez celebrada la ceremonia rompería, amistosa pero definitivamente, todo trato con ellos. Para todo aquél que no fuera su esposa, pasado al estado de pura abstracción, «la amistad, escribía a Daniel d'Arthez, subsistiría sin el amigo». Creo que Luisa, para que existiera más discreción aún, desearía que estrangularan a los dos testigos al salir de la alcaldía, pues ningún respeto sentía por el Procurador del rey.

Dorlange se hallaba ausente; casualidad demasiado buena para no ser aprovechada y dejarle ignorante de todo. De haber ingresado en un convento de cartujos, Marie-Gaston no habría permanecido más alejado del mundo.

A fuerza de escribir a amigos comunes y de solicitar informes, el olvidado acabó por enterarse de que Marie-Gaston había dejado de vivir en la tierra y que, como Titon, una celosa divinidad le había encantado mitológicamente en un Olimpo campestre que había hecho erigir en medio de los bosques de Ville-d'Avray.

En 1836, cuando regresó de Roma, el secuestro de Marie-Gaston era más inexorable que nunca. Dorlange poseía demasiado amor propio para intentar introducirse furtiva o violentamente en el santuario erigido por Luisa y su loco amor; para romper el encanto y poderse escapar de los jardines de Armida Marie-Gaston se hallaba excesivamente apasionado. Los dos amigos, cosa casi increíble, no se vieron ni una sola vez ni cambiaron una nota escrita.

Pero, al enterarse del fallecimiento de la señora Marie-Gaston, Dorlange lo olvidó todo y fue corriendo a Ville-d'Avray para dar el pésame. Inútil prisa: dos horas después de la triste ceremonia, sin pensar en su amigo, ni en una hijastra, ni en dos sobrinos, de quienes era único apoyo, Marie-Gaston se metió en una diligencia y partió para Italia. Dorlange consideró que aquel egoísmo en el dolor colmaba todas

las medidas, y creyó haber borrado de su corazón hasta el último vestigio de una amistad que no había reverdecido ni en los momentos de dolor.

Mi marido y yo habíamos querido demasiado sinceramente a Luisa de Chaulieu para no conceder a quien durante tres años había sido su vida entera, algo del mismo sentimiento. Al partir, Marie-Gaston había rogado al señor de L'Estorade que se hiciera cargo de sus intereses y más tarde le mandó una procuración en este sentido.

Hace unas semanas, su dolor, siempre activo y vivo, le sugirió una idea. En medio del famoso parque de Ville-d'Avray existe un pequeño lago y en él una pequeña isla muy querida para Luisa. En dicha isla, umbrosa y recoleta, Marie-Gaston pensó erigir un mausoleo para su esposa, y desde Carrara, adonde había ido para mejor enterarse de los precios de los mármoles, nos escribió para hacernos partícipes de su idea. Esta vez, acordándose de Dorlange, rogó a mi marido se entrevistara con éste para saber si consentiría en hacerse cargo de la obra.

Al principio, Dorlange simuló no acordarse del apellido de Marie-Gaston, y con un delicado pretexto se negó a aceptar el encargo. Pero, observe la solidez de las decisiones de los que bien quieren, la noche misma del día en que se había entrevistado con el señor L'Estorade, asistiendo a una representación en la ópera, oyó hablar con ligereza al duque de Rhétoré de su antiguo amigo, y se atrevió a dar un mentís a sus afirmaciones. De ahí un duelo y una herida, cuyo eco habrá seguramente llegado hasta los oídos de usted; de modo que se dio la curiosa circunstancia de un hombre que estaba dispuesto a dejarse matar por aquél que aquella misma mañana había aparentado incluso desconocer...

De qué modo, mi querida señora, esta extensa exposición tiene algo que ver con la ridícula aventura, es lo que le diría inmediatamente si no hubiese rebasado esta carta los límites de lo prudente. Por otra parte, ya que he mencionado la palabra folletín, ¿no le parece que el momento podría considerarse maravillosamente escogido para suspender el interés que haya podido despertar? Creo, a lo que supongo, haber despertado suficientemente su curiosidad para haber adquirido el derecho de no satisfacerla. La continuación irá, pues, tanto si le gusta a usted como si no, en el próximo correo.

VI

LA CONDESA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA OCTAVIA DE CAMPS

París, marzo de 1839.

La inmensa digresión biográfica que le he hecho sufrir a usted, querida señora, pude realizarla gracias a los elementos que me proporcionó una reciente carta recibida del señor Marie-Gaston.

Al conocer el heroico afecto de que acababa de ser objeto, su primer impulso había sido trasladarse inmediatamente a París para estrechar la mano del incomparable amigo que tan noblemente se vengaba de su olvido.

Desgraciadamente, la víspera del día en que tenía pensado emprender el viaje, había surgido un cruel impedimento. Por un hecho de simpatía singular, en tanto que el señor Dorlange caía herido en París, el señor Marie-Gaston, en Savarezza, mientras visitaba una de las más hermosas canteras de mármol de las que se explotan en los alrededores de Carrara, se producía, en una caída, una luxación en una pierna. Obligado a aplazar su viaje, desde su lecho de dolor escribió al señor Dorlange para expresarle su inmensa gratitud; en el mismo correo me mandó a mí una extensa carta; en ella me explicaba todo el pasado de su amistad, y me suplicaba fuera a visitar a su antiguo amigo y compañero de colegio para que hiciera ante él el oficio de abogado y de mediador.

En efecto, parece ser que no le bastaba con haber comprobado, por el espléndido testimonio de que le había dado pruebas, el puesto que seguía ocupando en el afecto del señor Dorlange; su pretensión es demostrarle que, pese a todas las apariencias contrarias, jamás ha cesado de merecerlo.

Una tal demostración se hacía difícil para el señor de Marie-Gaston, ya que a ningún precio hubiese consentido en hacer llegar hasta el verdadero promotor de los errores pasados la responsabilidad de lo sucedido.

En esto, en realidad, radicaba el meollo de su conducta para con el señor Dorlange. Su mujer le había querido para ella sola, y se había dedicado a separarle de todas sus amistades con un encarnizado entusiasmo. Pero nada podría explicar mejor que estos celos desordenados y furiosos, la inconfesada e inexpresable inferioridad en que se encontraba con respecto a su marido. Luisa de Chaulieu, para él, fue la perfección personificada, y los mismos excesos de imaginación de que hacía gala eran considerados como muestras de su encanto. Todo cuanto podía conceder era que la personalidad y los actos de aquella adorada déspota no podían ser medidos en la misma balanza que los actos y la personalidad de las demás mujeres. Considera que

Luisa fue, entre todas las de su sexo, una excepción gloriosa, y que en este aspecto, para poder ser comprendida, tiene necesidad de ser explicada. Y quien mejor que yo para hacerlo, ¿quien mejor que yo, para quien ella no tuvo jamás un secreto, para encargarse de una tal misión? Me pidió, como le decía, que realizara cerca del señor Dorlange esta especie de trabajo de información; ya que una vez justificada y admitida la influencia de la señora Marie-Gaston, todo el proceder de su marido podía ser definitivamente amnistiado.

Para cumplir los deseos del señor Marie-Gaston, mi primera intención fue la de escribir cuatro líneas a su amigo escultor, rogándole se sirviera pasar por mi casa. Pero, después de haber reflexionado más sobre el asunto, y pensando que se hallaba todavía convaleciente de su herida, llegué a la conclusión de que, si lo hacía, daba a mi papel de mediadora una extraña solemnidad. Y decidí obrar de otra forma. Es corriente que la gente vaya a visitar el taller de un artista: acompañada por mi marido y por Nais, podía ir a casa del señor Dorlange sin necesidad de ser anunciada, con el especioso pretexto de renovar la petición que ya se le había formulado para obtener el concurso de su talento. Aparentando querer influir en su decisión por medio de mi presencia femenina, tenía posibilidades para poder llegar a la verdadera finalidad de mi visita; ¿no lo hubiese aprobado usted, señora, y no le parece que mi previsión era correcta?

En consecuencia, yo y la escolta que acabo de mencionar fuimos, al día siguiente de haber tomado mi resolución, a una pequeña casa de apariencia agradable, situada en la calle del Oeste, detrás de los jardines de Luxemburgo, en uno de los barrios más tranquilos de París.

Ya desde la entrada, fragmentos escultóricos, bajorrelieves e inscripciones encajadas en las paredes testimoniaban el buen gusto reinante en la casa y, al mismo tiempo, la profesión de su propietario.

En el vestíbulo, adornado con dos hermosas ánforas antiguas, fuimos recibidos por una mujer, de la que me había hablado el señor de L'Estorade. El laureado de Roma, a lo que parece, no había querido abandonar Italia sin llevarse un agradable recuerdo.

Como una moderna Galatea, a la vez ama de llaves y modelo, representando simultáneamente el puchero y el arte, aquella hermosa italiana, a creer a algunos indiscretos, cumplía en la vida del señor Dorlange el completo ideal de la famosa mujer *para todo*, sin que su anuncio apareciera en la sección de anuncios de los periódicos. No obstante, quiero apresurarme a confesar que nada en la apariencia exterior de aquella mujer podía sugerir ninguna idea morbosa.

Una gravedad seria y un tanto fría, unos enormes ojos aterciopelados, una tez ligeramente anaranjada, un peinado partido en dos que, por el cuidado y experto arreglo de dos lujuriantes trenzas, hacía adivinar una espléndida cabellera, unas manos demasiado fuertes, pero de formas elegantes, cuya dorada blancura destacaba sobre el negro de su vestido; éste era sencillo, pero suficientemente ajustado para

delatar la perfección de las formas de su cuerpo; y, por último, aureolando aquel conjunto, un no sé qué de altanero y de casi salvaje, que según tengo entendido es propio, en Roma, de las mujeres del Trastévere: éste es el retrato de nuestra introductora, que nos hizo pasar a una galería repleta de obras de arte que era preciso recorrer para llegar al taller.

Mientras la bella ama de llaves anunciaba al señor conde y a la condesa de L'Estorade, el señor Dorlange, en un pintoresco traje de taller y dándonos la espalda, se apresuraba a cubrir con una amplia tela de sarga verde una estatua en la que trabajaba cuando llegamos.

En el momento de volverse, y casi antes de poderle mirar a la cara, imagínese mi sorpresa al ver a Nais precipitarse corriendo hacia él, y con ingenuidad infantil abrazarle, exclamando:

—¡Usted es el señor que me salvó la vida!

«¡Cómo!, ¿es el señor que le salvo la vida? Según esto, ¿era el señor Dorlange el famoso desconocido? Sí, señora, y en seguida también yo, como Nais, le reconocí. Pero, siendo el desconocido, no dejaba de ser asimismo el fastidioso. Sí, señora, el azar, que a menudo es el más hábil de los novelistas, había decidido que el señor Dorlange fuera ambas cosas a la vez; y, por la última carta que le escribí a usted, por la prolija manera en que le narraba su vida, creo debió haberlo deducido. Pero, entonces, usted, mi querida condesa, habiendo ido a su taller...». En cuanto a mí, señora, no me diga nada. Emocionada, sonrojada, pálida, en aquellos instantes debí de ofrecer el espectáculo que puede imaginarse...

Por suerte, mi marido expuso una serie bastante complicada de frases de agradecimiento y, mientras habló, pude reponerme de la sorpresa y cuando, a mi vez, tuve que tomar la palabra había conseguido dar a mi cara uno de esos aspectos típicos de los Estorade, como a usted le gusta calificarlos; sabe usted que, en tales casos, mi cara marca veinticinco grados bajo cero y que sería capaz de helar la palabra en los labios del más ardiente y apasionado de los enamorados. Esperaba mantener así al artista a distancia y oponer un obstáculo si se atrevía a aprovecharse de mi estúpida presencia en su taller.

En cuanto al señor Dorlange me pareció más sorprendido que turbado por mi visita; después, como si a pesar de su modestia le tuviésemos demasiado tiempo bajo el influjo de nuestra gratitud, cambiando bruscamente de tema, me dijo:

—¡Dios mío!, señora, ya que resultamos mucho más conocidos de lo que pensaba ¿me permitiría usted le solicitara que me ayudara a disipar una curiosidad que siento?

Creía sentir la garra del gato disponiéndose a jugar con su presa; de modo que le respondí:

—Según tengo entendido, los artistas tienen frecuentemente curiosidades francamente indiscretas...

Y puse, al acentuar aquella alusión, un matiz bien definido de sequedad que me pareció debía completar su sentido. Comprobé que el hombre no acusaba el golpe.

—Espero —continuó— que en mi caso no suceda cosa semejante: únicamente deseaba saber si tenía usted una hermana.

—¡Vaya —pensé— deja una puerta abierta! Está pretendiendo atribuir a un parecido la audaz persistencia de su obsesión.

Pero me convenía dejarle aquella escapatoria, ya que en presencia del señor de L'Estorade no tenía libertad para poder mentir.

—No, señor —le contesté— no tengo ninguna hermana; por lo menos que yo sepa.

Aquella contestación la solté con cierto aire de astucia, para que no se llamara a engaño sobre su verdadero significado.

—No obstante —prosiguió el señor Dorlange con el aire más natural del mundo — no es absolutamente imposible que mi suposición tuviese visos de realidad. La familia a la que pertenece la persona parecida a usted se halla rodeada de una tal atmósfera de misterio que, en cuanto se refiere a ella, todas las suposiciones pueden tener cierto grado de validez.

—¿Sería indiscreto saber de qué familia se trata?

—En absoluto; son personas a las que usted, seguramente, ha conocido en París entre 1829 y 1830; tenían una hermosa residencia en la que solían dar fiestas y bailes; yo les conocí en Italia.

—¿Quiénes eran? —pregunté con una insistencia que nada tenía de caritativa.

—Era la familia Lanty —me respondió Dorlange, sin dudar y sin turbarse.

Y la verdad es, mi querida señora, que en la época en que yo aún no vivía en París había una familia de este apellido, de la cual usted, como yo, debe de haber oído contar extrañas historias.

Al tiempo que contestaba a mi pregunta, el artista se había dirigido hacia la estatua cubierta con una tela.

—La hermana que usted no tiene —me dijo súbitamente— me permito, señora, mostrársela a usted, deseando que dé su opinión sobre si presenta algunos rasgos de familia.

Diciendo esto, levantó la tela que cubría su obra, y entonces pude verme a mí misma, señora, en la figura de una santa, con una aureola alrededor de mi cabeza... ¡Algo, señora, indignante!

En presencia del asombroso parecido que tenían ante la vista, mi marido y Nais lanzaron un grito de admiración. El señor Dorlange emprendió, sin esperar se recobraran de la sorpresa producida por aquel golpe teatral, su apología:

—Esta estatua —nos dijo— es una *Santa Úrsula*, que me ha encargado un convento de provincias. Por circunstancias que sería demasiado largo explicarles, aquella persona de la cual hice mención hace unos instantes, quedó profundamente impresa en mi imaginación. He intentado, vanamente, crear otro que fuese más fiel reflejo de mi idea. Empecé, pues, a modelar de memoria; pero un día, señora, en Santo Tomás de Aquino la vi a usted y tuve la superstición de tomarla por un modelo

que me enviaba la Providencia. Desde entonces realicé todo el trabajo tomándola a usted como modelo y, no atreviéndome a rogarle que viniera al taller para posar, procuré multiplicar las ocasiones de observarla. Por otra parte, evité escrupulosamente enterarme de su nombre así como de su posición social: hubiera sido algo así como materializarla y hacerla descender de la posición ideal en la que le había colocado. Si, por desgracia, se hubiese dado cuenta de mi asiduidad, me habría de tomar por uno de esos desocupados que andan por las calles sin rumbo fijo, corriendo aventuras; y no obstante, no era más que un artista concienzudo, que tomaba, como dice Molière, las cosas de donde se hallan, intentando inspirarme en la naturaleza misma, lo que, a la larga, produce mejores y más sólidos resultados.

—Oh, yo ya me había dado cuenta de que usted nos seguía —dijo entonces Nais con aire de saberlo todo.

¿Hay alguien, señora, capaz de comprender a los niños? Nais lo había visto todo; cuando lo del accidente, hubiese sido normal que hablase, a su padre y a mí, de aquel señor cuya asiduidad había observado perfectamente y, no obstante, no pronunció sobre ella ni una sola palabra. Educada por mí misma, con tantos cuidados, y no habiéndose separado de mi lado ni un solo instante, la plenitud de su inocencia no ofrecía ninguna duda. Habrá pues que creer que la naturaleza proporciona a las muchachas de trece años un conocimiento instintivo de ciertos secretos. ¿No es esto algo que produce estremecimientos?

Pero son los maridos los que más nos hacen temblar, querida señora, cuando parecen presentir su porvenir.

El mío, a lo que supongo, debió de aguzar el oído al escuchar la manera atrevida con la que aquel caballero me había convertido en su modelo; por otra parte, el señor de L'Estorade, como todo el mundo sabe, no tiene nada de tonto; en todo encuentro con personas procura tener el más alto grado de conveniencia social, y le creo capaz de mostrarse, si se presentase la mínima oportunidad, ridículamente celoso; pero ante la vista de su *linda Renata*, como le gusta llamarme, realizada en mármol blanco en figura de una santa, se había sumido, a lo que parece, en un éxtasis de admiración insospechada. Junto con Nais, sólo se preocupaba en inventariar la fidelidad de la copia: que era realmente una actitud muy mía, que aquéllos eran mis ojos, que aquélla era realmente mi boca y los hoyuelos de mis mejillas.

Finalmente, creí deber mío asumir el papel del cual parecía el señor de L'Estorade haber presentado la dimisión, y con seriedad le dije al impertinente artista:

—¿No considera, señor, que el apropiarse así, o para decirlo más claro, el robar el rostro y la figura de las gentes, constituye un proceder muy extraño?

—Tal vez sí, señora —me respondió con tono respetuoso— pero debo aclararle que mi sustracción fraudulenta no la hubiese llevado hasta un punto en que usted no hubiese podido sufrirla. Aunque mi escultura esté destinada a ir a perderse en un oratorio de religiosas, no la hubiese mandado sin antes haber obtenido su consentimiento para hacerlo. Tan pronto como lo desease, me habría enterado de su

nombre y dirección, y le hubiese confesado el impulso al cual había cedido, rogándole que visitara mi obra. Una vez que usted la hubiese contemplado, en el caso de que le molestase su excesivo parecido, le hubiese dicho lo que ahora puedo repetirle: con unos cuantos golpes de cincel puedo modificar sus rasgos hasta hacerlos irreconocibles incluso por la persona más perspicaz.

¡Se trataba de atenuar el parecido! Mi marido, aparentemente, encontraba que no era todavía lo bastante exacto, ya que en aquel momento, dirigiéndose al señor Dorlange, le dijo beatíficamente:

—Señor, ¿no encuentra usted más fina la nariz de la señora de L'Estorade que la de la estatua?

Turbada como me hallaba por todos aquellos sucesos imprevisibles, mal hubiera podido abogar por la causa del señor Marie-Gaston, pero a las primeras palabras que sobre aquel asunto insinué al señor Dorlange, éste me dijo:

—Sé perfectamente, señora, todo lo que usted podría decirme en descargo del *infiel*. No puedo perdonarle, pero sí puedo olvidarle. Las cosas se han presentado de forma tal que he estado a punto de morir por él, y sería completamente ilógico que le guardase rencor. No obstante, por lo que se refiere al mausoleo de Ville-d'Avray nada podrá hacerme cambiar de parecer. Ya le manifesté al señor de L'Estorade que existe un impedimento que cada día se levanta ante mí con más fuerza; por otra parte, encuentro miserable que Marie-Gaston siga rumiando su pena y le he escrito en tal sentido. Es necesario que se comporte como un hombre y que solicite al estudio y al trabajo los consuelos que estas dos actividades le pueden proporcionar.

Agotado el tema de mi visita y no teniendo esperanza de poder penetrar en todas las oscuridades que deseaba, en el momento en que nos disponíamos a marchar el señor Dorlange me dijo:

—¿Puedo contar, señora, con que no me va a pedir realice en mi estatua *depredaciones* de consideración?

—A esto creo que es mi marido quien debe contestar; por otra parte, ya tendremos ocasión de volver sobre este asunto, ya que el señor de L'Estorade tiene la esperanza de que usted nos hará el honor de visitarnos.

El señor Dorlange se inclinó en signo de aquiescencia respetuosa, y salimos del taller.

Cuando nos acompañaba hasta el coche, sin atreverse a ofrecirme su brazo, me volví para llamar a Nais que se acercaba imprudentemente a un gran perro de los Pirineos que se hallaba tumbado en el patio. Pude ver entonces, tras la cortina de una de las ventanas de la casa, a la hermosa ama de llaves, ávidamente ocupada en seguirme con la mirada. Al verse sorprendida en su curiosidad, corrió la cortina con manifiesta violencia.

—Vamos, pensé, he ahí a una mujer celosa de mí. ¿Tendrá miedo, quizá, de que le haga la competencia, al menos como modelo?

En resumen, salí de allí de un humor asesino; me sentía indignada contra Nais,

contra mi marido, y estuve a punto de hacerle unos reproches que, seguramente, no hubiese comprendido.

¿Qué piensa usted de todo esto, señora? ¿Acaso es este hombre un trapacero que supo encontrar el modo, mediante una ingeniosa fábula, de salirse de la situación comprometida en que se encontraba? ¿O no es más que un artista que, ingenuamente, me ha tomado por la materialización de su ideal? Son cosas éstas que seguramente sabré dentro de poco tiempo, ya que ahora, más que nunca, pienso seguir desarrollando el programa que tenía previsto y mañana, a lo más tardar, el señor conde y la señora condesa de L'Estorade tendrán el honor de invitar al señor Dorlange a comer en su casa.

VII

LA CONDESA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA OCTAVIA DE CAMPS

París, marzo de 1839.

Querida señora:

El señor Dorlange comió en casa con nosotros. Mi primitiva idea había sido invitarle para comer en familia, sometido a mi vigilancia y de modo que pudiese formularle preguntas con más tranquilidad. Pero el señor de L'Estorade, a quien no había podido confiar mi caritativa predisposición, me hizo observar que una invitación de aquel género podía resultar mortificante; el señor de L'Estorade, par de Francia, quizá encontró que el escultor Dorlange no tenía bastante categoría para frecuentar su intimidad.

—No podemos —añadió alegremente mi marido— tratarle como al hijo de uno de nuestros granjeros que viniera a visitarnos con las charreteras de subteniente, y al que podríamos invitar en la intimidad ya que no nos sería dable mandarle a comer a la cocina.

Tuvimos, pues, a la mesa, además de nuestro invitado principal, al señor José Bridau, el pintor; al caballero D'Espard, al señor y a la señora de la Bastie y al señor de Ronquerolles.

Al invitar a este último, mi marido le había preguntado si no le sería molesto sentarse a la misma mesa que el adversario del duque de Rhétoré. Recordará usted, sin duda, de que para su duelo el duque había nombrado testigos suyos al general de Montriveau y al señor de Ronquerolles.

—Todo lo contrario —respondió este último—, lejos de serme desagradable será un verdadero placer estar al lado de un hombre de talento que, en el asunto en que me vi envuelto, se comportó con la caballerosidad más exquisita.

Y como sea que mi marido le contase el mucho agradecimiento que le debíamos, exclamó:

—Entonces, este hombre, además de artista, es un héroe. Como siga así, pronto nos eclipsará a todos.

En su taller, sin el cuello que destaca su cabeza del resto del cuerpo, vestido con una especie de traje oriental, el señor Dorlange me había parecido más atractivo que con su ropa de ciudad. Hay que decir, no obstante, que cuando se encuentra mezclado en una animada conversación, su cara parece iluminarse y entonces emana de sus ojos como un haz de esos efluvios magnéticos que ya había observado en nuestros encuentros anteriores; lo mismo que yo, la señora de la Bastie se sintió impresionada

por ellos.

No recuerdo si le he mencionado a usted cuál era la ambición del señor Dorlange y que desea presentarse como candidato en las próximas elecciones. Ésta fue la excusa que presentó a mi marido para negarse a aceptar el encargo que, en nombre de Marie-Gaston, le había hecho. Lo que mi marido y yo habíamos tomado como una excusa o por una intención simplemente apuntada, parece ser que se trata de una decisión seria. En la mesa, instado por el señor José Bridau a que explicara si los proyectos de que se hablaba eran una realidad, el señor Dorlange mantuvo la realidad de sus intenciones parlamentarias. Por ello, durante la cena, todas las conversaciones tuvieron un tono político.

En cuestiones como ésta, que podían considerarse totalmente ajenas a sus estudios, creí que nuestro artista se mostraría completamente novato, o cuando más dentro de una tónica de vulgar mediocridad. Pues nada de eso: sobre los hombres, sobre las cosas, sobre el pasado y futuro de los partidos, expuso ideas verdaderamente nuevas, en las que nada había sido tomado de prestado a la fraseología política cotidiana que solemos leer en los periódicos; y todo lo expuso con palabra vivida, fácil, insinuante, elegante; de tal modo, que después de su partida, los señores de Ronquerolles y de L'Estorade se declararon positivamente sorprendidos por la fuerte y poderosa personalidad política que acababan de conocer. La confesión de aquellos señores es muy importante ya que, tanto por temperamento como por su posición, son dos celosos conservadores, mientras que el señor Dorlange muestra cierta inclinación por las ideas democráticas.

A causa de todas estas inesperadas cualidades que se fueron manifestando en mi problemático enamorado empezó a renacer en mí algo de la antigua tranquilidad. Efectivamente, la política es en sí una pasión tan absorbente y dominante que impide se escape y desborde en otras direcciones. No obstante, estaba decidida a llegar al fondo de la situación y, después de comer, derivé la conversación de nuestro hombre hacia temas privados, tarea sumamente sencilla para un ama de casa.

Después de hablar durante un rato del señor Marie-Gaston, nuestro común amigo, de la exaltación de mi pobre Luisa y de mis constantes e inútiles esfuerzos para atemperarla, no pudiendo situarle en un terreno propicio para iniciar mi ataque, le pregunté bruscamente si enviaría pronto a su *Santa Úrsula* a su destino.

—Todo está a punto —me respondió— para mandarla; pero me es necesario, señora, que usted me dé su *exeat*, y que me indique si debo o no modificar algo de su expresión.

—Antes que nada, permítame una pregunta —dije—. ¿Su obra, en el supuesto caso de que le pidiera algún cambio en ella, perdería mucho de su aspecto actual?

—Es muy probable que así sucediera: por poco que se le corten las alas a un pájaro, se le impide su vuelo.

—Otra curiosidad mía. ¿Es a mí o a la *otra persona* a quien su estatua reproduce con tanta fidelidad?

—A usted, señora, esto no hay ni que dudarlo: usted es el presente, en cambio ella representa el pasado.

—Pero el dejar el pasado por el presente tiene, y supongo que lo sabe usted perfectamente, un calificativo poco agradable; y esta actitud la confiesa usted con una sinceridad y una tranquilidad que tienen algo de espantoso.

—Esto es verdad —me respondió, riendo, el señor de Dorlange—, el arte tiene mucho de feroz: en cualquier parte donde se encuentre con materia para sus creaciones se precipita desesperadamente sobre ella.

—El arte —proseguí— es una gran palabra bajo cuyo manto pueden esconderse muchas cosas. El otro día me decía usted que circunstancias demasiado largas de explicar habían contribuido poderosamente a hacer que se hallara presente en usted, durante mucho tiempo, la forma de la cual yo soy un reflejo, y que ha dejado en su memoria una huella tan imborrable: ¿no era esto una manera de decirme claramente que no eran solamente causas artísticas lo que mantenían vivo su recuerdo?

—Realmente, señora, estaba ansioso de explicarle todo esto como hubiera deseado; pero, en todo caso, siendo aquélla la primera ocasión que trataba con usted, ¿no hubiese considerado extraño que yo pretendiera exponerle una serie de confidencias?

—¿Y ahora? —repliqué valientemente.

—Ahora, a menos de recibir un aliento expreso para que lo haga, me costaría trabajo imaginar que mi pasado tuviera alguna importancia para usted.

—¿Por qué no? Hay amistades que maduran rápidamente. Su gesto para con mi Nais es buen motivo para que así sea. Por otra parte —añadí con fingida osadía— me entusiasman las historias.

—Pero, además de que la mía carece en absoluto de interés, para mí todavía es un enigma.

—Razón de más para que me la cuente; siendo dos a conocerla, tal vez sería más fácil hallar la clave de la misma.

Durante unos momentos Dorlange pareció como consultar consigo mismo; después, dijo:

—Es verdad, las mujeres son admirables para captar en los hechos y en los sentimientos matices que los hombres no seríamos capaces de adivinar. Pero esta confidencia no me atañe a mí sólo, y necesito la seguridad de que quedará exclusivamente entre nosotros; de esta reserva no exceptúo ni al señor de L'Estorade: entre el que habla y el que escucha, se ha situado ya un secreto.

Ciertamente me hallaba muy intrigada por conocer lo que iba a relatarme. ¿No existía en su última frase la actitud característica del hombre que se dispone a cazar en vedado? No obstante, continuando con mi sistema de darle aliento, le repliqué un tanto desvergonzadamente:

—El señor de L'Estorade está tan acostumbrado a no saber nada por mí que no conoce ni una sola línea de mi correspondencia con la señora Marie-Gaston.

—Lo cual no impide, que mantenga una discreción relativa con usted; en fin de cuentas, ¿no es usted mi director espiritual? Y a un director hay que decírsele todo si se quiere ser pertinentemente aconsejado.

Hasta aquel momento, el señor Dorlange se había mantenido de pie, ante la chimenea, en una esquina de la cual me había sentado; acercó a mi lado un sillón y, a manera de preámbulo, me dijo:

—Le mencioné a usted, señora, a la familia de Lanty...

En aquel instante la señora de la Bastie, inoportuna como la lluvia en una excursión campestre, se acercó para preguntarme si había visto al conde de Nathan.

Se trataba de una comedia de los demás en la cual había desempeñado, según creo, un papel distinguido. El señor Dorlange se vio obligado a cederle el puesto que ocupaba a mi lado, y a renunciar a la conversación iniciada.

Como puede usted ver, señora, de todas mis provocaciones e insinuaciones no salió ninguna revelación; pero, en defecto de palabras concretas, cuando recuerdo la actitud adoptada por el señor Dorlange, que he estudiado cuidadosamente, me siento inclinada a decidirme en favor de su inocencia.

De hecho, nada hay en la interrumpida historia, o por lo menos lo supongo, para hacer suponer que el amor haya desempeñado el papel que había insinuado. Existen mil razones por las que una persona se mantiene en el recuerdo. Si el señor Dorlange no amó realmente a aquella que yo le recuerdo, ¿por qué habría de amarme a mí que, por así decirlo, sería una amada de segunda mano? Por otro lado, no olvidemos demasiado pronto a su hermosa ama de llaves, y suponiendo, incluso, que en su relación con ella hubiese más de sentidos que de corazón, ¿no tendríamos que admitir que esta muchacha sería para mí como una especie de pararrayos?

De ser así, mi querida señora, con todos mis temores, que le he comunicado a usted, me parece que haría un ridículo papel, como una especie de Belisa de las *Mujeres sabias*, absorta por la idea de que todo aquel que la miraba caía rendidamente enamorado...

No obstante yo me abandonaré gustosamente a esta vulgar pretensión. Enamorado o no, el señor Dorlange posee un espíritu elevado y una rara inteligencia y distinción, y si por excederse en sus solicitudes llegara a hacerse imposible, por lo menos tendría el placer de tenerlo entre nuestras amistades. El servicio que nos prestó le predestina, por otra parte, a ser considerado como tal y sentiría tener que tratarle con dureza. En este supuesto tendría que pelearme con Nais, que, como es muy natural, está encantada con su salvador.

Por la noche, una vez que se hubo marchado, me preguntó ingenuamente:

—Mamá ¿has visto lo bien que habla el señor Dorlange?

A propósito de Nais, he aquí la explicación que me ha dado de aquella reticencia que tanto me impresionó:

—Vamos, mamá, creía que tú también le habías visto. Pero como sea que después de detener los caballos desbocados tú fingiste no conocerle, y como no tiene una

figura distinguida, creí que sólo se trataba de un hombre...

—¿Cómo de un hombre?

—Sí, de una de esas personas a las cuales no se presta atención. Pero ¡qué alegría cuando supe que se trataba de un caballero! Ya me oíste gritar: *¡usted es el señor que me salvó!*

Si su inocencia es total, existe en esta explicación un mucho de vanidad, de lo cual puede creer he sacado la correspondiente moraleja. Esta distinción entre un hombre y un caballero es algo espantoso; pero, en definitiva, ¿no ha puesto la muchacha el dedo en la llaga? Sólo que ella ha manifestado con toda su ingenua crudeza lo que nuestras democráticas costumbres nos permiten distinguir, pero que no nos permiten confesar en voz alta. La famosa Revolución del 89, por lo menos, ha servido para que arraigara en nuestra sociedad esta hipocresía virtuosa... Pero veo que estoy volviendo a la política, y si siguiera por este camino, podría usted decirme que estuviera alerta, que el señor Dorlange está ejerciendo ya sobre mí demasiada influencia...

VIII

LA CONDESA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA OCTAVIA DE CAMPS

París, abril de 1839.

Durante más de dos semanas, querida señora, nada hemos sabido del señor Dorlange. No solamente no ha juzgado conveniente reemprender la confianza tan desdichadamente interrumpida por la señora de la Bastie, sino que tan siquiera se ha dignado mandar a la casa de los que le invitaron a comer la acostumbrada carta de octava.

Estábamos desayunando ayer y acababa de hacer, sin mala intención, esta observación, cuando nuestro Lucas, en su calidad de antiguo criado de la casa, lo que le hace tomarse algunas libertades, abrió triunfalmente la puerta del comedor, y al tiempo que entregaba una carta al señor de L'Estorade, depositó en medio de la mesa algo que en el primer momento no supe lo que era, cuidadosamente envuelto en papel de seda y que tomé por un dulce.

—¿Qué es lo que traes? —pregunté a Lucas, cuyo rostro se sorprendió.

Y adelanté la mano para descubrir lo desconocido.

—¡Oh, señora, vaya usted con cuidado! —exclamó Lucas—. Es algo frágil.

Durante aquel lapso, mi marido abrió el sobre, pasándomelo a continuación al mismo tiempo que decía:

—Toma, es la excusa del señor Dorlange.

He aquí lo que decía:

»Señor conde, me pareció adivinar que la señora de L'Estorade no me autorizaba a aprovecharme del audaz latrocinio realizado en perjuicio suyo. He tomado pues, valerosamente, la decisión de modificar mi obra, y a estas horas las *dos hermanas* han dejado ya de parecerse. No obstante, no he querido que se perdiera todo y después de haber sacado un molde de la cabeza de Santa Úrsula, antes de realizar en ella los correspondientes retoques, he mandado hacer una reproducción a menor tamaño de la misma y la he colocado sobre los hombros de una encantadora condesa que, a Dios gracias, todavía no ha sido canonizada. El molde ha sido destruido inmediatamente después de haber sacado un ejemplar único que tengo el honor de remitirle. Este proceder, que estimo el más conveniente, dará quizá un poco más de valor al objeto.

»Sírvese aceptar, señor conde, etc.».

Mientras yo leía, mi marido, Lucas, Nais y Renta estaban impacientes por desenvolver aquel paquete y, una vez hecho, de santa que había sido, aparecí

convertida en mujer de mundo, en forma de una deliciosa estatuilla primorosamente realizada.

Pensé que el señor de L'Estorade, Nais y Renata se iban a volver locos de admiración. La noticia de la obra maestra se extendió inmediatamente por toda la casa, y todos los criados fueron apareciendo, uno tras otro, como si les hubiésemos invitado a hacerlo, gritando: *¡Ah, qué parecido tiene con la señora, es ella misma!* Éste fue el tema principal, ahorrándole a usted las variaciones del mismo. Yo era la única que no participaba de la embriaguez general. El servir eternamente de materia a las elucubraciones esculturales del señor Dorlange me parecía una felicidad escasamente envidiable y por todas las razones que usted ya sabe, mi querida señora, hubiese preferido con mucho no hallarme tan a menudo en su pensamiento y bajo su cincel.

En cuanto el señor de L'Estorade, luego de pasar más de una hora en su despacho buscando un lugar apropiado para colocar la estatuilla y donde mejor le diera la luz, vino a decirme:

—Al ir al tribunal de Cuentas, pasaré por casa del señor Dorlange; si esta noche está libre, le rogaré venga a cenar con nosotros; a Armando, que todavía no le conoce, le toca salir hoy; podrá ver así a toda la familia reunida, y tú podrás darle las gracias.

Yo no aprobaba, en absoluto, aquella invitación en familia. Me parecía que instalaba al señor Dorlange en un pie de intimidad que su nueva galantería volvía a hacerme considerar como peligrosa. A unas observaciones que me permití, el señor de L'Estorade me objetó:

—Pero, querida mía, la primera vez que le invitamos deseabas que fuera en familia, lo que hubiese sido totalmente improcedente; en cambio hoy, que me parece mucho más conveniente, pones dificultades.

Ante un argumento tan bien pensado, que me mostraba en flagrante delito de contradicción, nada pude replicar; pero en mi interior pensé que los maridos no son ciertamente un dechado de habilidad. El señor Dorlange consintió en ser de los nuestros. Debió de notar frialdad al expresarle mi agradecimiento. Llegué incluso a decirle que había interpretado erróneamente mi pensamiento y que yo no tenía intención alguna de pedirle que modificara su estatua, lo cual era darle motivo para pensar e, implícitamente, no dar una total aprobación a su envío de la mañana. Por otra parte, tuvo la habilidad de molestarme en otra cosa en la que, ya lo sabe usted, soy realmente intratable.

Durante la cena, el señor de L'Estorade volvió a tocar el tema de su candidatura, aprobándola sin encontrarla ridícula.

Aquello llevaba directamente a la política. Armando, que es un espíritu serio y reflexivo, y que lee los periódicos, se mezcló en la conversación. Contra la costumbre de la juventud de hoy en día, es de la misma opinión que su padre, es decir, profundamente conservador, pero quizá un poco fuera de los límites de la justa y

prudente medida, tan difícil de tener a los quince años. Se sintió, pues, obligado a contradecir al señor Dorlange que, como ya le dije a usted, tiene veleidades jacobinas. Y, en verdad debo confesarle que no me pareció que los razonamientos argumentados por mi hombrecito fuesen muy malos ni que estuviesen expuestos en términos improcedentes.

Sin dejar de mostrarse educado, el señor Dorlange pareció desdeñar entrar en controversia con el muchacho y le recordó, bastante duramente, su uniforme de colegial, de tal modo que Armando empezó a perder la paciencia, molestándose. Como está muy bien educado, no tuve más que hacerle una señal para que se contuviera; pero al ver que se ponía de un rojo purpúreo y se encerraba en un silencio absoluto, sentí la herida causada en su amor propio, y encontré al señor Dorlange poco generoso al haberle aplastado con su superioridad. Sé muy bien que los jovencitos de hoy en día cometen el error de querer ser personajes demasiado pronto, y que no hay mal alguno en pararles los pies de vez en cuando para impedirles cumplir cuarenta años antes de tiempo. Pero el caso es que, en verdad, Armando posee un desarrollo intelectual y una facultad de razonamiento muy por encima de su edad. ¿Quiere usted una prueba de ello? Hasta el año pasado, no habiendo consentido separarme de él, seguía sus cursos en el colegio de Enrique IV en calidad de externo. Pues bien, en interés de sus estudios, que las idas y venidas del externado no dejaban de contrariar un tanto, pidió ser enclaustrado y para obtener el favor de poder encerrarse entre cuatro paredes bajo la férula de un encargado de curso, empleó más argumentos y llevó a cabo más intrigas de los que hubiese empleado cualquier otro muchacho para conseguir un resultado opuesto. Así, aquel andar de hombre ya hecho, que en algunos estudiantes constituye un ridículo insoportable, en él parecía el resultado de una precocidad natural; y una tal precocidad no hay más remedio que perdonársela, pues, después de todo, se la ha dado Dios. Debido a lo infortunado de su cuna, el señor Dorlange está menos que nadie en situación de saber qué y cómo son los muchachos, y necesariamente debería pecar de indulgencia para con ellos. ¡Que vaya con cuidado! Es éste un pésimo sistema de hacerme la corte, incluso en plan de simple amistad.

La velada familiar no se prestaba mucho para iniciar nuevamente el relato de su historia, pero me pareció que él mismo no tenía muchos deseos de emprender su narración. Le estuvo recortando siluetas a Nais durante más de una hora, ocupándose mucho menos de mí. Hay que decir también que la señora de Rastignac vino a entrometerse, y que por mi lado tuve que prestar toda mi atención a aquella visita. Mientras yo mantenía conversación con ella en el rincón de la chimenea, en el otro extremo del apartamento el señor Dorlange hacía posar a Nais y a Renata, que vinieron corriendo en triunfo para traerme su perfil dibujado con gran habilidad, con varios rasgos de carbón.

—¿Sabes una cosa? —me dijo en voz baja Nais—. El señor Dorlange quiere hacer mi busto en mármol.

Todo aquello me pareció de bastante mal gusto. No me gusta que los artistas, una vez en un salón, pretendan seguir ejercitando su oficio. Parece que con ello autoricen el desdén aristocrático que a menudo no les encuentra buenos para ser recibidos por sí mismos.

El señor Dorlange nos dejó muy temprano, y el señor de L'Estorade, como ya le ha sucedido varias veces en su vida, tuvo la habilidad de desatar mis nervios cuando, al acompañar a nuestro invitado hasta la puerta de la calle, le oí rogarle que no espaciara tanto sus visitas pues yo me quedaba en casa todas las veladas.

De esta famosa invitación en familia, lo único que por ahora ha quedado ha sido una guerra civil entre mis hijos. Nais pone en las mismas nubes a su salvador, siendo sostenida en esta opinión por Renata, que se le ha entregado en cuerpo y alma merced a un lancero a caballo que el señor Dorlange dibujó para ella. Armando, por el contrario, le encuentra feo, lo cual es cosa incontestable; dice que recuerda los retratos de Danton que hay en las historias ilustradas de la Revolución. Dice, además, que en mi estatuilla tengo cierto aire de modistilla, lo cual es totalmente inexacto. De ahí las interminables discusiones surgidas entre mis seres más entrañables. Me he visto obligada a intervenir en ellas diciendo que ya me estaban cansando con su señor Dorlange. ¿No dirá usted lo mismo de mí, que tanto le he escrito ya sobre él sin concretar nada?

IX

DORLANGE A MARIE-GASTON

París, abril de 1839.

¿Por qué pretendo desertar del arte? ¿Qué es lo que espero hacer en esa maldita galera de la política? He ahí los resultados, mi querido enamorado, de permanecer encerrado durante años en la cartuja conyugal. Durante este tiempo el mundo ha seguido su marcha. Para aquéllos a quien se ha olvidado, la vida trajo nuevas combinaciones, y cuanto más se las ignora más dispuesto se está a lanzar sobre el desconocido el más feroz apostrofe. Siempre se es gran médico de las enfermedades ajenas.

Sabe, pues, mi estimado curioso, que no he tomado por propia iniciativa la decisión de la cual me pides cuentas. Al presentarme de manera tan imprevista en la brecha electoral no hago más que ceder a una inspiración venida de lo alto. Dejando brillar por fin un rayo de luz por entre mis eternas tinieblas, se me ha revelado en sus tres cuartas partes un padre, y a juzgar por las apariencias, se halla situado en el mundo en un lugar a propósito para satisfacer al más exigente. Por otra parte, como ya empieza a ser normal en mi vida, dicha revelación se ha visto rodeada de una serie de circunstancias bastante curiosas para que merezcan ser contadas con cierto detalle.

Como sea que tú hace ya dos años que vives en Italia, visitando sus ciudades más interesantes, me parece es cosa inútil explicarte en qué consiste el famoso *Café Greco*, lugar de reunión de los alumnos de la academia y de los artistas de todos los países durante sus estancias en Roma.

En París, en la calle del Coq-Saint-Honoré, existe un lejano equivalente de esta institución en un café conocido desde muy antiguo con el nombre de *Café de las Artes*.

Dos o tres veces por semana voy allí a pasar la velada. Me reúno con varios pensionados de Roma, contemporáneos míos. Ellos fueron los que me presentaron a varios periodistas y hombres de letras, todas personas amables y distinguidas con las cuales es un placer, y un buen negocio, cambiar ideas.

En un rincón en el que solemos agruparnos se ventilan y debaten todos los asuntos cuya naturaleza es capaz de interesar a los espíritus serios; pero lo que más despierta nuestro interés y lo que, sobre todo, despierta nuestro apasionamiento, es la política. En nuestro pequeño club domina la tendencia democrática, representada por las direcciones más dispares, incluida la utopía falansteriana. Supongo no será necesario decir que en este tribunal son juzgados con la máxima severidad todos los actos del gobierno, reinando en nuestras apreciaciones la más ilimitada libertad de

expresión. Hace como cosa de un año que el único camarero de quien se aceptan los servicios me llevó un día aparte, pretendiendo darme un encargo importante, y me dijo:

—Está usted, señor, siendo vigilado por la policía, y me permito aconsejarle que deje de hablar como San Pablo, con la boca abierta.

—¡La policía, muchacho! ¿Qué es lo que puede vigilar? Lo que yo digo en estas reuniones con mis amigos es lo mismo que se dice y se lee en todos los periódicos de la mañana.

—Lo mismo da, yo sé que le están vigilando. Lo he podido ver perfectamente; hay uno, ya viejo, que siempre se sienta cerca de usted para poder escucharle; cuando usted habla, presta mucha atención, en cambio, cuando hablan otros parece no dar importancia a lo que dicen, incluso alguna vez, he podido observar que tomaba notas en una agenda con signos distintos a los de la escritura normal.

—¡Muy bien! La primera vez que vuelva, me lo indicas.

Aquella primera vez tuvo lugar al día siguiente. El personaje que se me indicó era un hombre bajo, de cabellos grises y de aspecto bastante descuidado, cuyo rostro, muy marcado por la viruela, aparentaba unos cincuenta años de edad. Frecuentemente metía los dedos en una amplia tabaquera y parecía honrar todos mis discursos con tal atención que me resultaba sumamente honrosa, o indiscreta. Pero, de entre estas dos interpretaciones, me incliné por la más benévola al contemplar el aire, suave, dulce y honrado que expandía toda la persona del pretendido policía. Al objetar aquella tranquilizadora apariencia al que se vanagloriaba de haber desenmascarado a un agente de la secreta, me dijo:

—Pardiez, señor, ésta es la actitud que adoptan todos ellos para encubrir su juego.

Dos días más tarde, un domingo, a la hora de vísperas, en uno de aquellos paseos por el viejo París que, como seguramente recordarás, tengo la costumbre y el placer de realizar, la casualidad me llevó a la iglesia de San Luis, en la Isla, parroquia del perdido barrio que lleva este mismo nombre.

Esta iglesia es un monumento de muy mediocre interés, a pesar de lo que digan ciertos historiadores y todos los *acompañantes de extranjeros por París*. No hubiese hecho otra cosa que pasar de largo si no me hubiese sentido atraído por el extraordinario talento del organista que tocaba en el oficio. Decir que la interpretación de aquel hombre realizaba mi ideal constituye un elogio; ya que seguramente recordarás mi sutil distinción entre *tocadores de órgano* y *organistas*, nobleza de un rango superior cuyo título no reparto con excesiva prodigalidad. Terminado el oficio, sentí la curiosidad de ver la cara de tan eminente artista, desterrado en aquel rincón de la ciudad. Fui, pues, a emboscarme en una puerta para ver al virtuoso cuando saliese. No hubiese hecho lo mismo por una testa coronada; pero, después de todo, ¿no son los artistas los auténticos reyes por derecho divino?

Figúrate mi estupefacción cuando, al cabo de varios minutos de espera, en vez de una cara nueva para mí, veo aparecer a un hombre que inmediatamente despierta en

mi memoria un vago recuerdo, y que a la segunda mirada reconozco como a mi entusiasta oyente del *Café de las Artes*.

Y esto no es todo: le seguía algo parecido a una criatura humana, de piernas torcidas y encrespada cabellera, en la que reconozco a nuestra antigua providencia trimestral, a mi banquero, o *aportador de dinero*, en una palabra, a nuestro querido amigo, el enano misterioso.

Yo, por mi parte, no escapé a su vigilante mirada, y con gesto vivaz le vi señalarme al organista. Éste, con un impulso cuyo alcance estoy seguro que no calculó, se volvió rápidamente para mirarme; pero, sin otra demostración, continuó su camino.

Durante este tiempo, el patizambo, que por este detalle debo considerar como un empleado de *la casa*, se acercó familiarmente a la pila y le ofreció el agua bendita; después, sin prestar a mi persona la menor atención, se dirigió a una puerta disimulada que se halla en uno de los lados de la iglesia, desapareciendo por ella.

El cuidado que se había tomado aquel hombre en hacer observar mi presencia al organista fue, para mí, una revelación. Evidentemente, el *maestro* se hallaba enterado del procedimiento utilizado para facilitarme mi pensión, entregada religiosamente desde mi regreso de Roma hasta que recibí encargos suficientes para poder vivir.

También resultaba muy probable que el hombre enterado de aquel misterio financiero fuera también depositario de muchos otros secretos; debía de mostrarme tanto más interesado en tener con él una explicación, cuanto que habiendo podido llegar a vivir de mis propios ingresos, no podía temer que me cortasen los subsidios, tal como se me había amenazado en otro tiempo.

Tomando inmediatamente una decisión, me lancé tras los pasos del organista; en el momento en que crucé el umbral de la puerta de la iglesia estaba ya fuera del alcance de mi vista, pero ayudado por el azar, que me hizo seguir el mismo camino que él había tomado, al desembocar en el *quai* de Bethume tuve la suerte de divisarlo a lo lejos, llamando a la puerta de una casa.

Entrando con decisión en ella, pregunté al portero:

—¿El señor organista de San Luis de la Isla?

—¿El señor Jaime Bricheteau?

—Sí, el señor Jaime Bricheteau. ¿Vive aquí?

—En el cuarto piso, puerta izquierda. Pero ahora mismo acaba de regresar, puede usted alcanzarle por la escalera.

Por mucha diligencia que me di, cuando alcancé a aquel hombre estaba metiendo ya la llave en la cerradura para abrir la puerta de su piso.

—¿Es al señor Bricheteau —me apresuré a decirle— a quien tengo el honor de dirigirme?

—No le conozco, ni sé quién puede ser ese señor —me contestó descaradamente, dando doble vuelta a la llave.

—Quizá he pronunciado mal su apellido, pero me refiero al organista de la iglesia

de San Luis.

—Nunca oí decir que hubiese un organista en ese templo.

—Le suplico me perdone, señor; pero hay uno, pues el portero acaba de confirmármelo. Por otra parte, puedo asegurar que el tal organista no es otro que usted, pues le he visto bajar del órgano de dicha iglesia escoltado por un individuo...

Antes de que pudiera terminar la frase aquel singular interlocutor había entrado en el piso y cerrado la puerta tras él. Por un momento, me creí víctima de un error; pero, cuando hube reflexionado, vi que ello era absolutamente imposible. ¿No tenía que habérmelas con un hombre que desde hacía años daba pruebas de una discreción a ultranza? Era él quien rehuía sostener una conversación conmigo y no yo el que estaba equivocado.

Me puse entonces a tirar vigorosamente de la campanilla, completamente decidido a satisfacer mi insistencia para ser finalmente recibido y escuchado. Durante cierto rato el asediado resistió el alboroto que yo armaba con el llamador; pero, de repente, noté que la campanilla había dejado de repicar. Evidentemente acababa de ser taponada; entonces comprobé que mi obstinado oponente no abriría, y que el único procedimiento que estaba en mis manos para entrar en comunicación con él era derribar la puerta. Pero esto era prácticamente imposible de llevar a cabo. Bajé las escaleras y me dirigí al portero, sin explicarle las razones que tenía para hablar con aquel hombre, pero sí poniéndole en conocimiento de lo que sucedía; con ello me gané su confianza y abrí un camino para conseguir algunos informes sobre el impenetrable señor Jaime Bricheteau.

Aunque proporcionados con el mejor deseo, aquellos informes no aportaron luz alguna a la situación. En resumen, el señor Bricheteau era un inquilino tranquilo, amable, pero muy poco comunicativo; aunque muy exacto en el pago de su alquiler, parecía no gozar de una envidiable situación económica, careciendo de mujer de servicio y comiendo fuera de casa. Todas las mañanas salía antes de las diez, y no regresaba sino a últimas horas de la tarde; debía trabajar en alguna oficina o dar algunas clases de música.

De entre todo aquel amasijo de informes vagos e inútiles, se destacaba uno sólo interesante. Desde hacía unos meses, el señor Jaime Bricheteau recibía voluminosos sobres que, dado lo elevado de su tasa postal, debían ser enviados desde países muy lejanos; pero, a pesar de su buena voluntad, el digno portero no había podido descifrar la nacionalidad del sello ni por lo tanto, el punto de partida. Si en alguna ocasión se enteró del nombre del país desde el que habían sido remitidas, se había borrado de su memoria; así, y por el momento, aquella observación, que hubiese podido resultar instructiva nada resolvió.

Cuando regresé a casa, llegué a la conclusión de que quizá una epístola en tono patético dirigida a mi refractario conocido le decidiría a recibirme. Mezclando a formas suplicantes un punto de intimidación, le dejaba ver claramente el deseo, profundamente arraigado, de penetrar a cualquier precio en el misterio que se cernía

sobre mi vida y del cual él parecía conocer la solución. Ahora que había dado un paso en dicho secreto, era a él a quien le correspondía decidir si mis desesperados esfuerzos por desvelarlo, yendo a ciegas por aquel mundo desconocido, no comportaría muchos más inconvenientes que una franca explicación, a la cual le conjuraba.

Una vez formulado en dichos términos mi ultimátum, para hacerlo llegar a manos del señor Jaime Bricheteau en el más breve plazo posible me dirigí al día siguiente, antes de las nueve de la mañana, a su domicilio. Pero, llevando su discreción hasta el último grado, o teniendo en evitar mi encuentro un interés realmente inexplicable, desde primeras horas del día el *maestro*, después de haber satisfecho el alquiler del mes y el de garantía, había sacado todo el mobiliario del piso, y no tuve más remedio que admitir que el silencio de las personas encargadas de tan brusco traslado había sido largamente pagado, ya que al mismo portero le fue imposible saber el nombre de la calle a la cual se dirigía aquel emigrante inquilino. Aquellas gentes, por otra parte, no eran del barrio; de modo que no había posibilidad alguna de entrevistarlas.

Poseído de una curiosidad tan excitada, por lo menos, como la mía, el portero se había ingeniado un medio para satisfacerla. Dicho medio, poco delicado, consistía en seguir de lejos el carromato que trasladaba los muebles del músico. Pero este diablo de hombre pensaba en todo; y sin perder de vista al excesivamente celoso portero, se había quedado de vigilancia ante la puerta de la casa hasta que sus empleados tomaron la suficiente ventaja para no correr el peligro de ser seguidos. No obstante, a pesar de la testarudez y habilidad de aquel inaprensible adversario, yo no me consideraba derrotado todavía.

Sentía que había entre nosotros un lazo que nos unía: el órgano de la iglesia de San Luis. Al domingo siguiente, antes de terminar el oficio solemne, estaba yo a la puerta de la escalera que conducía al órgano, decidido a no dejar escapar a la esfinge sin haberle hablado.

Pero entonces sufrí una nueva decepción: el señor Jaime Bricheteau había sido reemplazado por uno de sus alumnos y durante tres domingos consecutivos persistió la misma sustitución. Al cuarto, tomé la decisión de abordarle y preguntarle si el *maestro* se encontraba enfermo.

—No, señor, el señor Bricheteau se ha tomado unas vacaciones; estará ausente durante algún tiempo, pues tiene que realizar también un viaje de negocios.

—Entonces ¿a dónde podría escribirle?

—No puedo decírselo exactamente; no obstante, creo que si dirige las cartas a su domicilio, a dos pasos de aquí, en el *quai* de Béthune, las recibirá.

—No, porque se ha trasladado de casa; ¿no conoce usted su domicilio actual?

—No. ¿Dónde vive ahora?

Decididamente no estaba de suerte; solicitaba informes y me encontraba con otro que me los pedía a mí. Para acabar de ponerme fuera de mí, mientras intentaba informarme en aquel santo lugar vi, desde lejos, al maldito sordomudo que me miraba

poniendo cara sonriente y divertida. Felizmente para mi impaciencia y curiosidad, que se iban exaltando por momentos, llegando a alcanzar un diapason muy elevado, se hizo un poco de luz.

Unos días después de mi última gestión recibí una carta, y, más hábil que el portero del *quai* de Béthune, reconocí inmediatamente que estaba sellada en Estocolmo, Suecia, lo cual no me sorprendió en absoluto. En Roma, me había honrado con la amistad de Thorwaldsen, el gran escultor sueco, y había tenido ocasión de conversar frecuentemente con compatriotas suyos en su taller; tal vez se trataba de algún encargo hecho a través suyo; pero una vez abierto el sobre, juzga mi sorpresa y mi emoción cuando leo en las primeras líneas lo siguiente: *Mi señor hijo...*

La carta era muy extensa y no tuve paciencia suficiente para leerla por completo sin saber el nombre que llevaba a su pie. Busqué, inmediatamente la firma; aquella expresión *Mi señor hijo*, que había leído tantas veces en la historia de los reyes, empleada por éstos cuando se dirigían a sus vástagos ¿no parecía anunciar el más aristocrático de los orígenes? Pero mi desengaño fue completo; ni rastro de firma.

»Mi señor hijo, me decía mi anónimo padre, no lamento en absoluto tu apasionada insistencia por conocer el secreto de tu cuna que ha obligado a la persona que veló tu juventud a venir aquí a conferenciar conmigo sobre lo que debíamos hacer referente a esta peligrosa y turbulenta curiosidad. Desde hace mucho tiempo vengo alimentando una idea que está llegando hoy a su madurez, y su ejecución ha podido ser elaborada mucho mejor de viva voz de lo que habría sido por correspondencia. Casi inmediatamente después de tu nacimiento, que costó la vida a tu madre, obligado a expatriarme, he conseguido en este país una considerable fortuna y ocupo en el gobierno de este estado una situación preeminente. Entreveo ahora el momento en que, libre de restituirte mi apellido, podré al mismo tiempo concederte la continuidad de la alta situación que he alcanzado.

»Pero para poder llegar a esta cima, la notoriedad que, siguiendo mis consejos, has conseguido en el mundo de las artes no sería suficiente recomendación; tengo, pues, el deseo de que entres en la vida política, y en este camino, con las instituciones existentes actualmente en Francia, existe una sola manera de llegar a ser hombre famoso: hay que ser diputado.

»Me consta que no tienes la edad legal y que no pagas censo. Pero dentro de un año cumplirás los treinta, y es éste, precisamente, el plazo que necesitas para que, convertido en propietario, puedas justificar la posesión anual. A partir de mañana puedes presentarte en casa de los hermanos Mongenod, banqueros de la calle de la Victoria; tendrás a tu disposición la cantidad de doscientos cincuenta mil francos; deberás emplearla inmediatamente en la adquisición de un inmueble, procurando al mismo tiempo adquirir acciones de algún periódico que cuando llegue el momento pueda apoyar tu candidatura, y en otro gasto que te explicaré a continuación.

»Tus aptitudes para la política me han sido garantizadas por la persona que con un desprendimiento y un celo que yo jamás podré agradecer ni recompensar bastante, ha

velado sobre tu abandono. Desde hace algún tiempo te ha estado siguiendo, escuchando y está completamente seguro de que podrás subir dignamente a la tribuna de los oradores. Tus opiniones, de un liberalismo a la vez apasionado y moderado, me convienen, y, sin proponértelo, has desempeñado perfectamente el papel que yo esperaba de ti.

»No puedo decirte en estos momentos el distrito de tu probable elección; la habilidad oculta y profunda que la está preparando tendrá mayores posibilidades de triunfar si puede actuar silenciosamente y en medio de tinieblas; pero su éxito puede ser, en parte, asegurado por medio de la realización de un trabajo que me permití recomendarte, y que te insto a que lo aceptes, a pesar de su aparente rareza, sin estupefacción y sin comentarios.

»Provisionalmente deberás continuar siendo escultor, y con ese talento del que ya has dado abundantes pruebas, harás una estatua de Santa Úrsula. Es éste un tema que no carece de poesía ni de interés; Santa Úrsula, virgen y mártir, fue, según opinión generalmente aceptada, hija de un príncipe de la Gran Bretaña. Martirizada hacia el siglo V, en Colonia, era superiora de un convento de monjas al que la ingenuidad popular conocía con el nombre de *Las Once Mil Vírgenes*. Más tarde fue considerada como patrona de las Ursulinas, a las cuales dio su nombre, y también de la famosa casa de la Sorbona. Un artista hábil como tú puede, a lo que creo, sacar partido de estos detalles.

»Aunque sin saber exactamente el distrito en el que presentarás tu candidatura, será conveniente que, desde este momento, hagas públicas tus veleidades políticas, dando a conocer tu propósito de ser nombrado diputado. Pero lo que no sabría recomendarte bastante es el cuidado de mantener secreto todo cuanto te comunico, así como tener paciencia para soportar tu situación actual. Deja, por favor, en paz a mi mandatario, y sin demostrar una curiosidad que podría acarrearle el mayor infortunio, espera el desarrollo lento y tranquilo del brillante porvenir que te aguarda.

»Al renunciar a aceptar mis designios, renunciarías a toda posibilidad de ser iniciado algún día en el misterio que con tanto ardor has intentado penetrar; pero no quiero imaginar siquiera que pueda haber la menor resistencia por parte tuya, y prefiero creer en una deferencia para con los votos de un padre, que considerará como el día más dichoso de su vida aquél en que puede revelarse a ti.

»P. S.—La estatua destinada a una capilla de religiosas ursulinas debe ser de mármol. Altura: un metro setecientos seis milímetros, o dicho de otro modo, cinco pies y tres pulgadas. Como no está destinada a ser colocada en una hornacina, no debes olvidar ninguno de sus aspectos. Los gastos que ocasione su realización puedes tomarlos de la suma de doscientos cincuenta mil francos de que hago mención en esta carta.

Esta carta me dejó frío y descontento: me desposeía de una esperanza largo tiempo acariciada, la de encontrar a una madre bondadosa como la tuya, de la cual me has contado, querido amigo, su adorable ternura. Aquello no era, después de todo,

más que una ligera claridad que se abría en medio de las brumas de mi existencia, sin dejarme tan siquiera conocer si era yo fruto de una unión legítima. Por otra parte, tuve la impresión de que las intimidaciones paternas tenían un aire más bien imperativo y despótico. ¿No era algo extraño aquello de hacerme cambiar de vida y de profesión del mismo modo que en el colegio nos hacían cambiar de uniforme? En el primer momento me formulé los argumentos que tú o cualquier otro me habríais dirigido. No obstante, la curiosidad me hizo pasar por casa de los banqueros Mongenod y al encontrar en ella los doscientos cincuenta mil francos, tal y como se me había anunciado, empecé a pensar de otra manera. Creí que una voluntad que estaba dispuesta a hacer anticipadamente tanto dispendio debía de haber visto algo serio en mi futuro; no me pareció oportuno entablar una lucha con quien lo sabía todo, mientras que en mí todo era ignorancia.

¿Sentía yo alguna repugnancia por tomar el camino que se me había insinuado? No, la cosa política siempre me ha interesado en mayor o menor grado, y si mi tentativa electoral no terminaba con el éxito esperado, siempre podría volver a mi arte sin sentirme más ridículo que los que ven fracasar sus ilusiones nonatas en cada legislatura. Compré, pues, el inmueble, y me convertí en accionista de *El Nacional*, en el que encontré alientos a mis pretensiones políticas, así como la certeza de un apasionado apoyo cuando revelase la circunscripción en la cual presentaría mi candidatura, mantenida sin mayores dificultades en secreto.

Asimismo terminé la *Santa Úrsula*, y actualmente estoy esperando nuevas instrucciones, cuya llegada me parece que se retrasa, precisamente en estos días en los que se ha ido excitando mi ambición parlamentaria con el anuncio de una convocatoria de elecciones generales, para las que me encuentro ya debidamente preparado.

Creo que no tengo necesidad, para cumplir las recomendaciones paternas de prudencia, de solicitarte la más absoluta reserva sobre todo cuanto te comunico. Es ésta una virtud que me consta practicas de un modo lo bastante acusado para tener que rogarte en este sentido. Pero estoy viendo que cometo un error, estimado amigo, al permitirme tan vulgares alusiones al pasado, ya que en estos momentos me siento agradecido a ti más que nunca. Un poco por interés hacia mí, y un mucho por la antipatía general que inspira la altivez de tu ex cuñado, con ocasión de mi herida todo el partido democrático ha corrido a alinearse a mi lado y con los comentarios que ha levantado el desafío no hay duda *alguna* de que mi popularidad ha ganado mucho terreno. Demos pues, una tregua, a los eternos reconocimientos; ¿no comprendes que soy yo quien te los debe?

X

DORLANGE A MARIE-GASTON

París, abril de 1839.

Querido amigo:

Bien que mal, continúo desempeñando mi papel de candidato sin distrito; mis amigos se extrañan por ello, y yo me siento inquieto, ya que sólo unas semanas nos separan de las elecciones generales, y si toda esta misteriosa preparación debiera terminar en nada, no quiero decirte cómo quedaría delante de la gente, y especialmente ante el señor Bixiou, del cual me escribes, y del que es universalmente conocida su agudeza y mala intención.

No obstante, hay algo que me tranquiliza: considero harto difícil que alguien siembre doscientos cincuenta mil francos en mi surco electoral sin que pretenda, en definitiva, recolectar algo; puede suponerse incluso que los que trabajaban en mi favor de manera tan silenciosa y subterránea, con su misma lentitud dan una prueba evidente de su gran confianza en el éxito.

Sea como fuere, el hecho es que esta larga espera me hace permanecer en un estado de inquietud que me agobia; a caballo, por decirlo así, de dos existencias, en una de las cuales todavía no he puesto el pie y de la otra no he salido, no tuve el valor suficiente para iniciar ninguna actividad, y me parezco a aquellos viajeros que, habiendo llegado con excesiva anticipación a la salida de la diligencia, no saben qué hacer de su persona y en qué pasar el tiempo. No podrás quejarte, creo, de que aproveche este *far niente* en cultivar nuestra correspondencia, y a fe mía que, ya que estoy desocupado, voy a ocuparme de dos cosas que me mencionas en tu última carta, a las cuales, hasta este momento, no había considerado útil prestarles atención. Por una parte, me advertías que mis pretensiones parlamentarias no tendrían el voto del señor Bixiou; por otra, me insinuabas que estaba corriendo el peligro de enamorarme de la señora de L'Estorade, si es que no lo estaba ya. Hablemos primero de la desaprobación del señor Bixiou, como se hablaba en otros tiempos de la traición del señor de Mirabeau.

En cuatro palabras te describiré a este hombre: el señor Bixiou es un envidioso. En él existía, indudablemente, materia de gran artista; pero en la economía de su existencia el estómago ha matado al corazón y al cerebro, y ya para siempre jamás, a causa de la supremacía de sus apetitos sensuales, tendrá que limitarse a ser un *caricaturista*, es decir, se verá relegado a la condición de un hombre que cada día que pasa se va desgastando en obras menores, en verdaderos trabajos de forzado, que le permitirán vivir alegremente, pero que al día siguiente no merecerán la menor

consideración de nadie.

Talento abortado para siempre, impotente, tiene en su espíritu, lo mismo que en su rostro, la mueca eterna y desesperada que el instinto del pensamiento humano ha impreso en todo tiempo a los ángeles caídos. Lo mismo que los espíritus de las tinieblas atacan con preferencia a los grandes santos, que les recuerdan la naturaleza angélica de cuya altura fueron despeñados, el señor Bixiou se complace en babear sobre los talentos y sobre los caracteres en los cuales presiente fuerza, savia y voluntad.

Pero lo que debe tranquilizarte sobre el posible alcance de sus calumnias y de su maledicencia, ya que por lo que te ha contado el señor de L'Estorade parece ser que puede hacer una y otra cosa, es que, al mismo tiempo en que se cree ocupado en hacer de mí una autopsia burlesca, se halla en realidad en mis manos como una obediente marioneta, como un muñeco del cual sostengo unos hilos que muevo a mi antojo.

Estando convenido que a mi vocación de hombre de estado había que darle cierta publicidad previa, me procuré algunos pregoneros de ella *con buenos pulmones*, como dice la señora Pernelle, y que supiesen vocear convenientemente. De entre estas trompetas de feria no conocía ninguna más aguda y ensordecidora que el señor Bixiou, y a él dediqué preferentemente mi atención. Aproveché la maléfica curiosidad que constantemente anima a este personaje a insinuarse por todos los talleres para inundarle con mis confidencias; se lo expliqué todo: mi buena suerte, los doscientos cincuenta mil francos cuya llegada atribuí a una jugada de Bolsa, mis planes parlamentarios, y hasta el número de la casa de que ya soy propietario. O estoy muy equivocado o este número ya figuraba en su agenda.

Con esto, me parece, puede provocar un poco la admiración de sus auditores del salón de Montcornet y este terrible charlatán se habrá convertido en una especie de *oficina de informes milagrosos*.

En cuanto al horóscopo político que se ha tomado el trabajo de hacerme, no estoy en situación de poder afirmar, de manera absoluta, que su astrología sea falsa.

Es muy cierto que con mi pretensión de no seguir los pasos de ninguna opinión determinada debo de llegar forzosamente a aquella situación tan bien resumida por un abogado continuador del señor de la Palise cuando exclamaba con énfasis burlesco: «¿Y qué es lo que sucede, señores, cuando dejáis a un hombre en la soledad? Pues que lo aisláis».

En efecto, al principio el aislamiento debe ser mi característica, y la vida del artista en la que se vive solo, en la que todo se obtiene de uno mismo, como el eterno Creador cuya obra se procura imitar, me ha dado cierta predisposición a desear tal situación.

Pero si por ella, especialmente en los inicios, me veo despojado de cualquier clase de influencia en los pasillos, quizá me será útil en la tribuna, ya que en ésta podré hablar con toda mi fuerza y libertad.

No teniendo que acatar ningún programa de partido, no estando atado a ningún compromiso, nada podrá impedirme seguir siendo el hombre que soy y expresar en toda su crudeza todas las ideas que me parezcan sanas y justas. Sé muy bien que en una reunión de hombres a estas pobres ideas les será difícil mostrarse contagiosas o simplemente ser favorablemente escuchadas. Pero ¿no has observado tú también que al saber aprovechar ocasiones como éstas, se termina con ciertos días que son como una especie de fiestas de la moral y de la inteligencia, y en las que, casi sin esfuerzo alguno, triunfa la idea del Bien? En días como éstos, siendo escuchado por los que más prevenciones tienen en contra, se les puede hacer buenos con la propia honestidad, y simpatizantes, por lo menos por un cierto tiempo, con todo cuanto sea recto, verdadero y elevado.

No se me oculta, no obstante, que si mediante mi proceder se puede alcanzar cierta consideración y una posible notoriedad oratoria, no es precisamente muy útil en la caza de carteras ministeriales, y que con ella no se adquiere esa reputación de hombre práctico a que se ha puesto tan de moda sacrificar la mayoría de los principios. Pero, si no dispongo de influencias al alcance de mi mano, me será posible alcanzar objetivos mucho más distantes, porque la mayor parte de las veces pienso hablar por la ventana, más allá de la atmósfera ahogada y enrarecida de la vida parlamentaria, por encima de sus pasiones mezquinas y sus miserables intereses.

Y esta clase de éxito creo que bastará a los designios que parece tener sobre mí la benevolencia paterna. Lo que me parece desea es que yo reflexione y que suene mi nombre. Vista desde este ángulo, la política tomará un tono artístico que no desentonará con mi pasado.

Ahora veamos el otro asunto, el de mi pasión, nacida ya o a punto de nacer, por la señora de L'Estorade. He aquí, sobre este tema, tu muy juiciosa deducción.

En 1837, cuando te marchaste a Italia, la señora de L'Estorade se hallaba todavía en la plenitud de su hermosura. Con aquella existencia tranquila y al abrigo de toda pasión que fue siempre la suya, parece poco probable que el nuevo transcurrir del tiempo haya ejercido la influencia suficiente para cambiar su carácter, y la prueba de que no ha pasado el tiempo para esta mujer privilegiada es la curiosa y audaz insistencia que puse en inspirarme en ella. Así pues, si el mal no está hecho ya, necesario será que vaya con cuidado; de la admiración al artista a la admiración al hombre no hay más que un paso, y la historia del difunto Pigmalión me recomienda la mayor prudencia.

En primer lugar, sabio doctor y mitólogo, se te podría formular la siguiente objeción: en la intimidad, y mucho mejor situado que tú para poder apreciar los peligros de la situación, el principal interesado parece no experimentar la menor preocupación. El señor de L'Estorade no exterioriza signos de ella: encuentra mis visitas demasiado espaciadas, y mi discreción le parece esquivez.

—¡Hombre, un marido! —exclamarás—. Está en su papel de ser el último en darse cuenta de que están cortejando a su mujer. De acuerdo. ¿Y la fama de virtuosa

que tiene la señora de L'Estorade, su fría y casi calculadora razón que tan a menudo le sirvió para moderar la apasionada y ardiente petulancia de otra mujer conocida tuya? ¿No estarás de acuerdo conmigo en que, aún en el caso de mayor apasionamiento, de fanatismo me atrevería a decir, el amor y afecto hacia sus hijos sería un infalible obstáculo?

En lo que se refiere a ella, pase. Pero no es de su tranquilidad de lo que se trata, sino de la mía, y si Pigmalión no llega a dar vida a su estatua, buena vida le hubiera esperado.

A tu caritativa solicitud podría responder con mis principios, aunque tanto la palabra como lo que representa hayan pasado decididamente de moda; con el quizá un poco estúpido respeto que siempre he experimentado por la fe conyugal; con la natural diversión que la importante empresa que debo iniciar debe de producir en todas las ligerezas de imaginación. Podría decirte, además, que si no por la importancia del genio, sí, cuando menos, por la tendencia de mi espíritu y de mi carácter, pertenezco a aquella potente y seria escuela artística de otros tiempos, para la que el Arte es largo y la vida corta, *ars longa et vita brevis*, y cuyos adeptos no suelen perder en vulgares y tontas intrigas su tiempo ni su fuerza creadora.

Pero tengo algo mejor que todo esto para ofrecerte. Ya que el señor de L'Estorade nada te ha ocultado de las circunstancias verdaderamente novelescas en las que tuvo lugar mi encuentro con su mujer, debes saber que lo que me lanzó sobre los pasos de aquella hermosa modelo fue un recuerdo. Y este recuerdo, al mismo tiempo que me atraía hacia la hermosa condesa, resulta ser lo más eficaz para mantenerme a distancia. Todo esto te parecerá, ya lo sé, terriblemente alambicado y enigmático, pero espera un poco y te lo explicaré.

Si no hubieses creído conveniente romper el hilo que durante tanto tiempo había atado nuestras dos existencias, no tendría ahora que contarte las cosas empezando desde tan atrás; pero, ya que entre nosotros has realizado una necesaria liquidación, es preciso, mi querido muchacho, que escuches pacientemente mi historia.

En 1835, último año de mi estancia en Roma, inicié una amistad bastante íntima con un camarada de la academia, apellidado Desroziere.

Era músico, un espíritu distinguido y observador, que probablemente habría llegado lejos en su arte si no hubiese fallecido, de fiebres tifoideas, al año siguiente de mi marcha de Roma.

Un día en que se nos había ocurrido realizar un viaje a Sicilia, una de las excursiones autorizadas por el reglamento de la academia, nos hallábamos, tanto él como yo, sin blanca, y mientras nos paseábamos por las calles de Roma intentando encontrar un medio para poner un algo de prosperidad en nuestros exhaustos bolsillos pasamos delante del palacio Braschi. Sus grandes puertas abiertas daban acceso a un incesante ir y venir de gentes de todas clases.

—¡Vaya! —me dijo Desroziere—. Esto es exactamente lo que necesitábamos.

Y sin quererme explicar adónde me llevaba, henos aquí siguiendo a aquella

multitud y penetrando con ella en el palacio.

Después de subir por una espléndida escalera de mármol, atravesando una larga serie de habitaciones y salas, amuebladas bastante pobremente, siguiendo la moda de los palacios romanos, que gastan todo el lujo en techos, cuadros, estatuas y otros objetos de arte, llegamos a una sala toda tapizada de negro, iluminada con gran cantidad de cirios. Se trataba, ya lo habrás comprendido, de una capilla ardiente. En medio de ella, sobre un estrado cubierto con rico baldaquín, reposaba *algo*, una cosa a la vez lo más repugnante y lo más grotesco que puedas imaginarte.

Se trataba de un pequeño anciano cuyas manos y cuya cara habían llegado a un tal grado de disecación, que a su lado una momia hubiese parecido lustrosa.

Vestido con un pantalón de seda negra, una casaca de terciopelo violeta cortada *a la francesa*, un chaleco blanco, con bordados de oro, del cual salía una pechera de encaje de Inglaterra, aquel esqueleto tenía las mejillas cubiertas con una espesa costra de carmín que hacía resaltar el tono apergaminado de su piel. Sobre todo aquello, una peluca rizada a pequeños bucles, coronada con un inmenso sombrero de plumas, colocado sobre la oreja, de manera que provocaba la hilaridad de los visitantes más respetuosos.

Después de lanzar una ojeada a aquella ridícula y lamentable exhibición, preliminar obligado de las honras fúnebres en la etiqueta de la aristocracia romana, Desroziere me dijo:

—He aquí el final; ahora vayamos a ver el principio.

Dicho esto, sin contestar a ninguna de mis preguntas, ya que gustaba de los efectos dramáticos, me llevó al museo Albani, y me colocó frente a una estatua que representa a Adonis tumbado sobre una piel de león:

—¿Qué te parece? —me dijo.

—¿Esto? —le respondí después de contemplarla unos momentos—. Es hermoso como la Antigüedad misma.

—¡Es tan antiguo como pueda serlo yo! —prosiguió Desroziere, y en un ángulo del zócalo me hizo leer la firma: SARRASINE, 1758.

—Antiguo o no, es una verdadera obra maestra —dije yo cuando terminé de contemplar todos los aspectos de aquella deliciosa creación—. ¿Quieres explicarme de qué modo pueden conducirnos a Sicilia la ridícula caricatura que me has enseñado hace poco y esta obra de arte?

—Yo, por mi parte, hubiese empezado por preguntar quién era Sarrasine.

—Hubiese sido inútil —le contesté— ya me han hablado de él porque en la época en que intenté visitar el museo estaba cerrado, debido a las reparaciones que en él se efectuaban. Sarrasine, según me han contado, fue un discípulo de Bouchardon, del mismo modo que nosotros somos pensionistas del rey en Roma, y que murió a los seis meses de su llegada a esta ciudad.

—¿Cómo murió?

—Probablemente de enfermedad —proseguí, sin darme cuenta de que estaba

haciendo como una especie de profecía en relación con aquél con quien estaba hablando.

—Nada de esto —me replicó Desroziere— los artistas no mueren tan estúpidamente.

Y me dio los siguientes detalles:

Muchacho inteligente, pero de ardientes pasiones, Sarrasine, casi inmediatamente después de su llegada a Roma, se había enamorado locamente de la primera tiple del Teatro Argentina, conocida por la Zambinella.

En la época en que experimentaba aquella pasión, el papa no autorizaba que en Roma apareciesen mujeres en el escenario; pero, por medio de una operación quirúrgica, que también es frecuentemente practicada en Oriente, se soslayó la dificultad. «La» Zambinella era uno de los más maravillosos productos de aquella industria. Furioso al saber lo que habían hecho con su amor, Sarrasine, que antes de enterarse de aquella terrible operación había ya realizado, en su imaginación, la estatua de su apócrifa amante, había estado a punto de suicidarse; pero «ella» estaba protegida por un alto personaje el cual, anticipándose a sus deseos, refrescó la sangre del enfurecido escultor con dos o tres estocadas hábilmente dirigidas. La Zambinella no había dado su aprobación a aquella violencia, pero tampoco había dejado de cantar en el teatro Argentina, y en todos los demás de Europa, amasando una fortuna principesca.

Cuando le llegó la edad de retirarse de la escena, se convirtió en un viejecito muy lindo y tímido, pero voluntarioso como una mujer.

Entregando todo el afecto de que era capaz a una sobrina maravillosamente hermosa, la puso al frente de su casa; era como la señora Denis de aquel extraño Voltaire, y la destinó a ser la heredera de su inmensa fortuna.

Enamorada de un francés, el conde de Lanty, que gozaba fama de ser un hábil químico, sin que, por otra parte, se supiera nada más sobre sus antecedentes personales, la hermosa heredera sólo a costa de grandes insistencias y fatigas había conseguido la autorización de su tío para contraer matrimonio con el hombre que había elegido.

Pero al dar, cansado de tanta guerra, consentimiento a aquella boda, el tío había estipulado que su sobrina no debía separarse de él. Y para mejor asegurar la ejecución de aquel compromiso, no le constituía dote alguna, manteniendo íntegra su fortuna que, por otra parte, gastaba generosamente con las gentes que le rodeaban.

Aburriéndose en todas partes, impulsado por un invencible deseo de locomoción, el fantástico anciano, arrastrando tras de sí a toda su casa, de la cual, por lo menos en los viajes, se había granjeado el afecto y el respeto, se estableció sucesivamente en los más distantes puntos del globo.

En 1829, casi centenario y sumido en una especie de imbecilidad que, no obstante, le permitía recobrar la lucidez cuando escuchaba música, o cuando tenía que tratar sobre algún asunto de intereses concerniente al matrimonio Lanty o a los

dos hijos que habían tenido, fue a instalarse en una lujosa residencia del *faubourg* Saint-Honoré.

A ella acudió el todo París, atraído por la belleza siempre resplandeciente de la señora de Lanty, por los ingenuos encantos de su hija Marianina, por el esplendor de las fiestas que allí se daban, verdaderamente regias, y por un increíble perfume misterioso exhalado por la atmósfera con que se rodeaban aquellos misteriosos extranjeros. Especialmente, eran infinitos los comentarios suscitados por la presencia de aquel viejecito que, rodeado de los más delicados cuidados y considerado como un ser aparte, se deslizaba a veces como un espectro en medio de las fiestas de las que se procuraba mantener alejado, aunque parecía experimentar un secreto placer en asustar, con sus apariciones, a todos los concurrentes.

Los disparos de julio de 1830 tuvieron la virtud de hacer huir al fantasma. Al marcharse de París, con gran desesperación de los Lanty, había deseado obstinadamente volver a ver, por última vez, Roma, su ciudad natal, donde su presencia había dado nueva vida a los humillantes recuerdos de su pasado. Pero Roma había sido su última etapa, acababa de morir en ella, y era a él a quien acabábamos de ver tan ridículamente emperejilado en la capilla ardiente del palacio Braschi, y también era a él a quien estábamos contemplando representado en todo el esplendor de su juventud, en el museo Albani.

Los pormenores que acababa de darme Desroziers no había duda de que eran curiosos, y por otra parte, resulta imposible dramatizar mejor un contraste, pero ¿cómo podía conducirnos a Sicilia todo aquello? La pregunta seguía sin respuesta.

—¿Tienes talento suficiente para hacer una copia de esta estatua? —me preguntó Desroziers.

—Por lo menos, así lo creo.

—Yo estoy seguro de ello. Consigue el permiso del conservador del museo, y pon manos a la obra; tengo comprador para dicha copia.

—¿Quién nos la comprará?

—¡Quién ha de ser! El conde de Lanty; yo le doy lecciones de armonía a su hija, y cuando anuncie en su casa que se está realizando una hermosa copia del *Adonis*, ella no descansará hasta adquirirla.

—Pero ¿no tiene esto cierto aspecto de *chantage*?

—En absoluto. En otros tiempos, los mismos Lanty encargaron una copia pintada a Viena, visto que no les era posible comprar el mármol, ya que el museo no quiso desprenderse de él a ningún precio. Incluso han intentado hacerla reproducir, varias veces, en escultura; pero todos cuantos lo probaron, fracasaron en el intento. Procura que la copia te salga bien, y el dinero que te paguen será suficiente para realizar cuarenta viajes a Sicilia, ya que habrás dado satisfacción a una fantasía que empezaba a desesperar de sí misma, y que incluso después de haberte pagado se seguirá considerado obligada a ti.

Dos días más tarde el trabajo estaba empezado, y como me agradaba, lo emprendí

con bastante entusiasmo para que, al cabo de tres semanas, la familia Lanty, acompañada por Desroziers, pudiera invadir mi taller y dedicar su atención a un boceto ya muy adelantado.

El señor de Lanty me pareció ser un buen conocedor de las artes, y se sintió satisfecho con mi obra. Habiendo sido la favorita de su tío-abuelo y figurando en el testamento de éste un legajo particular, Marianina, más que los otros, pareció contenta con mi tentativa. Marianina era, por aquel entonces, una muchacha de veintiún años; no preciso hacerte su retrato porque ya conoces a la señora de L'Estorade, cuya semejanza con ella es realmente impresionante. Con amplios conocimientos ya sobre música, aquella encantadora muchacha revelaba, para todas las artes, una especial predisposición. Al venir de vez en cuando a mi taller para seguir de cerca los progresos de mi obra, inacabada a consecuencia de un accidente, fue tomando, como le ocurrió a la princesa María de Orleans, un gusto bastante pronunciado por la escultura, y hasta la marcha de su familia, que tuvo lugar unos meses antes de que yo tuviera que abandonar Roma, la señorita Lanty recibió lecciones de mí.

Estaba muy lejos de considerarme entonces un nuevo Saint-Preux o un Abelardo; pero debo confesar que, con una especie de rara dicha, le iba enseñando todos mis conocimientos sobre arte. Había en la alumna tanta inteligencia, tanta rapidez en captar las más mínimas indicaciones; era asimismo Marianina mujer de humor tan alegre y reposado; su voz, cuando cantaba, iba tan directamente al alma; y en todo momento me daban sus criados, que la adoraban, tantas noticias de sus nobles actos, de sus caridades, que únicamente la noción de su inmensa fortuna, que me mantenía a distancia, me impedía correr el peligro contra el cual pretendes salvaguardarme hoy.

Marianina encontraba mis enseñanzas verdaderamente luminosas. Pronto fui aceptado en la familia en pie de una cierta familiaridad, y me di cuenta de que a mi bella alumna no parecía disgustarle mi conversación. Cuando, para ella y para su familia, llegó el momento de regresar a París, de repente, descubriendo en Roma encantos que hasta entonces no había visto, demostró un profundo interés en quedarse allí, y creo, Dios me perdone por ello, que cuando me despedí de ella vi brillar en sus ojos algo resplandeciente como una lágrima.

A mi regreso a París, mi primera visita fue a la residencia de los Lanty.

Marianina estaba lo bastante bien educada y era de naturaleza demasiado bondadosa para mostrarse con nadie desagradable o desdeñosa; no obstante, inmediatamente que la vi me di cuenta de que una cara seria y reprimida había sustituido a la amistosa y liberal de otros días. Me pareció que, probablemente, la inclinación que había demostrado, no hacia mi persona, sino por mi conversación y por lo que yo le decía, había sido notada por las personas que la rodeaban. Debían de haberle explicado bien la lección, y ella misma me pareció estar cumpliendo al pie de la letra unas consignas recibidas, que, por otra parte, hallaron confirmación, en las maneras duras y poco acogedoras del señor y de la señora Lanty.

Unos meses más tarde, en el Salón de 1837, sentí ratificadas mis primeras sospechas. Yo había expuesto una escultura que había causado cierta sensación. Alrededor de mi *Pandora* había constantemente mucha gente comentando. A menudo, perdido en medio de aquella masa, iba de incógnito a saborear mi gloria y a recolectar mi éxito.

Un viernes, día de moda, vi desde lejos acercarse la familia Lanty. La madre daba el brazo a un *dandy* muy conocido, el conde Máximo de Trailles; Marianina tenía por caballero suyo a su hermano; en cuanto al señor Lanty, que como de ordinario me pareció estar bastante preocupado, andaba como el hombre de la canción de *Marlborough*, ya sabes, como aquel que no lleva nada.

Por medio de una hábil maniobra, mientras aquellas personas intentaban atravesar la muralla formada por la multitud, me situé detrás de ellas para poder recoger sus impresiones sin ser advertido. *Nihil admiran*, no encontrar nada bien, constituye el instinto natural de todo hombre de moda; así, después de un examen muy sumario de mi obra, el señor de Trailles empezó a encontrar en ella los defectos más absurdos; la sentencia, además, fue pronunciada en voz alta de tal modo que todo el mundo pudo escuchar lo que decía. Siendo de otra opinión, Marianina acompañó las palabras del crítico con varios encogimientos de hombros; después, cuando hubo terminado, le dijo:

—¡Qué suerte que haya venido usted con nosotros! Sin su claro juicio hubiese sido muy capaz de encontrar, delante de todo el mundo, realmente admirable esta escultura; de verdad que es una lástima que el autor no esté por aquí cerca para que pudiera aprender de usted su profesión.

—Pero si precisamente está aquí, detrás de ustedes —dijo, riendo, una mujer gruesa a la que yo acababa de saludar, una anciana señora dueña de la casa donde tengo mi taller.

El instinto triunfó sobre la reflexión e, involuntariamente, Marianina se volvió; cuando me vio, un vivo rubor se extendió por toda su faz. Yo no tuve tiempo de desaparecer.

Una muchacha que tomaba tan abiertamente mi partido y que a continuación se mostraba tan turbada por ser sorprendida en flagrante delito de benevolencia, era imposible me viera con disgusto; y como en definitiva, cuando mi primera visita, yo no había sido muy calurosamente recibido, después de la Exposición, y de haber recibido la Cruz de la Legión de Honor, me decidí a hacer una segunda prueba. Quizá la distinción de que acababa de ser objeto me valdría esta vez una acogida mejor por parte del señor de Lanty.

Recibido por un anciano criado muy querido por Marianina, me dijo:

—¡Ah, señor, aquí están sucediendo cosas muy tristes!

—¿Qué sucede? —pregunté yo.

—Voy a anunciar al señor —fue su única respuesta.

Y unos instantes después era introducido en el despacho del señor de Lanty.

Este caballero me recibió sin levantarse y me saludó con el siguiente apóstrofo:

—Ha tenido usted mucho Valor, caballero, al atreverse a venir aquí.

—Nunca había sido recibido en esta casa de manera que me hiciese pensar en la necesidad de poseer un alto grado de valor.

—Con toda seguridad —continuó el señor de Lanty— ha venido usted a buscar lo que tuvo la mala suerte de dejar en nuestras manos; caballero, voy a devolverle este objeto galante.

Y, poniéndose en pie, sacó de un cajón de su mesa de despacho una pequeña y elegante cartera, que me entregó. Como yo me mostraba estupefacto, añadió:

—¡Ah, vaya! Las cartas no están ahí; he pensado que usted me permitiría guardarlas.

—¡Esta cartera, esas cartas!... Todo esto, señor, es un verdadero enigma para mí.

Yen aquel momento entró la señora de Lanty.

—¿Qué quieres? —le preguntó con brusquedad su marido.

—He sabido —respondió ella— que este caballero estaba aquí, y como he supuesto que se produciría entre él y tú una desagradable explicación, he decidido cumplir con mi deber de mujer viniendo a interponerme.

—Su presencia, señora —dije yo entonces— no necesitará aconsejarme moderación ya que, evidentemente, todo lo que sucede debe ser el resultado de algún malentendido.

—¡Esto es demasiado! —dijo el señor de Lanty, volviendo al cajón del que había sacado la cartera anteriormente.

Y segundos más tarde, cuando con brusquedad me hubo puesto en las manos un paquetito de cartas atadas con una cinta color de rosa, añadió:

—Ahora creo que este malentendido va a dejar de serlo.

Miré aquellas cartas, que no estaban selladas por correos y que llevaban todas la inscripción: *Al señor Dorlange*, palabras escritas por una mano femenina totalmente desconocida.

—Sabe usted de esto, señor —repliqué fríamente— mucho más que yo; veo que tiene en su poder cartas que a lo que parece, debieran estar en el mío y que, sin embargo, no habían llegado a mis manos hasta ahora.

—¡A fe mía —exclamó el señor de Lanty— hay que reconocer que es usted un actor consumado; jamás he visto representar con tanta naturalidad la inocencia y la estupefacción!

Pero, mientras él pronunciaba estas frases, la señora de Lanty se había ido colocando hábilmente detrás de su marido, y por medio de una pantomima suplicante y perfectamente significativa, me conjuraba a aceptar la posición contra la cual me estaba defendiendo. Mi honor se hallaba demasiado comprometido y veía muy poco claro lo que estaba ocurriendo para estar dispuesto a rendirme al primer embate. Procurando orientarme un poco, pregunté:

—Pero, señor, ¿de quién son las cartas? ¿Quién me las ha dirigido?

—Es inútil negar, señor —dijo entonces la señora de Lanty—. Marianina lo ha confesado todo.

—¿Suponen que es la señorita Marianina quien me ha escrito estas cartas? Entonces hay una cosa muy sencilla que hacer: que se me ponga en presencia suya; en su boca, la afirmación de los hechos más increíbles, será considerada por mí como la verdad más absoluta.

—Se muestra usted muy galante —replicó el señor de Lanty— pero Marianina no está aquí, está en un convento, al abrigo para siempre de sus pretensiones y de los posibles resultados de su ridícula pasión. Si es esto lo que ha venido usted a saber, queda informado. Ahora terminemos de una vez, pues no quiero ocultarle que mi paciencia y mi moderación tienen un límite, si es que su desvergüenza no lo tiene.

—¡Señor...! —exclamé indignado.

Pero, al ver que la señora de Lanty me hacía un gesto como suplicándome de rodillas, pensé que quizá el futuro de Marianina dependía de la actitud que yo adoptara en aquellos instantes. El señor de Lanty era feo, poco amable, se acercaba a los sesenta y parecía estar concienzudamente convencido de mi imaginario ultraje. Hice caso omiso de sus duras palabras y me retiré sin otro incidente.

Esperaba poder encontrar al anciano criado que me había ofrecido las primicias de aquella escena para que me pudiera dar alguna explicación; pero no lo vi por ninguna parte y quedé entregado, sin luz alguna, al infinito de mis suposiciones.

Al día siguiente, apenas me había levantado de la cama cuando me fue anunciado el señor abate Fontanon.

Di órdenes para que le hicieran pasar, e inmediatamente me hallé en presencia de un anciano alto, de tinte bilioso, cara triste y adusta, que teniendo, sin duda, conciencia de su mal aspecto, lo intentaba compensar con el empleo de la más exquisita educación y con una aparente obsequiosidad dulzona, pero glacial.

Una vez que hubo tomado asiento, me dijo:

—Señor, la condesa de Lanty me ha hecho el honor de encargarme la dirección de su conciencia. Por ella he sabido una escena que tuvo lugar ayer entre usted y su marido. La prudencia no le permitía darle personalmente unas explicaciones a las cuales tiene usted perfecto e incontestable derecho; he sido comisionado para transmitírselas y para ello estoy aquí.

—Le escucho, señor —me limité a contestarle.

—Hace unas semanas —prosiguió el abate— el señor de Lanty adquirió una propiedad en los alrededores de París, y, aprovechando los primeros días buenos de la primavera, fue a instalarse en ella con toda su familia. El señor de Lanty duerme poco; y una noche, en que estaba desvelado y no había luz en su habitación, creyó oír un ruido de pasos bajo su ventana, la abrió inmediatamente y lanzó un «¿quién anda por aquí?» a su nocturno visitante. No se había equivocado, por allí andaba alguien, que no sólo no respondió, sino que, al oírle gritar, se dio a la fuga, sin que dos disparos de pistola lanzados contra él por el señor de Lanty le produjeran el menor

efecto. Primero creyó que se trataba de una tentativa de robo; pero esta versión era poco probable; la casa de campo apenas tenía muebles, y los nuevos propietarios habían ido solamente para pasar unos días: los ladrones que, por regla general, están bien informados sobre estas circunstancias no podían esperar encontrar allí objetos de valor; por otra parte, otro informe vino a dar a las sospechas del señor de Lanty una dirección totalmente distinta. Se enteró de que dos días después de su llegada, un *guapo caballero* había alquilado una habitación en una posada del pueblo próximo a la casa de campo; que dicho caballero parecía esconderse, y que varias noches había salido de su alojamiento; llegó entonces a la conclusión de que no se trataba de un ladrón, sino de un enamorado...

—No conozco, señor, novelista alguno que explique las cosas mejor que usted — dije interrumpiendo al abate.

—Se trataba, desgraciadamente, de una seria realidad —prosiguió el abate—. Puede usted juzgar. El señor de Lanty venía observando, desde hacía tiempo, a su hija, en la que parecía que, de un momento a otro, iban a estallar las más ardientes pasiones. Usted mismo, señor, primero en Roma, y después... había proporcionado alguna inquietud...

—Perfectamente gratuita, señor abate —le interrumpí nuevamente.

—Sí, me consta que en sus relaciones con la señorita de Lanty en ningún momento dejó de comportarse con la corrección más exquisita. Sin duda la marcha de Roma cortó de raíz las primeras solicitudes; pero en París parece ser que otra persona ocupó el pensamiento de nuestra joven cabecita, y el señor de Lanty deseaba tener, en un momento u otro, una explicación con ella. Y como, según parece, el hombre por el que se sentía inclinada es un personaje muy audaz y emprendedor, muy capaz de arriesgarlo todo para comprometer a una rica heredera, he ahí la causa de los temores de su padre. Interrogada sobre la cuestión para saber si por causa de alguna ligereza había podido alentar, o por lo menos hacer nacer la idea del insolente acto realizado por el audaz, el señor de Lanty obtuvo de ella una actitud capaz de alejar cualquier sospecha.

—¡Lo hubiese jurado! —exclamé.

—Aguarde un poco —prosiguió el abate—. Entonces fue acusada una camarera, e inmediatamente recibió la orden de abandonar la casa. El padre de esta muchacha es un hombre violento y cuando regresó a la suya, cargada con aquella vergüenza, esperaba encontrar en ella un duro recibimiento. La señorita de Lanty, debemos hacerle esta justicia, tuvo un impulso de verdadera cristiana: no quiso que aquella inocente pagara sus propias culpas; fue a arrojarle a los pies del padre, le confesó que la visita nocturna era ella quien debía recibirla y que, aunque sin haberla autorizado explícitamente, la había alentado. Inmediatamente el señor de Lanty pronunció el apellido del audaz; pero la culpable no quiso reconocer que su padre estaba en lo cierto, negándose a sustituir por otro el que rechazaba. Discutieron durante el día entero y para terminar con aquello el señor de Lanty encargó a su mujer que le

reemplazara allí donde él había fracasado. Pensaba, con razón, que entre madre e hija habría más posibilidades de expansión y de sinceridad. En efecto, una vez a solas con la señora de Lanty, Marianina terminó confesando que las sospechas de su padre tenían un justo alcance; pero, al mismo tiempo dio a su obstinada reticencia un motivo muy digno de consideración. El hombre a quien ella había dado aliento en su empresa había celebrado varios duelos afortunados. Por su cuna, estaba en pie de igualdad con el señor de Lanty, ocupaba el mismo sitio en la sociedad y, por consiguiente, existían numerosas oportunidades de encontrarse con él. ¿No era posible que de todo aquello se derivaran grandes desdichas? ¿Había algún medio para que el padre o el hijo tuvieran que soportar, sin desdoro, su presencia, sin tener que pedirle cuentas de su insultante conducta para el honor de su casa? ¿Qué hacer? A la imprudente joven se le ocurrió una idea: dar al señor de Lanty un nombre que, al mismo tiempo que le dejase viva la indignación que sentía, le privase de la necesidad de una venganza inmediata.

—Comprendo —le interrumpí—, darle el nombre de un hombre *sin cuna*, un personaje sin importancia, un artista, por ejemplo, un escultor u otro desgraciado de la misma especie...

—Creo, señor —continuó el abate—, que atribuye a la señorita de Lanty un sentimiento que les es totalmente ajeno. En mi opinión siente la más alta estima por todo cuanto sea arte y posiblemente debido a esto se le ocurriera aquel fatal exceso de imaginación. Lo que la decidió a refugiarse en el nombre de usted para evitar el desastre que preveía fue, precisamente, el recuerdo de las dudas que experimentó, en su día, el señor de Lanty hacia usted; podía ser para ella un cómplice mucho más verosímil, y creo estar en disposición de poderle asegurar que no vio en la cosa nada más que esto.

—Pero, en definitiva, señor abate, esa cartera, esas cartas que en la escena de ayer desempeñaron tan importante papel, ¿qué significado tienen?

—Todo ello es una idea más de Marianina; y aunque, por las circunstancias que nos ocupan, los singulares recursos de su espíritu hayan terminado más o menos bien, era precisamente por este lado, en el caso de que hubiera continuado en el mundo, por donde su porvenir podía dar motivos de temor. Una vez convenido con la señora de Lanty que se haría pasar a usted por el visitante nocturno, había que rodear dicha confesión de las más verosímiles apariencias para asegurar su aceptación. En lugar de hablar, la terrible muchacha imaginó ponerse en acción. Pasó la noche entera escribiendo las cartas que usted vio. Nada olvidó para dar visos de verosimilitud a las relaciones: diferentes papeles, distinta escritura e incluso empleó varias clases de tinta. Una vez escritas dichas cartas, fueron introducidas en aquella cartera, cuya existencia era desconocida por el señor de Lanty; por la mañana, después de haber hecho oler el paquete a un perro de caza de fino olfato al que con rara inteligencia había introducido en las habitaciones de la casa, tiró aquel singular depósito en uno de los arriates del parque y regresó a ofrecerse, personalmente, a ser objeto de las

impacientes investigaciones de su padre. Mientras entre los dos volvía a iniciarse una violenta discusión, apareció el perro llevando a su joven dueña la cartera con las cartas; al ver en ella una emoción perfectamente fingida, el señor de Lanty se apoderó del sospechoso paquete, y todo le pareció ya claro y definitivo.

—¿Todos estos pormenores —pregunté con aire de mediocre credulidad— los ha sabido usted por la señora de Lanty?

—Me han sido confiados por ella, y ayer mismo tuvo usted ocasión de comprobar su veracidad. Con su resistencia a admitir el fraude puede usted comprometerlo todo, y fue precisamente para evitarlo por lo que la señora de Lanty intervino. He sido encargado por ella de transmitirle su agradecimiento por su aquiescencia, por lo menos pasiva, a esta mentira piadosa; no ha hallado medio mejor para expresarle su gratitud que ponerle a usted en conocimiento de todo el secreto, confiando en su discreción.

—¿Y la señorita Marianina? —pregunté.

—Tal como le dijo el señor de Lanty, fue enviada, inmediatamente, a un convento, en Italia. Para evitarle todo motivo de escándalo se ha hecho correr la voz de una súbita vocación por la vida religiosa. Ella misma decidirá, con su actitud, su futuro.

Aun cuando mi amor propio no debiera sufrir tanto si aquella historia fuese verdad, la habría seguido poniendo en tela de juicio. ¿No te parece excesivamente novelesca? Después llegó a mis oídos una explicación que pudiera ser la clave del asunto. Últimamente, el hermano de Marianina contrajo matrimonio con una muchacha alemana perteneciente a una casa Gran Ducal. La familia de Lanty ha tenido que realizar enormes sacrificios para poder llevar a cabo una alianza tan provechosa y Marianina, mejorada en el testamento de su tío-abuelo, y posteriormente desheredada al entrar en el convento, ¿no te parece muy probable que haya pagado los gastos de esta unión principesca?

Otra versión posible: quizá Marianina sentía hacía mí lo que manifestaba en sus cartas; habría podido cometer la puerilidad de escribirlas sin enviarlas. Algún desdichado azar habría podido hacerlas aparecer en sus manos; entonces, como castigo por haberlas escrito, la habrían enviado a un convento; para alejarme y hacerme olvidar su posible efecto urdieron toda aquella historia en la que yo habría desempeñado el poco lucido papel de pararrayos.

Con estos Lanty todo es posible y creíble; a pesar de que el jefe de la familia siempre me ha parecido ser persona de ideas profundas y capaz de las más negras tramas, imagínate a todas aquellas personas teniendo que pasar toda su vida envueltas, por así decirlo, en el secreto de una fortuna cuyo origen es innoble; ¿no te parece que a la larga, metidos en toda clase de intrigas, no serían capaces de cualquier procedimiento para escapar a la vergüenza pública?

Añadamos a ello que la oficiosa intervención del abate Fontanon autoriza cualquier mal pensamiento. He tomado toda clase de informes sobre su persona: es

uno de esos sacerdotes poco recomendables que procuran en todo momento inmiscuirse en el interior de las familias, y que ya en otro tiempo consiguió hacer fracasar el matrimonio de Granville, procurador del Tribunal Real de París, cuando la Restauración.

Sea lo que fuera, ignoro si mis suposiciones son verdaderas o falsas y, según las apariencias, seguiré ignorándolo durante mucho tiempo. Pero creo podrás comprender que, vagando por todas estas tenebrosidades, el recuerdo de Marianina debe ser para mí como un punto luminoso en medio de ellas, que atrae mi mirar. ¿Debo amarla? ¿Debo despreciarla? ¿Debo odiarla? Esto es lo que me pregunto todos los días, y en este clima de incertidumbre el recuerdo de una mujer tiene más probabilidades de quedarse en la imaginación que desaparecer de ella. ¿No es una verdadera ironía diabólica que precisamente se haya exigido a mi cincel la realización de una hija del claustro?

Mi memoria, en este caso, ninguna necesidad tenía de mi imaginación, y me hubiera sido imposible pensar en otra cosa que en la obsesionante imagen que tan profundamente se halla grabada en mi espíritu. En él aparece una Marianina en carne y hueso y, para mayor comodidad de su trabajo, el artista aprovecha la casualidad que se le presenta y transporta la imagen que lleva en el corazón al mármol. Y a mi encantadora alumna, realzada por la doble aureola del fruto prohibido y el misterio, ¿podría serle atribuida una rival tan glacial como la señora de L'Estorade? En una palabra, hay que terminar con todas estas suposiciones. El otro día poco faltó para que le contara a su pretendida rival toda la novela de la señorita de Lanty. Si tuviera alguna pretensión sobre esta mujer, que no siente amor más que hacia sus hijos, tal vez le hubiera hecho la corte con mi narración. Así, pues, para resumir: de la opinión que pueda merecerle al señor Bixiou me preocupo tanto como de las rosas del año pasado; pero de lo que estoy absolutamente convencido es de no amar a la señora de L'Estorade. Esto es, a lo que me parece, dar una contestación franca y clara. Ahora dejemos hacer al porvenir que es, en realidad, el dueño de todos nosotros.

XI

LA CONDESA DE L'ESTORADE A LA SEÑORA OCTAVIA DE CAMPS

París, mayo de 1839.

Querida señora:

El señor Dorlange vino a casa ayer noche para despedirse de nosotros. Sale hoy para Arcis-sur-Aube, adonde va a inaugurar *su* escultura. Es también en dicho lugar donde los periódicos de la oposición le han nombrado candidato. El señor de L'Estorade pretende que ninguna otra localidad habría podido ser peor escogida, al no dejar ninguna probabilidad a su elección; pero no es ésta la cuestión.

El señor Dorlange llegó a casa muy temprano; yo estaba sola; el señor de L'Estorade comía en casa del ministro del Interior, y los niños, que durante el día habían realizado un largo paseo, habían pedido acostarse mucho antes de la hora habitual. La conversación confidencial interrumpida por la señora de la Bastie podía reanudarse con plena naturalidad, y estaba a punto de pedir al señor Dorlange la continuación de la historia, interrumpida en sus primeras palabras, cuando se presentó nuestro viejo Lucas portador de una carta. Era de mi Armando; me hacía saber que se había encontrado mal aquella mañana y que estaba en la enfermería del colegio.

—Haz que enganchen los caballos al coche —dije a Lucas con la emoción que puede usted suponer.

—Pero, señora —me respondió— el señor ha pedido el coche para las ocho y media y Tony ya se ha marchado.

—Entonces, búscame un coche de alquiler.

—Dudo mucho que pueda encontrarlo —me dijo nuestro viejo servidor, que es hombre aficionado a crear dificultades—, pues hace un momento que ha empezado a llover.

Sin hacer caso de aquella observación y sin pensar ya más en el señor Dorlange, al que dejé imposibilitado de marcharse antes de haberse despedido, subí a mi dormitorio para ponerme una manteleta y el sombrero. Una vez que me hube arreglado con la máxima rapidez, regresé al salón, en el que aún se hallaba mi visitante.

—Me perdonará usted, caballero —le dije entonces— por dejarle tan bruscamente; voy corriendo al colegio de Enrique IV. Me sería imposible pasar la noche con la ansiedad en que me ha sumido la carta que acabo de recibir de mi hijo, en la que me anuncia que, desde esta mañana, se halla en la enfermería.

—Pero, señora, usted no puede ir sola, en un coche de alquiler, y a un barrio tan

alejado.

—Lucas me acompañará.

En aquel instante volvió a aparecer Lucas. Su predicción se había cumplido, no había encontrado ningún coche de alquiler; caía el agua a torrentes. El tiempo iba pasando; aquella hora podía considerarse impropia para visitar el colegio en el que, desde las nueve de la noche, todo el mundo está ya en la cama.

—Debemos tomar una decisión —dije a Lucas—, ve a calzarte unos zapatos resistentes, y me acompañarás con un paraguas.

Inmediatamente vi alargarse la cara de Lucas; no es ya joven, le gusta la comodidad y cada invierno se queja de padecer reuma. Presentó numerosas objeciones: que era ya muy tarde; que íbamos a *revolucionar* el colegio; que me exponía a pillar un resfriado; que el señorito Armando no debía de estar tan grave cuando había podido escribir por sí mismo. Estaba perfectamente claro que mi plan de campaña no era del gusto de mi pretendido acompañante.

El señor Dorlange se ofreció entonces, galantemente, a ir en mi lugar al colegio y a regresar inmediatamente a darme cuenta de lo que había sabido o visto; pero aquel término medio no me interesaba; para estar tranquila, tenía que ver las cosas y a mi hijo por mí misma. Luego de darle las gracias por su atención, dije, con tono autoritario:

—Vamos, Lucas, ve a prepararte, y vuelve en seguida, ya que una sola cosa hay de verdad en todas tus observaciones: se está haciendo tarde.

Pero, al verse acorralado, Lucas levantó, con decisión, el estandarte de la sublevación:

—No es posible, señora —me dijo— salir con semejante tiempo, y no deseo en modo alguno que el señor, cuando regrese, me eche una reprimenda por haber dado acogida a una semejante idea.

—¿Te niegas a obedecerme?

—La señora sabe muy bien que para cualquier cosa que sea útil o razonable me tiene a sus órdenes, aunque me ordenase pasar en medio del fuego.

—No dudo que lo harías, todos sabemos que el calor es bueno para el reuma y que la lluvia es muy mala.

Y volviéndome entonces hacia el señor Dorlange, sin querer escuchar la contestación de viejo refractario, dije:

—Ya que hace un momento se ofrecía a hacer solo el viaje, me atrevo a esperar que no me negará su brazo.

—Yo soy como Lucas —me dijo— y no considero este paseo absolutamente indispensable; pero, por mi parte, no siento temor alguno a ser reñido por el señor de L'Estorade, por lo que tendré como un verdadero honor el poderla acompañar.

Salimos; y mientras descendíamos la escalera, iba yo pensando que la vida ofrece circunstancias verdaderamente singulares. Allí estaba un hombre del cual no estoy completamente segura, que dos meses antes maniobraba a mi alrededor como un

facineroso, y al cual me había confiado en condiciones que apenas se atrevería a soñar el amante más favorecido por su amada.

La verdad es que estaba haciendo un tiempo infernal; no habíamos andado cincuenta pasos cuando, a pesar del paraguas de Lucas, sostenido por el señor Dorlange, estábamos calados hasta los huesos.

Aquí, nueva y curiosa complicación. Pasó un coche; el señor Dorlange interpeló al cochero: iba vacío. Decir a mi caballero acompañante que era imposible el que yo subiera con él era algo absurdo. Además de que aquella muestra de desconfianza hubiese sido de un mal gusto terrible, ¿no era descender mucho en mi propia consideración el testimoniársela? Vea usted, señora, como existen pendientes resbaladizas, y como puede afirmarse que desde los tiempos de Dido y Eneas la casualidad ha manejado los asuntos de los enamorados.

En un coche se habla mal; el ruido de las ruedas y de los cristales obliga a tener que levantar la voz para entenderse. Por otra parte, el señor Dorlange sabía que yo me hallaba bajo el peso de una intensa preocupación; tuvo, pues, el buen gusto de no pretender que sostuviéramos una conversación en regla, rompiendo solamente, de vez en cuando, mediante breves frases, un silencio que tampoco la situación permitía que fuera absoluto.

Al llegar al colegio, el señor Dorlange, después de haber bajado del coche para ayudarme a hacerlo, comprendió que no debía entrar conmigo y volvió a subir al coche para esperarme. Armando me había hecho el favor de cometer conmigo una especie de mistificación. Su gran indisposición se reducía a un dolor de cabeza que, desde el momento en que me había escrito, le había ido desapareciendo. Para ordenar algo, el médico, que le había visitado durante el día, había prescrito una infusión de tila diciéndole que al día siguiente se encontraría ya lo bastante restablecido para reanudar sus estudios y su vida normal. Yo había tomado una maza para matar una pulga, habiendo cometido una verdadera enormidad al ir a visitarle, especialmente a aquella hora en la que todo el personal estaba ya en la cama desde hacía tiempo, y encontrarme con que mi señor hijo estaba levantado, jugando, con toda seriedad, una partida de ajedrez con uno de los enfermeros.

A la salida del establecimiento la lluvia había cesado por completo y un hermoso claro de luna plateaba el adoquinado de las calles, que el agua caída había lavado, limpiándola de barro. Invité al señor Dorlange a que despidiera el coche y regresamos a casa, paseando.

Aquello era darle toda clase de facilidades; entre el Panteón y la calle de Varenne, hay tiempo para decirse muchas cosas; pero el señor Dorlange parecía tan poco dispuesto a abusar de la situación que, tomando como tema la enfermedad de mi Armando, inició una larga disertación sobre el peligro de contrariar a los muchachos; aquel tema no me era agradable, y debió de darse cuenta de la forma un tanto arisca con la que atendía su conversación.

—Vamos, hay que terminar de una vez con esta historia siempre interrumpida y

que recuerda la famosa del cabrero de Sancho, cuya principal característica era que no podía ser contada.

Cortando de raíz sus teorías sobre la educación de los hijos, le dije a mi grave interlocutor:

—Creo que éste podría ser un momento adecuado para reiniciar la historia que me prometió usted contarme, y que en su día fue interrumpida. Aquí estamos seguros de que nadie vendrá a hacerlo.

—Temo —me respondió el señor Dorlange— resultar un pésimo narrador; el otro día gasté toda mi locuacidad explicando la misma historia al señor Marie-Gaston.

—Pero esto es algo que va contra su teoría del secreto, según la cual un tercero está ya de más.

—Marie-Gaston y yo, sólo somos uno; por otra parte, era necesario contestar a las peregrinas ideas que se había formado sobre usted y yo.

—¿Qué tengo yo que ver en esto?

—Sí, pretende que de mirar demasiado al sol se puede uno deslumbrar.

—Lo cual quiere decir, hablando con menos metáfora, que...

—Que, dadas las extrañas circunstancias en que tuve el honor de conocerla, podía perfectamente exponerme a no conservar, en lo que a usted se refiere, toda mi razón o mi tranquilidad.

—¿Responde su historia a esta suposición del señor Marie-Gaston?

—Ahora podrá usted juzgarlo —dijo el señor Dorlange.

Entonces, sin más preámbulos, me hizo una explicación bastante larga que no reproduzco, mi querida señora, porque, por una parte, la considero totalmente ajena a sus funciones directoriales, y por otra implica un secreto de familia que obliga a mi discreción mucho más seriamente de lo que había creído en un principio.

En resumen, que lo que resulta de esta historia es que el señor Dorlange está enamorado de la mujer que ha posado, en su imaginación, para la realización de la Santa Úrsula; pero, como parece bastante claro que la dicha mujer está perdida para él, no me pareció del todo imposible que a la larga no se decidiera a transportar hacia mí los sentimientos que hasta el momento ha experimentado hacia ella. Así, cuando terminó su explicación, me preguntó si no encontraba yo que aquello constituía una victoriosa respuesta a las ridículas pretensiones de su amigo:

—La modestia —le repliqué— me obliga a compartir su seguridad; no obstante, se dice en el ejército que muchos de los heridos lo son precisamente por balas que rebotan.

—Entonces, me cree usted capaz de la impertinencia que me supone el señor Marie-Gaston.

—No sé si sería usted capaz de mostrarse impertinente —proseguí con una punta de seriedad— pero por poco que esta fantasía le llegue a usted al alma, tengo que confesarle que le consideraría un hombre enteramente digno de compasión.

La respuesta fue rápida.

—Pues bien, señora —me respondió el señor Dorlange— no tiene por qué sentir compasión por mí: en mi opinión, un primer amor es como una vacuna que impide la presencia de un segundo.

La conversación quedó en este punto; la explicación había requerido cierto tiempo, y habíamos llegado a la puerta de mi casa. Tuve que invitar al señor Dorlange a subir, atención que él aceptó, haciendo observar que el señor de L'Estorade habría regresado y que, por lo tanto, podría despedirse de él.

En efecto, mi marido había regresado ya. Ignoro si, adelantándose a los reproches a los que estaba en derecho de dirigirle, Lucas se había dedicado a envenenar mi salida; o si, por primera vez en su vida, en presencia de mi escapada maternal, experimentando un acceso de celos, el señor de L'Estorade se hallaba tanto más imposibilitado de disimular aquel sentimiento cuanto que no le era precisamente familiar: la verdad es que nos hizo una recepción perfectamente agria, diciéndome que era algo verdaderamente inaudito el haberseme ocurrido la idea de salir a aquella hora, haciendo el tiempo que hacía, para ir a saber noticias de un enfermo que, por el hecho de anunciar personalmente su enfermedad, demostraba que su indisposición carecía de toda gravedad.

Después de haberle dejado, por un corto período de tiempo, que se mostrara inconveniente, considerando que era ya tiempo de cortar aquella escena, le dije, con tono perentorio:

—En fin, lo que yo quería era poder dormir esta noche; he ido al colegio cayendo agua a mares; he regresado con un magnífico claro de luna, y te ruego tengas en cuenta que, después de tomarse la molestia de acompañarme, este caballero, que mañana nos deja, se ha tomado la molestia de subir aquí para decirte adiós.

Por regla general, tengo bastante influencia sobre el señor de L'Estorade para suponer que aquella llamada al orden tenía que producir su efecto; pero decididamente pude comprobar, por su talante, que resultaba en aquellos momentos un marido descontento, ya que, deseando distraerle con la mención del señor Dorlange, pronto pude darme cuenta de que el malhumor del ogro de mi marido se concentraba inmediatamente sobre él.

Luego de decirle que en casa del ministro, donde acababa de cenar, se había hablado mucho de su candidatura, el señor de L'Estorade empezó a destilar, con sumo cuidado, todas las razones que se habían expuesto durante la cena para suponer que cosecharía el más rotundo de los fracasos en sus pretensiones electorales: que el distrito de Arcis-sur-Aube era uno de aquéllos en los que el ministro tenía más seguridad de triunfar; que había enviado a él a un hombre de rara habilidad, el cual hacía ya varios días que estaba *trabajando* la elección, y que ya había mandado al gobierno las noticias más alentadoras. Pero aquello no eran más que generalidades, a las cuales, por otra parte, el señor Dorlange iba contestando con gran modestia y como hombre que ya había tomado, por anticipado, su decisión sobre las posibles eventualidades a las que podía exponerse su elección. El señor de L'Estorade se

reservaba la última estocada que, en aquella situación era de un efecto maravilloso ya que la misma alcanzaba, a la vez, al candidato y al galán, suponiendo que tal galán existiera.

—Escuche, mi querido señor —dijo el señor de L'Estorade a su víctima— cuando se quiere iniciar la carrera electoral hay que pensar que en dicho momento todo puede salir a relucir: la vida pública y la privada. Sus adversarios buscarán, y de hecho están buscando ya, en su presente y en su pasado con implacable interés. Pues bien, no quiero ocultarle una cosa: esta misma noche, en casa del ministro, se ha comentado un pequeño escándalo que, perfectamente venial en la vida de un artista, adquiere en la de un representante de la nación una importancia mucho mayor. Creo que me comprende usted: estoy aludiendo a esa hermosa italiana que tiene instalada en su casa; vaya usted con cuidado, pues algún elector podría pedirle cuentas sobre la moralidad más o menos problemática de su presencia en su casa.

La réplica del señor Dorlange fue perfectamente digna.

—A aquéllos que pudieran tener la idea de interrogarme sobre este aspecto de la vida privada, no les deseo más que una cosa: la de que no tengan en la suya ningún mal recuerdo. Si durante el trayecto entre el colegio y esta casa no hubiese ya aburrido a su esposa con una interminable historia, le contaría nuevamente a usted, señor conde, la de mi hermosa italiana y podría comprobar usted que su presencia en mi casa nada le haría perder de la consideración que hasta este momento se ha dignado usted testimoniarme.

—Pero —prosiguió el señor de L'Estorade, suavizándose de repente, al enterarse de que nuestro largo paseo había sido empleado en la narración de historias— creo que está usted tomando mi consideración por el lado trágico. Me parece recordar algo que le decía hace solamente un instante: que un artista tenga en su casa a una hermosa modelo es la cosa más natural del mundo, pero no lo es cuando la tal modelo está instalada en la casa de un hombre público...

—Lo que ya no me parece tan natural —replicó el señor Dorlange con cierta vivacidad— es que se pueda aceptar una calumnia antes de comprobarla. Por otra parte, lejos de temer una explicación sobre el tema que ha sacado usted a colación, la deseo intensamente y el ministerio me hará un señalado favor si ese agente tan maravillosamente hábil que ha colocado en mi camino airea ante mis electores esta delicada cuestión.

—En fin, ¿se va usted mañana? —preguntó el señor de L'Estorade, viendo que se estaba metiendo en un terreno en el cual, en vez de producir en el señor Dorlange confusión le había, por el contrario, proporcionado la ocasión de contestar con cierta altivez de tono y de palabras.

—Sí, y muy temprano, de modo que voy a tener el honor de despedirme de usted, ya que necesito ultimar ciertos detalles.

El señor Dorlange se puso en pie, y después de haberme dirigido un saludo bastante ceremonioso, sin estrechar la mano al señor de L'Estorade, que por otra parte

no se la tendió, salió de la habitación.

Para evitar una explicación entre nosotros que aparecía como inevitable, el señor de L'Estorade me preguntó:

—¡Ah!, ¿qué es lo que tenía Armando?

—Lo que pudiera tener Armando importa ahora poco —le respondí— y tú has sido el primero en desinteresarte del asunto, ya que al regresar del colegio ni tan siquiera te has molestado en preguntarme por su salud; pero, lo que sería realmente interesante saber, es lo que te ha sucedido a ti esta noche, ya que jamás te he visto tan destemplado, tan malhumorado y tan poco amable.

—¿Por qué dices todo esto? ¿Porque le he manifestado a un ridículo candidato que debía despedirse de su elección?

—En primer lugar, esto no constituye ningún cumplido, y en cualquier caso el momento estaba mal elegido, especialmente para un hombre al cual mis instintos maternales acababan de imponer una desagradable tarea.

—Sabes que no me gustan los hombres excesivamente atentos —replicó el señor de L'Estorade, alzando la voz mucho más de lo que acostumbra al hablar conmigo—. Después de todo, si este caballero no se hubiese encontrado aquí para ofrecerte su brazo, tú no te hubieses atrevido a hacer sola este desagradable paseo.

—Te equivocas, pues la hubiese hecho de forma mucho más desagradable de la que lo hice, ya que hubiese ido igualmente al colegio, mientras tu servidumbre se negaba a acompañarme.

—Pero por lo menos espero reconocerás que si alguien os hubiese encontrado a las nueve y media de la noche, del brazo por el barrio del Panteón, la cosa le habría parecido, por lo menos, singular.

Aparentando descubrir entonces lo que yo ya sabía desde hacía una hora, exclamé:

—¡Dios mío, ahora resulta que al cabo de quince años de matrimonio, me haces el honor, por primera vez, de mostrarte celoso! Ahora me explico que, a pesar del respeto que siempre has mostrado por las conveniencias sociales, te hayas aprovechado de mi presencia para emprenderla contra el señor Dorlange sobre el asunto, poco convincente, lo reconozco, de esa mujer que pasa por ser su querida; se trataba de algo realmente pérfido en ti, y lo que pretendías era arruinarle en mi consideración.

Puestas así las cosas, mi pobre marido no tuvo otro remedio que batirse en retirada y llamar a Lucas para dirigirle una severa reprimenda; aquello puso término a la explicación.

No obstante, a pesar de haber obtenido aquella fácil victoria, los trascendentales pequeños acontecimientos de aquella noche no dejaron de colocarme bajo el peso de una detestable impresión. Regresaba contenta del paseo, pues por fin sabía a qué atenerme respecto al señor Dorlange. Para hablarle con toda franqueza, no quiero ocultarle que cuando me espetó aquello de *que le consideraría un hombre digno de*

compasión, como las mujeres somos siempre mujeres, sentí una especie de estremecimiento en mi orgullo; pero, al subir la escalera, me dije que por la forma intensa y acentuada con que habían sido pronunciadas aquellas palabras eran dignas de entero crédito. Eran la ingenua y franca explosión de un sentimiento verdadero; y aquel sentimiento no iba dirigido a mí, sino que miraba a otra parte. Debía, pues, sentirme completamente tranquilizada.

¿Qué es lo que piensa usted sobre esa habilidad conyugal que mientras pretendía comprometer a mis ojos a un hombre con el que no había cometido más falta que ocuparme excesivamente de él, lo que hacía era colocarlo en una situación más favorable, realzando su posición? Porque, y de esto no podía haber duda alguna, la emoción con que el señor Dorlange rechazó la insinuación de la cual era objeto, era el grito de una conciencia que vive en paz consigo misma, y que se siente con fuerzas para confundir a la calumnia.

Entonces mi querida señora, yo le pregunto a usted ¿qué clase de hombre es éste, en el cual no puede encontrarse una parte vulnerable, que, como hemos comprobado en dos o tres circunstancias, posee un carácter heroico, sin que tuviera aspecto ni de darse cuenta de su actitud, como si sólo morara en las alturas, constituyendo la grandeza de espíritu su elemento? ¿Es posible que, a pesar de todas las apariencias en contrario, esa italiana no signifique nada para él? ¿Es que todavía pueden encontrarse, en medio de nuestras costumbres depravadas, caracteres humanos lo suficientemente fuertes para bordear la pendiente de las tentaciones más peligrosas y mantenerse firmes? ¿Qué clase de naturaleza le permite andar por entre las zarzas sin dejarse en ellas ni una sola hebra de lana? Y de este hombre excepcional pensaba yo hacer un amigo...

¡Que no suceda esto! Que venga, que venga este Dante Alighieri de la escultura, pues su Beatriz no se rendirá jamás aunque, como ha hecho ya una vez, se fije en mí; pero ¿qué será de mí? ¿Puede estar una segura contra el poder de fascinación que pueden ejercer semejantes hombres? Como decía el señor de Montriveau a la pobre duquesa de Langeais, *no basta con no tocar el hacha*, sino que hay que mantenerla a distancia, por miedo a que uno de sus deslumbrantes reflejos nos hieran en la vista. Por suerte está el señor de L'Estorade mal predispuesto contra ese hombre peligroso; pero que el señor conde esté tranquilo, que yo tendré buen cuidado en mantener y cultivar este germen de naciente hostilidad. Después de esto, si el señor Dorlange es elegido diputado, él y mi marido se hallarán en campos opuestos, y la pasión política, ¡a Dios gracias!, ha cortado de raíz otras amistades más antiguas y mejor arraigadas que ésta. Imagine que este hombre es el salvador de su hija; que usted tiene miedo de ser amada, y él no piensa en usted; pero es un hombre distinguido, tanto por su inteligencia como por la elevación de sus sentimientos, al cual no puede hacerle usted ni el más mínimo reproche. Todo esto son puras elucubraciones, mi querida señora. Basta con que me inspire miedo. Y cuando yo tengo miedo no discuto ni razono, me limito a pensar si me quedan bastantes piernas y alientos, y simplemente echo a

correr hasta que me siento segura.

XII

DORLANGE A MARIE-GASTON

París, abril de 1839.

Al regresar, después de despedirme de los L'Estorade, encuentro en casa, estimado amigo, una carta anunciándome tu próxima llegada. Te esperaré durante todo el día de mañana; pero por la noche, sin más dilación, debo ponerme en marcha hacia Arcis-sur-Aube, donde, dentro de ocho días, se producirá el desenlace de mi embrollo político.

No sé lo que encontraré de agradable o de desagradable en esa localidad de la Champaña a la que, según parece, aspiro a representar; con qué apoyos y con qué colaboración puedo contar; en una palabra ¿quién se ha preocupado de hacerme la cama electoral? Todo esto, lo ignoro por completo, y del mismo completo modo que lo ignoraba el año pasado cuando, por primera vez, tuve noticia de mi vocación parlamentaria.

Hace pocos días recibí, timbrada en París, y no ya en Estocolmo, una comunicación emanada de la cancillería paterna. Al ver el tenor con que está escrita no me extrañaría nada que las eminentes funciones desempeñadas en una corte del Norte por el misterioso autor de mis días fuesen simplemente las de un sargento prusiano; ya que es materialmente imposible dar unas instrucciones en un tono más imperioso y perentorio, cuidándose al mismo tiempo la exposición de los más nimios detalles. La nota lleva por título:

Lo que debe hacer mi señor hijo.

Al recibo de *la presente* debe mandar la *Santa Úrsula*, presidir personalmente su embalaje, e inmediatamente después, facturarla por tren, urgente, a la madre María de los Ángeles, superiora del convento de Damas Ursulinas de Arcis-sur-Aube (AUBE). ¿Comprendes? En efecto, sin esta última indicación suplementaria, cualquiera hubiera podido pensar que *Arcis-sur-Aube* está situado en el departamento del Garona, o en el de Finisterre...

A continuación debo encargarme al factor de la estación que el bulto (mi *Santa Úrsula* es considerada un bulto), sea entregado a la puerta del convento. Seguidamente se me intima a seguirlo con muy pocos días de intervalo, de manera que lo más tarde el día 2 de mayo esté en la citada localidad de Arcis-sur-Aube. Ya ves, posee todo el acento de una orden militar; tanto que por un momento tuve la idea de pasar por la intendencia militar en vez de ir a la oficina de pasaportes, para hacerme extender una hoja de ruta y viajar por etapas, a tres sueldos la legua.

También han previsto e indicado el hotel donde me alojaré. Me están esperando

en el *Hotel de la Poste*. Y aunque me hubiese gustado más ir al de los *Tres Moros*, o al *León de Plata*, que con seguridad también los hay con estos nombres en Arcis-sur-Aube, como en todas partes, me es imposible satisfacer este capricho.

Por último, tengo órdenes para que, la víspera de mi partida, anuncie en los periódicos de que dispongo que me presento a diputado por el distrito de Arcis-sur-Aube (Aube), pero evitando cuidadosamente hacer ninguna clase de profesión de fe, cosa que sería *inútil y prematura*.

Queda todavía una última conminación, que no deja de proporcionarme un poco de aliento en todo cuanto me está sucediendo. *La misma mañana* de mi partida debo pasar por casa de los Hermanos Mongenod para retirar otros doscientos cincuenta mil francos, que *deben* estar depositados a mi nombre; *debo tener también el mayor cuidado*, añaden mis instrucciones, *al llevar esta suma desde París a Arcis-sur-Aube, en no perderla y en que no me la roben*.

¿Qué piensas, mi querido, amigo, de este último artículo? Esta suma *debe* ser depositada: podría pues, no serlo, ¿y si fuera así? Y además, ¿qué debo hacer con ella en Arcis? Voy a enfrentarme en una elección al estilo inglés ya que, por lo que veo, una profesión de fe sería *inútil y prematura*. En cuanto a la recomendación de que no me deje robar ni pierda la cantidad de la cual seré portador, ¿no encuentras que me rejuvenece de forma extraordinaria? Desde que la leí, me han entrado unas ganas casi invencibles de ponerme a chupar el dedo y de comprarme una chichonera... Pero al *señor* mi padre se ve que le gusta, por sus singulares maneras de decir las cosas, ponerme en el potro del martirio, y si no fuera por el respeto que me merece, le escribiría como Basilio al hablar con el conde de Almaviva: «Me dejo arrastrar, con los ojos cerrados, por la corriente que me lleva» y, no obstante tu próxima llegada, mañana por la mañana, luego de haber pasado por casa de los Hermanos Mongenod, me pondré animosamente en ruta, imaginándome la estupefacción de las gentes de Arcis-sur-Aube al verme caer de improviso como los muñecos salen de una caja al apretar un resorte.

En París ya he despertado la debida expectación. En efecto, ayer por la mañana, *El Nacional* anunciaba mi candidatura en los términos más entusiásticos, y me parece que esta noche, en casa del ministro del Interior, cenando con el señor de L'Estorade, mi nombre habrá permanecido durante un buen rato sobre el tapete. Me apresuro a añadir, siempre según el señor de L'Estorade, que la impresión general es la de que voy a fracasar. A lo más, en el distrito de Arcis, el ministerio puede temer salga elegido un candidato de centro izquierda; en cuanto al partido democrático, al que pretendo representar, no se puede ni siquiera decir que exista en tal distrito; pero el candidato de centro-izquierda ha sido ya llamado al orden por un inteligente correo cortesano y en el momento en que lanzo mi globo de ensayo la elección tiene un decidido acento conservador.

De la serie de elementos que pueden hacer inevitable mi derrota, el señor de L'Estorade se ha dignado mencionar uno en relación al cual, mi estimado amigo, me

extraña mucho no me hayas echado ningún sermón, ya que se trata de una de las más agradables calumnias puestas en circulación en el salón de Montcornet por el muy honrado y muy honorable señor Bixiou. Hace referencia a una adorable italiana que me he traído desde su país, y con la cual estoy viviendo en la forma menos canónica del mundo. ¿Quién te ha impedido pedirme las explicaciones que parecían perfectamente lógicas? ¿Es que has considerado el caso tan vergonzoso que no has querido ofender mi pudor con su simple mención? ¿Tienes en mi moralidad tanta confianza que no te es necesario removerlo? No he tenido tiempo bastante para entrar con el señor de L'Estorade en explicaciones, y tampoco lo tengo para dártelas ahora. Si te menciono este pequeño incidente, es para llegar a una observación que creo haber hecho, y que te encargo compruebes una vez hayas llegado a ésta.

Tengo algo así como un barrunto de que mi éxito electoral no le sería agradable al señor de L'Estorade. En ningún momento ha dado su aprobación a mis proyectos en este sentido, por consideraciones tomadas, eso sí, en mi propio provecho, y me ha instado a abandonarlos. Pero hoy en día, que la idea ha ido tomando consistencia, y que ha llegado a ser tema de conversación en los salones ministeriales, nuestro gentilhomme se ha enfurruñado y al mismo tiempo que se proporciona a sí mismo la alegría de augurarme un rotundo fracaso, me imputa una pequeña infamia con la cual creo que pretende enterrar su amistad.

Y todo esto ¿con qué fin? Te lo voy a decir: porque, al tiempo que cree deberme agradecimiento, el buen hombre, gracias a la privilegiada situación social de que goza, sentía ante mí una superioridad que desaparecerá si entro a formar parte de la Cámara, y no le resulta agradable renunciar a ella.

Después de todo, ¿qué es un artista, aunque sea genial, comparado con un par de Francia, con un personaje que maneja la política de altura, con un hombre que tiene amistad con el mismo rey y con los ministros, y que estaría en su derecho al depositar una bola negra contra el presupuesto, si tuviera la audacia de tomar semejante decisión?

Pues bien, ¿comprenderá este hombre, este privilegiado, el que yo también, y tal vez con más importancia y autoridad que él, pueda un día sentarme en esa insolente Cámara electiva? ¿No es esto un grito de fatuidad y de orgullo desmedido? Desde entonces el conde está furioso contra mí.

Pero esto no es todo. Los señores políticos acreditados tienen una manía, la de haber sido iniciados, por medio de largos estudios, en una ciencia muy extraña, denominada ciencia de los negocios, y que ellos únicamente, como los médicos la Medicina, tienen el derecho a saber y a ejercer. No sufren, pues, de buen grado que sin haberse licenciado previamente en ella, el primer recién llegado, un periodista, por ejemplo, o menos que esto tal vez, un artista, un *escultor de imágenes*, tenga la pretensión de infiltrarse en lo que consideran propiedad suya y tome la palabra a su mismo lado. Un poeta, un artista, un literato, pueden estar dotados de eminentes facultades, en esto están todos de acuerdo; el mismo ejercicio de dichas profesiones

hace que les sean supuestas, pero en ningún modo presuponen que puedan ser hombres de gobierno. El mismo Chateaubriand, aunque mejor situado quizá que ninguno de nosotros para ganarse un sitio en este Olimpo gubernamental, se vio puesto de patitas en la calle, una buena mañana, por medio de una nota, muy concisa, firmada por José de Villèle, que le enviaba, como merecía, a sus *Renés*, *Atalas*, y otras futilidades literarias. Sé perfectamente que el tiempo, y esta descendiente nuestra a la que llamamos posteridad, terminan, en definitiva, por hacer justicia y por poner las cosas en su verdadero lugar. Hacia el año 2039, si es que el mundo llega a esta fecha, se seguirá sabiendo quiénes fueron Canalis, José Bridau, Daniel D'Arthez, Stidmann y León da Lora; en cambio, un número infinitamente reducido de personas tendrán noticia por aquel entonces de la existencia de un tal señor conde de L'Estorade, que fue par de Francia y presidente del tribunal de Cuentas, o la de un señor conde de Rastignac, ministro de Obras Públicas, o la de un cierto señor barón de la Roche-Hugon, cuñado suyo, diplomático y consejero de Estado en servicio más o menos extraordinario.

Pero, mientras llega este tardío reconocimiento de méritos, no me parece mal que, de vez en cuando, se haga saber a estos grandes hombres de gobierno que, a menos de que uno se llame Richelieu o Colbert, se exponen a tener que soportar y aceptar toda clase de competencias.

De modo que, por este lado, que podríamos calificar de díscolo, le voy tomando gusto a mi empresa, y si soy elegido, a menos que tú me confirmes que he interpretado mal el proceder de L'Estorade, procuraré hacerle sentir a él y a los que son como él, la posibilidad de penetrar en su coto reservado y actuar en él como un igual.

Pero ya está bien, amigo mío, de hablar de mí, olvidándome de las tristes emociones que te esperan a tu regreso. ¿Cómo las sobrellevarás? ¿En vez de alejarlas no irás a su encuentro, experimentando un triste placer al reavivarlas? ¡Dios mío!, podría decirte de ellas lo mismo que te decía, hace tan sólo un momento, de los grandes hombres públicos: que hay que considerarlas en el tiempo y en el espacio, en los cuales se hacen imperceptibles e inasequibles, y en los que no tienen mayor importancia que los pelos que caen de tu cabeza cuando te haces el tocado matinal.

La adorable insensata con quien has pasado conyugalmente tres años de embriaguez, creyó haber metido mano allí donde sólo estaba la muerte, la cual, burlándose de sus amaños, de sus proyectos, de sus refinamientos, de su habilidad para disfrazar a la vida, la llevó consigo brutal e impensadamente. Tú has quedado con tu juventud, con los dones de inteligencia que Dios te ha concedido, y con algo, no te engañes sobre esto, que constituye una profunda desilusión totalmente prematura. ¿Por qué, como yo, no te lanzas a la palestra pública? Entonces podríamos ser dos para llevar a cabo el designio que tengo pensado, y el mundo podría ver de lo que son capaces dos hombres decididos y enérgicos al formar como una especie de tándem, al tirar conjuntamente del ronzal de la justicia y de la verdad. Pero quizá

consideres que hay excesiva pretensión en mí al mostrarme demasiado epidémico y al desear inocular en todos los demás mi fiebre amarilla parlamentaria, y prefieras volver a la carrera de las letras, donde habías conseguido un lugar, y puedas obligar a tu imaginación a olvidar el dolor de tu alma, que te habla demasiado de tu pasado.

Por mi parte, intentaré levantar en torno mío todo el ruido que pueda, y aunque deba restarle horas a mi sueño para poder seguir nuestra correspondencia, y distraerte así, de buen o de mal grado, te tendré al corriente de todas las peripecias del drama en el cual estoy a punto de meterme.

Al llegar a París, sin tener reservado previamente alojamiento, consideraré como acto de buena amistad y me recordarás al amigo de otro tiempo si vienes a dormir a mi casa, en vez de ir a instalarte en Ville-d'Avray, lugar poco apropiado y peligroso para ti. Podrás así formarte una opinión sobre mi hermosa ama de llaves y verás hasta qué punto ha sido calumniada e incomprensida. Podrás hallarte más cerca del señor de L'Estorade, del cual espero para ti grandes consuelos; por último, esto sería como una encantadora expiación por todos los involuntarios errores que hayas podido cometer hacia mí. Por si quieres aceptar mi ofrecimiento, he dado ya las correspondientes instrucciones, y, en consecuencia, te espera una habitación convenientemente dispuesta.

El barrio solitario en el que vivo será para ti como una transición entre tu residencia actual y el París ardiente e infernal al que difícilmente podrías acostumbrarte. No vivo muy lejos de aquella calle del Infierno donde vivimos juntos anteriormente, pasando tan buenos ratos. ¡Cuántos sueños entonces, y cuán pocos ha ratificado la vida real! Nuestro sueño más corriente era la gloria, y en cuanto a esto no podemos decir que se haya vuelto esquiva para con nosotros, sino más bien que hemos sido nosotros mismos los que nos hemos ido alejando de ella; tú, para sufrir y llorar; yo, para correr detrás de una alada ficción de la cual no sé si algún día tendré que arrepentirme. Mientras la marea de la existencia se ha llevado todos nuestros ensueños, nuestros diques, nuestros rosales en flor, nuestros jardincillos, una sola cosa ha permanecido intacta: nuestra antigua y santa amistad; no te preocupes más, te conjuro a ello, mi estimado hijo pródigo, o si no, te expones a tener dificultades con esa corte del Norte, de la cual quizá algún día seré un Suggester o un Sully.

P. S.—Tú no has llegado aún, mi querido amigo, y cierro esta carta, que te será entregada por mi ama de llaves cuando llegues a mi domicilio, ya que espero que tu primera visita en París será para mí; en consecuencia, no sabrás todavía que yo estoy ausente. He ido esta misma mañana a casa de los Hermanos Mongenod; allí estaban los doscientos cincuenta mil francos, pero acompañados de una circunstancia extraordinaria: el dinero está depositado a nombre del *señor conde de Sallenaue, o señor Dorlange, escultor, calle del Oeste, 42*. Así pues, a pesar de un título que nunca había usado hasta ahora, la cantidad llegó a mis manos, habiéndome sido abonada sin dificultad alguna. He tenido la suficiente presencia de ánimo para no demostrar al cajero toda mi estupefacción al conocer mi nueva condición nobiliaria. Pero me he

entrevistado, en privado, con el mayor de los hermanos Mongenod, hombre que goza en los medios financieros de la más alta reputación, y ante él he manifestado abiertamente mi estupor, pidiéndole las explicaciones que estuviera a su alcance darme. No me ha podido facilitar ninguna: el dinero había llegado por intermedio de un banquero holandés, su corresponsal en Rotterdam, y no sabía nada sobre su origen. ¿Qué es lo que sucede? ¿Resultará ahora que soy noble? ¿Ha llegado el momento de que mi padre emerja a la luz del día? Me marché de París con la emoción y la ansiedad que puedes suponer. Hasta nueva orden enviaré mis cartas a mi dirección; si no te decides a instalarte en mi casa, házmelo saber con la mayor urgencia, así como tu dirección, ya que me parece que tenemos muchas cosas que decirnos. Te ruego no digas nada a los Estorade, y que todo quede entre nosotros.

XIII

DORLANGE A MARIE-GASTON

Arcis-sur-Aube, 3 de mayo de 1839.

Estimado amigo:

Ayer por la tarde, a las siete, ante el señor Aquiles Pigoult, real notario del Colegio de Arcis-sur-Aube, han tenido lugar los funerales y entierro del señor Carlos Dorlange que, inmediatamente después, como una mariposa salida de su crisálida, se ha lanzado a correr el mundo bajo el nuevo nombre de Carlos de Sallenaue, hijo de Francisco-Enrique-Pantaleón Dumirail, marqués de Sallenaue. Te doy a continuación, la historia de los hechos que precedieron a esta brillante y gloriosa transformación.

Salido de París por la tarde del día 1.º de mayo, dejando a la capital entregada a la alegría de la festividad de San Felipe, al día siguiente, al mediodía, según la prescripción paterna, hice mi entrada en la localidad de Arcis.

Al bajar del coche puedes suponer mi extrañeza al ver en la calle en la que se acababa de detener la diligencia a aquel inapreciable Jaime Bricheteau al que no había vuelto a ver desde nuestro encuentro de la Isla de San Luis.

Esta vez, en vez de comportarse como el perro de Juan de Nivelles, vi que se adelantaba a mi encuentro, con una floreciente sonrisa en sus labios, tendiéndome la mano, al mismo tiempo que decía:

—Al fin, señor, estamos llegando al término de todo misterio, y muy pronto, a lo que espero, creo no tendrá por qué quejarse de mí.

Simultáneamente, expresando una apremiante solicitud, me dijo:

—¿Trae usted el dinero?

—Sí —le respondí— ni lo he perdido ni me lo han robado.

Y saqué del bolsillo una cartera que contenía los doscientos cincuenta mil francos en billetes de Banco.

—¡Muy bien! —exclamó Jaime Bricheteau—. Ahora iremos al *Hotel de la Poste*. ¿Sabe usted quién le está esperando?

—Ciertamente que no lo sé —respondí.

—¿No se ha dado cuenta de a quién iba dirigida la cantidad que cobró usted en casa de los banqueros?

—Todo lo contrario, ha sido algo que me impresionó, y mucho, en cuanto lo supe. Desde entonces mi imaginación ha trabajado extraordinariamente.

—Pues bien, no pasará mucho tiempo ya sin que quede completamente levantado el velo descorrido solamente un poco para que no tropezara usted demasiado

bruscamente con el gran y feliz acontecimiento que está próximo a tener lugar en su vida.

—¿Está aquí mi padre?

Hice esta pregunta con rapidez, aunque sin sentir la profunda turbación que me hubiera sobrecogido ante la idea de ir a abrazar a una madre.

—Sí —respondió el señor Jaime Bricheteau— su padre le está esperando; pero debo prevenirle sobre algo que puede suceder en su recibimiento. El marqués ha sufrido mucho en esta vida; su costumbre de vivir en la Corte ha hecho que le sea difícil exteriorizar sus emociones; por otra parte, siente verdadero horror por todo aquello que él califica de modales burgueses; no se extraña usted, pues, de que le acoja de una manera fría y aristocrática; en el fondo se trata de una excelente persona, a la cual apreciará usted mucho más en cuanto la conozca mejor.

He aquí, pensé yo, una serie de preparativos para tranquilizarme.

Y como, por mi parte, tampoco me sentía muy bien predispuesto, que digamos, auguraba que aquella primera entrevista tendría lugar a una temperatura bajo cero.

Al entrar en la habitación en donde me estaba esperando el marqués, pude ver a un hombre bastante alto, bastante delgado y bastante calvo, sentado junto a una mesa, poniendo en orden unos papeles. Al oír el ruido que hicimos al abrir la puerta se subió los lentes a la frente, apoyó los dos brazos en el sillón, y volviendo la cara hacia nosotros, se quedó esperando.

—¡El señor conde de Sallenauve! —exclamó Jaime Bricheteau, dando a aquel anuncio toda la solemnidad que hubiese empleado al introducir a un embajador o a un chambelán.

No obstante, la presencia del hombre al cual debía la vida había, por un instante, fundido el hielo que sentía dentro de mí y avanzando hacia él con un impulso intenso y apresurado, notaba que las lágrimas afluían a mis ojos. Él no se levantó. En su rostro, de esa rara distinción que en otros tiempos hubiera sido calificada de aristocrática, no apareció ni el menor signo de emoción; se limitó a tenderme la mano, que estreché blandamente, y a continuación me dijo:

—Tome asiento, señor, ya que todavía no tengo derecho a llamarle hijo.

En cuanto Jaime Bricheteau y yo estuvimos sentados, aquel padre singular me dijo:

—Entonces ¿no sientes ninguna repugnancia en aceptar la carrera política que te hemos destinado?

—Todo lo contrario —le respondí— la idea, al principio, me extrañó mucho, pero inmediatamente me fui habituando y he ejecutado, con meticulosidad, para asegurar el éxito, todas las prescripciones que me han sido transmitidas.

—Maravillosamente bien —dijo el marqués, cogiendo de encima la mesa una tabaquera de oro que se puso a hacer dar vueltas entre sus manos.

Luego, al cabo de unos instantes de silencio, añadió:

—Ahora te debo algunas explicaciones: nuestro amigo Jaime Bricheteau, si no le

es molestia, te las dará por mí. Lo que equivale a la antigua fórmula real: *Mi canciller te dirá el resto*.

—Para iniciar las cosas desde su verdadero origen —dijo Jaime Bricheteau, aceptando la procuración— debo antes que nada hacerle saber, mi estimado señor, que no es usted un Sallenaue directo. Vuelto de la emigración en 1808, el señor marqués, aquí presente, conoció, casi en la misma época, a la que había de ser su madre de usted, y a principios de 1809 vino al mundo el fruto de aquellas relaciones. Su nacimiento, lo sabe usted ya, costó la vida a la madre y como una desgracia nunca viene sola, poco después de aquella cruel pérdida, el señor de Sallenaue, complicado en una conspiración contra el trono imperial, se vio obligado a expatriarse. Hijo de Arcis, como yo mismo, el señor marqués quiso honrarme con su amistad, y en el momento de su nueva expatriación me confió el cuidado de su infancia; estos cuidados los acepté, no diré con entusiasmo, pero sí como un acto de agradecimiento.

Al oír aquellas palabras, el marqués tendió la mano a Jaime Bricheteau, que se hallaba cerca de él, y después de estrechársela silenciosamente, pareció emocionarse intensamente. Jaime Bricheteau prosiguió:

—Hay miles de razones que explican las misteriosas precauciones con la que procuré rodear mi mandato, y puedo ahora manifestarle que, en cierto modo, sufrió usted las consecuencias de todos los regímenes políticos que se han ido sucediendo en Francia desde su nacimiento. En tiempos del Imperio tenía miedo a que un gobierno que no gozaba precisamente de la reputación de ser indulgente con las agresiones de que pudiera ser objeto, no hiciera llegar hasta usted los rigores de la proscripción de su padre, y así fue como se me ocurrió la idea de darle una existencia anónima. En tiempos de la Restauración temía, para usted, otra clase de enemigos: la familia Sallenaue, de la cual no queda en nuestros días otro representante que el señor marqués aquí presente, era por aquel entonces todopoderosa. Había sabido algo de su nacimiento, y no se le había escapado la posibilidad de que aquél que le había dado vida hubiese tenido la precaución de no reconocerle para poderle dejar, en su día, toda su fortuna, de la cual, en su calidad de hijo natural, podían disputarle una buena parte. La sombra mantenida en torno suyo durante aquellos días me pareció la mejor de las precauciones contra la avidez de unos parientes; y llegadas por ese lado algunas gestiones altamente sospechosas, y realizadas a mi alrededor, fueron testimonio de la exactitud de mis previsiones. Por último, en tiempos de la Monarquía de Julio, fui yo mismo el que temí por usted. Había visto cómo se establecía en Francia este orden de cosas con la más profunda aversión, y como sucede con todos los gobiernos que no le son simpáticos a uno, no creía fuera a durar mucho, y me dejé llevar en contra suya a determinadas actividades hostiles que me hicieron figurar en el índice de la Policía...

Aquí, el recuerdo de la sospecha totalmente contraria despertada por Jaime Bricheteau en el *Café de las Artes* hizo asomar a mi rostro una leve sonrisa, y el canciller se detuvo en su explicación, y con profunda seriedad me preguntó:

—¿Le parecen inverosímiles las explicaciones que tengo el honor de darle?

Cuando le hube manifestado el sentido de la expresión que había pasado por mi fisonomía, Jaime Bricheteau continuó:

—Aquel camarero no estaba del todo equivocado, ya que desde hace muchos años estoy empleado en la Jefatura de Policía, en el servicio de Higiene Pública, pero la verdad es que no me dedico al espionaje, y que he sido su víctima más de una vez. Ahora, para volver al secreto con el cual he procurado envolver nuestras relaciones, debo decirle que las persecuciones de que era objeto podían haber perjudicado su carrera. «Los escultores, me decía yo, no pueden vivir sin la ayuda del gobierno; y yo puedo ser causa de que resulte perjudicado en sus encargos si le veo frecuentemente». Debo añadir, por otra parte, que en la época en que le anuncié que su pensión dejaría de serle entregada, hacía ya varios años que había perdido toda huella del señor marqués. ¿Para qué, entonces, confiarle un pasado que no me parecía tener ninguna utilidad en el futuro? Decidí, pues, dejarle a usted en la más completa ignorancia y me preocupé de encontrar una fábula que, engañando su curiosidad, pudiese relevarme de la larga privación que me había impuesto a mí mismo al evitar cualquier relación directa con usted...

—El hombre a quien encargó su representación —dije yo entonces, interrumpiéndole— podía estar muy hábilmente escogido desde el punto de vista del misterio, pero tiene que reconocer que su persona no era muy atractiva, que digamos...

—Ese pobre Gorenflot —respondió, riendo, el organista— es simplemente el campanero de la parroquia y el que mueve los fuelles del órgano. Ignoro si el autor de *Nuestra Señora de París* se fijó en él cuando describió a Quasimodo.

Durante aquel paréntesis de Jaime Bricheteau un ruido bastante ridículo llegó hasta nuestros oídos: unos ronquidos notablemente sonoros, lanzados por mi padre, nos dieron a conocer que, o no daba demasiada importancia a las explicaciones facilitadas en su nombre, o que las consideraba excesivamente prolijas. No sé si el amor propio de orador ofendido dio al organista aquel impulso de vivacidad, pero el hecho es que se puso en pie con impaciencia, y sacudió rudamente el brazo del durmiente, gritándole:

—¡Eh, señor marqués, si es así como asiste usted al consejo de ministros, a fe mía que su país debe de ser un país bien gobernado!

El señor de Sallenuve abrió los ojos, se agitó, y después, dirigiéndose a mí, dijo:

—Perdóneme, conde, pero hace diez noches que estoy viajando en coches correos, sin parar, para llegar puntual a la cita concertada; aunque la última la pasé en cama, me siento aún un poco cansado.

Dicho esto, se levantó, aspiró una buena toma de tabaco, poniéndose a pasear por la estancia mientras Jaime Bricheteau continuaba de este modo:

—Hace poco más de un año recibí, por fin, una carta de su padre; en ella me explicaba su largo silencio, los proyectos que había forjado con respecto a usted y la

necesidad en la que se hallaba de conservar, quizá por algunos años más, su incógnito. Fue precisamente en aquella época cuando el azar le puso a usted en mi camino; entonces, le consideraré a usted capaz de cualquier locura para poder penetrar un secreto cuya existencia se había vuelto manifiesta para usted.

—Cambió usted rápidamente de morada —le dije, riendo, al ex habitante del *quai* de Béthume.

—Hice algo mejor que esto: horriblemente atormentado por el pensamiento de que en el preciso momento en que el señor marqués estaba dispuesto a dar las explicaciones necesarias, usted vendría a desvelar, a pesar mío, las tinieblas en las que tan cuidadosamente le había sumido...

—Partió usted para Estocolmo...

—No, sino para la residencia de su señor padre, y a Estocolmo mandé la carta que había destinado para usted, con instrucciones para que se la remitieran.

—Pero no comprendo...

—No obstante, nada hay de más fácil comprensión —dijo el marqués con tono de convicción—, yo no vivo en Suecia, y lo que pretendíamos era despistarte.

—Desea continuar en mi lugar —dijo Jaime Bricheteau sin dar excesivas muestras de querer verse desposeído del uso de la palabra—, cosa que, como habrá podido comprobar, mi querido amigo, hace con una cierta facilidad y elegancia.

—No, no, nada de eso, continúa —dijo el marqués—, lo estás haciendo perfectamente bien.

—La presencia del señor marqués —dijo Jaime Bricheteau, prosiguiendo— no tendrá por resultado inmediato, debo advertirle, el poner término a todas las actitudes oscuras cuyas relaciones con usted le han obligado a adoptar hasta el momento presente. Teniendo en cuenta su porvenir y el de usted, se reserva el derecho a dejarle en la ignorancia, durante algún tiempo todavía, sobre el nombre del país a cuyo gobierno espera que algún día será usted también llamado, así como también sobre algunas particularidades de su vida. Incluso si hoy está presente aquí, es precisamente con la finalidad de no tener que dar excesivas explicaciones y para pedirle a usted un nuevo aplazamiento en su curiosidad.

Teniendo la convicción de que su posición equívoca, en cuanto a su familia se refiere, podía reportarle, en la carrera política que iba a iniciar, sino dificultades, por lo menos ciertas molestias, ante la observación que sobre esto me permití hacerle a su señor padre en una de las cartas que le escribí, éste se decidió a adelantar el momento de un reconocimiento oficial y legal que, por otra parte, la extinción del resto de la familia hacía deseable; y desde la lejana nación en donde vive, se creyó en el deber de hacerlo; pero el reconocimiento de un hijo natural es un acto muy serio al que la ley ha rodeado de muchas precauciones y formalidades. Es precisa una declaración auténtica, ante notario, y no creyendo que fuera posible realizarla por delegación, y para no provocar demasiado escándalo en el país en el que está casado, y en el que, en cierto modo, está naturalizado, revelando un secreto estrictamente personal, que

pensaba y piensa mantener todavía por algún tiempo, tomó una decisión; buscando un pretexto para poderse ausentar durante unas semanas, llegó aquí lo más rápidamente que pudo, vino a verme, y le citó a usted. Pero, durante el viaje, a la vez largo y rápido que iba a emprender, debió temer que la importante cantidad destinada a preparar el éxito de su elección corriera algún riesgo; entonces, se le ocurrió mandarla canalizando el envío por las casas de banca, exigiendo el que pudiera ser cobrada en una fecha determinada. Es por eso por lo que a la llegada de usted a esta localidad le hice una pregunta que estoy seguro le ha extrañado. Ahora me permito dirigirle otra mucho más seria: ¿Consiente usted en tomar el apellido Sallenaue, y en ser reconocido por hijo suyo?

—No tengo excesivos conocimientos sobre las leyes —le respondí— pero me parece que tal reconocimiento, suponiendo que no me honrara extraordinariamente, no dependería precisamente de mí el renunciar a él.

—Perdóneme usted —prosiguió Jaime Bricheteau—, podría ser usted hijo de un padre poco recomendable, y por consiguiente, estar interesado en discutir su paternidad, y en el caso particular en que nos encontramos, con seguridad podría usted litigar contra la merced que se pretende hacerle. Por otra lado debo decirle, y al hablar de esta forma no hago otra cosa sino seguir las instrucciones de su señor padre, si puede usted creer en algún momento que un hombre que ha gastado ya medio millón de francos para asegurar su elección puede ser un padre poco conveniente; de ser así, le dejaríamos a usted totalmente libre y no insistiríamos en forma alguna.

—Perfectamente, perfectamente —dijo el señor de Sallenaue, poniendo en dicha afirmación un tono breve y una voz aguda, característicos de los restos de la antigua aristocracia.

Cuando menos por educación, yo estaba obligado a decir que aceptaba encantado la paternidad que se me ofrecía; a unas palabras que pronuncié en tal sentido, Jaime Bricheteau me respondió:

—Por lo demás, nuestra idea no es la de hacerle aceptar un padre por el simple hecho de que le haya adelantado un dinero. Menos para provocar una confianza a la cual él se cree ya con derecho, que para ponerle a usted en situación de conocer a la familia cuyo nombre va a llevar, el señor marqués le mostrará a usted todos los títulos y documentos de los cuales es poseedor; además, aunque haga mucho tiempo que marchó de esta región, está en disposición de hacer confirmar su identidad por medio de varios de sus contemporáneos, todo lo cual no podrá por menos que coadyuvar a la validez del acta de reconocimiento que se piensa extender. Por ejemplo, entre las varias personas honorables por las cuales ya ha sido reconocido, le puedo citar a la muy reverenda madre superiora del convento de las Ursulinas, la madre María de los Ángeles, para la cual, dicho sea de paso, ha hecho usted una verdadera obra de arte.

—Sí, sí, por mi fe, es una hermosa escultura —dijo el marqués—. ¡Si sabes tanto de política como de escultura...!

—Entonces, señor marqués —dijo Jaime Bricheteau, que me pareció le dirigía un

poco— ¿quiere usted proceder, con nuestro joven amigo, a la comprobación de los documentos de familia?

—Pero si no es necesario —reliqué.

Y realmente, negándome, a examinar aquellos documentos, no creía que comprometiese demasiado mi fe en ellos; ya que después de todo, ¿qué significan unos papeles en manos de un hombre que puede haberlos fabricado o arreglado?

Pero mi padre no me dejó, y durante dos horas hizo desfilar ante mis ojos pergaminos, árboles genealógicos, contratos, certificados, resultando de todos ellos que la familia de Sallenaue es, después de la de Cinq-Cygne, una de las más antiguas y acrisoladas de la Champaña en general y del departamento del Aube en particular. Debo añadir que la exhibición de todo aquel archivo estuvo acompañado de un número infinito de detalles hablados, que daban a la identidad del último marqués de Sallenaue la más incontestable autenticidad. Sobre todos los demás asuntos, mi padre es extraordinariamente lacónico; no me parece excesivamente inteligente, y con mucho gusto cede la palabra a *su canceller*; pero en aquello, en sus pergaminos, se mostró agobiante de anécdotas, de recuerdos, de saber heráldico; en resumen, se mostró como un antiguo gentilhomme ignorante y superficial en todas las materias existentes, pero de una erudición benedictina cuando se trata de la ciencia de su casa. La sesión creo que todavía duraría a no ser por la intervención de Jaime Bricheteau: al ver que el marqués se disponía a coronar sus inmensos comentarios orales con la lectura de una voluminosa memoria en la que se proponía refutar un capítulo de las *Historiettes* de Tallemant des Réaux que no fue escrito precisamente para mayor gloria de la casa de Sallenaue, el juicioso organista hizo observar que era ya hora de sentarse a la mesa, si se quería acudir a las siete en punto al despacho del notario Aquiles Pigoult, en el cual estábamos citados. Cenamos, pues, no en el comedor, sino en nuestras habitaciones. Durante el transcurso de la cena nada hubo de interesante, a no ser su larga duración, debida al silencioso recogimiento y a la lentitud, motivada por la pérdida total de sus dientes, que el marqués puso en masticar lo que comía. A las siete estábamos en casa del señor Aquiles Pigoult... Pero son ya las dos de la madrugada y el sueño me vence: hasta mañana, pues, y si tengo tiempo continuaré esta carta con la relación circunstanciada de lo que sucedió en el despacho del notario real. Sabes ya, por otra parte, en líneas generales el resultado de la entrevista de hoy, como un hombre que ha leído el último capítulo de una novela para saber si *Evelina se casa con Arturo*, y puedes dispensarme de darte más detalles. Ahora, al meterme en la cama, podré decir: «Buenas noches, señor Sallenaue». En realidad, al colocarme apellido de Dorlange, ese diablo de Bricheteau no estuvo muy acertado que digamos; parece el apellido de algún héroe de novela de los tiempos del Imperio, o el de uno de esos tenores de provincias que esperan un contrato en las débiles sombras del Palais-Royal. ¿Verdad que no te cambiarías conmigo, en este momento en que voy a meterme en la cama, para dormirme al dulce murmullo del Aube? Desde aquí, en medio del indescriptible

silencio de la noche, en una pequeña ciudad provinciana, escucho el melancólico rumor de su corriente.

4 de mayo, a las cinco de la madrugada.

Me había figurado dormir mecido en los más hermosos sueños; pero no he podido cerrar los ojos ni por una hora, despertándome con una idea detestable que me roe el alma; pero antes de decirte cuál es dicha idea, ya que ella quizá carece de sentido común, será mejor que te cuente lo que pasó ayer noche en casa del notario; algunos de los detalles de esa escena no son ajenos a la agitación fantasmagórica que embarga mi espíritu.

Luego que la criada del señor Pigoult, champañesa de pura cepa, nos condujo a través de un despacho de aspecto de lo más antiguo y venerable que puedas imaginarte, en el que no podía verse a los escribanos trabajando, como sucede en París, nos hizo pasar al despacho del jefe, enorme estancia fría y húmeda que iluminaban imperfectamente un par de velas esteáricas colocadas sobre la mesa de trabajo.

A pesar de que fuera soplaba el cierzo, quizá por dar razón a los poetas que entonan loas al mes de mayo, o por haber sido proclamada ya oficialmente la primavera, no había fuego encendido en el hogar, aunque sí todos los preparativos necesarios para encender una gran hoguera en la chimenea. El notario Aquiles Pigoult, hombre bajo y esmirriado, horriblemente picado por la viruela, con lentes de cristales color verde, a través de las cuales lanza un dardo de mirada llena de vivacidad y de inteligencia, nos preguntó si sentíamos frío en la estancia. Ante nuestra respuesta negativa, que consideró debía ser dictada por la educación, había llevado ya sus predisposiciones incendiarias hasta prender una cerilla, cuando, saliendo de uno de los rincones más oscuros de la habitación, intervino, para oponerse a aquella prodigalidad una voz cascada y temblorosa, de la cual todavía no habíamos podido ver al propietario.

—No, Aquiles, no, no enciendas fuego —le gritó el viejo— somos cinco los que estamos aquí, y las velas dan también mucho calor; pronto no se podría estar en la habitación.

A las palabras de aquel recalentado Néstor, surgió una exclamación del marqués:

—¡Pero si es el bueno del señor Pigoult, el que fue juez de paz!

Al ser reconocido, el anciano se decidió a levantarse y a dirigirse hacia mi padre, al que estuvo observando con suma curiosidad:

—¡Vaya! —dijo— veo que es usted un champañés de vieja cepa, y Aquiles no me ha engañado al decirme que iba a ver a dos personas conocidas mías. Tú —dijo dirigiéndose al organista, tú eres el pequeño Bricheteau, el sobrino de nuestra bondadosa superiora, la madre María de los Ángeles; pero este flaco alto, con su cara de duque y de par de Francia, no puedo acordarme de cómo se llama: no puedo reprochárselo a mi memoria; después de ochenta y seis años de servicio tiene derecho a estar un poco enmohecida.

—Vamos, abuelo —dijo entonces Aquiles Pigoult— rebusca bien en tus recuerdos, y ustedes, señores, ni una palabra, ni un gesto, ya que ahora se trata de algo que atañe a mi profesión. No tengo el honor de conocer al cliente para el cual estoy a punto de redactar un acta de reconocimiento y es necesario, para hacer las cosas bien y correctamente, que su personalidad me sea demostrada. La Ordenanza de Luis XII, dictada en 1498, y la de Francisco I, renovada en 1535, prescriben que los notarios deben tomar esta clase de precauciones para evitar actos de suplantación de personalidad. Estas disposiciones son demasiado razonables para que hayan sido derogadas por el transcurso del tiempo, y me consta que no podría considerarse totalmente válido un acto notarial en el que pudiese demostrarse que me era desconocida la del personaje principal.

Mientras su hijo hablaba, el viejo Pigoult había estado torturando su memoria. Mi padre, por suerte, tiene en la cara un tic nervioso que la continuidad de la mirada de su *comprobador*, fija en él, no podía dejar de exasperar. Cuando aquel defecto empezó a funcionar con toda su energía, el ex-juez de paz terminó por reconocerle:

—¡Ah, vaya! ¡Ahora caigo! —exclamó— Este caballero es el marqués de Sallenaue, al que se conocía con el remoquete de el *Guiñoso*, y que hoy en día sería el dueño del castillo de Arcis si, en vez de casarse con su linda prima, que se lo aportaba en dote, no se hubiese marchado, como tantos otros locos, a la emigración.

—Veo que sigue usted siendo un *sans-culotte* —dijo, riendo, el marqués.

—Caballeros —dijo entonces el notario con una cierta solemnidad— considero decisiva la prueba preparada. Esta prueba, los títulos que el señor marqués ha tenido a bien mostrarme y que deja en depósito en esta notaría, y además el certificado de su identidad que me ha proporcionado la madre María de los Ángeles, imposibilitada de venir a este despacho a causa de la prohibición de su orden, nos ponen en situación de perfeccionar las actas que tenía ya debidamente preparadas. Es necesaria y obligada la presencia de dos testigos. Éstos podrían ser, por una parte, el señor Bricheteau, y por otra, si no tienen inconveniente, mi padre; es éste un honor al que le creo merecedor, ya que se puede decir que acaba de conquistarlo sacándolo de su memoria.

—Y bien, señores, vayamos al grano —dijo Jaime Bricheteau con cierto entusiasmo.

El notario fue a sentarse detrás de su mesa; nosotros lo hicimos formando círculo a su alrededor, y se inició la lectura de una de las actas. Su finalidad era la de dar fe del reconocimiento que hacía de mí, como su hijo, Francisco-Enrique-Pantaleón Dumirail, marqués de Sallenaue; pero en el transcurso de la lectura surgió una dificultad. Las actas notariales, bajo pena de nulidad, deben expresar el domicilio de los contratantes. ¿Cuál era el domicilio de mi padre? La designación de domicilio había sido dejada en blanco por el notario que quiso llenar aquella laguna antes de seguir adelante.

—En primer lugar, parece ser que domicilio no lo tiene usted en Francia, ya que

no reside en este país, y desde hace mucho tiempo no posee en él propiedad alguna.

—Es absolutamente cierto —dijo el marqués con un tono en el que me pareció observar más seriedad de la que era necesaria en la observación— en Francia no soy más que un vagabundo.

—¡Ah! —prosiguió Jaime Bricheteau— vagabundos como usted, que sin pensarlo mucho pueden regalar a su hijo la cantidad necesaria para comprar un castillo, no me parecen mendigos dignos de compasión. No obstante, la observación es justa, no solamente en lo que se refiere a Francia, sino también en lo que atañe al extranjero; ya que con su eterna manía de peregrinar, me parece difícil establecerle un domicilio fijo.

—Veamos, no debemos detenernos por tan poca cosa. Desde el momento actual este señor —dijo dirigiéndose a mí— es propietario del castillo de Arcis, ya que una promesa de venta vale tanto como una venta, desde el instante en que ambas partes contratantes han convenido en ello y en el precio. Pues bien ¿qué más natural que el domicilio de un padre se establezca en una de las propiedades de su hijo, tanto más cuanto dicha propiedad es un bien familiar, recuperado por la familia en una compra realizada a nombre del hijo, pero pagada con dinero del padre?; y tanto más cuanto que el padre ha nacido en la región en la cual se halla situada la propiedad que me atrevería a calificar de *domiciliaria*, y que es conocido y reconocido por moradores notables cada vez que, en los intervalos de sus largas ausencias, regresa a ésta.

—Esto es justo —dijo el viejo Pigoult alineándose, sin dudar, al lado de la opinión que acaba de expresar su hijo, con ese acento particular de los hombres de negocios que creen haber echado mano de un argumento decisivo.

—En fin —dijo Jaime Bricheteau— si ustedes creen que las cosas pueden considerarse de esta forma...

—Ya ven ustedes que mi padre, hombre, como es, conecedor de las leyes por su antigua práctica judicial, no ha dudado ni un segundo en corroborar mi opinión. Digamos, pues —prosiguió el notario tomando la pluma—: «Francisco Enrique-Pantaleón Dumirail, marqués de Sallenaue, con domicilio en casa de su hijo, el señor Carlos de Sallenaue, hijo natural suyo, y legítimamente reconocido por él, en el citado castillo de Arcis, distrito de Arcis-sur-Aube, departamento del Aube».

Prosiguió la lectura del acta hasta el final, sin ninguna otra interrupción.

Tuvo lugar entonces una escena bastante ridícula. Una vez firmada el acta, mientras todos estábamos todavía de pie, Jaime Bricheteau dijo:

—Y ahora, señor conde, abrace a su señor padre.

Mi padre abrió los brazos bastante negligentemente y yo me precipité en ellos sin demasiado entusiasmo, sin mostrarme excesivamente emocionado y sin dejar que la voz de la sangre hablara demasiado alto en mi corazón. ¿Se debían aquella frialdad y aquella aridez de alma al rápido aumento de mi fortuna? El hecho es que un momento más tarde, como consecuencia de un acta, cuya lectura escuchamos, mediante la cantidad de ciento ochenta mil francos, pagados al contado, me había convertido en

propietario del castillo de Arcis, gran edificio de buen aspecto que a mi llegada a la ciudad había podido ver desde lejos, sin que ello fuera debido al instinto de propietario ni a la llamada de la sangre, dominando la región con aspecto feudal. El interés electoral de aquella compra, si no lo hubiera adivinado, me hubiese sido revelado por una serie de frases que a continuación intercambiaron el notario y Jaime Bricheteau. Siguiendo la costumbre de todos los vendedores, que siguen alabando la mercancía aun después de haberse desprendido de ella, Aquiles Pigoult decía:

—Ya pueden estar contentos, pues han conseguido esta propiedad por una cantidad muy baja, casi por un mendrugo de pan.

—¡Vamos, vamos! —le replicó Jaime Bricheteau—. ¿Cuánto tiempo hacía que la tenía usted en venta? De no ser el comprador que era, su cliente la habría dejado en cincuenta mil escudos; por ser una propiedad familiar, usted se ha aprovechado y nos ha hecho pagar las ganas. Hay que gastar por lo menos otros veinte mil francos para hacer habitable el castillo; las tierras apenas rentan cuatro mil francos al año; de modo que por todo ello, nuestro dinero no nos va a rentar más de un dos y medio por ciento.

—No sé de qué se quejan ustedes —prosiguió Aquiles Pigoult—. Puede serles de gran utilidad, pueden repartir algún dinero por la región, pueden dar trabajo al que no lo tiene, y todo esto es cosa buena para un candidato.

—La cuestión electoral —dijo Jaime Bricheteau— la trataremos mañana por la mañana cuando vengamos a entregarle el precio de la compra y a arreglar el asunto de sus honorarios.

Después de aquello salimos y regresamos al *Hotel de la Poste*, donde tras de haberle dado las buenas noches me senté a la mesa para escribir esta carta. Ahora, este terrible pensamiento que ha alejado de mí al sueño, me ha puesto nuevamente la pluma en la mano para decirte cuál es; aunque ahora, estando ya un poco más distraído con las dos páginas que anteceden, no he hallado en él la misma evidencia de hace un rato.

Lo que resulta absolutamente cierto es que todo lo que me está sucediendo desde un año a esta parte tiene mucho de novelesco, y cambia totalmente mi vida; por mi nacimiento, la casualidad que nos ha puesto al uno al lado del otro, conformando nuestros destinos de forma tan extraña, mis relaciones con Marianina y mi hermosa ama de llaves, la propia historia con la señora de L'Estorade, parece que sobre mí se halla colocada la estrella de la suerte, y que en estos instantes me hallo bajo el influjo de uno de sus caprichos.

Nada sería más justo que creerlo, pero, si en el mismo instante me hubiese envuelto, por influencia de mi misma estrella, en alguna trama infernal, y se me emplease como un instrumento pasivo de ella...

Para poner un poco de orden en mis ideas, empecemos por el medio millón gastado en algo, tienes que reconocerlo, bastante nebuloso: lo de convertirme algún día en ministro de determinado país, del que incluso ignoro el nombre.

¿Y quién es el que derrocha en mi honor tan fabulosas sumas? ¿Es un padre tiernamente preocupado por un hijo del amor? No, es un padre que, desde que le vi, me ha testimoniado una completa frialdad, que se duerme mientras están pasando, en presencia suya, balance a nuestras existencias; en vista de lo cual, por mi parte, nada siento, por desgracia mía, y me limitaría a considerarlo como un viejo espantapájaros de emigrado, si no fuera por el respeto y la piedad filial que me esfuerzo en sentir por él...

Pero, dime, pues, ¿si este hombre no fuese mi padre, si ni tan siquiera fuese el marqués de Sallenauve por el cual se hace pasar; si como el desdichado Luciano de Rubempré, cuya historia tanta polvareda levantó en su día, estuviera yo cogido por una miserable serpiente como aquel falso sacerdote Carlos Herrera, y expuesto a un mismo espantoso despertar?...

—¡Qué comparación!, dirás tú: Carlos Herrera tenía un interés clarísimo en fascinar a Luciano de Rubempré; pero para ti, hombre de sólidos principios, que jamás has amado el lujo, que llevas una vida de recogimiento y de trabajo, ¿qué presa pueden ver en ti? ¿Qué podrían querer de ti? —Sea. Pero lo que *parece* pueden desear es más claro que lo otro. ¿Por qué el que me reconoce como hijo suyo me oculta el lugar donde habita, el nombre incluso con que es conocido en ese misterioso país del norte, que según dice administra y gobierna? ¿Por qué, al lado de tantos sacrificios realizados por mí, muestra tan poca confianza? Y el misterio con que hasta el día de hoy Jaime Bricheteau ha rodeado mi vida, ¿consideras que, a pesar de lo extenso de sus explicaciones, ha quedado totalmente desvelado? ¿Por qué la intervención de su enano? ¿Por qué su desfachatez en negarse a sí mismo cuando le encontré por primera vez? ¿Por qué aquel precipitado cambio de domicilio?

Todo esto, amigo mío, me daba vueltas en la cabeza, y recordando los quinientos mil francos que recogí en casa de los Hermanos Mogenod, ha parecido ir tomando forma una idea muy extraña, de la que tal vez te reirás, y de la cual, no obstante, existen precedentes en los anales judiciales.

Te lo decía hace un momento, me he sentido repentinamente como poseído de esa idea, que por este mismo hecho tiene para mí todo el valor del instinto. Con seguridad, de haber tenido ayer el menor asomo de ella, antes me hubiera dejado cortar la mano que firmar el acta que encadena para siempre mi destino al de un desconocido, cuyo futuro puede ser más negro que un capítulo del *Infierno* de Dante, y que puede arrastrarme, con él, a las más tenebrosas profundidades.

En fin, esta idea, alrededor de la cual te estoy haciendo dar vueltas sin decidirme a manifestártela, te la voy a decir en su más simple ingenuidad: ya ves, tengo miedo de ser, a mi pesar e ignorándolo, el agente de una de esas asociaciones de monederos falsos que para poner en circulación los billetes que han fabricado, se han entregado, como puede verse en los fastos judiciales, a combinaciones prácticas tan complicadas e inexplicables como la que hoy en día me preocupa a mí y en la que me veo envuelto.

En esta clase de procesos siempre hay, en efecto, unos cómplices que van constantemente de un lado para otro; remisiones de fondos desde plazas distantes, contra casas de Banca de otras capitales como París, Estocolmo, o Rotterdam. A menudo hay también algunos tontos comprometidos. En resumen, en las misteriosas andanzas y movimientos de este Bricheteau, ¿no observas tú como una especie de imitación de todas esas idas y venidas, de todas esas maniobras a las cuales estos grandes industriales se ven obligados a recurrir, disponiéndolas con un talento y una riqueza de imaginación muy superior a la de los más grandes novelistas?

Puedes suponer que me he hecho a mí mismo todos los reparos y objeciones que pueden ponerse a mi idea, y si no te los expongo, es porque me gustaría que me los expusieras tú, y concederles una autoridad que no tendrían si hubiesen salido de mí. De lo que estoy perfectamente seguro es de que, si no me engaño, por lo menos a mi alrededor hay una atmósfera espesa, malsana, impura, en la cual siento que me falta el aire y que no puedo respirar. En fin, si es que puedes hacerlo, tranquilízame, persuádeme; puedes suponer que no deseo otra cosa que saber que todo esto no es más que una pesadilla; pero en todo caso, y mañana a lo más tardar, pienso tener una explicación con esos dos hombres, y conseguir de ellos, aunque sea tarde ya, un poco más de luz sobre todas estas cosas de la que me ha sido concedida hasta ahora...

¡He aquí otra historia! Mientras te escribo, oigo ruido de cascos de caballo por la calle. Desconfiando ya de todo, y tomando las cosas más sencillas por el lado peor, abro la ventana y a la luz del sol naciente veo en la puerta del hotel un coche enganchado, el postillón sobre la silla, y a Jaime Bricheteau hablando con una persona sentada en el interior, pero cuya cara no puedo distinguir, pues queda oculta bajo la visera de un gorro de viaje. Tomando inmediatamente una decisión, bajo rápidamente a la calle; pero antes de que hubiera tenido tiempo llegar al pie de la escalera, oigo el sordo rodar del coche y el restallido del látigo en el aire, que constituye como una especie de *Canto de partida* de los postillones.

Al pie de la escalera estaba Jaime Bricheteau.

Sin parecer embarazado, y con el aire más natural, me dice:

—¿Cómo, mi querido pupilo, ya está usted levantado?

—Claro que sí, era lo menos que podía hacer para despedirme de mi padre.

—No ha querido que así fuera —me contestó el maldito músico con una seriedad y una flema como para pegarle—. Seguramente ha temido la emoción de una despedida.

—Pues tenía mucha prisa si no ha podido conceder un sólo día a su flamante paternidad.

—¡Qué quiere que le diga! Es un hombre muy original; lo que ha venido a hacer, lo ha hecho; según él no existen ya razones para seguir aquí.

—¡Ah, ya comprendo!, ¡se trata de las altas funciones que ejerce en esa corte del Norte...!

No había manera de que hubiera error en el acento profundamente irónico de esta

frase.

—¡Hasta el momento presente, usted había demostrado mucha más fe en todo lo que sucedía!

—Sí, pero debo confesarle que esa fe está empezando a tambalearse bajo el peso de los misterios con que la agobian sin descanso y sin clemencia.

—Al verle a usted, en un momento decisivo para su futuro, entregado a dudas justificadas seguramente por el procedimiento utilizado con usted durante tantos años, me sentiría verdaderamente desesperado —me respondió Jaime Bricheteau— si únicamente tuviera para oponerme a ellas razones o afirmaciones personales. Pero debe recordar que, ayer mismo, el viejo Pigoult mencionó a una tía que yo tengo en la localidad, y pronto, según creo, podrá darse cuenta de que dicha señora ocupa aquí una situación preeminente. Añadamos a ello que el carácter sagrado de que está revestida debe dar a su palabra el sello de la autenticidad. En todo caso, tenía previsto ya ir a verla durante el transcurso del día; pero, dentro de unos instantes, después de que me haya afeitado, iremos al convento, a pesar de la hora temprana. Allí podrá interrogar a la madre María de los Ángeles, cuya reputación de santa se extiende por el departamento del Aube, y espero que después de dicha entrevista se habrán disipado todas las nubes que puedan existir entre nosotros dos.

A medida de que aquel demonio de hombre hablaba, se revelaba en su fisonomía un aire tal de honradez y de bondad, sus palabras, siempre tranquilas, elegantes y dueñas de sí, se iban insinuando tan perfectamente en el alma de su oyente, que sentía como iba descendiendo la marea de mi cólera y renacer mi seguridad. En realidad, su respuesta no tenía objeción: el convento de las Ursulinas, ¡que diablo!, no podía albergar una fábrica de moneda falsa, y si la madre María de los Ángeles sale fiadora de mi padre, como parece que ya había hecho ante el notario, sería un verdadero loco si persistiera en mis dudas.

—Muy bien —le dije a Jaime Bricheteau— voy a subir a la habitación a recoger mi sombrero, y le esperaré paseando por las orillas del Aube.

—Esto es; y vigile la puerta del hotel, no vaya a ser que se me ocurra cambiarme de casa repentinamente, como ya sucedió en el muelle de Béthune.

No he visto a nadie más listo que aquel hombre; parece como si adivinara los pensamientos de los demás. Sentí vergüenza por aquella última desconfianza y le dije que, pensándolo mejor, había decidido subir a terminar una carta. Es ésta, mi querido amigo, que me veo obligado a cerrar y a echar al correo inmediatamente si es que quiero que salga. Dejo para otro día la narración de lo que sucedió en el convento.

XIV

MARIE-GASTON A LA SEÑORA CONDESA DE L'ESTORADE

Arcis-sur-Aube, 6 de mayo de 1839.

Señora,

En cualquier caso me habría aprovechado con agrado de la recomendación que tuvo usted a bien hacerme para que la escribiera durante mi estancia en ésta; pero al concederme esa merced, no puede usted figurarse lo mucho que representa para mí. Sin usted, señora, y sin el honor de poderme comunicar con usted, ¿qué sería de mí, entregado a mis pesares y tristes recuerdos, en una ciudad en la que no hay ni sociedad, ni comercio, ni curiosidades, ni alrededores, y en la que toda actividad intelectual se limita a la confección de gorros de algodón y a la fabricación de jabón?

Dorlange, al que dejaré de llamar por este nombre, y pronto sabrá usted por qué, está de tal modo absorto en los asuntos electorales que apenas puedo verle algunos momentos del día.

Ya le dije a usted, señora, que me decidí a ir a reunirme con mi amigo, al comprobar que en una de sus cartas reflejaba cierta preocupación de espíritu, así como por haberse producido en su vida una auténtica revolución. Ahora puedo ser más explícito con usted.

Dorlange pudo conocer, por fin, a su padre: es hijo natural del marqués de Sallenaue, último vástago de una de las más antiguas familias de Champaña. Sin dar explicación alguna sobre las razones que le habían obligado a mantener secreto el nacimiento de su hijo, el marqués acaba de reconocerlo legalmente. Al mismo tiempo ha adquirido, para él, una propiedad que hace mucho tiempo había dejado de pertenecer a la familia Sallenaue, y que de esta manera va a quedar nuevamente vinculada al apellido. Dicha propiedad está situada en el mismo Arcis y es, pues, posible pensar que su adquisición no será inútil a los proyectos de diputación que se han puesto sobre el tapete. Tienen estos proyectos un origen mucho más antiguo de lo que creía, y no surgieron de la fantasía de Dorlange.

Hace aproximadamente un año el marqués empezó a preparar su puesta en práctica, haciendo llegar a manos de su hijo una suma considerable para que éste pudiera, mediante la compra de un inmueble, ser incluido en el censo de elegibles, y ha sido igualmente para facilitar al candidato su acceso a la carrera política por lo que le ha proporcionado un estado civil y le ha hecho propietario por segunda vez. La finalidad real de todos estos sacrificios no le ha sido explicada satisfactoriamente a Carlos de Sallenaue por su padre, el marqués, y es precisamente a causa de esta

porción brumosa que hay todavía en su cielo, por lo que el pobre muchacho había concebido cierta aprensión, a la cual mi amistad se apresuró a irle a llevar consuelo.

En resumidas cuentas, el marqués parece ser un personaje tan curioso como opulento, ya que en vez de quedarse en Arcis, donde su presencia y su apellido habrían podido contribuir eficazmente a la tan deseada elección, se puso furtivamente en camino hacia los lejanos países en los cuales manifestó tenía urgentes asuntos que resolver; sin tiempo siquiera para despedirse de su hijo. Esta frialdad ha emponzoñado considerablemente la felicidad de Carlos, pero hay que tomar a los padres tal como son, ya que Dorlange y yo estamos aquí para demostrar que no los tiene todo aquel que quiere.

Otra extravagancia de nuestro personaje es la elección que ha hecho, como gran electorero de su hijo, de la persona de una anciana monja ursulina, encargándole un asunto cuya ejecución no fue completamente ajena a usted.

Sí, señora, aquella *Santa Úrsula* para la cual posó usted desde lejos y sin saberlo, tendrá, según todas las apariencias, una influencia considerable en la elección de nuestro amigo.

He aquí lo que sucedió. Desde hacía muchos años, la madre María de los Ángeles, superiora de las Madres Ursulinas de Arcis-sur-Aube, soñaba con entronizar en su capilla una imagen de la santa patrona de la comunidad. Pero dicha abadesa, mujer de talento y de gusto, no quería ni oír hablar de esas santas de pacotilla que se pueden adquirir en todas las tiendas de ornamentos sagrados; y por otra parte, se sentía incapaz de restar a las cantidades de que disponía para sus pobres, la exigida para esculpir una obra de arte por encargo.

La buena religiosa tiene por sobrino a uno de los organistas de París, y el marqués de Sallenaue, mientras recorría el mundo, había confiado su hijo a éste hombre que, durante mucho tiempo, puso un cuidado especial en mantener al pobre muchacho en la más completa ignorancia sobre lo referente a su origen. Cuando llegó el momento de hacer de Sallenaue un diputado, se pensó, naturalmente, en el distrito de Arcis, donde su familia había dejado muchos recuerdos, y donde se ingeniaron para conseguir la mayor influencia y facilidades electorales posibles. El organista recordó entonces la eterna ambición de su tía; sabía la influencia que ejercía en toda la comarca, en la que se la considera en olor de santidad, así como poseedora de un cierto espíritu de intriga, de ese espíritu que se apasiona fácilmente por las cosas de ejecución difícil y ardua; fue, pues, a visitarla, de acuerdo con el marqués de Sallenaue, y le comunicó que uno de los mejores escultores de París estaba dispuesto a regalar a la comunidad una imagen de Santa Úrsula, realizada magistralmente, si por su parte se comprometía a hacer cuanto estuviera en su mano para conseguir que dicho artista fuera elegido diputado por Arcis en las próximas elecciones generales.

La anciana monja no encontró la empresa superior a sus fuerzas. Hoy puede vérsela tranquilizada con la llegada a buen puerto de su piadoso deseo, instalado,

desde hace unos días, en la capilla del convento donde será entronizada en fecha próxima. Queda ahora por saber de qué modo se las arreglará la buena mujer para cumplir su parte en el convenio.

Pues bien, señora, esto es un poco difícil de escribir, pero, una vez examinadas todas las cosas, no me extrañaría nada que esta rara mujer consiguiera sus propósitos.

Por el retrato que de ella me ha hecho nuestro amigo, la madre María de los Ángeles es una mujer bajita, encogida sobre su talle, cuyo rostro halla aún manera de mostrarse acogedor y amable bajo las arrugas y la capa de palidez azafranada puesta en él, tanto por tiempo como por las austeridades del claustro. Lleva muy ágilmente el peso de su abdomen y el de sus setenta y siete años, y es vivaz, despierta y movediza, como para competir con las más jóvenes.

Desde hace más de cincuenta años gobierna a su comunidad como una verdadera ama de casa, siendo en todo momento su convento el más ordenado, y a la vez el más rico de toda la diócesis de Troyes. Admirablemente capacitada para la educación de la juventud, que como sabe usted es la finalidad de la orden de las ursulinas, durante el mismo tiempo, y con diversa fortuna, no ha dejado de dirigir un famoso pensionado, que goza de justa reputación en todo el departamento del Aube y en los demás de los alrededores.

Habiendo presidido así la educación de casi todas las hijas de las mejores familias de la provincia, se puede imaginar por ello que, como consecuencia de las relaciones perpetuadas entre institutriz y alumnas, es grande la influencia ejercida sobre la aristocracia de la Champaña; probablemente, espera emplear tales relaciones e influencias en beneficio de la lucha en la cual se ha comprometido a intervenir.

Por otra parte, parece ser que esta extraña mujer, en todo el distrito de Arcis, dispone de los votos de los demócratas. Hasta el momento presente, y sin duda alguna, en el lugar donde debe tener lugar la batalla, la existencia de dicho partido aparece bastante problemática; pero nuestro candidato se presenta bajo su bandera. Evidentemente pues, la aportación que puede conseguir por este lado no puede dejar de serle útil e importante.

Tal como lo hice en un principio, puede usted admirarse, señora, por el hecho de que la habilidad, diríamos bicéfala, de esta anciana religiosa le permite hallarse en magnífica posición para controlar a la nobleza y al clero secular, al tiempo que puede dirigir a voluntad al partido radical, eterno enemigo de aquéllos.

Admirable de caridad y de inteligencia, considerada por toda la región como una santa expuesta durante la Revolución a una terrible persecución soportada con admirable valor, se explican perfectamente sus excelentes relaciones con las clases altas y conservadoras; pero el que sea al mismo tiempo bien acogida por los demócratas y los iconoclastas, ¡esto rebasa cualquier previsión!

El poderoso dominio que ejerce sobre el partido revolucionario proviene, señora, de un pequeño conflicto que tuvo con él; efectivamente, hacia 1793 ese simpático partido se había conjurado para cortarle el cuello.

Expulsada de su convento y convicta de haber dado asilo en él a un sacerdote refractario, fue encarcelada, llevada ante un tribunal revolucionario y condenada a subir al cadalso. Se dio cuenta de ello a Danton, que por entonces ocupaba un sitio en la Convención.

Danton había conocido a la madre María de los Ángeles; la consideraba la mujer más virtuosa e inteligente que jamás había existido. Al enterarse de su condena, montó en terrible cólera y escribió, como se decía entonces, una carta a *uña de caballo* al Ayuntamiento revolucionario, y con una autoridad que nadie en Arcis-sur-Aube estaba en situación de discutir, ordenó un aplazamiento de la ejecución. Aquel mismo día subió a la tribuna de los oradores, y después de mencionar de una manera general a unos *sangrientos imbéciles* que con su furor comprometían el futuro de la Revolución, habló de quién era la madre María de los Ángeles, insistió en su maravillosa aptitud para la educación de la juventud, y presentó a la aprobación de la Convención un decreto en virtud del cual se la colocaba al frente de un *gran gimnasio nacional*, cuya organización sería establecida por un ulterior decreto.

Robespierre, que en la notable inteligencia de la ursulina no habría visto más que una recomendación para su entrega al hacha revolucionaria, no asistió aquel día a la sesión; la moción fue, pues, entusiásticamente aprobada.

Como la cabeza de la madre María de los Ángeles le era indispensable para la ejecución del decreto que acababa de ser aprobado, el verdugo desmontó su aparato y ella la conservó.

Aunque el otro decreto organizando un *gran gimnasio nacional* se perdiera de vista en medio de otros asuntos que preocupaban a la Convención, la buena religiosa lo llevó a la práctica a su manera, y en vez de algo grande, griego y nacional, con la colaboración de algunas de sus antiguas compañeras montó en Arcis un simple pensionado laico, al cual, después que se hubo puesto un poco de orden en las cosas y en los espíritus, empezaron a afluir alumnos y alumnas desde todos los pueblos de los alrededores. En tiempos del Imperio la madre María de los Ángeles pudo reconstituir su comunidad, y su primer acto de gobierno fue de agradecimiento. Decidió que todos los años, el día 5 de abril, día del aniversario de la muerte de Danton, se oficiara una misa en la capilla del convento por el eterno reposo de su alma.

A los que le hicieron objeciones sobre esta decisión, les contestaba:

—¿Conocen ustedes a otras personas más necesitadas de la misericordia divina?

Cuando la Restauración, la celebración de esta misa produjo muchas complicaciones; pero en ningún momento la madre María de los Ángeles quiso echarse atrás, y la inmensa veneración de que está rodeada hizo que los más indignados contra lo que llamaban un escándalo, tuvieran que inclinarse ante su voluntad.

Se comprende, pues, que al advenimiento de la Monarquía de Julio esta mujer valerosa y obstinada obtuviera su recompensa. Hoy en día la madre María de los Ángeles goza de gran prestigio en la corte, y nada hay que le sea imposible conseguir

de las altas regiones del Poder; pero justo es añadir que jamás pide nada, ni siquiera limosnas, de las cuales puede prescindir por la excelente administración que ha sabido establecer en los bienes de su comunidad.

Lo cual explica perfectamente que su agradecimiento al gran revolucionario le haya proporcionado, entre el partido de la Revolución, una sólida reputación; pero en ello no reside todo el secreto del crédito que goza. En Arcis el jefe de la extrema izquierda es un rudo molinero llamado Lorenzo Goussard, propietario a orillas del Aube de dos o tres molinos. Este hombre, ex-miembro de la municipalidad revolucionaria de Arcis y amigo particular de Danton, fue el que escribió al terrible cordelero para avisarle que la cuchilla pendía sobre la cabeza de la ex-superiora de las ursulinas, lo que no había impedido a aquel digno *sansculotte* adquirir buena parte de las propiedades de la comunidad cuando fueron puestas a la venta nacionalmente.

En la época en que la madre María de los Ángeles fue autorizada a reconstruir su comunidad, Lorenzo Goussard, que no había sacado mucho rendimiento de sus adquisiciones, fue a ver a la bondadosa abadesa para proponerle la recuperación, por el convento, de sus antiguas propiedades. Sumamente ducho en negocios, Lorenzo Goussard, una nieta del cual había sido educada gratuitamente por la madre María de los Ángeles, y que posteriormente, hacia 1809 había fallecido en París, fingió hallarse un poco embarazado al hacer aquella proposición, y ofreció devolver todos los bienes de la comunidad de los cuales se había convertido en propietario a la manera revolucionaria, si ésta se avenía a abonarle el mismo precio que él había pagado por su adquisición. El hombre no hacía con ello ningún mal negocio, ya que la diferencia entre los asignados y la moneda corriente en aquel momento le proporcionaban un pingüe beneficio. Pero recordando que sin su intervención Danton no hubiera sido avisado, la madre María de los Ángeles quiso hacer más por su primer salvador. La comunidad de las Ursulinas, en el momento en que Lorenzo Goussard se ofrecía a entrar en negociaciones con ella, se hallaba, financieramente hablando, en excelente situación. Habiendo recaudado después de su restauración bastantes liberalidades, se había, además, enriquecido con los ahorros que su superiora había realizado durante todo el tiempo, bastante largo, de su dirección del pensionado laico, ingresados por ella en el economato conventual. Lorenzo Goussard quedó estupefacto cuando le replicaron:

—Su proposición no me interesa. No puedo comprar a bajo precio; mi conciencia me lo prohíbe. Antes de la Revolución nuestras propiedades estaban evaluadas en tanto; éste es el precio que voy a pagar por ellas y no aquél en que cayeron todas las propiedades llamadas nacionales después de la depredación. En una palabra, amigo mío, voy a pagarle más dinero del que me pide; estudie si esto puede interesarle.

Lorenzo Goussard, creyó, en un principio, haber comprendido mal, o haber sido mal comprendido; pero cuando le fue mejor explicado que con los pretendidos escrúpulos de conciencia de la madre María de los Ángeles ganaba cerca de cincuenta mil francos, no quiso violentar más aquella delicada conciencia, y echando mano de

aquel beneficio que realmente le caía del cielo, fue a contar por todas partes aquel maravilloso proceder que como puede usted comprender, señora, puso a la madre María de los Ángeles en tan elevado concepto entre todos los poseedores de bienes nacionales como para que nunca jamás tuviera nada que temer de una nueva Revolución. Personalmente, Lorenzo Goussard se convirtió para ella en una especie de seide. No realiza ningún negocio, ni vende un saco de harina, sin consultar con ella; y como ella decía, bromeando, el otro día, si se le ocurriera hacer del señor subprefecto un nuevo San Juan Bautista, un cuarto de hora más tarde Lorenzo Goussard se presentaría ante ella con la cabeza de aquel funcionario dentro de un saco. ¿Será necesario decirle, señora, que al más mínimo signo de nuestra superiora entregará al candidato designado por ella su voto y el de todos sus correligionarios?

Dentro del clero, como es natural, la madre María de los Ángeles posee también sus ramificaciones, tanto a causa de su hábito, como por su fama de elevada virtud; pero a esto hay que añadir, que entre sus más celosos servidores se halla Monseñor Troubert, obispo de la diócesis, que fue capellán de la congregación^[7], y que bajo la monarquía de Julio aspira a un arzobispado que le abra una puerta al cardenalato. Y como en favor de esta ambición, totalmente justificada por otra parte, a causa de una incontestable capacidad, la madre María de los Ángeles escribió una carta a la reina, es de creer que su deseo no se verá pospuesto durante mucho tiempo. Pero esto es un toma y daca, y si bien la superiora de las ursulinas labora para conseguirle un arzobispado, el señor obispo de Troyes tendrá que trabajar en la elección; para él, esta tarea no debe ser demasiado ruda, ya que el candidato por el cual debe interesarse es partidario declarado del principio de libertad de enseñanza, único asunto político por el cual se interesa en estos momentos el clero. Y cuando tiene a su lado al clero, se halla uno muy cerca de tener a su lado al partido legitimista, que apasionado también por la enseñanza libre, no se asusta demasiado, cuando la ocasión se presenta, de su monstruoso acoplamiento con el partido radical.

Por otra parte, la jefatura de este partido en la región pertenece a la Casa de Cinq-Cygne. Nunca la anciana marquesa, de la cual conoce usted ya el carácter altivo y su enérgica voluntad^[8], viene a su castillo de Cinq-Cygne sin visitar a la madre María de los Ángeles, que tuvo en otro tiempo a su hija Berta en calidad de alumna, la que más tarde se convirtió en la duquesa de Maufrigneuse. En cuanto al marido de esta última está seguro, pues ya sabe usted que Daniel d'Arthez es amigo mío, y que por medio de d'Arthez se puede tener, con toda seguridad, a la princesa de Cadignan, madre de ese lindo duque del que pensamos echar mano.

Ahora, si nos dedicamos a pensar en el partido conservador, que no debemos confundir con el partido ministerial, nos encontramos con que tiene por jefe al conde de Gondreville, colega de su esposo de usted en la cámara de los pares. A su lado marcha un elector sumamente influyente, antiguo amigo suyo, ex-alcalde de Arcis, el cual atrae a su vez a su órbita a otro elector no menos considerable, al notario Aquiles Pigoult, que al retirarse de la vida profesional vendió su despacho. Pero la madre

María de los Ángeles tiene también una poderosa influencia sobre el conde de Gondreville, a través de su hija, la mariscalda de Carigliano. Entregada, como usted ya sabe, a la más alta devoción, esta gran dama, casi todos los años va a hacer, en el convento de las Ursilinas, una temporada de retiro. Además, sin que sea muy explícita en ello, parece ser que la madre María de los Ángeles posee alguna información sobre el señor conde de Gondreville; y en efecto, la vida de ése anciano regicida, convertido más tarde en senador y en conde del Imperio, y posteriormente aún en par de Francia bajo dos dinastías, ha serpenteado por caminos lo bastante sinuosos para que puedan suponersele rincones secretos cuyo desenmascaramiento no le sería muy grato.

Y el conde es uno sólo con Grévin, su confidente o, como se dice por aquí, su alma negra desde hace cincuenta años; pero, suponiendo, por imposible que parezca, que su amistad y unión se deshicieran en la presente circunstancia, aún queda Aquiles Pigoult, del cual se puede estar totalmente seguro pues, como Grévin, al que sucedió, es alcalde y notario, y con ocasión de la venta realizada en su despacho al marqués de Sallenaue, se tuvo buen cuidado en asignarle unos honorarios de tal modo inusitados, por lo elevados, y de tal forma *electorales*, que el solo hecho de aceptarlos constituye un compromiso.

En cuanto a la plebe de los electores no dejará de hacerse entre ella importante recluta mediante las importantes obras que nuestro amigo va a iniciar en el castillo recién adquirido, pues dicho castillo, afortunadamente, amenaza ruina por los cuatro costados. Hay también que contar con el efecto que producirá una altisonante profesión de fe que nuestro amigo va a dar a la imprenta, en la que declara abiertamente que no desea aceptar ningún cargo ni ninguna prebenda del gobierno. Por último, la habilidad oratoria que es dable esperar de él en la reunión preparatoria que está ya anunciada, la colaboración de los periódicos de la oposición, tanto de París como de la localidad, las injurias y calumnias con que ya los periódicos ministeriales han abierto el fuego, todo me hace sentir esperanzado y sólo me detengo ante una consideración final. Sería realmente algo maravilloso que, aunque sólo fuera para contradecir la reputación un tanto beocia de que gozan los champañeses, tuviesen el rasgo de elegir a un hombre distinguido en el campo de las artes, una de cuyas obras maestras tienen ante sus propios ojos, y que ha venido a estas tierras para hacerse, voluntariamente, coterráneo suyo, adquiriendo una propiedad que había estado diez años sin encontrar comprador, y que con mano generosa y pródiga está dispuesto a restituir a dicha residencia, una de las glorias del país, su aspecto de pasado esplendor.

Después de esta inmensa exposición de nuestros recursos y de nuestras operaciones estratégicas, ¿me será posible, señora, quejarme por mi falta absoluta de distracciones? No sé si es por el efecto e interés que siento por nuestro amigo, pero me parece que un algo de la fiebre electoral que reina aquí por todas partes se me ha contagiado, y tal vez encuentre usted que esta carta, repleta de detalles localistas,

aunque con la mayor benevolencia del mundo, no tendría el interés que ha despertado en mí la enfermedad de moda en estas latitudes. Por otra parte, podrá servirme de disculpa el que le esté presentando a usted a un hombre que posiblemente pronto estará aureolado con el halo parlamentario, a un hombre que, como me decía usted el otro día, no hay más remedio que aceptar como amigo, por su sobrehumana elevación intelectual, y, en consecuencia, un poco impertinente personalidad. A decir verdad, señora, por poco que sea el éxito que le reserva la vida política a Carlos de Sallenaue, tengo miedo de que no añore la gloria más tranquila que tenía ya asegurada en la carrera de las artes; pero ni él ni yo hemos nacido bajo el influjo de una estrella fácil y cómoda; el solo hecho de nacer nos ha costado bien caro, y es doblemente cruel el no amarnos. Usted siente hacia mí cierta benevolencia porque le parece a usted que yo exhalo todavía un resto del perfume de nuestra amada Luisa; tenga, pues, algo de este sentimiento para aquel que, durante todo el tiempo que ha durado la redacción de estas líneas, no he dejado de llamar mi amigo, nuestro amigo. Si, sea por el lado que sea, aparece en él una especie de grandeza inoportuna, ¿no es preferible y más justo sentir conmiseración por él que pedirle cuentas? ¿No sabemos los dos que las cosas más nobles y las más resplandecientes son también las que más rápidamente descienden y se apagan en la noche eterna?

XV

MARIE-GASTON A LA CONDESA DE L'ESTORADE

Arcis-sur-Aube, 13 de mayo de 1839.

Señora:

La fiebre electoral se me ha contagiado y usted se toma la molestia de transmitirnos, de parte del señor de L'Estorade, un cierto número de *cosas descorazonadoras* que, desde luego, merecen ser tomadas en consideración. No obstante, debo decir lo siguiente: estas confidencias me parece que no tienen el alcance que en un principio podría concedérseles, y que, aún antes de su oficioso aviso, las dificultades de nuestra situación no habían dejado de ser puestas de manifiesto.

Sabíamos la misión de alta confianza de que está encargado el señor Máximo de Trailles, misión que, durante unos días, ha intentado sin éxito disimular bajo la capa de intereses industriales. Sabíamos, incluso, señora, y usted parece ignorarlo, que este hábil agente del pensamiento ministerial ha hallado el procedimiento para conjugar los intereses de la política general con los de su política particular. El señor Máximo de Trailles, si no estamos mal informados, se ha visto aquejado en estos últimos tiempos por una crisis en la enfermedad crónica que viene padeciendo desde hace mucho tiempo. Dicha enfermedad es su deuda, ya que hablando del señor de Trailles, no puede hablarse de deudas, sino de deuda, del mismo modo que se habla de la deuda de Inglaterra. En esta extrema situación, el gentilhomme, resuelto a emplear los remedios más expeditivos, se decidió por un matrimonio que bien podría calificarse de *in articulo mortis*, ya que dicho gentilhomme está bordeando, se dice, la cincuentena.

Hombre muy conocido, lo cual es sinónimo de parisino, está pretendiendo hacer como ciertos comerciantes cuyos artículos están pasados de moda, y se trasladó a provincias, desembarcando en Arcis-sur-Aube, precisamente en el período de la feria electoral, esperando, con razón, que el movimiento siempre tumultuoso de estos *Beaucaires* políticos no dejaría de ser favorable a la naturaleza ligeramente tenebrosa de sus designios.

El cálculo estaba perfectamente hecho, la inesperada muerte del joven Carlos Keller, candidato en cuya elección había pensado en un principio el gobierno, había sumido a todo el electorado de Arcis en la más profunda perturbación. El señor Máximo de Trailles, pescando en aguas turbias, consiguió un candidato que tenía en su favor dos clases de ventajas, méritos y conveniencias de especies bien diversas.

Desde el punto de vista de la cosa pública, el señor Beauvisage, del cual usted,

señora, veo que ha recordado perfectamente el apellido, tiene la inestimable ventaja de haber luchado y haber hecho retroceder la candidatura de un abogadillo llamado Simón Giguet, el cual, con gran escándalo del gobierno, habría tenido la audacia de irse a sentar en los bancos del centro izquierda. Esta lección a un impertinente de la oposición dinástica ha sido considerada de un valor tan inestimable que ha hecho fuera pasada por alto la notoria y bien caracterizada ineptitud del señor Beauvisage, así como el ridículo que no dejaría de cubrir a quienes le hubieran protegido en su elección.

Desde el punto de vista de la cosa privada, y con esto quiero referirme a la privativa del señor de Trailles, el señor Beauvisage tiene el mérito de poseer una hija única, pasablemente hermosa, la cual, sin exageración alguna de sus ventajas, parece podría aportar a su marido una dote de quinientos mil francos, amasada en el comercio de esos gorros de algodón mencionados en forma algo irrespetuosa en mi última carta. Ahora el mecanismo de todo el asunto está perfectamente claro: hacer nacer y atizar en el padre, de algo que él de por sí nunca habría concebido, la ambición y la esperanza de ser enviado a la Cámara; como premio a sus preocupaciones y *desvelos*, insinuar que le den a la hija en matrimonio, con la dote consiguiente; deslumbrar a la muchacha por medio de un resto de juventud logrado a fuerza de tintes y cosméticos, por una suprema elegancia de modales y por el título de condesa; empezar, con habilidad, fingiendo dudar entre la madre y la hija y, por último, dar a su desinterés y a lo sólido de su regeneración una tranquilizadora idea al solicitar, contra sus propios intereses, que se hagan constar, en el contrato de esponsales, las garantías máximas de que la ley dispone: éste era su juego, y éste ha sido el trabajo verdaderamente hercúleo llevado a término por el señor de Trailles en menos de dos semanas... Pero en este momento hemos intervenido.

Por el nuevo apellido que un buen día nos cae de las nubes, somos champañeses; y nos hacemos más champañeses todavía al adquirir carta de propiedad en el país; el caso es que el país está agitado y decidido a que, en la elección que se prepara, no se envíe a París a ningún candidato que no sea hijo del terruño.

Tal vez digáis que, a este título, puede ser Beauvisage el preferido; es un producto local más puro, más directo. Eso le parecerá tal vez a usted, señora, pero nosotros no somos tan estúpidos como Beauvisage; nosotros no pretendemos mover a risa; nosotros no confeccionamos gorros de algodón, es verdad, pero hacemos estatuas, estatuas por las cuales hemos sido condecorados con la Legión de Honor; estatuas de carácter religioso que son inauguradas con gran pompa ante monseñor el obispo, que se digna tomar la palabra y hacer una alocución ante las autoridades constituidas; estatuas a las que toda la población, me refiero a la que no ha sido admitida en la ceremonia, se apresura a ir a admirar en el convento de las Madres Ursulinas, lo bastante orgullosas con aquel magnífico ornamento añadido a la joya de su capilla para tener abiertas las puertas de la misma durante el día entero, así como su oratorio y el resto de la casa, lo cual no deja de proporcionarnos popularidad.

Pero lo que nos hace aún más populares es el no ser unos pillos como Beauvisage; el no haber logrado nuestra fortuna amasándola sueldo a sueldo; el ocupar en los trabajos que se están realizando en el castillo a más de treinta obreros, pintores, albañiles, vidrieros y jardineros; y mientras el alcalde de la ciudad va humildemente a pie, aparecer, de repente, en Arcis, en una elegante calesa tirada por dos briosos caballos que nuestro padre, que no está en los cielos sino en París, en su deseo de mostrarse tan amable desde lejos como lo fue desde cerca, nos ha mandado urgentemente para aplastar, me figuro, al tigre y al tálburi del señor de Trailles: dos cosas que, antes de nuestra llegada, habían dado mucho que hablar en la localidad.

Esta noche, señora, para coronar la ceremonia de la inauguración de nuestra *Santa Úrsula*, damos en nuestro castillo una cena de cincuenta cubiertos, a la cual hemos cometido la astucia de invitar, junto con los notables de la región, a todos los funcionarios del gobierno, tanto a los inamovibles como a los amovibles, indistintamente. Estando ya presentada nuestra candidatura, estamos plenamente convencidos de que esta última clase de invitados no aceptará nuestra invitación. En verdad que tanto mejor: habrá muchas más plazas para otros, y los no asistentes, cuyos nombres se harán públicos mañana, se habrán hecho reos de un flagrante delito de servilismo y de dependencia que dará, así lo esperamos, un terrible golpe a su influencia sobre la población.

Ayer, señora, fuimos en nuestra calesa al castillo de Cinq-Cygnés, en el que d'Arthez nos presentó inmediatamente a la princesa de Cadignan. Esta mujer es un verdadero prodigio de conservación y me pareció como nimbada por un hálito de felicidad por sus relaciones con el gran escritor^[9]. «Es la más hermosa felicidad que jamás vi», decía usted al hablar del señor y de la señora de Pontenduère; esta frase no hay más remedio que repetirla al referirse al señor d'Arthez y a la princesa, desconfiando quizá un poco del epíteto hermoso, que acaso sería una excesiva evocación de juventud aplicada a su veranillo de San Martín. Por lo que sabía de una escena que tuvo lugar, hace ya mucho tiempo, en casa de la señora d'Espard, en la época en que se iniciaron estas relaciones, estaba seguro de que no encontraría allí al señor de Trailles; ya que, en la escena a que hago alusión, se vio obligado a mostrarse altanero con el señor d'Arthez; y d'Arthez, limitándose a dejarle en ridículo, demostró todo lo miserable que es: es éste un sentimiento que no querrá volver a experimentar, ni a enfrentarse nuevamente con esta inteligencia noble y elevada.

A su llegada a la localidad, provisto de algunas cartas de presentación, el agente político ministerial recibió una o dos atenciones procedentes de Cinq-Cygne; pero aquello no era más que un bastón flotante que muy pronto el señor d'Arthez envió al fondo. Nuestro hombre se vanagloriaba de hallar en Cinq-Cygne apoyo para su intriga, pero se halla hoy tan lejos de ello que ha sido de labios del duque de Maufrigneuse —al cual el señor de Trailles abrió su corazón, bastante aturdidamente, sobre todos sus proyectos, como camarada que es suyo del *Jockey Club*— como nosotros hemos obtenido esa información de que hacía mención al principio de esta

carta, para ser devuelta al señor de L'Estorade, si es que usted nos hace el favor de encargarse de ello.

La señora de Maufrigneuse y la anciana marquesa de Cinq-Cygne han tenido, señora, mil atenciones con Dorlange... con Sallenaue, quería decir, pues todavía no he podido acostumbrarme a su nuevo nombre; como ellas no tienen la humildad de usted, no se han sentido aterrorizadas, como usted, por lo que pudieran encontrar de bueno y extraordinario en nuestro amigo, y él, por su lado, en este encuentro, realmente difícil, se ha mostrado a gran altura, ha estado perfecto. Verdaderamente no se sabe cómo, habiendo vivido siempre solo, se ha podido hacer tan simpático desde el primer momento. Será que *lo bello*, convertido en el objeto y la pasión de su vida, comprende también lo hermoso, lo elegante, lo conveniente. ¿Puede aprenderse todo a la vez, sin pasar por la escuela del mundo? Pero esto no debe de ser verdad, pues conozco a artistas muy eminentes, y especialmente a varios escultores, que una vez fuera de sus talleres son hombres auténticamente insoportables.

Interrumpo aquí mi escrito, señora; me faltan ya hechos que contar y temo caer en la chismografía; mañana le daré cuenta a usted de lo que ha acaecido en nuestro gran banquete, lo cual será, seguramente, mucho más interesante que mis citas filosóficas y morales.

10 de mayo.

La cena tuvo lugar, señora; estuvo magníficamente servida y espero que se hablará de ella en Arcis durante mucho tiempo.

Sallenaue tiene en el organista —que, entre paréntesis, ayer, durante la ceremonia de la inauguración de la imagen, dio pruebas en el órgano del convento de un maravilloso talento— una especie de intendente y factótum que deja pequeños a todos los Valets del mundo. Arañas de cristal, cristalería de colores, guirnaldas y cortinajes para decorar la sala en la que tuvo lugar el banquete, un hermoso juego de fuegos de artificio que encontramos perfectamente embalado en las cajas de nuestra calesa por atención de aquel invisible y generoso padre; nada de bueno, o por mejor decir, de excelente, ha faltado en la fiesta; ésta se prolongó hasta primeras horas de la madrugada en los jardines del castillo, a los cuales fue admitida la plebe para que bailara y pudiera beber abundantemente.

Estaban presentes casi todos nuestros invitados, con la sola excepción de aquéllos a quienes habíamos querido comprometer. Como las invitaciones habían sido hechas hacía muy poco tiempo, brevedad de plazo que estaba excusada por las circunstancias, era cosa de diversión ver cómo iban llegando cartas de excusa, incluso cuando estábamos ya sentados a la mesa, cartas que Sallenaue había ordenado le entregasen en el salón a medida que fueran llegando. A cada carta que abría, ponía buen cuidado en decir en voz alta: «Es del señor subprefecto, es del señor procurador del rey, es del sustituto, que me presentan sus excusas por no poder acceder a mi invitación». Todas aquellas *negativas a cooperar* eran acogidas con sonrisas y murmullos de los asistentes; pero cuando llegó la carta de Beauvisage, y Dorlange

anunció la imposibilidad en que se hallaba el señor alcalde de *corresponder* a su gentileza, tanto por su fondo como por su forma la carcajada fue estrepitosa y general, y sólo cesó con la llegada de un tal señor Martener, juez de instrucción, que daba pruebas, asistiendo a la cena, de gran valor. Hay que hacer notar, sin embargo, que, por su naturaleza, un juez de instrucción es, en cierto modo, divisible. En cuanto a juez, es inamovible, y sólo puede ser objeto de cambio su título, el tratamiento que le es concedido y el privilegio de decretar arrestos e interrogar a ladrones, *soberbios derechos* que pueden serle retirados de un plumazo por la Cancillería. En fin, digamos que, por lo menos, el señor Martener es un semi-valiente; por otra parte, fue recibido *como una luna llena*.

Al lado de la presencia del duque de Maufrigneuse, de la de d'Arthez, y sobre todo de la de monseñor el obispo, una ausencia causó profunda sensación, aunque la excusa, remitida por la mañana, no hubiese sido proclamada en sesión pública, y fue la del ex-notario Grévin. En cuanto al conde de Gondreville, también ausente, nada había que decir: la reciente pérdida de su nieto, Carlos Keller, no le permitía hallarse presente en la reunión, y Sallenaue, al dirigirle una invitación condicional tuvo buen cuidado, en su carta, de anticiparse a su segura defección. Pero Grévin, el brazo derecho del conde de Gondreville, para el cual y por el cual hizo cosas mucho más comprometedoras y difíciles que asistir a una cena, no vino, y al no venir parecía testimoniar con su ausencia que su señor defendía y protegía la candidatura, hoy en día casi abandonada, de Beauvisage, y aquella influencia que se escapaba, como se dice en el argot deportivo, era para nosotros algo muy digno de tenerse en cuenta.

El notario Aquiles Pigoult, sucesor de Grévin, intentó hacer observar que el anciano vivía en un retiro casi absoluto, y que solamente salía de su casa dos o tres días al año para ir a comer a la de su yerno. Pero se le volvieron las tornas, recordándole que había asistido a una cena dada por el subprefecto para poner en relación a la familia Beauvisage con el señor Máximo de Trailles, y que en aquella ocasión no había tenido ningún inconveniente en figurar entre los asistentes. Creo, pues, que tendremos todavía cierta oposición por parte del castillo de Gondreville, de modo que estimo sería conveniente que la madre María de los Angeles se decidiera a usar su arma secreta.

Al dar la cena con pretexto de la consagración de la imagen de *Santa Úrsula*, lo que por parte de las madres ursulinas no podía ser celebrado con un banquete, Sallenaue las pasó moradas, a los postres, para encontrar un *toast* adecuado:

—Brindo por la madre de los pobres; por la santa y noble inteligencia que, desde hace cincuenta años, ilumina toda la región de Champaña, y que tiene el mérito de haber formado el número prodigioso de mujeres distinguidas y educadas que constituyen el mejor ornato de esta hermosa comarca.

Si usted conociera como yo, señora, la clase de comarca que es la Champaña, se diría al leer la frase que reproduzco, que Sallenaue debe de ser un auténtico miserable, y que el afán por ser diputado puede llevar a un hombre a cometer las más

espantosas enormidades.

Vale la pena para un hombre que, por regla general, se respeta, reunir el valor necesario para decir una mentira lo bastante grande como para llegar a alcanzar las dimensiones de un crimen, cuando mucho mejor que su infame *toast*, algo mezquino y poco elocuente, en lo que ni tan siquiera ha pensado, y que ni ha dependido tan siquiera de él, iba, mucho mejor que todos los discursos del mundo, a procurarle la simpatía de la mayor parte de los electores.

Usted misma me dijo en cierta ocasión que su lujo Armando encontraba un gran parecido entre Sallenaue y los retratos de Danton que había visto en las historias de Francia; y parece que la observación es acertada, ya que la misma se repitió a mi alrededor, y no comparado a retratos, sino a lo vivo, por varios de los invitados que habían conocido y tratado al gran revolucionario. Lorenzo Goussard, como jefe del partido, no había dejado de ser invitado. No solamente había sido amigo de Danton, según le decía el otro día, sino que fue, en cierto modo, cuñado suyo, ya que Danton era bastante galanteador, y durante muchos años cortejó a la hermana del honrado molinero, y como dice la canción, *pudo ver a la molinera*.

Pues bien, necesario es que el parecido sea muy marcado, porque al término de la cena, mientras tomábamos café, aquel hombre digno, al que los vapores del vino ingerido abundantemente le habían calentado la cabeza, se acercó a Sallenaue y le preguntó si por casualidad no se habría equivocado de padre y si estaba completamente seguro de que Danton no había tenido absolutamente nada que ver con su nacimiento.

Sallenaue se tomó la cosa a broma, e hizo, simplemente el siguiente cálculo:

—Danton murió el día 5 de abril de 1793. Para ser hijo suyo, sería preciso que yo hubiera nacido, lo más tarde, en 1794, y por lo tanto, tendría actualmente cuarenta y cinco años. Y el acta de nacimiento en la que estoy inscrito como hijo de padre y madre desconocidos, y espero que también mi aspecto, dicen que nací en 1809, por lo que sólo cuento treinta años.

—Tiene usted razón —respondió Lorenzo Goussard— las cifras han derrumbado mi idea; pero no importa, le elegiremos a usted igualmente.

Y yo creo que ese hombre tiene razón; este caprichoso parecido tendrá en la elección un peso enorme. En efecto, no hay que creer que, a pesar de los funestos recuerdos que rodean su memoria, sean Danton, para la gente de Arcis, objeto de horror o de execración. En primer lugar, el tiempo lo ha depurado; solamente ha quedado el recuerdo de un gran carácter y una poderosa inteligencia, de los cuales se sienten orgullosos de ser compatriotas; en Arcis no abundan las rarezas y las curiosidades, y os hablan de Danton como en Marsella os hablan de la Canebière: afortunada, pues, la semejanza con ese dios, cuyo culto no se limita únicamente a la ciudad, sino que se extiende a todos sus alrededores y alrededores.

Esos electores *extra* muros son, a veces, de una curiosa ingenuidad, y las contradicciones no parece que les preocupen mucho. Unos agentes, enviados a

recorrer la comarca, han explotado ya este lejano parecido; y como en la propaganda campesina la cuestión no es sólo pegar sino que hay que pegar violentamente, la versión de Lorenzo Goussard, por muy apócrifa que sea, se ha infiltrado en las comunidades rurales con una facilidad digna de mención. Mientras este pretendido origen revolucionario trabaja en favor de nuestro amigo, por otro lado se va insinuando a los bravos electores otra cosa que es más cierta, pero que no por eso deja de impresionar grandemente sus espíritus:

—Se trata del señor —se repite entre ellos— que ha comprado el *castillo de Arcis*.

Y como el castillo de Arcis, que domina toda la ciudad, es conocido en toda la región, constituye para aquellas buenas gentes como un punto de referencia; pero, al mismo tiempo, siempre prestos a volver a los viejos recuerdos del pasado, mucho menos muertos y enterrados de lo que se quiere imaginar, contestan:

—¡Ah, es el señor del castillo! —dando de la idea que se les presenta una traducción respetuosa y libre.

Y he aquí, con todos mis respetos, señora, de qué modo se maneja una cocina electoral y cómo se lleva a término la cocción de un diputado.

XVI

MARIE-GASTON A LA CONDESA DE L'ESTORADE

Arcis-sur-Aube, 11 de mayo de 1839

Señora:

Me hace usted el honor de decir que mis cartas la divierten, y me insta a multiplicarlas sin temor. Esto no constituye precisamente para mí una humillación, pero después de la espantosa desdicha que ha sido motivo de nuestro mutuo conocimiento, ¿podré, por el resto de mi vida, aparecer como un hombre divertido a los ojos de alguien? Creo habérselo dicho ya: me encuentro aquí en medio de una atmósfera que me embriaga. Me veo apasionado por el éxito de Sallenauve, y en mi calidad de espíritu sombrío y triste, puede tal vez una pasión más intensa impedir el triunfo de la inepticia y de la estupidez patrocinadas por el vil interés y la intriga. ¡Gracias, pues, señor de Trailles, por la exhibición que nos has dado de tu risible suegro! Has conseguido que pudiera interesarme por algo: ahora me río más frecuentemente de lo que me indigno; pero, mientras lo hago, olvido.

Hoy, señora, le toca el turno, más que en ninguna otra ocasión a lo grotesco, y hemos aquí en plena parada.

No obstante el descorazonamiento que nos mueve a experimentar el señor de L'Estorade, nos sentimos inducidos a pensar que el señor ministro ha recibido noticias poco tranquilizadoras de su agente, y he aquí lo que parece autorizar esta suposición.

Nosotros no nos alojamos ya en el *Hotel de la Poste*, lo hemos abandonado, y nos hemos instalado en el castillo; pero merced a la rivalidad que en todo tiempo ha existido entre el *da la Poste* y el *del Mulo*, en el que el señor de Trailles ha instalado su cuartel general, hemos conservado en nuestra antigua residencia inteligencias tanto más celosas y benevolentes, cuanto que nuestro hotelero no ha sido del tocio ajeno a la organización, creo que para él bastante fructífera, del gran banquete del cual he tenido el honor de informar a usted.

Y, por medio de ese hombre, nos hemos enterado de que casi inmediatamente después de nuestra marcha, ha llegado al hotel, procedente de París, un periodista. Este caballero, el nombre del cual ignoro, y en honor suyo, dada la poco gloriosa misión de que está encargado, mejor es que lo haya olvidado; este caballero, decía, se ha dado a conocer acto seguido, como un «taladrador» que llega para aportar el refuerzo de su verbo parisino a la polémica que la prensa local, subvencionada por la *Oficina de Espíritu Ciudadano*, tenía el cargo de provocar contra nosotros.

Hasta aquí nada hay de divertido, ni tampoco de triste; desde que el mundo es

mundo, los gobiernos siempre han podido encontrar plumas en venta, y jamás han dejado de comprarlas; pero la comedia empieza con la co-llegada y la co-presencia en el *Hotel de la Poste* de una señorita de virtud harto problemática, con la cual su excelencia el periodista ministerial se presentó en el hotel.

El apellido de la señorita no lo he olvidado; en su pasaporte figura el de señorita Chocardelle, rentista; pero el periodista, al hablar de ella, la llama simplemente Antonia, y cuando pretende tratarla con más deferencia, señorita Antonia.

¿Qué es lo que ha venido a hacer en Arcis la tal señorita Antonia? Un viaje de placer, sin duda; o ¿le ha dado participación en la empresa de nuestra difamación cotidiana, con lo cual le abriría también las cajas de los fondos secretos?... No, nada de esto, señora, la señorita Chocardelle ha venido a Arcis en viaje de negocios, para realizar un cobro.

Parece ser que, antes de su partida para África, donde acaba de hallar gloriosa muerte, el joven Keller había dado a la señorita Antonia una *orden* de pago, por la cantidad de diez mil francos, *valor recibido en bienes muebles*, lo que puede constituir un encantador equívoco, puesto que los muebles no podían haber sido recibidos más que por la señorita Antonia, que debió de evaluar en diez mil francos el sacrificio que hacía al aceptarlos.

Sea lo que fuere, pocos días después de haberse recibido la noticia de la muerte del deudor, la señorita Chocardelle presentó el recibo en la caja de los Hermanos Keller para saber si sería abonado. El cajero, bastante suspicaz, como todos los cajeros, le respondió que no tenía explicación alguna el que la señorita Antonia tuviese la osadía de presentar al cobro semejante título, pero que en cualquier caso, los Hermanos Keller, sus dueños, se encontraban en aquellos momentos en Gondreville, donde la noticia fatal había reunido a toda la familia, y que no pagaría ni un solo franco sin el visto bueno de aquéllos.

—Pues bien, me iré yo misma a buscar este visto bueno —replicó la señorita Antonia, que no deseaba que su título prescribiera.

En aquellos días, mientras estaba pensando en partir sola para Arcis, el gobierno experimentó la necesidad de que alguien nos dirigiera injurias, sino mayores, sí por lo menos más espirituales que las que se suelen proferir en provincias, y el cuidado de hacerlas más venenosas fue confiado a un periodista de mediana edad, para el cual, en ausencia de Carlos Keller, la señorita Antonia había tenido ciertas bondades. «Me voy para Arcis», podían haber exclamado al unísono el escritor y la señorita; la vida normal y corriente tiene a veces coincidencias como ésta. Tiene, pues, poco de maravilloso el que partidos juntos, y llegados juntos, se hayan alojado juntos.

Admire ahora, señora, el encadenamiento de las cosas. Llegada a este lugar con una finalidad estrictamente financiera, la gestión que pensaba realizar la señorita Chocardelle adquirió, de pronto, un enorme alcance político, y seguidamente tendrá usted ocasión de comprobar que su naturaleza se basta para compensar las punzantes galeradas que piensa redactar su galante compañero. En primer lugar, se encontró con

que, al enterarse de la presencia en Arcis del señor Máximo de Trailles, la señorita Chocardelle, exclamó:

—¡Cómo! ¿Pero está aquí ese abominable crapuloso?...

La frase nada tiene de parlamentaria, y si la escribo, es con íntimo sonrojo. Pero es que seguramente se refería a alguna relación —de negocios, claro— sostenida anteriormente por la señorita Antonia con el ilustre confidente de la política ministerial. Acostumbrado a cortejar a grandes damas, las cuales más bien le ayudaban a la amortización que al incremento de su deuda, quizá por única vez en su vida el señor de Trailles tuvo la fantasía de no ser amado por sí mismo, y de mostrarse como hombre más útil que costoso. En consecuencia, le compró a la señorita Antonia un gabinete de lectura, sito en la calle de Coquenard, en el cual la hizo reinar durante algún tiempo. Pero la empresa no tuvo éxito; se impuso una liquidación de las existencias, y el señor Máximo de Trailles, con su inteligencia siempre inclinada hacia los negocios, complicó dicha liquidación con la compra de un mobiliario que, por la intervención de un pillo varios miles de veces más redomado que él, había desaparecido hábilmente de entre sus manos^[10]. De este modo, la señorita Antonia vio desvanecerse el mobiliario, mientras esperaban a la puerta de su casa los coches del servicio de transporte, y otra señorita, una tal Hortensia, también rentista y amante del anciano Lord Dudley, ganaba veinticinco luises con el contratiempo de la primera. Comprenderá usted, señora, que no abrigo la pretensión de poder penetrar en todos estos detalles de manera absoluta, pues han llegado a nuestro conocimiento a través de una segunda mano, la del *Hotel de la Poste*, a la que habían sido confiados por la señorita Antonia de manera mucho más coherente y clara. La realidad es que el señor de Trailles y la señorita Chocardelle se separaron indignados uno de otro, y que hasta el momento presente la última se cree en el derecho de hablar de él con una ligereza y una falta tan absoluta de comedimiento, que la habrían dejado atónita a usted, como me dejaron a mí.

Después de la primera explosión de la señorita Antonia, parece como si las cosas, por sí mismas, hubiesen ido encaminándose al punto en que el señor de Trailles, a consecuencia de las frases pronunciadas por la señorita Antonia, o por otras equivalentes, vio que podía comprometer seriamente su reputación, y rogó al periodista, con el cual sostiene, como es natural, frecuentes reuniones, moderara un poco su indiscreta campaña; pero la otra parte no ha querido saber nada de esta componenda, y por medio de una incesante lluvia de frases, denuestos y anécdotas, ha producido en provecho nuestro no diré el efecto de una contra-mina, sino el de un contra-Máximo, de modo que la poderosa acción viperina de nuestro adversario se halla, en cierto sentido, paralizada.

Pero esto no es todo, y he aquí otros servicios que nos ha proporcionado la presencia de la señorita Chocardelle en Arcis.

El asunto del cobro de su dinero me parece que va para largo; por dos veces se ha presentado en Gondreville, pero en ninguna de las dos ocasiones ha sido recibida. El

periodista tiene mucho trabajo; en primer lugar tiene el de redactar sus artículos, y, además, tiene el de realizar una serie de gestiones que le encarga el señor de Trailles, a la disposición del cual ha sido puesto.

Así pues, la señorita Antonia está muchos ratos sola y, en medio del aburrimiento que le causa su soledad, así como la carencia de Ópera, de Ranelagh y del Boulevard de los Italianos, se ha decidido a proporcionarse una distracción a la desesperada. Recurso casi increíble, pues el pasatiempo solamente resulta comprensible en una parisina deportada en Arcis.

A dos pasos del *Hotel de la Poste* existe un puente sobre el Aube. Aguas abajo de dicho puente, por el talud de pendiente bastante inclinada, en el que se ha practicado un sendero, se puede llegar casi al borde mismo de la orilla del río, que, al hallarse en la parte baja del camino vecinal, poco frecuentado por otra parte, promete tesoros de tranquilidad y de soledad al que desea ir a aquel sitio para soñar al murmullo de la corriente.

La señorita Antonia empezó por sentarse allí con un libro en las manos; pero quizá por el mal recuerdo que le había dejado su gabinete de lectura, como suele decir, los libros no son para ella; de modo que al verla tan sin saber qué hacer, la dueña del *Hotel de la Poste* tuvo la idea de poner a su disposición un equipo completo de pesca, perteneciente a su marido, pero que a causa de las múltiples ocupaciones de éste queda constantemente sin empleo.

Habiendo sido bastante afortunada en los primeros intentos, la linda deportada le ha ido tomando gusto a aquel entretenimiento, que debe ser en verdad sumamente interesante, visto el número de fanáticos que lo practican y, desde aquel momento, durante casi todo el día, los raros paseantes que cruzan el puente pueden, a pesar de los cambios de temperatura, todavía bastante insegura, admirar a orillas del Aube a una encantadora náyade, con falda de volantes y pámela de paja, pescando con caña con la concienzuda gravedad del más apasionado muchacho parisién.

Hasta aquí nada hay de anormal, y con esa pesca nada tiene que ver nuestra elección; pero si en la historia de *Don Quijote*, que tanto le gusta a usted, señora, a causa del sentido común y de la alegre razón que se desborda en dicho libro, consigue hallar usted el recuerdo de una aventura bastante desagradable que le sucedió a Rocinante con unos muleteros, tendrá antes de que se la cuente como una especie de anticipo de la buena suerte que nos ha proporcionado la pasión tan repentinamente aparecida en el alma de la señorita Antonia.

Nuestro competidor Beauvisage no es solamente un exfabricante de medias y ahora un alcalde ejemplar, sino que es también un modelo de maridos, que no se ha atrevido jamás a chistar delante de su mujer, a la que respeta y admira.

Todas las noches, por orden de su mujer, se acuesta a las diez, mientras la señora Beauvisage y su hija concurren a lo que se ha convenido en calificar de sociedad de Arcis.

Pero, como es bien sabido, no hay aguas más peligrosas que las estancadas, del

mismo modo que no había nada más casto y tranquilo que Rocinante antes del encuentro que me permitía recordarle a usted hace un momento.

El hecho es que, haciendo la ronda que acostumbra a efectuar por su ciudad, Beauvisage, desde lo alto del puente, distinguió a la parisina, la cual, con el brazo virilmente extendido y el talle graciosamente inclinado, se entregaba a su ocupación favorita. Un pequeño movimiento, de encantadora impaciencia, con el cual la linda pescadora tiraba de la caña cuando algún pez había mordido el anzuelo, fue como una descarga eléctrica que resonó en el digno corazón del magistrado, hasta aquel día irreprochable. Nada induce a creer, por otra parte, cómo y por qué se produjo la cosa en aquel preciso momento. Pero debo hacer observar únicamente que en el tiempo transcurrido entre su retirada del negocio de los gorros de algodón y su alcaldía, había practicado el *arte* de la pesca con caña con distinguida disposición y que hoy en día lo seguiría practicando, a no ser por la importancia de que halla revestido y que, como diría Luis XIV, le *aleja de la orilla*. Sin duda debió de parecerle que la pobre niña ponía en su empeño más voluntad que ciencia al no colocarse como debía y tampoco es imposible que, por muy temporalmente que aquélla fuese su administrada, le pasara por la imaginación volverla al buen camino, y que ello constituyera la causa de su aparente desorden. Pero lo que sí es rigurosamente cierto es que, al pasar por el puente, en compañía de su madre, la señorita Beauvisage exclamó, como una verdadera niña terrible:

—Mira, papá está con la parisina.

Asegurarse con una mirada de la monstruosidad de la situación; descender a la orilla con paso precipitado; llegar hasta el alcance de su marido, al que encontró riéndose a mandíbula batiente, con aspecto de felicidad; fulminarle con un *¿qué es lo que estás haciendo aquí?* como para no dejarle otro refugio que el Aube, y con aire de reina intimarle la orden de retirada, mientras completamente atónita, la señorita Chocardelle adivinaba de qué se trataba y se entregaba a los estallidos de la hilaridad más desmesurada, tal fue, señora, el proceder de la señora Beauvisage, de soltera, Grévin; y si su proceder puede ser considerado como justificado, no puede decirse que fuese hábil, ya que aquella misma noche la ciudad entera conocía la catástrofe, y convicto y confeso de costumbres disolutas, el señor de Beauvisage veía una nueva deserción operándose en la falange, ya muy diezmada de sus partidarios.

No obstante, por el lado de los Gondreville y Grévin, se le seguía sosteniendo. ¿Podrá creer, señora, que ha sido también gracias a la señorita Antonia, como ha sido conquistado este último baluarte?

He aquí el desarrollo del fenómeno: la madre María de los Ángeles deseaba entrevistarse con el conde de Gondreville; pero no sabía cómo hacerlo: solicitarlo, no le parecía procedente. Teniendo que decirle, a lo que parece, cosas más bien fuertes, no quería hacer venir exprofeso a aquel anciano a su casa; semejante proceder le parecía carente de todo espíritu de caridad. Por otra parte, dichas a bocajarro, las cosas conminatorias molestan más que espantan, mientras que deslizadas con

suavidad y dulzura, son de efectos mucho más seguros. No obstante, el tiempo apremiaba, ya que las elecciones tendrán lugar mañana domingo, y esta noche se celebra la reunión preparatoria. La pobre madre no sabía realmente por qué partido decidirse, cuando se enteró de algo que era, en cierto modo, muy halagador para su amor propio. Una linda pecadora, llegada a Arcis con la idea de cobrar un dinero de Keller, el yerno de Gondreville, había oído hablar de sus virtudes, de su inagotable bondad, de la pimpante ancianidad de la madre María de los Ángeles, en fin, de todo lo que de ella se decía en la región, de la cual constituye, después de Danton, el personaje más famoso; y el más grande sentimiento de aquella muchacha era precisamente el de no atreverse a solicitar ser admitida a su presencia.

Una hora más tarde fue enviada al *Hotel de la Poste* la siguiente nota:

«Señorita:

Me han dicho que deseaba verme, pero que no sabía cómo solicitarme una entrevista. No obstante, nada hay más fácil que esto: llame usted a la puerta de mi convento, pida por mí a la hermana tornera, y no se asuste usted de mis negros hábitos ni de mi arrugado rostro; además, no crea usted que me gusta imponer mis consejos a las muchachas que no me los piden, y que el día de mañana pueden llegar a ser mucho más santas de lo que pueda serlo yo. Éste es todo el misterio que puede entrañar una entrevista con la madre María de los Ángeles, que la saluda a usted en nombre de Nuestro Señor Jesucristo».

Ya comprenderá usted, señora, que una invitación hecha con tanta donosura no admitía réplica; y acto seguido de recibirla, con el vestido más serio que imaginarse pueda, la señorita Antonia se dirigió al convento.

Me gustaría poderle dar todos los pormenores de aquella entrevista, que, con toda seguridad, debió de ser altamente interesante; pero nadie asistió a ella, y nada se ha podido saber, mas que lo que ha querido decir la oveja extraviada, la cual regresó del convento visiblemente emocionada y llorando. Como sea que el periodista le quiso gastar una broma sobre sus aires de recién convertida, la señorita Antonia le respondió:

—¡Cállate ya! ¡Jamás en tu vida podrás escribir cosas como las que me han dicho!

—¿Qué es lo que te han dicho?

—«Vamos, hija mía —ha exclamado la bondadosa anciana—, los caminos de Dios son muy hermosos y poco conocidos, y a menudo en una Magdalena hay más santidad que en una religiosa».

Y debo hacer observar, señora, que mientras pronunciaba aquellas frases tan hermosas, la voz de la muchacha se alteró, y que se vio obligada a llevarse el pañuelo a los ojos. El periodista, por su parte, que era uno de esos que constituyen una vergüenza para la prensa, y que no deben confundirse con ésta más de lo que pueda serlo un mal sacerdote con la religión, se echó a reír, pero considerando el peligro, dijo:

—¡Ah, vaya! ¿Cuándo vuelves definitivamente a Gondreville para hablar con ese Keller, al que terminaré *moliendo a palos* en alguno de mis artículos, a pesar de todas las recomendaciones en contrario de Máximo?

—¿Es que me crees capaz de semejante canallada? —respondió Antonia con dignidad.

—¡Ahora resulta que no quieres pasar factura!

—¿Yo —respondió la admiradora, y probablemente el eco de la madre María de los Ángeles, pero hablando por boca de ésta— ir a hacer *cantar* a una familia que está sumida en la desesperación? El recuerdo de tal infamia me destrozaría en mi lecho de muerte el corazón, y jamás podría creer que Dios tendría misericordia de mí.

—Vamos, ahora que estamos aquí, ¿por qué no te haces ursulina?

—Si tuviera el valor de ingresar en el convento, sería, probablemente, mucho más feliz en él que con la vida que llevo; pero, en cualquier caso, puedes estar seguro de que no iré a Gondreville; la madre María de los Ángeles se ha encargado de arreglarlo todo.

—¡Cómo, desdichada!, ¿le has entregado el billete?

—Lo que yo quería era romperlo; ella ha sido la que me ha impedido hacerlo, diciéndome que se lo entregara, y que ella misma se encargaría de solucionarme el asunto decentemente, fuera como fuera.

—Muy bien, eras una acreedora y ahora serás una mendiga...

—No, ya que la limosna soy yo quien la da; le he dicho a la señora superiora que se quede con el dinero para sus pobres.

—¡Oh! Ahora si que te conviertes en una benefactora de conventos, con tu otro vicio de pescar en caña se podrá decir que eres una chica agradable.

—Tú no me verás ya durante mucho tiempo, pues esta misma noche me alejo de ti y de tu hermoso trabajo.

—Vaya, ya veo que te piensas retirar a un convento de carmelitas.

—Las carmelitas son algo excelente, viejo —respondió espiritualmente Antonia — cuando una se aparta de los Luis XIV.

Esta clase de mujeres, aún las más ignorantes de ellas, conocen todas la historia de la señorita de La Vallière, de la cual habrían hecho su patrona en el caso de que la *Hermana Luisa de la Misericordia* hubiese sido canonizada.

No sé como se las arregló la madre María de los Ángeles, pero esta mañana se ha podido ver el coche del conde de Gondreville detenido ante la puerta del convento: el milagro, entendámonos bien, no ha consistido en hacer salir de casa a aquel viejo simio; ya que en el momento en que le fue notificado que había una suma de diez mil francos que pagar, aunque dicha cantidad no tenía que salir de su bolsillo, sino del de Keller, se dio prisa en acudir, pues se trataba de dinero de la familia; y además, los avaros como él se apasionan, incluso por la pérdida de los bienes ajenos cuando consideran que éstos no han sido bien empleados.

Pero la madre María de los Angeles no se contentó con atraerle al convento;

aparentemente, también se ocupó de nuestros asuntos. Al salir de él, el par de Francia se encaminó a casa de su amigo Grévin; y durante el transcurso del día este último manifestó a varias personas de la población que su hijo político era demasiado estúpido, y por si no lo fuera bastante, se había comprometido con aquella historia de la parisina, y ya veía que nunca sacaría nada de él.

Al mismo tiempo se nos informaba de que los curas de las dos parroquias habían recibido, de manos de la madre María de los Ángeles, la cantidad de mil escudos para repartir entre los pobres, suma que le había sido donada para tal fin por una persona que no deseaba se diera su nombre.

Sallenaue está furioso porque algunos de nuestros agentes van diciendo por todas partes que él es este anónimo benefactor, y muchas personas lo creen, aunque la historia de la nota de Keller haya sido muy divulgada, y el honor de esta generosidad puede ser fácilmente atribuido a su verdadero autor.

Pero, cuando uno nota que tiene el viento de popa, no puede repartirse éste, matemáticamente, en cada vela, y a menudo hay que tomar de él más de lo que se desea. El señor de Trailles no domina su cólera; hay motivos para creer que su fracaso, que debe de empezar a considerar como inevitable, lo entierra a él y a su posible boda. Sobre su malaventura habría que decir la misma frase que han consagrado los autores mediocres: que es un hombre inteligente y que se tomará su desquite.

¡Qué tipo curioso es ese organista, señora, que como unos de nuestros más famosos médicos se llama Bricheteau! Nadie hay que pueda tener más actividad, más presencia de ánimo, más dedicación y más inteligencia, y desde luego no hay dos hombres más en Europa que toquen el órgano como él. Usted, que no desea que Nais se convierta en una *pianera*, debería contratarlo para que le diera lecciones de música. Éste es un hombre que podría enseñársela perfectamente, y además es persona que no tiene nada de afectado y es tan modesto como inteligente: con Sallenaue, es un perrito faldero; tan listo como uno de éstos, tan fiel, y me atrevería a decir que tan feo, si con una cara tan bondadosa y franca como la suya, no pudiese ser considerado como hermoso.

XVII

MARIE-GASTON A LA CONDESA DE L'ESTORADE

Arcis-sur-Aube, domingo, 12 de mayo de 1839.

Señora,

Ayer por la noche tuvo lugar la reunión preparatoria, ceremonia bastante ridícula y, sobre todo, bastante desagradable para los candidatos; pero, no obstante, nos vimos obligados a asistir a ella.

Cuando se va uno a comprometer, para cuatro o cinco años, con un mandatario, es natural el deseo de saber de quien se trata. ¿Será un hombre inteligente? ¿Expresará realmente la opinión cuya etiqueta se ha colocado? ¿Será simpático y abordable cuando tengan que pedirle algo? ¿Es de carácter firme? ¿Sabrá defender sus ideas? (si es que las tiene). En pocas palabras, ¿se podrán considerar digna, segura y honradamente representados? Éste es el lado serio y respetable de la institución, que por no estar escrita en la ley, para haberse establecido tan firmemente, preciso es que tenga su razón de ser.

Pero toda medalla tiene su reverso, y por otro lado, en dichas asambleas puede verse al elector, hinchado por su importancia momentánea, que se apresta a ejercitar exteriormente la soberanía que pronto va a abdicar en manos de su diputado, vendiéndosela al precio más caro que puede.

Al escuchar algunas de las preguntas que se le dirigen al candidato, se diría que éste es un ilota sobre el cual todos y cada uno de los electores tienen derecho de vida y muerte. No queda ni un solo rincón de su vida privada que no sea visitado por la más indiscreta de las curiosidades; y en cuanto a interrogatorios, todo es posible, como por ejemplo: «¿Por qué el candidato prefiere del vino de Champaña al de Burdeos?». En Burdeos, donde el vino constituye una auténtica religión, tal preferencia implicaría una prueba de no-patriotismo, y podría comprometer seriamente la elección.

Muchos de los electores asisten a la reunión únicamente para gozar con el embarazo de los pretendientes. Llevándoles, como dicen, cogidos de la nariz, esperan divertirse con ellos, del mismo modo que los niños se divierten con las moscas, o como en otros tiempos los antiguos jueces, y todavía hoy en día los médicos jóvenes, con una tortura criminal, una autopsia o una operación.

Otros no tienen gustos tan refinados: van únicamente para divertirse con el griterío, con la confusión que casi con toda seguridad reinará en la sesión; algunos hay que creen que aquél es el momento oportuno para decir algún chiste o gastar una broma de mal gusto: así, en los momentos, desdichadamente muy frecuentes, en los

cuales, como dicen las actas de las sesiones de la Cámara de los Diputados, *el tumulto llega a su colmo*, no es raro el oír, imitados, el canto del gallo o el aullido lastimero de un perro al que se le ha pisado la cola, únicamente la inteligencia debería ser llamada al electorado, habiendo, como d'Aubigné, hermano de la señora de Maintenon, *recibido su bastón de plata*. ¿Debemos extrañarnos de que entre los electores se encuentren personas estúpidas, y todos aquéllos, no poco abundantes, que tienen también la pretensión de que lo más importante de la lucha no estaba allí?

La reunión tuvo lugar en una sala bastante amplia, en la que un figonero de la localidad da un baile todos los domingos; el sitio destinado a la orquesta forma como una especie de tribuna, que fue reservada para el público no elector; yo fui uno de los pocos privilegiados. En primera fila tomaron asiento algunas damas; la señora y la señorita Mollot, esposa e hija del secretario del Juzgado; y algunas otras cuyos nombres y circunstancias personales, desconozco; pero la señora y la señorita de Beauvisage, como Bruto y Casio, brillaron por su ausencia.

Antes de que se presentara la candidatura del señor Beauvisage, la del señor Simón Giguet parecía ser la que contaba con mayores probabilidades; actualmente, con la de nuestro amigo Sallenauve, que a su vez ha distanciado a la del señor alcalde, el abogado se encuentra con que ha retrocedido dos peldaños. Su padre, ex coronel del Imperio, goza de la general consideración en la región; como expresión del sentimiento experimentado por los electores al no *poderle elegir* a su hijo, por unanimidad y por aclamación le han nombrado a él presidente de la asamblea.

El primer candidato a quien se ha escuchado ha sido el abogado Giguet; su discurso ha sido largo, lleno de futilidades; pocas preguntas se le han dirigido que merezcan ser consignants en el presente atestado. Se tenía la impresión de que no podía representar al distrito.

A continuación se llamó al señor de Beauvisage. El notario Aquiles Pigault pidió la palabra, y dijo:

—El señor alcalde, desde ayer, está aquejado de una indisposición...

Una serie de carcajadas interrumpieron al orador.

El coronel Giguet agitó, durante largo rato, la campanilla de la que se había tenido buen cuidado de proveer, sin que fuese capaz de restablecer el silencio. En el primer momento de calma, el señor Pigault prosiguió:

—Tengo, pues, el honor de comunicarles, señores, que el señor Beauvisage, aquejado de una indisposición, que sin presentar síntomas de gravedad...

Aquí, nueva interrupción, un poco más alborotada que la primera. Como todos los militares, el coronel Giguet no posee una manera de ser muy apacible ni muy parlamentaria; se puso en pie, y con energía, exclamó:

—Señores, esto no es un baile de los que da el señor Frappart (éste es el nombre del propietario de la sala). Les conmino, pues, a comportarse de forma más decente; si no es así, dejo la presidencia.

Fuerza es creer que la mayoría de los hombres desean ser tratados con dureza, ya

que la lección se acogió con grandes aplausos, y el silencio pareció volver a estar sólidamente establecido.

—Lamento, pues, tener que decirles —prosiguió una vez más el señor Aquiles Pigoult, variando cada vez el inicio de su discurso— que aquejado de una indisposición que sin presentar síntomas de gravedad, le retendrá durante algunos días en su casa, sin poder salir de ella...

—¡Debe ser una enfermedad de la laringe! —exclamó una voz.

—Nuestro venerable y excelente alcalde —prosiguió Aquiles Pigoult, sin hacer caso de la interrupción—, se ha visto imposibilitado de asistir a esta reunión. En todo caso, la señora de Beauvisage, por la cual he tenido el honor de ser recibido esta misma tarde, me ha afirmado, y me ha encargado transmitiera a ustedes, que *en cuanto a esta ocasión*, el señor de Beauvisage renunciaba al honor de vuestros sufragios, rogando a todos aquellos de entre ustedes que le han mostrado bondadosa simpatía, los dieran al señor Simón Giguet.

El tal Aquiles Pigoult es un personaje malicioso que, no sin intención, hizo intervenir en el asunto a la señora Beauvisage cuyo dominio sobre su marido era conocido por todos. Pero la asamblea era excesivamente «local» para poder captar aquella pequeña ironía. Además, en provincias las mujeres suelen inmiscuirse en los asuntos de sus maridos, incluso en los más típicamente varoniles, y la conocida historia de aquella ama de un cura que contestó: «No podemos decir misas a este precio», es algo que en las pequeñas localidades rurales no pueden comprender que tenga verdadera gracia.

Finalmente, allá va Sallenaue, y desde un principio me siento impresionado por la seguridad y la tranquila dignidad de que hace gala en la *tribuna*. Si no hubiera otros motivos mucho más importantes que aquél, me habría sentido completamente tranquilo, ya que no hay que hacerse ilusiones, la calidad y la importancia de las personas a las cuales se enfrentaba, nada influían en el asunto. Para el orador a quien agujonea el temor, unos grandes señores o unos faquines son la misma cosa. Siempre son ojos que nos miran, oídos que nos escuchan; no tenemos ante nosotros a individuos, sino a una gran personalidad moral, a la asamblea, que se puede notar en masa, sin que sea necesario desmenuzar los elementos de que se compone.

Después de analizar, en breves frases, los lazos por los que se siente unido a la región, y de haber insinuado una alusión muy hábil, y muy digna, a su cuna, *que no tenía parecido con la de la mayor parte de las gentes*, Sallenaue ha expuesto su pensamiento político. Consideraba a la República como la más hermosa de las formas de gobierno, pero no la cree posible en Francia; por lo tanto, no la desea. Cree que un gobierno auténticamente parlamentario, en el que sea desterrada toda clase de política de camarillas puede proporcionar dignidad y grandeza a la nación. La libertad y la igualdad, los dos principios que triunfaron en el 89, recibirían de tal gobierno las más serias y formales garantías. En cuanto a los escamoteos que el poder real pudiera intentar hacer de ellas, no corresponde a las instituciones el prevenirlos. Es a los

hombres, es a las costumbres, mucho más que a las leyes, a quien corresponde oponerse a ellos, y él, Sallenaue, será, para siempre, uno de esos obstáculos vivientes. Se declara entusiasta partidario de la libertad de enseñanza, estima que se pueden hacer muchas economías en el presupuesto, y que hay en la Cámara un número excesivo de funcionarios, y sobre todo, que Palacio está excesivamente representado en ella. Para conservar su independencia, declara que no está dispuesto a aceptar ningún empleo, ni ningún favor del gobierno. Los que le elijan, tampoco deben esperar verle encargarse de gestiones en su favor, si la solicitud no está plenamente refrendada por la razón y la justicia. Se ha dicho que la palabra *imposible* no figuraba entre las de la lengua francesa. Pero para él existe una imposibilidad que conoce perfectamente, y ante la cual se honra en detenerse, y es la de la injusticia, y espera que se respetará el Derecho (Calurosos aplausos).

Una vez restablecido el silencio, uno de los electores, después de que el presidente le hubo concedido la palabra, dijo:

—Señor, acaba de manifestar usted que no aceptará ningún empleo del gobierno. ¿No es esto como una especie de crítica contra los funcionarios? Mi nombre es Godivet soy el encargado del Registro, y no por ello creo sea merecedor del desprecio de mis conciudadanos.

Contestación de Sallenaue:

—Estoy muy contento al saber que el gobierno le ha investido a usted de funciones que, estoy seguro, cumple con la más perfecta rectitud y con idéntica habilidad; pero me atrevo a preguntarle si el puesto que desempeña actualmente lo ha alcanzado directamente.

—Claro que no, señor. Empecé por estar tres años como supernumerario, y a continuación recorrí toda la escala y puedo asegurarle que en todo momento el favor ha sido algo ajeno a mi más pequeño ascenso.

—Pues bien, señor, ¿qué diría usted si con mi título de diputado, en el caso de que obtenga los votos de este distrito, yo, que no he sido nunca supernumerario, yo, que no he pasado por ninguno de los grados intermedios del escalafón, pero que le he hecho al señor ministro el favor de votar por él en determinada ocasión, fuese nombrado de repente, como ya se ha visto en otras ocasiones, director general de su departamento?

—Pues diría..., diría, señor, que habría sido una excelente elección, ya que su nombramiento emanaría del rey.

—No, señor, usted no diría esto, y si lo decía usted en voz alta, lo cual no creo posible, pensaría en su interior que aquello era algo ridículo e injusto. «¿Pero dónde demonios, se diría usted, este caballero, mientras hacía esculturas, ha podido aprender esta tan delicada materia que es el Registro?». Y usted tendría muchísima razón al no ratificar el capricho real, ya que los derechos adquiridos, los antiguos y honrosos servicios prestados, la marcha regular del escalafón, ¿qué serían con la implantación de este sistema de la simple elección y del capricho? Precisamente para no hacerme

cómplice del abuso que estoy denunciando y porque creo que no es ni justo, ni honrado, ni útil que por el mismo pueda llegarse a la cumbre de las funciones públicas, es por lo que he tomado la determinación de no aceptar ninguna. ¿Y considera usted, señor, que yo desprecio dichas funciones, cuando lo que hago es simplemente honrarlas al máximo?

El señor Godinet se declaró satisfecho, y no insistió ya más.

—¡Eh, señor! —exclamó otro elector, después de haber pedido la palabra, con voz algo «avinada»—, decía usted que no pensaba pedir nada en favor de sus electores; entonces, ¿para *qué* nos sirve usted?

—Yo no dije, amigo mío, que no pensaba pedir nada para mis electores; dije que no pediría para ellos nada que no fuese justo; pero lo justo, puedo añadir ahora, lo pediré con toda energía y con perseverancia, ya que es así como debe ser servida la justicia.

—Hay otras maneras de servirla —continuó el elector— y la prueba es el pleito *que me han hecho* perder contra Juan Remy, a causa de unas lindes...

El coronel Giguet interrumpió:

—Vamos, supongo que no nos vas a contar ahora todo lo de tu pleito, y a hablar de forma inconveniente de los magistrados.

El elector continuó:

—Para los magistrados, mis mayores respetos, pues yo lo fui durante seis semanas en el 93, y conozco la ley; pero, volviendo a mi asunto, pregunto al señor, que está aquí precisamente para responderme, a mí como a los demás, cual es su opinión sobre los estancos.

—¿Mi opinión sobre los estancos? Esto me parece algo difícil de formular; puedo, no obstante, decirle que si son exactas ciertas informaciones que han llegado hasta mí, considero que no siempre han sido equitativamente distribuidos.

—Pues si es así, usted es un verdadero hombre, sí, ¡un hombre! —exclamó el elector— y yo le daré a usted mi voto, porque espero que no se dejará engañar. Sí, los estancos se conceden a personas que no tienen derecho a ello. La misma hija de Juan Remy, un mal vecino que nunca salió de su covacha y que le pega a su mujer a la luz del día...

—Pero, mi querido amigo —dijo el presidente, interrumpiéndole—, estás abusando de la paciencia de la asamblea...

—¡No, no, déjele que hable! —exclamaron varios electores desde todos los puntos de la sala.

Aquel elector divertía a los concurrentes y el mismo Sallenaue parecía invitar al coronel le dejara explicar lo que quería.

El lector continuó:

—Decía, pues, con todo mi respeto hacia usted, señor coronel, que la hija de ese Juan Remy, al que perseguiría hasta los mismos infiernos, ya que mis lindes eran legales y los expertos cometieron fraude... En fin, ¿qué es lo que hace la juventud de

hoy en día? Ha plantado a su padre y a su madre, y se ha ido a París. ¿Y qué es lo que hace en París? No lo sé, porque no he estado allí para verlo; pero sí me consta que conoció a un diputado, y que en los momentos presentes tiene un estanco en la calle de Mouffetard, que es una de las más largas de la capital; en cambio, si yo me voy de este mundo, ¿creen ustedes que mi mujer, viuda legal de un hombre que está agarrotado por el reumatismo contraído por haber tenido que dormir en los bosques cuando la represión del 15, conseguiría un estanco?

—¡Si aún no te has muerto! —objetaron desde toda la sala a tan singulares servicios.

Y el coronel, para poner punto final a aquel incidente burlesco, concedió la palabra a un pastelero, notorio republicano. Aquel nuevo interpelador, con voz de falsete, hizo a Sallenaue la siguiente insidiosa pregunta que, por otra parte, en Arcis podría ser calificada de nacional:

—¿Qué es lo que piensa de Danton el señor?

—Señor Dauphin —dijo el presidente—, tengo el honor de hacerle observar que Danton pertenece ya a la historia.

—*Al Panteón de la historia*, señor presidente, fueron sus propias palabras.

—Pues ya sea resumiendo y diciendo *a la historia*, o bien al *Panteón de la historia*, creo que Danton nada tiene que hacer aquí.

—Permítame, señor presidente —dijo Sallenaue—, pero aunque la pregunta no me parece tenga ninguna relación directa con el objeto de ésta reunión, en una ciudad que está todavía llena de la fama alcanzada en su tiempo por el nombre que acaba de ser pronunciado, no me es posible declinar la ocasión que se me presenta para dar una prueba de imparcialidad y de independencia al juzgar su gran memoria.

—¡Sí, sí, que hable! —exclamó la asamblea con voz casi unánime.

—Estoy firmemente convencido —prosiguió Sallenaue— de que si Danton hubiera vivido en una época tranquila y pacífica como la nuestra, se habría mostrado tal como fue en la suya, buen padre, buen esposo, amigo afectuoso y fiel, carácter sincero y amable, y que, por sus grandes dotes, no habría dejado de encaramarse a las más altas cimas del Estado y de la Sociedad.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡bravo!, ¡muy bien!

—Nacido, por el contrario, en una época de perturbaciones y en medio de un huracán de pasiones desencadenadas, Danton se sintió la persona más perfectamente constituida para convertirse en la antorcha que iluminó aquella atmósfera de fuego. Danton fue la llama que quema, y su rojo resplandor acomodó excesivamente bien a las escenas sangrientas y de horror que no deseo en modo alguno recordarles ahora. Pero se dijo que era necesario salvaguardar la independencia nacional, aniquilar a los traidores y a los pérfidos, hacer, en una palabra, un sacrificio cruel, pero necesario, ante las exigencias de la salud pública. Yo, señores, no acepto esta clase de explicaciones: el matar, sin la necesidad veinte veces demostrada de la legítima defensa, el matar a hombres indefensos, a mujeres, a prisioneros, es un crimen, en

cualquier hipótesis execrable; y los que lo ordenaron, los que permitieron se llevara a cabo, al igual que quienes lo ejecutaron, se hallan, en mi opinión, envueltos en la misma execración.

Quisiera, señora, poderle describir el acento y la cara de Sallenaue mientras pronunciaba aquel anatema. Sabe usted de qué forma se transforma su fisonomía cuando un ardiente pensamiento le cautiva. La asamblea estaba muda y atónita; evidentemente, la hería, pero bajo su poderosa mano la montura no se atrevía a encabritarse.

—Pero, prosiguió, para todo crimen consumado e irreparable existen dos salidas: el arrepentimiento, y la expiación. El arrepentimiento, Danton no lo *expresó*, porque era hombre demasiado orgulloso para ello; pero lo *practicó*, y fue el primero que, en medio del ruido producido por la cuchilla de la máquina de cortar cabezas, e incluso a riesgo de entregar la suya a aquel aparato que funcionaba sin tregua ni reposo, se atrevió a proponer la constitución de un *comité de clemencia*. Era aquél un procedimiento casi infalible de llamar hacia él la expiación, y ahora se puede afirmar que, cuando llegó el día de su expiación, no parpadeó. Al ir hacia la muerte, a causa de su valeroso esfuerzo para detener el derramamiento de sangre, se puede decir, señores, que la figura y la memoria de Danton han lavado la mancha sangrienta que las jornadas de septiembre arrojaron sobre ella. Caído, a pie firme, a los treinta y cinco años, Danton dejará a la posteridad el recuerdo de una gran inteligencia, de un carácter poderoso y entero, de unas hermosas cualidades personales, y el de una acción generosa; todas estas cosas fueron suyas propias, mientras que sus sangrientos errores debemos atribuirlos a un contagio de la época en que vivió. En una palabra, con hombres de su temple sería injusta cualquier justicia que se negase a atemperarse con la indulgencia; y por otra parte, señores, mejor que yo, mejor que ustedes, mejor que todos los oradores e historiadores, una mujer ha juzgado y ha comprendido a Danton; ella fue la que, en un adorable impulso de caridad cristiana, dijo a los implacables: «Ahora está con Dios, recemos por la eterna salvación de su alma».

Habiendo así eludido la trampa que se le tendía por medio de la hábil alusión a la madre María de los Ángeles, y quedando la asamblea evidentemente satisfecha, se podía creer que el candidato había superado con éxito todas las pruebas. Ya el coronel parecía dispuesto a proponer que se pasara a votación, cuando varios electores reclamaron la palabra, diciendo que tenían todavía que solicitar al candidato dos explicaciones de importancia.

Sallenaue había declarado que siempre se hallaría dispuesto a enfrentarse a los posibles escamoteos, por parte del poder real, contra las instituciones. Querían saber qué es lo que entendía por tal resistencia: ¿se refería a una resistencia armada? ¿A revoluciones? ¿A las barricadas?

—Las barricadas —respondió Sallenaue— siempre me han parecido máquinas que se vuelven en contra del que las maneja; hay que creer que se halla en la misma naturaleza de las algaradas el servir casi siempre a los intereses de los gobiernos, y

hasta a veces se ha acusado a la policía de promoverlas. Mi resistencia, será siempre la resistencia legal, realizada por medios legales, la prensa, la tribuna y la paciencia, esa gran fuerza de todos los oprimidos y de todos los vencidos.

Si supiera usted latín, señora, le diría: *In cauda venenum*, es decir, el veneno está en la cola de la serpiente, observación propia de la antigüedad que la ciencia moderna no ha hecho suya. El señor de L'Estorade no andaba equivocado, y se removería la vida privada de Sallenaue. Sin duda bajo la inspiración del virtuoso señor Máximo de Trailles, que ya se había permitido hacer algunas insidiosas alusiones por intermedio del periodista ejecutor de sus altas obras, se le pidieron explicaciones a nuestro amigo sobre aquella hermosa italiana que *esconde* en su casa de París.

Sallenaue no testimonió aquel pequeño embarazo que mostró experimentar ante usted y el señor de L'Estorade; se limitó a preguntar a la asamblea si consideraba interesante que se pusiera sobre el tapete la explicación de una aventura romántica que tenía todo el aspecto de haber sido confeccionada en la planta baja de un periódico.

Los asambleístas, señora, puede usted saberlo por su propio esposo, son como niños grandes y no les gusta demasiado tener que escuchar historias...

Pero he aquí que entra en estos momentos Sallenaue y me anuncia que la mesa del colegio electoral acaba de quedar constituida de forma tal que todo hace presumir el éxito de su elección; le paso la pluma, y él mismo se encargará de explicarle a usted lo que debió suplicar cuando su última visita a usted; esta carta será terminada por él.

XVIII

SALLENAUVE A LA SEÑORA DE L'ESTORADE

A las siete de la tarde.

Señora,

La manera, un tanto brusca, en la que me separé de usted y del señor de L'Estorade, la noche de nuestra visita al Colegio de Enrique IV, le habrá sido ahora explicada, sin duda, por las preocupaciones de toda índole de que me veo presa en los momentos actuales; sé que el señor Marie - Gaston la ha ido teniendo al corriente de su desarrollo.

Confieso que en la situación de espíritu, inquieta y agitada, en la que me hallaba en aquellos momentos, la interpretación errada que el señor de L'Estorade parecía dar a los acontecimientos de aquella noche me produjo una cierta pena y un profundo estupor. ¿Cómo, pensé, es posible que un hombre de la moralidad y de la inteligencia del señor de L'Estorade haya podido, *a priori*, suponerme capaz de semejante villanía cuando me puede ver preocupado en dar a mi vida toda la seriedad y toda la consideración que puede exigir la propia estima? Pero la idea que tenía de mi singular libertad de costumbres, el admitirme en su casa, cerca de su mujer, en un cierto pie de intimidad, sería algo de una tal imprevisión que en estos momentos no dudo debo gozar de una benevolencia esencialmente precaria y provisional a la que el recuerdo de un servicio recientemente prestado ha podido, por un momento, dar apariencias de necesidad, pero a la primera ocasión se romperá conmigo; y me parece, señora, que esta misma noche, al situarnos la política a su esposo y a mí en campos enemigos, podrá ser tomado esto como excusa por el señor de L'Estorade para mandarme de nuevo a lo que él califica de vergonzosas relaciones.

Una hora antes de la observación de estos síntomas entristecedores, le hice a usted una confidencia que parecía preservarme de que la desagradable impresión del señor de L'Estorade hiciese mella en usted. No tengo, pues, una precisión inmediata de presentarle una justificación: dos historias en una misma noche serían como someterla a usted a una ruda prueba. En cuanto al señor de L'Estorade, debo de confesarle que me hallaba un poco molesto con él, al ver de qué forma tan precipitada se hacía eco de una calumnia contra la cual considero debía hallarme yo mejor defendido a causa de las relaciones que existían entre nosotros, y por ello no *me digné* a entrar en explicaciones con él; esta palabra la retiro hoy, pero en aquellos momentos, era viva expresión de lo que sentía entonces.

A causa de mi lucha electoral me he visto obligado a dar a toda una asamblea las primicias de mi justificación, y tuve la agradable sensación de ver que la masa, más

que los individuos, es capaz de comprender las ideas generosas y de distinguir el lenguaje *sincero* y la verdad. Tenía, señora, en condiciones imprevistas y extrañas, muy cercanas al ridículo, que explicar a una asamblea, compuesta de elementos diversos, cosas que en realidad eran casi increíbles; en su salón, posiblemente el señor de L'Estorade no las hubiera admitido más que a beneficio de inventario; aquí, por el contrario, han sido acogidas con confianza y simpatía. Escuchando, aproximadamente, lo que dije a mis auditores o lo que estuve a punto de decirles:

Pocos meses antes de mi partida de Roma, en un café en el que acostumbran a reunirse los alumnos de la Academia, recibíamos casi todas las noches la visita de un italiano llamado Benedetto. Oficialmente era músico, e incluso un músico bastante aceptable; pero, al mismo tiempo, nos habían advertido que se trataba de un espía de la policía romana, lo cual explicaba sus continuas asiduidades, y su interés por estar en nuestra compañía. Sea lo que fuere, se trataba de un bufón bastante divertido, y como nos preocupábamos muy poco de la policía romana, no le proporcionábamos demasiados sinsabores, y puede decirse que más bien le atraíamos, cosa que, por otra parte, no era demasiado difícil, dada su bien conocida pasión por el *zobajon*, el *pondo spongota* y la *spuma de latte*.

Una noche, al verle entrar, uno de nuestros camaradas le apostrofó preguntándole quién era una mujer con la cual le había visto por la mañana.

—Es la mía, señor —dijo el italiano pavoneándose.

—¡Tú, Benedetto! ¿Tú eres el marido de semejante belleza?

—Sí, señor.

—¿Pero, cómo? Si tú eres feo, bajo, borracho. Se dice, además, que eres agente de policía; ella, por el contrario, es hermosa como la Diana Cazadora.

—La he encantado con mi talento de virtuoso; está loca por mí.

—Entonces, ya que se trata de tu mujer, deberías permitir que posara para nuestro amigo Dorlange, que en estos momentos está pensando en hacer una *Pandora*. Nunca podrá encontrar un modelo tan maravilloso.

—Esto podría arreglarse —respondió el italiano.

Después inició una de sus interminables payasadas, que le hizo perder de vista la proposición ante la cual tan poco emocionado se había mostrado. Al día siguiente, estaba yo en mi taller en compañía de otros pintores y escultores, condiscípulos míos, cuando vimos entrar a Benedetto, al que acompañaba una mujer de rara hermosura. No tengo necesidad, señora, de describírsela a usted, pues ya tuvo ocasión de verla personalmente. Un alegre ¡hurra!, acogió al italiano, que dirigiéndose a mí, dijo:

—*Ecco la Pandora!* ¿Qué le parece a usted?

—Admirablemente hermosa; pero ¿se prestará a posar?

—¡Bah! —exclamó Benedetto con aire de significar: «Me gustaría ver si se atreve a resistirse».

—Pero —observé yo entonces— una modelo de tal belleza debe resultar tremendamente cara.

—*No, per l'onore*; únicamente le pido haga usted un busto mío, una sencilla *terracotta* para regalárselo a ella.

—Pues bien, señores, dije a la asistencia, hagan el favor de dejarnos un rato solos.

Nadie me escuchó; juzgando a la mujer por lo que era el marido, todos mis jóvenes amigos se apretujaban insolentemente alrededor de la hermosa italiana, la cual, sonrojada, emocionada y herida en lo íntimo por la audacia de todas las miradas, tenía un poco el aspecto de una pantera y enjaulada, atormentada por los campesinos en una feria. Yendo hacia ella, llevándosela aparte, le dije, en italiano, que el señor francés deseaba hacerle una escultura, de la cabeza a los pies, y que empezara a quitarse la ropa que llevaba puesta. La italiana le dirigió una mirada capaz de fulminarle, e intentó escapar por la puerta. Benedetto se precipitó tras ella para detenerla, mientras que, virtuosa broma de taller, mis amigos se apresuraban a cerrarle el paso. Entonces, entre la mujer y el marido se inició una lucha; pero como vi que por parte de Benedetto su pretensión era sostenida por medio de la más infame brutalidad, me sentí invadido por la cólera, con brazo poderoso rechacé al visitante, y al mismo tiempo, dirigiéndome a mis camaradas, les grité:

—¡Vamos, dejadla pasar!

Y acompañé, personalmente, hasta la puerta a la linda italiana, todavía estremecida. Me dirigió, en italiano, algunas frases de agradecimiento, y se fue sin que nadie se opusiera a su marcha.

Regresé al lado de Benedetto, el cual seguía gesticulando con aspecto amenazador, y le dije que se marchara, que su conducta había sido infame, y que si llegaba a mis oídos que había maltratado a su mujer tendría que vérselas conmigo.

—*Debole!* (imbécil!) —me respondió el pillastre, encogiéndose de hombros.

Y se fue del taller, acompañado por los mismos ¡hurra! con que fue acogido al llegar a él.

Pasaron varios días; no volvimos a ver a Benedetto, y al principio nos inquietamos por ello; incluso hubo alguien que se preocupó de irle a buscar por el Transtevere, que era donde sabíamos que vivía; pero en aquel barrio es difícil encontrar a nadie; los alumnos de la Academia no son demasiado bien recibidos por los transteverinos, que sospechan en ellos malas intenciones contra sus hijas o sus esposas, y aquella clase de gente sabe manejar el cuchillo a la perfección. Al cabo de una semana, nadie, como es fácil creer, pensó ya más en el payaso. Tres días antes de mi partida de Roma, vi entrar en mi taller a su mujer. Me habló, en aquella ocasión, en un mal francés:

—Sé que va usted a partir para Francia —me dijo— y desearía que me llevara con usted.

—¿Por qué desea usted venir conmigo? ¿Y su marido?

—Está muerto —respondió tranquilamente.

Una idea pasó por mi imaginación:

—¿Lo ha matado usted? —pregunté a la transteveriana.

Hizo ésta un gesto afirmativo, añadiendo:

—Y yo quise *me matar* también.

—¿Y cómo fue? —pregunté.

—Después de hacerme aquella afrenta —prosiguió la italiana— volvió a casa y me pegó como era su costumbre; después estuvo fuera de casa el resto del día. Por la noche, regresó y me amenazó con una pistola que pude arrancarle de sus manos; empujé a aquel *briccone* (bribón) hacia la cama, en la que se durmió. Entonces cerré herméticamente puertas y ventanas y puse grandes pedazos de carbón en el *brasero*, que estaba encendido. Sentí un dolor de cabeza horrible, pero no desperté hasta la mañana siguiente, rodeada de vecinas, que habían olido el humo y que habían derribado la puerta. Él ya estaba muerto.

—¿Y la justicia?

—La justicia lo supo todo: y además, que estaba planeando venderme a un inglés; que hice aquello porque en casa de usted me había ultrajado. La justicia me dejó marchar, me dijo que estaba bien; me confesé de lo que hice y el sacerdote me dio la absolución.

—Pero, *cara mía*, ¿qué es lo que piensa usted hacer en Francia? Yo no soy rico como el inglés.

Por el hermoso rostro pasó una sonrisa de desprecio.

—No le costaré muy cara —me dijo— sino que por el contrario, le ahorraré mucho dinero.

—¿Cómo podrá hacerlo?

—Puedo ser la modelo de sus estatuas, pues quiero serlo. Benedetto me decía que estoy muy bien hecha, y además soy una buena ama de casa. Si Benedetto hubiese querido, hubiésemos tenido una hermosa casa, *perchè* también soy inteligente y tengo talento para el arte.

Y yendo a descolgar una guitarra que tenía colgada en un rincón del taller, se puso a cantar una tonada de amor, acompañándose con rara energía.

—En Francia —prosiguió en cuanto hubo terminado—, puedo tomar lecciones, y actuar en los teatros, donde puedo alcanzar el éxito; ésta fue una idea de Benedetto.

—¿Por qué no te dedicas al teatro aquí, en Italia?

—Desde que murió Benedetto me vengo escondiendo; el inglés quiere raptarme. Estoy decidida a ir a Francia; ya ve, estoy aprendiendo el francés; si me quedo, tendré que tirarme al Tiber.

Al abandonar a sí mismo un carácter como aquél, más terrible que seductor —el señor de L'Estorade estará de acuerdo en ello— temía convertirme en causa de alguna tragedia, de modo que consentí en que la señora Luigia me acompañase a París. Cuida, en efecto, de mi casa, con una rara economía y diligencia; ella misma se ofreció a posar para mi *Pandora* y puede creerme, señora, si le digo que el cadáver de Benedetto no ha dejado de estar, ni un solo momento, entre su mujer y yo durante esta peligrosa prueba.

Proporcioné a mi ama de llaves un maestro de canto, y hoy día está ya preparada para debutar en el teatro. A pesar de sus proyectos escénicos, piadosa como lo son todas las italianas, se ha inscrito en San Sulpicio, mi parroquia, en la Cofradía de la Virgen, y durante el *Mes de María*, iniciado hace pocos días, la mujer que alquila las sillas cuenta con su bella voz para hacer más dinero en las colectas. Asiste a todos los oficios divinos, confiesa y comulga frecuentemente, y su confesor, anciano y respetable sacerdote, vino últimamente a hablarme para rogarme que no la hiciera posar más para mis estatuas, pues, según me dijo, ella no había querido escucharle nunca sobre aquel capítulo, en que se creía comprometida conmigo por una especie de pacto de honor.

Cedí tanto más fácilmente a las instancias de aquel digno clérigo cuanto que mi intención, si soy elegido, como parece muy probable, es la de separarme de esta mujer; en la situación en que me encontraré podría ser objeto de comentarios enojosos para su reputación y para su porvenir, mucho más que para mí mismo.

Debo de esperar, por su parte, alguna resistencia, ya que parece sentir verdadero afecto hacia mí, del cual me dio abundantes pruebas con ocasión de la herida que sufrí en el duelo. Nada le ha impedido pasar todas las noches en vela, cuidándome, y el médico me dijo que, ni entre las hermanas de un hospital, hubiese podido encontrar una enfermera más entendida ni de una caridad más eficiente.

He hablado con el señor Marie-Gaston de la dificultad que seguramente entrañará una separación. Dicha dificultad la teme él mucho más que yo, según me ha dicho. Hasta el momento presente, para esa pobre mujer, París ha sido mi casa, y la idea de que pudiera verse lanzada sola, a ese antro que es la capital, es algo que podría espantar a cualquiera.

Sobre este asunto se le ha ocurrido una idea al señor Marie-Gaston: no cree que la intervención del confesor pueda ser de ninguna utilidad; dice que la penitente se indignará contra este sacrificio, que se creará obligada por un rigorismo devoto; en una cuestión en la cual tenía el derecho a hablar en voz alta y decididamente, el santo varón había comprometido toda su autoridad, y sólo había consentido en ser desligada por mí de su singular *compromiso de honor*, como ella lo calificaba. La idea de Marie-Gaston es que la intervención y los consejos de una persona de su propio sexo, conocida por sus altas virtudes y por su inteligencia, podría ser, en este caso, mucho más eficaz, y pretende que yo conozco a una mujer que corresponde a esta descripción, que a ruegos de ambos podría consentir en encargarse de tan delicada negociación. La persona a la cual el señor Marie-Gaston hace alusión no es para mí más que una amistad de ayer, y quizá ni por un viejo amigo se tomaría el trabajo de llevar a cabo lo que piden. Sé perfectamente que hace algún tiempo me hizo usted el honor de indicarme que *ciertas relaciones maduran rápidamente*. Marie-Gaston me dice que esa misma persona es perfectamente piadosa, perfectamente buena, perfectamente caritativa, y que en esta idea de convertirse en la protectora de una pobre abandonada podría hallar algún encanto; en fin, señora, a

nuestro regreso nos permitiremos consultar con usted, y usted nos podrá decir si esta preciosa intervención puede llegar a ser solicitada.

En cualquier caso, me atrevo a rogarle se sirva ser mi intermediaria cerca del señor de L'Estorade, y decirle que tengo verdadero placer en esperar que ninguna nubecilla enturbiará nuestra amistad. Si soy elegido, me consta que figuraremos en, campos opuestos; pero como mi intención es la de no adoptar una oposición sistemática, en muchos asuntos podremos hallarnos en el mismo bando, y creo que no querrá, privándome de su antigua benevolencia, *sumirme en la desesperación*.

Mañana, señora, a esta misma hora, o habré experimentado un fracaso que me habrá devuelto para siempre a mi labor de artista, o habré dado el primer paso en una nueva carrera. ¿Necesito decirle que este pensamiento me inquieta? Efectos de lo desconocido, sin duda. Estaba a punto de olvidar de hacer mención a una gran noticia, que la pone a usted al abrigo de las *balas rebotadas*. Esta querida madre María de los Angeles, de la cual el señor Marie-Gaston le ha contado prodigios, ha recibido la confianza de mis dudas sobre la violencia hecha a la señorita de Lanty, y se propone saber dentro de poco tiempo el convento en el cual puede hallarse enclaustrada. La digna mujer, si se le mete en la cabeza, es capaz de conseguirlo y con esta esperanza de recobrar el original, la copia nada debe de temer.

No me siento demasiado contento con Marie-Gaston: me parece que está entregado a una agitación febril por el inmenso interés que su amistad se toma por mi éxito. Es como un honrado deudor, que apasionándose por liquidar una deuda que considera sagrada, lo deja de lado todo, incluso sus penas, hasta el momento en que está en disposición de satisfacerla. Pero tengo miedo de que después de éste esfuerzo no recaiga. Su dolor, que en estos momentos está comprimiendo, nada ha perdido, en realidad, de su intensidad. ¿No le ha impresionado a usted el tono ligero y burlón de sus cartas, de las cuales he podido leer algunos párrafos? No es ésta su manera de ser, pues en sus tiempos normales nunca tuvo esa clase de alegría turbulenta. Es ésta una vivacidad adquirida y circunstanciada, y temo que una vez haya amainado el vendaval electoral, vuelva a su postración y no se nos escape.

Consintió, desde su llegada a París, en instalarse en mi casa y en no aparecer por Ville-d'Avray hasta que no regresáramos a la capital, haciéndolo en mi compañía. Esta prudencia, que yo le había solicitado sin muchas esperanzas de conseguirla, me inquieta y me atormenta. Evidentemente tiene miedo a los recuerdos que le esperan allí. ¿No sufriré yo al intentar amortiguar el golpe? El viejo Felipe, a cuya compañía ha renunciado durante su estancia en Italia, ha recibido orden de no tocar nada de la casa de campo, y por lo que yo sé, se trata de un criado demasiado cumplidor para no haber ejecutado su mandato de la manera más estricta. El desventurado va, pues, a través de todos aquellos objetos, que le «hablarán», a encontrarse en el día siguiente al de la muerte de su esposa. ¡Cosa todavía más impresionante! Ni una sola vez me ha hablado de ella, ni ha permitido que iniciara una conversación sobre este tema. Esperemos, no obstante, que se trate únicamente de una ligera y pasajera crisis, y que

con el esfuerzo de todos consigamos serenarle.

Hasta pronto, pues, señora; vencedor o vencido, quedo como siempre su más devoto servidor, y el más respetuoso.

XIX

MARIE-GASTON A LA CONDESA DE L'ESTORADE

Arcis-sur-Aube, 13 de mayo de 1839

Mientras dormíamos, señora, hemos escapado de una buena.

Esta mañana hemos sabido por el telégrafo las increíbles noticias de esos estúpidos revolucionarios y de sus estúpidas algaradas. Ello ha estado a punto de hacer fracasar nuestra elección. Inmediatamente hecha pública la noticia, y pegada por las paredes, por orden del sub-prefecto, el hecho de haber tenido lugar una nueva tentativa de insurrección en París ha sido hábilmente explotado por las gentes del ministerio.

—Elegid a un demócrata —iban repitiendo por todas partes—, y sus discursos no serán otra cosa que balas para cargar los fusiles de los insurgentes.

Y este argumento ha lanzado en medio de nuestra falange el desconcierto y la duda. Felizmente usted recordará, señora, que en la reunión preparatoria se le hizo a Sallenaue una interpelación, que se creía debida a las circunstancias, y que su respuesta fue algo, en cierto modo, profético. Jaime Bricheteau ha tenido la idea de imprimir unas octavillas, inmediatamente distribuidas con profusión:

«UNA SANGRIENTA INSURRECCION HA TENIDO LUGAR EN PARIS. Interpelado sobre el empleo de este procedimiento de oposición culpable y desesperado, uno de los candidatos, el señor de Sallenaue, en el momento mismo en que sonaban los disparos, respondía con estas palabras:...».

Seguían algunas de las frases pronunciadas por Sallenaue, de las cuales ya le di cuenta en una carta anterior. Después, en grandes tipos de imprenta:

«LA INSURRECCION HA SIDO DOMINADA: ¿A QUIEN PODRA APROVECHAR?».

Estas hojas han obrado maravillas y desbaratado los esfuerzos realizados por el señor de Trailles, el cual, desenmascarándose por completo, se ha pasado el día entero discurseando en la plaza del mercado y en la puerta del colegio electoral. Esta noche se han conocido los resultados de la votación: VOTANTES: 201; Besauvisage, 2 votos; Simón Giguet, 29 votos; Sallenaue, 170 votos. En consecuencia, el señor Carlos de Sallenaue ha sido PROCLAMADO DIPUTADO.

Z. MARCAS

A MONSEÑOR
EL CONDE GUILLERMO DE WURTEMBERG

Como una muestra de la respetuosa gratitud del autor.

de Balzac

Jamás he visto una persona, incluyendo a los hombres más notables de esta época, cuyo aspecto fuese tan impresionante como el de este hombre; el estudio de su fisonomía inspiraba, primero, un sentimiento de melancolía y terminaba por producir una sensación casi dolorosa. Existía una cierta armonía entre la persona y el nombre. Aquella Z que precedía al apellido Marcas, que podía leerse en el sobreescrito de las cartas que le eran dirigidas, y que él nunca olvidaba en su firma, aquella última letra del abecedario sugería a nuestro espíritu algo de indefiniblemente fatal.

¡MARCAS^[11]! Repitan ustedes mismos en alta voz este apellido, compuesto de dos sílabas: ¿no encuentran en él un significado siniestro? ¿No les parece que el hombre que lo llevaba debía terminar en el martirio? Aunque raro y salvaje, un tal apellido merece pasar a la posteridad; está bien compuesto, se puede pronunciar fácilmente y posee la brevedad requerida para los apellidos célebres. ¿No es, al mismo tiempo, suave y curioso? Pero ¿no produce también la impresión de algo inacabado? No quisiera afrontar la responsabilidad de negar que los nombres y apellidos ejercen alguna influencia sobre el destino del que los lleva. Entre los sucesos de la vida y los apellidos existen secretas e inexplicables concordancias o discrepancias evidentes y que nos sorprenden; a menudo se revelan en ellos correlaciones lejanas, pero eficaces. Nuestro globo está repleto, todo es posible en él. Quizá algún día tengamos que volver al estudio de las Ciencias Ocultas.

¿No ven ustedes, en la misma construcción de la Z, un aire contrariado? ¿No figura en ella el zig-zag aleatorio de una vida atormentada? ¿Qué viento habrá soplado sobre esa letra que en ninguno de los idiomas donde está admitida encabeza más de cincuenta palabras? Marcas se llamaba Zefirin. San Zefirin es un santo muy venerado en la Bretaña y Marcas era bretón.

Examinemos una vez más este nombre: ¡Z. Marcas! Toda la vida de un hombre puede hallarse en el ensamblaje fantástico de esas siete letras. ¡Siete! Es el más significativo de los números cabalísticos. El hombre murió a los treinta y cinco años de edad, de modo que su vida duró siete lustros. ¡Marcas! ¿No tienen la sensación, al pronunciarlo, de algo precioso que se rompe al caer, con ruido o sin él?

Estaba yo terminando mi carrera de abogado en París, en 1836. Vivía por entonces en la calle de Corneille, en un edificio destinado por entero a residencia de estudiantes, una de esas casas en que hay una especie de escalera de caracol que recibe la luz, primero, de la misma calle, después por unas ventanas que dan al patio y, finalmente, a través de una claraboya. Había en la casa cuarenta habitaciones

destinadas a que las ocupasen estudiantes. ¿Qué podía necesitar la juventud, como no fuese una cama, unas cuantas sillas, una cómoda, un espejo y una mesa, que era todo lo que había en ellas? En cuanto el cielo se muestra azul, el estudiante abre la ventana. Pero en aquella calle no había posibilidad de cortejar a ninguna vecina. Frente a ella se levantaba el Odeón, cerrado desde hacía tiempo, con las grandes paredes que empezaban a ennegrecerse, las pequeñas ventanas de las galerías y su vasto tejado de pizarra. Yo no era lo bastante rico para costearme una buena habitación, ni siquiera podía disponer de una para mí solo. Compartía con Justo una de dos camas, situada en el quinto piso.

A aquel lado de la escalera no había más que nuestra habitación y otra ocupada por Z. Marcas, nuestro vecino.

Justo y yo permanecemos unos seis meses, aproximadamente, en completa ignorancia de aquella vecindad. Una mujer anciana, que cuidaba de la casa, nos había dicho que la pequeña habitación que había al lado de la nuestra estaba alquilada, pero añadió que no nos preocupásemos, que no seríamos molestados en absoluto, pues la persona que la ocupaba era de costumbres muy tranquilas. En efecto, durante seis meses no vimos a nuestro vecino ni oímos ruido en su habitación, a pesar del poco espesor del tabique que nos separaba, una de esas obras de lata, con baño de yeso, tan comunes en las casas de París.

Nuestra habitación, de unos siete pies de altura, estaba empapelada con un papel de ínfima calidad, de color azul, sembrado de ramitos de flores. El suelo, de baldosas de color, ignoraba lo que era el brillo que proporciona un fregado repetido. Ante nuestras camas teníamos una raída y delgada alfombra de paño. La chimenea desembocaba demasiado pronto en el tejado y humeaba de tal modo que nos vimos obligados a hacer colocar un tubo acodado en la parte exterior, a nuestra costa. Las camas eran unos camastros de madera pintada, parecidos a los que hay en los colegios. Sobre la repisa de la chimenea no hubo nunca más que dos candelabros de cobre, con o sin bujías, nuestras dos pipas, tabaco esparcido o en una bolsa y los pequeños montoncitos de ceniza que depositaban en ella nuestras visitas, o que formábamos nosotros mismos al fumar algún cigarro. Sobre la ventana dos cortinas de tela basta, y a cada uno de sus lados dos cuerpos de biblioteca de madera de cerezo, como esos que conocen tan perfectamente quienes han dado un par de vueltas por el barrio latino, y en los cuales colocábamos los pocos libros que necesitábamos para nuestros estudios. La tinta estaba siempre, dentro del tintero, como la lava reseca en el cráter de un volcán. Pero ¿es que en nuestros días los tinteros no pueden convertirse en Vesubios? Las plumas torcidas servían para limpiar los tubos de nuestras pipas. Contrariamente a las leyes del crédito, el papel andaba todavía más escaso que el dinero.

¿Cómo puede esperarse que unos muchachos permanezcan todo el día en semejantes residencias? Por eso los estudiantes estudian en los cafés, en el teatro, en las avenidas del Luxemburgo, en las casas de las modistillas, es decir, en todas partes,

incluso la Facultad de Derecho, excepto en la horrible habitación que tienen alquilada, horrible siempre que se trate de estudiar, encantadora cuando se trata de charlar y de fumar. Pongan un mantel sobre la mesa, coloquen sobre ella la improvisada cena que ha mandado el mejor restaurante del barrio, cuatro cubiertos y dos muchachas, hagan litografiar este cuadro interior y ni siquiera una vieja devota podrá retener una sonrisa.

No pensábamos más que en divertirnos. La razón de nuestra vida desordenada era una consecuencia de lo que la política actual tiene de más serio: ni Justo ni yo veíamos la menor posibilidad de alcanzar una buena posición en las profesiones que nuestras familias nos habían obligado a abrazar. De entre cien médicos o de entre cien abogados sólo uno tiene posibilidades de triunfo. Una espesa multitud obstruye el camino en esas dos carreras, que parece debieran conducir a la fortuna pero que, en realidad, son dos palenques: en ellos se lucha y se mata, no con arma blanca o de fuego, sino con intrigas y calumnias, con denodados esfuerzos, con campañas en el terreno de la inteligencia, tan mortíferas como fueron las de Italia para los soldados de la República. Hoy en día, en que todos los combates se han reducido a combates de la inteligencia, se debe permanecer cuarenta y ocho horas consecutivas sentado en un sillón detrás de una mesa, del mismo modo que antiguamente un general debía permanecer dos días seguidos sobre la silla de su caballo. La afluencia de postulantes ha obligado a la Medicina a dividirse en categorías: hay el médico que escribe, el médico que profesa, el médico político o el médico militante: cuatro distintas maneras de ser médico, cuatro secciones ya completas. En cuanto a una quinta sección, la de los médicos que venden medicamentos, existe en ella una gran competencia y se lucha a golpes de infames pasquines pegados en las paredes de las casas de París. En casi todos los Tribunales hay tantos abogados como causas que defender. El abogado ha tenido que dedicarse al periodismo, a la política, a la literatura. Además, el Estado, agobiado por las solicitudes, se ha visto obligado a tener que exigir una determinada renta para conseguir algún cargo en la Magistratura. La cabeza piriforme del hijo de un tendero rico es preferida a la cabeza cuadrada de un joven con talento, pero que no tiene un centavo. Preocupándose, empleando toda su energía, un joven que parta de cero puede encontrarse, al cabo de diez años, detrás del punto de partida. Hoy el talento debe elevar a su lado a la suerte, que es capaz de hacer triunfar a la incapacidad; más aún, si carece de las miserables condiciones que proporcionan el éxito a la mediocridad rampante, jamás llegará a ser nada.

Si conocíamos perfectamente nuestra época, nos conocíamos también a nosotros mismos y preferíamos la ociosidad del pensador a una actividad sin finalidad, la despreocupación y la entrega a trabajos que sabíamos eran inútiles y que hubiesen agotado nuestro coraje y gastado lo mejor de nuestra inteligencia. Habíamos analizado la situación social entre risas, fumando y paseándonos. Pero no por ello nuestras reflexiones, nuestros razonamientos, eran menos inteligentes ni menos profundos.

Al mismo tiempo que nos dábamos cuenta de la especie de «ilotismo» a que se halla condenada la juventud, estábamos realmente atónitos ante la brutal indiferencia del Poder ante todo lo que se pueda referir a la inteligencia, al pensamiento, a la poesía. ¡Qué miradas cambiábamos Justo y yo al leer los periódicos y enterarnos de los acontecimientos políticos, de los debates en las Cámaras, cuando discutíamos la conducta de una Corte cuya voluntaria ignorancia sólo podría compararse a la ordinariez de los cortesanos, a la mediocridad de los hombres que forman como una valla alrededor del nuevo trono, todos sin inteligencia ni alcances, sin gloria ni ciencia, sin influencia y sin grandeza! La Corte actual, si es que se trata de una Corte, constituye el mejor elogio para la de Carlos X. ¡Qué odio contra el país, al naturalizar a extranjeros sin capacidad y entronizarlos en la Cámara de los Pares! ¡Qué negación de la Justicia! ¡Qué insulto a las jóvenes inteligencias, a las ambiciones nacidas en nuestra tierra! Contemplábamos todas estas cosas como un espectáculo y nos lamentábamos de ellas sin tomar ninguna decisión en algo que nos afectaba a nosotros mismos.

Justo, a quien nadie había ido a buscar y que era incapaz de buscar a nadie, era, a los veinticinco años, un político profundo, un hombre de maravillosa capacidad para descubrir las relaciones últimas entre los hechos presentes y los hechos futuros. En 1831 me predijo lo que iba a suceder y que, efectivamente, ha sucedido: los asesinatos, las conspiraciones, el reinado de los judíos, la asfixia de Francia, la terrible miseria de inteligencias en las esferas superiores y la abundancia de talentos en los bajos fondos sociales, donde los valores más preclaros se apagan bajo las cenizas de un cigarro. ¿Qué hacer? Su familia quería que fuese médico. Y ser médico ¿no significaba, acaso, estar esperando durante veinte años la formación de una clientela? ¿Saben ustedes lo que terminó siendo? Pues bien, fue médico, pero se ha marchado de Francia, se ha ido a Asia. En estos momentos quizá esté sucumbiendo de fatiga en algún desierto o agonizando a causa de las heridas que le haya infligido una horda bárbara, salvo que sea primer ministro de algún príncipe de la India. En cuanto a mí, mi vocación se dirige a todo lo que se refiere a la acción. Cuando salí del colegio, a los veinte años, me prohibieron ingresar en la carrera militar, so pena de tener que iniciarla como simple soldado; y cansado de la triste perspectiva que presenta la profesión de abogado, he ido adquiriendo los conocimientos necesarios para ser marino. Imito a Justo, voy a desertar de Francia, donde se malgasta, en la lucha para encontrar una plaza, el tiempo y la energía que serían necesarios para más altas creaciones. Imítenme ustedes, amigos míos. Parto hacia donde cada cual puede ser libre de escoger su propio destino.

Tan decisivas determinaciones fueron tomadas fríamente en aquella reducida habitación de la residencia de la calle Corneille, o bien mientras íbamos al baile Musard, cortejábamos a alegres muchachas o llevábamos una vida alocada y despreocupada en apariencia. Nuestras decisiones, nuestras reflexiones, estuvieron mucho tiempo como flotando en el aire. Marcas, nuestro vecino, fue, en cierto modo,

el guía que nos condujo hasta el borde del precipicio o del torrente y que nos hizo darnos cuenta de sus dimensiones, el que nos hizo ver, por anticipado, cuál sería nuestro destino si no nos revolvíamos contra él. Él fue quien nos puso en guardia contra esas transacciones que se hacen con la miseria, y que sanciona la esperanza, el aceptar situaciones precarias de las que se deriva tan larga serie de dificultades cuando nos dejamos llevar por la vida de París, por esta gran cortesana que nos capta y nos abandona, que nos sonrío y nos vuelve la espalda con la misma facilidad, que desgasta las más firmes voluntades por medio de esperas engañosas y en la que el Infortunio puede ser disipado únicamente por el Azar.

Nuestro primer encuentro con Marcas nos causó una especie de deslumbramiento. Cuando regresábamos de nuestras respectivas Facultades, antes de la hora de la cena, acostumbábamos a subir a nuestra habitación y permanecíamos en ella un rato, esperándonos el uno al otro para saber si algo había cambiado en nuestros planes para la velada. Un día, a las cuatro, Justo vio a Marcas en la escalera; yo me encontré con él en la calle. Estábamos entonces en el mes de noviembre, pero Marcas no llevaba abrigo; calzaba unos zapatos con gruesas suelas, un pantalón de lana, un levitón de color azul, abrochado hasta el cuello, y un cuello rígido que le prestaba aspecto casi militar, tanto más cuanto que usaba también corbata negra. Ese atuendo nada tenía de extraordinario, pero concordaba perfectamente con el aspecto general de aquel hombre y con su fisonomía. Mi primera impresión, al verlo, no fue de sorpresa ni de estupefacción, tristeza, interés o piedad, sino más bien una curiosidad que encerraba un poco de todos estos sentimientos. Andaba lentamente, con paso que revelaba una profunda melancolía, la cabeza inclinada hacia adelante, pero no con la cabeza baja como los que se saben culpables de algo. Su cabeza, grande y maciza, que parecía encerrar todos los tesoros de un ambicioso de primer orden, estaba como repleta de pensamientos; sucumbía al peso de un dolor moral, pero en sus rasgos no aparecía el más mínimo indicio de remordimiento. En cuanto a su cara, podrá ser descrita con una sola frase. Según una creencia bastante popularizada, todas las caras humanas tienen cierto parecido con la de algún animal. El animal de Marcas era el león. Sus cabellos formaban una auténtica melena, su nariz era corta, aplastada, ancha y hendida en su punta, como la de los leones, tenía la frente partida por un profundo surco en el centro, como la de un león, y quedaba dividida en dos lóbulos pronunciados. Finalmente, sus pómulos, que lo enjuto de sus mejillas hacían todavía más salientes, su enorme boca y sus mejillas surcadas de arrugas, ofrecían un fiero diseño, y para que el parecido fuera más evidente, estaban coloreadas por tonos amarillentos. Aquella cara, casi terrible, estaba iluminada como por dos faros, por dos ojos negros, pero de una infinita dulzura, tranquilos, profundos, repletos de pensamientos. Si me es permitido expresarme así, aquellos ojos eran dos ojos humillados. Marcas sentía como una especie de miedo a mirar, menos por él que por aquellos sobre quienes posaba aquella mirada fascinadora; poseía algo así como un poder mágico y no deseaba ejercerlo; eludía los viandantes y parecía temblar ante el

temor de ser observado. Aquello no era, desde luego, modestia sino resignación, pero no la resignación cristiana, que implica caridad, sino más bien una resignación aconsejada por la razón cuando nos ha demostrado la inutilidad momentánea del talento, la imposibilidad de penetrar y vivir en el medio que nos es propio. Aquella mirada, en determinados momentos, podía despedir centellas. De aquella boca podía salir una voz atronadora y se parecía mucho a la de Mirabeau.

—Acabo de ver en la calle a un hombre extraordinariamente curioso —le dije a Justo al entrar en la habitación.

—Debe de tratarse de nuestro vecino —me respondió Justo, que me describió de la manera más trágica al hombre con quien me había encontrado.

—Un hombre que vive como un crustáceo tenía que ser así —concluyó.

—¡Cuánta bajeza y cuánta grandeza!

—Una cosa es consecuencia de la otra.

—¡Cuántas esperanzas arruinadas! ¡Cuántos proyectos abortados!

—¡Siete leguas de ruinas! Obeliscos, palacios, torres: las ruinas de Palmira en el desierto —me dijo Justo, riendo.

Apodamos a nuestro vecino *Las Ruinas de Palmira*. Cuando salimos para ir a cenar al triste restaurante de la calle de la Harpe en el cual teníamos un abono, preguntamos el nombre del señor del 37 y nos enteramos entonces de que llevaba ese tan prestigioso de Z. Marcas. Como niños que éramos, repetimos más de cien veces y con las inflexiones más variadas, jocosas o melancólicas, aquel nombre cuya pronunciación tanto se prestaba a nuestro juego. Hubo momentos en que Justo llegó a lanzar la Z como un cohete, y después de haber desplegado brillantemente la primera sílaba del apellido, describía su caída por medio de la brevedad apagada con que pronunciaba la última.

—Ah, ¿dónde y cómo vive ese hombre?

De esta pregunta al inocente espionaje que aconseja la curiosidad no hubo más que el intervalo necesario para la ejecución de nuestro proyecto. En vez de dar vueltas por las calles, regresamos a casa, provisto cada uno de nosotros de una novela. Y nos pusimos a leer, escuchando. Oímos, en el silencio absoluto de nuestras buhardillas, el rumor monótono y suave de un hombre que duerme.

—Está durmiendo —le dije a Justo, al darme cuenta de este hecho antes que él.

—Y son las siete —me hizo observar el doctor.

Así llamaba yo a Justo, que como desquite me llamaba guardasellos.

—Hay que ser muy desdichado para dormir tanto como duerme nuestro vecino —dije saltando sobre la cómoda con un cuchillo en cuyo mango había un saca-corchos.

Hice en la parte alta del tabique un agujero redondo, del tamaño de una moneda de cinco sueldos. No había pensado que la habitación de al lado debía estar a oscuras y al aplicar el ojo al agujero no pude ver más que tinieblas. Cuando, hacia la una de la madrugada, estábamos terminando de leer las novelas y empezábamos a desnudarnos, oímos ruido en la habitación de nuestro vecino; se levantó, encendió un fósforo y con

él una vela. Volví a encaramarme sobre la cómoda. Pude ver entonces a Marcas, sentado ante la mesa y copiando documentos procesales. Su habitación era como la mitad de la nuestra y la cama llenaba un hueco cerca de la puerta, ya que el espacio que ocupaba el pasillo era a costa de su cuchitril; pero el terreno sobre el cual estaba construida la casa debía de tener forma truncada, pues la pared maestra terminaba en forma de trapecio, precisamente en su buhardilla. No había en ella chimenea, sino una pequeña estufa de loza blanca, adornada con dibujos verdes, cuyo tubo salía al exterior por el techo. La ventana, abierta en la pared, ostentaba unos miserables cortinones de color rojizo. Un sillón, una mesa y una destartalada mesilla de noche componían todo el mobiliario. Colgaba la ropa de una percha. El papel que recubría las paredes era verdaderamente horroroso. Evidentemente, antes de que Marcas alquilara la habitación, ésta no había sido ocupada por nadie, como no fuera algún criado de la casa.

—¿Qué hace? —me preguntó el doctor al verme descender del observatorio.

—Míralo tú mismo —le contesté.

Al día siguiente por la mañana, a las nueve, Marcas seguía en la cama. Había desayunado un pedazo de salchichón: pudimos ver en un plato, entre migas de pan, algunos restos de aquel alimento, que nos era bien conocido. Marcas dormía. No se despertó hasta las once. Reanudó la copia del documento, iniciada durante la noche y que seguía sobre la mesa. Al bajar, preguntamos el precio del alquiler de aquella habitación y nos enteramos de que costaba quince francos al mes. En pocos días estuvimos al corriente del género de vida que llevaba Marcas. Hacía copias a tanto la pieza, sin duda por cuenta de algún copista que tenía su establecimiento en el patio de la Sainte-Chapelle; trabajaba durante la mitad de la noche; después de haber dormido desde las seis hasta las diez, reanudaba el trabajo y escribía hasta las tres de la tarde; salía entonces para ir a llevar las copias hechas e iba a comer a casa de Mizerai, en la calle Michelle-Comte, a razón de nueve sueldos por comida; después regresaba a su casa y se acostaba a las seis de la tarde. Quedó demostrado que Marcas no pronunciaba quince frases en un mes, que no hablaba con nadie ni se dirigía una sola palabra a sí mismo mientras estaba en su horrible cuchitril.

—Decididamente, las ruinas de Palmira son terriblemente silenciosas —comentó Justo.

Aquel silencio en un hombre cuyo exterior era tan imponente tenía algo de profundamente significativo. A veces, al encontrarnos con él, intercambiábamos miradas llenas de intención, pero jamás fueron seguidas de clase alguna de protocolo. Insensiblemente, aquel hombre se fue convirtiendo en objeto de una íntima admiración, sin que pudiéramos explicarnos la causa de ello. ¿Era debido a sus costumbres secretamente sencillas? ¿Era por aquella regularidad monástica, por aquella frugalidad solitaria o por aquel trabajo insípido que permitía a la imaginación permanecer neutral o ejercitarse y que revelaba la espera de algún acontecimiento venturoso o de alguna decisión ya tomada respecto a la vida? Después de habernos

paseado durante mucho tiempo por las ruinas de Palmira, las olvidamos. ¡Éramos jóvenes! Llegó el Carnaval, este Carnaval parisién que llegará a superar al famoso Carnaval de Venecia y que dentro de unos años atraerá a París a Europa entera, a no ser que algún malhadado prefecto de Policía lo impida. Durante la época de Carnaval debería autorizarse el juego; pero los ingenuos moralistas que han hecho que el juego fuera prohibido no son más que unos calculadores imbéciles que no se acordarán de restablecer esta plaga social mientras no se den cuenta de que Francia deja algunos millones al año en Alemania.

El alegre Carnaval tuvo como consecuencia, igual que para la mayoría de los estudiantes, la de sumirnos en una gran miseria. Nos habíamos desprendido de todos los objetos de lujo, habíamos vendido algún traje, algún par de zapatos, algún chaleco sobrante y todo lo que teníamos repetido, excepto los amigos. Comíamos pan y un poco de embutido, andábamos con precaución, nos pusimos a trabajar —pues debíamos dos meses de alquiler— y estábamos seguros de que en la portería cada uno de nosotros tenía una nota compuesta de más de sesenta u ochenta líneas, cuyo total debía ascender a cuarenta o cincuenta francos. No nos mostrábamos alegres ni bruscos al atravesar el descansillo cuadrado que se hallaba en la parte baja de la escalera, y a menudo lo franqueábamos de un salto, desde el último peldaño hasta la acera de la calle. El día en que faltó tabaco para nuestras pipas nos dimos cuenta de que hacía varios que comíamos el pan sin mantequilla. La tristeza que nos sobrecogió fue algo inmenso.

—¡Se terminó el tabaco! —dijo el doctor.

—¡Se terminó lo de llevar abrigo! —dijo el guardasellos.

—¡Ah, desdichados, tendréis que vestir como postillones! Habéis querido vivir a lo grande, cenar por la mañana y almorzar por la noche en casa de Véry y hasta alguna vez en el *Rocher de Cancalle*; pues ahora, pan seco, caballeros. Deberían ustedes —añadí yo alzando la voz—, dormir debajo de la cama, puesto que son indignos de dormir encima de ella...

—Sí, guardasellos, tienes razón, pero se acabó el tabaco —dijo Justo.

—Ha llegado la hora de escribir a nuestras tías, a nuestras hermanas, a nuestras madres, descubriéndoles que no tenemos ropa para ponernos, que el andar por París es capaz de gastar ropa hecha con alambre tejido. Resolveremos un arduo problema de Química si podemos transformar la ropa en dinero.

—Pero debemos vivir hasta que llegue la respuesta.

—Pues no hay más remedio que ir a pedir un empréstito a alguno de nuestros amigos que no haya agotado todavía su capital.

—¿Y qué crees poder encontrar?

—¡Toma, diez francos! —contesté con orgullo.

Marcas había oído toda la conversación: era mediodía, llamó a nuestra puerta, y nos dijo:

—Señores, aquí tienen ustedes algo de tabaco; ya me lo devolverán en cualquier

ocasión.

Quedamos estupefactos, no de la oferta, que fue aceptada inmediatamente, sino de la riqueza, de la intensidad y de la plenitud de aquel órgano, que sólo podía compararse con la cuarta cuerda del violín de Paganini. Marcas desapareció sin esperar nuestro agradecimiento. Le vimos marchar, Justo y yo, en el más profundo silencio. ¡Ser socorridos por alguien evidentemente mucho más pobre que nosotros! Justo se puso a escribir a todas las personas de su familia y yo me encaminé a negociar el empréstito. Encontré veinte francos en casa de un paisano. En aquellos desdichados buenos tiempos se jugaba aún, el juego estaba vivo, y por sus duras venas, duras como las gangas del Brasil, veían los jóvenes, arriesgando poco, la posibilidad de ganar algunas monedas de oro. Mi paisano tenía tabaco turco importado de Constantinopla por un marino y me dio tanto como habíamos recibido de Z. Marcas. Transporté el rico cargamento hasta nuestro puerto y fuimos, triunfalmente, a devolver a nuestro vecino una rubia peluca de tabaco turco, en vez del tabaco de hebra que nos había prestado.

—Veo que no han querido deberme nada —dijo—, han querido devolverme oro en lugar de cobre, son ustedes unos niños..., unos buenos niños...

Estas frases, pronunciadas en tonos diferentes, fueron diversamente acentuadas. Las palabras no tenían significado alguno, pero el acento... ¡ah!, el acento nos hacía sentirnos como si hubiésemos sido amigos desde hacía diez años. Marcas había escondido las copias de los documentos al oírnos llegar y comprendimos que hubiera sido indiscreto hablar de sus medios de existencia y hasta experimentamos una especie de vergüenza por haberle estado espiando. El armario de su habitación permanecía abierto y dentro de él sólo podían verse dos camisas, una corbata blanca y una navaja de afeitar. La navaja me hizo experimentar un escalofrío. Encima de la ventana aparecía colgado un espejo que podía costar cien sueldos. Los gestos sencillos y extraños de aquel hombre tenían una grandeza selvática. El doctor y yo nos miramos como para preguntarnos lo que teníamos que contestar. Justo, al verme callado, preguntó jocosamente a Marcas:

—¿El señor se dedica al cultivo de la literatura?

—¡Me guardo muy mucho de ello! —contestó Marcas—. No sería tan rico.

—Tenía entendido —dije yo— que únicamente la Poesía, en los tiempos que corremos, era capaz de proporcionar tan pésimo alojamiento como el que disfrutamos todos nosotros.

Mi reflexión hizo sonreír a Marcas y aquella sonrisa prestó cierto encanto a su amarilla faz.

—La ambición no es menos severa para los que no tienen éxito en la vida —dijo él—. Así, pues, ustedes que la están empezando, deben procurar seguir el camino trillado. No piensen en ser seres superiores, pues estarían perdidos.

—¿Acaso nos aconseja seguir en la misma situación en que estamos? —dijo el doctor, sonriendo.

La juventud tiene en sus bromas una gracia tan comunicativa e infantil que la frase de Justo hizo sonreír nuevamente a Marcas.

—¿Qué acontecimientos han podido imbuirle a usted tan horrible filosofía? — pregunté.

—He olvidado una vez más que el azar es el resultado de una inmensa ecuación, de la cual no conocemos todas las incógnitas. Cuando se parte de cero para llegar a la unidad las posibilidades son incalculables. Para los ambiciosos París es una inmensa ruleta ante la que todos los jóvenes creen poseer un secreto para ganar.

Nos tendió el tabaco que yo le había llevado para invitarnos a fumar con él, el doctor fue a buscar nuestras pipas, Marcas rellenó la suya y después vino a nuestra habitación, llevando con él el tabaco y tomó asiento. En su habitación no había más que una silla y un sillón. Ligero como una ardilla, Justo desapareció y volvió a aparecer, acompañado de un muchacho que traía tres botellas de vino de Burdeos, queso de Brie y pan.

—¡Vaya —exclamé yo para mí, sin equivocarme en un sueldo—, se ha gastado quince francos!

En efecto, Justo dejó sobre la repisa de la chimenea cien sueldos.

Existen diferencias inconmensurables entre el hombre social y el hombre que vive más cercano a la Naturaleza. Una vez capturado, Toussaint Louverture murió sin proferir una sola palabra. Napoleón, cuando lo encerraron en una isla rocosa, empezó a charlar como una comadre, pretendió dar explicaciones. Z. Marcas cometió, aunque fuese en provecho nuestro, la misma equivocación. El silencio y la compleja majestad únicamente pueden hallarse en el salvaje. No hay un solo criminal que, pudiéndose llevar sus secretos con su cabeza al interior de la cesta roja, no experimente la necesidad, puramente social, de revelárselos a alguien. Pero me equivoco. Nosotros hemos visto a uno de los iraqueses del faubourg Saint-Marceau colocar la naturaleza parisién a la misma altura que la naturaleza salvaje: un hombre, un republicano, un conspirador, un francés, un anciano, ha sobrepasado todo cuanto nos era conocido sobre la firmeza de los negros y cuanto Cooper ha atribuido a los pieles rojas en cuanto se refiere a calma y desprecio en medio de sus calamidades. Morey, aquel Guatimozin de la Montaña, se mantuvo en una actitud totalmente única en los anales de la Justicia europea. He aquí lo que nos contó Marcas durante aquella tarde, mezclando su narración con rebanadas de pan y queso y humedeciéndola con vasos de vino. A ratos, los fiacres que atravesaban la Plaza del Odeón, los ómnibus y otros carruajes, lanzaban sus ruidos sordos, como para atestiguar que París seguía estando allí.

Su familia era originaria de Vitré, donde su padre y su madre vivían de una renta de mil quinientos francos anuales. Había cursado sus estudios gratuitamente en un seminario, pero se había negado a ordenarse sacerdote. Poseído de una gran ambición, había venido a París a pie, a los veinte años de edad, con una fortuna de doscientos francos. Había cursado la carrera de Derecho, trabajando,

simultáneamente, en casa de un procurador donde se había convertido en primer pasante. Era doctor en Derecho, tenía conocimientos de la antigua y de la moderna legislación y podía enfrentarse con los más célebres abogados. Conocía el derecho de gentes, así como todos los Tratados europeos y las costumbres internacionales. Había estudiado los hombres y las cosas en cinco capitales: Londres, Berlín, San Petersburgo y Constantinopla. Nadie conocía como él los precedentes de la Cámara. Durante cinco años había sido redactor parlamentario de un periódico. Podía improvisar, hablaba perfectamente y podía estar haciéndolo durante largo rato con aquella voz agradable y profunda que tanto nos había impresionado. Nos demostró, con la narración de su vida, que era un gran orador, un orador conciso, grave y, no obstante, de una elocuencia penetrante: tenía algo de Berryer por el ardor, por la pasión que ponía en sus palabras, esa pasión que tanto gusta a las masas; tenía algo de Thiers por la elegancia y por la habilidad; pero era menos difuminado, tenía menos dificultades para llegar a una conclusión; podría pasar bruscamente al Poder sin sentirse comprometido por las doctrinas propias de un hombre de la oposición y que más tarde perjudican a un hombre de Estado.

Marcas había aprendido todo lo que realmente debe saber un hombre de Estado; así pues, quedó extraordinariamente estupefacto cuando tuvo ocasión de comprobar la profunda ignorancia de los nuevos gobernantes de Francia. Si su vocación le había aconsejado dedicarse al estudio, la Naturaleza se le había mostrado pródiga, ya que le había concedido todo eso que no se puede adquirir: una rápida penetración, dominio de sí mismo, destreza de espíritu, rapidez de juicio, decisión y, sobre todo, lo que constituye el genio de los hombres: la fecundidad de medios.

Cuando se creyó en posesión de suficiente bagaje, Marcas encontróse con que Francia se hallaba corroída por divisiones intestinas a causa del triunfo de la rama de Orleans sobre la primogénita. Evidentemente, el terreno de las luchas políticas ha cambiado. La guerra civil no puede durar mucho tiempo, pues en provincias no encontrará ambiente. En Francia no habrá ya más que un solo combate, y de poca duración, que tendrá lugar en la misma sede del Gobierno y terminará la guerra moral que las inteligencias escogidas habrán preparado con anterioridad. Este estado de cosas durará mientras Francia tenga este singular sistema de Gobierno, que no ofrece analogía con el de ningún otro país, pues no hay la menor equivalencia entre el sistema inglés y el nuestro, del mismo modo que no lo hay entre su territorio y el francés. El puesto de Marcas estaba, por lo tanto, en la prensa política. Pobre y sin posibilidades de ser elegido diputado, debía hacerse notar de modo súbito. Se decidió a aceptar el más costoso sacrificio que se pueda exigir a un hombre de cualidades superiores, el de subordinarse a un diputado rico y ambicioso, para el cual trabajó. Nuevo Bonaparte, buscó su Barras; aquel nuevo Gilbert esperaba encontrar su Mazarino. Prestó servicios inmensos; los prestó, pero nadie se enteró de ellos, no se hacía el importante ni se quejaba de la ingratitud; los prestaba con la esperanza de que su protector le situara en posición de poder ser elegido diputado: Marcas no

deseaba más que el préstamo que necesitaba para adquirir una casa en París, para satisfacer las exigencias de la Ley. Ricardo III no quería otra cosa que un caballo.

En cinco años Marcas creó una de las cincuenta pretendidas capacidades políticas, que constituyen las raquetas con que manos poco limpias se devuelven unas a otras las carteras ministeriales, absolutamente igual que un director de marionetas hace luchar, el uno contra el otro, al Comisario y a Polichinela en su teatro al aire libre, en espera constante de una buena recaudación. Aquel hombre no existía más que gracias a Marcas; pero poseía la inteligencia necesaria para conocer el verdadero valer de su mentor, para saber que Marcas, una vez llegado al éxito, seguiría siendo un hombre necesario, mientras que él sería deportado a las regiones polares o al Luxemburgo. Resolvió, pues, colocar obstáculos invencibles en el camino de su mentor y escondió aquel designio tras de las fórmulas de un afecto y una confianza absolutos. Como todos los hombres mezquinos, supo disimular a las mil maravillas; después, ganando terreno en la carrera de la ingratitud, comprendió que debía matar a Marcas si no quería que Marcas le matara a él. Aquellos dos hombres, tan unidos en apariencia, se odiaban desde que el uno hubo engañado la primera vez al otro. El hombre de Estado llegó a formar parte de un Ministerio y Marcas continuó en la oposición para evitar que atacaran a su ministro, para el cual, por medio de un esfuerzo dialéctico, consiguió que fuese elogiado por la misma oposición. A fin de librarse de la obligación de recompensar a su lugarteniente, el hombre de Estado objetó que era prácticamente imposible colocar de repente, sin algunos hábiles preparativos, a un hombre de la oposición. Marcas había confiado en conseguir una plaza y alcanzar, por medio de un matrimonio, la tan deseada elegibilidad. Contaba treinta y dos años y preveía la disolución de la Cámara. Después de haber cogido al ministro en flagrante delito de mala fe, le hizo caer o, por lo menos, contribuyó mucho a su caída y lo arrastró por el fango.

Todo ministro caído debe, para recuperar el poder, mostrarse impresionante; aquel hombre, a quien la facundia real había embriagado, que durante mucho tiempo se había creído ministro, reconoció sus errores; al confesarlos, prestó algún dinero a Marcas, que había contraído deudas durante aquella lucha. Apoyó al periódico donde trabajaba Marcas e hizo que le fuera confiada la dirección. Mientras seguía despreciando a aquel hombre, Marcas, que recibía lo que en cierto modo podría calificarse de arras, consintió en aparentar que hacía causa común con el ministro caído. Sin mostrar todavía todos los recursos de su superioridad, Marcas se descubrió más que la primera vez. Reveló la mitad de sus posibilidades; el Ministerio no duró más que veinticuatro días, fue devorado. Marcas, que estaba en relación con varios diputados, los había moldeado como si fueran de yeso, dejando en todos ellos una alta idea de su talento. Su fantoche formó parte nuevamente de un ministerio y el periódico se hizo ministerial. El ministro fusionó aquel periódico con otro, únicamente para poder anular a Marcas, que con dicha fusión tuvo que ceder la plaza a un competidor rico e insolente, cuyo apellido era ya conocido y que tenía, desde

hacía algún tiempo, un pie en el estribo. Marcas volvió a caer en la más profunda miseria y su altanero protector sabía perfectamente en qué abismo le hundía. ¿Adónde ir? Los periódicos ministeriales, advertidos secretamente, no querían saber nada de él. Los periódicos de la oposición sentían verdadera repugnancia a recibirle en sus redacciones. Marcas no podía acercarse a los republicanos ni a los legitimistas, dos partidos cuyo triunfo sería el final del actual estado de cosas.

—Los ambiciosos aman a la actualidad —nos dijo, sonriendo.

Fue malviviendo merced a algunos artículos sobre temas comerciales. Trabajó en una de esas enciclopedias que la especulación, y no la Ciencia, ha intentado producir. Finalmente, apareció un periódico que no debía alcanzar más de dos años de vida, pero que aceptó la colaboración de Marcas; a partir de entonces renovó sus relaciones con los enemigos del ministro y pudo entrar a formar parte del grupo que deseaba la caída del Ministerio; en cuanto su zapapico pudo trabajar quedó demolida la Administración.

El periódico de Marcas desapareció al cabo de seis meses y no pudo encontrar un empleo en ninguna otra parte. Se decía de él que era un hombre peligroso y le mordió la calumnia: acababa de aniquilar una inmensa operación financiera e industrial con unos cuantos artículos y un panfleto. Se decía que era el órgano de un banquero, que le había pagado con esplendidez y sin duda esperaba algunos favores más como recompensa a su trabajo. Desengañado de los hombres y de las cosas, cansado de una lucha que duraba ya cinco años, Marcas, considerado más bien como un *condottiero* que como un gran capitán, agobiado por la necesidad de ganarse el pan de cada día, lo cual le impedía progresar en su carrera, desolado al ver la influencia del dinero sobre las ideas, enfrentado con la miseria más humillante, se había retirado a su buhardilla para ganar treinta sueldos diarios, que era la suma estrictamente necesaria para cubrir sus necesidades más perentorias. La meditación había creado verdaderos desiertos alrededor suyo. Leía los periódicos para estar al corriente de los acontecimientos. Pozzo di Borgo se halló también, durante cierto tiempo, en la misma situación. Sin duda estaba meditando un serio plan de ataque. Quizá se estaba acostumbrado al disimulo y se castigaba a sí mismo por sus errores con un silencio pitagórico. No nos dio ninguna razón que explicara su conducta.

Es imposible explicar a ustedes las escenas de alta comedia que se esconden en esta especie de síntesis algebraica de una vida; las inútiles acciones realizadas ante la fortuna que se desvanece, las largas persecuciones a través de la selva ciudadana, las carreras del que busca un empleo sin aliento, las tentativas frente a personajes imbéciles, los proyectos que abortan por el influjo de una mujer inepta, las conferencias con tenderos que sólo piensan en que los fondos que proyectan invertir les reporten a la vez un palco gratis en el teatro, un título de par y unos intereses exorbitantes; las esperanzas que alcanzan la cima para caer después en el fondo de un precipicio; los prodigios realizados para conseguir una transacción entre intereses opuestos que se vuelven a enfrentar al cabo de una semana; el disgusto continuo de

ver a un estúpido condecorado con la Legión de Honor o a un vulgar empleado preferido a un hombre de talento; luego, lo que Marcas calificaba de estratagemas de la estupidez: golpean a un hombre que parece convencido e inclina la cabeza, creen que todo va a arreglarse, pero al día siguiente aquella goma elástica, comprimida por un instante, ha recobrado durante la noche su antiguo ser, incluso ha aumentado de tamaño y hay que empezar de nuevo; se vuelve a la carga hasta que queda uno convencido de que no está tratando con un hombre, sino con una masilla que se seca al sol.

Aquellos mil contratiempos, aquella inmensa pérdida de energía humana empleada en cosas estériles, la dificultad de realizar el bien, la increíble facilidad de hacer el mal; aquellas dos importantes partidas que por dos veces había ganado y por dos veces había perdido; el odio de un hombre de Estado, con cabeza de madera y máscara pintarraja, que usaba peluca pero en quien creía ver la gente todas esas cosas, grandes y pequeñas, no habían descorazonado sino tan sólo abatido momentáneamente a Marcas. En los días en que había pasado el dinero por sus manos no había sabido retenerlo; se había procurado el celestial placer de enviarlo todo a su familia, a sus hermanas, a sus hermanos, a su anciano padre. Él, parecido a Napoleón en la desgracia, sólo tenía necesidad de treinta sueldos diarios y cualquier hombre con energía puede ganar treinta sueldos diarios en París.

Cuando Marcas hubo terminado de contarnos su vida —narración que estuvo entremezclada de reflexiones, cortada por unas máximas y observaciones que descubrían a un gran político—, bastaron algunas preguntas, algunas explicaciones mutuas sobre la marcha de las cosas en Francia y en Europa, para que quedara bien patente ante nosotros que Marcas era un auténtico hombre de Estado, pues los hombres pueden ser juzgados rápida y fácilmente cuando consienten en adentrarse por el terreno de las dificultades; para los hombres superiores existen los *Shibolet*, y nosotros formábamos parte de la tribu de los modernos levitas, aunque no hubiésemos entrado todavía en el Templo. Como ya he explicado a ustedes, nuestra vida frívola encubría los designios que Justo ha realizado ya y que yo voy a poner en ejecución.

Después de la extensa conversación sostenida, salimos los tres juntos y nos fuimos, en espera de la hora de cenar, a pasear, a pesar del frío, por los jardines del Luxemburgo. Durante el paseo la conversación, siempre seria, tocó los puntos dolorosos de la situación política. Cada uno de nosotros aportó su frase, su observación o su palabra, su broma o su máxima. Ya no se trataba exclusivamente de hablar sobre la vida en las proporciones colosales que acababa de utilizar Marcas, soldado de las lides políticas. Tampoco se trataba del horrible monólogo del navegante naufragado en la buhardilla de la calle Corneille, sino de un diálogo en el cual, dos jóvenes instruidos, que habían juzgado ya su época, buscaban, bajo la dirección y la guía de un hombre de talento, hacer un poco de luz en su propio futuro.

—¿Por qué —le preguntó Justo— no esperó usted pacientemente su ocasión y no

imitó al único hombre que, después de la Revolución de Julio, ha sabido sostenerse siempre a flote?

—¿No os he dicho que jamás se conocen las raíces del Azar? Carrel se hallaba en una posición idéntica a la de ese orador de quien me habláis. Este triste joven, este espíritu amargo, llevaba todo un gobierno dentro de su cerebro; ese otro de quien me habláis no tiene más pensamiento que el de subir un peldaño más a cada acontecimiento político; de los dos, Carrel era el hombre fuerte. Pues bien, el uno fue ministro, y Carrel sigue siendo un simple periodista: el hombre incompleto, pero sutil, existe. Carrel está muerto. Debo haceros observar que ese hombre de quien hablamos ha empleado quince años de su vida en recorrer el camino que ha recorrido y que, actualmente, sigue haciendo camino; es posible que durante él sea atrapado y destrozado entre dos carretas repletas de intrigas en la ancha carretera que conduce al Poder. No tiene casa, no tiene, como Metternich, el favor de Palacio o, como Villèle, el techo protector de una compacta mayoría. No creo que dentro de diez años pueda subsistir la actual forma de Gobierno. Así, pues, suponiendo tan triste suerte, no he llegado a tiempo, pues para no ser barrido por el movimiento que preveo debería estar ocupando una posición más elevada.

—¿Qué movimiento? —preguntó Justo.

—AGOSTO de 1830 —respondió Marcas con tono solemne, extendiendo la mano en dirección a París—. Un *agosto* fruto de la juventud que ha atado las gavillas de la inteligencia, que ha madurado la mies, pero que ha olvidado por completo la parte que le corresponde a la juventud y a la inteligencia. La juventud estallará como la caldera de una máquina de vapor. La juventud no tiene porvenir en Francia, amasa toda una enorme cantidad de capacidades que nunca llegan a ser reconocidas, de legítimas ambiciones e inquietudes; pocos se casan y las familias no saben qué hacer con sus hijos; cuál será el próximo motivo que hará mover estas masas, no lo sé; pero sí estoy cierto de que se precipitarán violentamente contra el actual estado de cosas y lo derribarán. Existen unas leyes de la fluctuación que rigen las generaciones y que el Imperio Romano desconocía cuando llegaron los bárbaros. Hoy día los bárbaros son las inteligencias. Las leyes del recipiente demasiado lleno actúan en estos momentos lentamente, sordamente, entre nosotros. El gobierno es el gran culpable, ignora los dos grandes Poderes a que se lo debe todo, se ha dejado atar de manos por los absurdos contenidos en el contrato y se está preparando para desempeñar el papel de víctima; Luis XIV, Napoleón e Inglaterra, se mostraron ávidos de juventud e inteligencia. En Francia la juventud está condenada por la nueva legalidad, por las defectuosas condiciones del principio electivo y por los vicios de la Constitución. Al examinar la composición de la Cámara electiva, no encontraréis en ella un solo diputado con menos de treinta años: la juventud de Richelieu y de Mazarino, la juventud de Turenne y de Colbert, la juventud de Pitt y de Saint-Just, la de Napoleón o la del príncipe de Metternich no hallarían sitio en ella. Burke, Sheridan y Fox no podrían sentarse en ella. Se habría podido establecer la mayoría de edad política a los

veintiún años y suprimir todas las trabas y condiciones para ser elegido, pero las provincias habrían enviado a los mismos diputados actuales, personas sin talento político, incapaces de hablar sin hacer trizas la Gramática y entre los cuales, al cabo de diez años, apenas ha salido un solo hombre de Estado. Es posible entrever los motivos que producirán una circunstancia futura, pero es imposible predecir la circunstancia en sí. En estos momentos están empujando a toda la juventud a que se haga republicana porque deseará y esperará ver en la República su propia emancipación. Se acordará de los tiempos de los jóvenes representantes del pueblo y de los generales de menos de treinta años. La imprudencia del Gobierno sólo es comparable a su avaricia.

Aquel día tuvo una gran influencia en nuestra existencia; Marcas nos reafirmó en nuestro deseo de salir de Francia, país en donde las inteligencias jóvenes, llenas de actividad, se ven aplastadas bajo el peso de las mediocridades recién llegadas, envidiosas, insaciables.

Cenamos juntos en la calle de la Harpe. Entre nosotros no hubo para él, desde entonces, más que un respetuoso afecto; en él, hacia nosotros, la más activa protección en el orden de las ideas. Aquel hombre lo sabía todo, lo había profundizado en todo. Estudió en provecho nuestro el mundo político y buscó el país donde las oportunidades fuesen más numerosas y favorables para el éxito de nuestros planes; nos señaló las metas hacia las que se debían dirigir nuestros estudios; nos dio prisa, haciéndonos comprender que la emigración acabaría por llegar, que su efecto consistiría en restar a Francia la flor y nata de sus energías, de sus inteligencias jóvenes, y que esas inteligencias, necesariamente hábiles, elegirían los mejores lugares, porque se trataba de llegar los primeros a ellas. A partir de entonces velamos muy a menudo a la luz de una vela. Aquel generoso maestro escribió para nosotros algunas memorias, dos para Justo y tres para mí, que constituyen unas instrucciones admirables de todas esas enseñanzas que únicamente la experiencia puede proporcionar, de los jalones que únicamente el genio puede señalarse. Hay en sus páginas, perfumadas con tabaco, llenas de caracteres de una cacografía casi jeroglífica, indicaciones precisas para conseguir el éxito, predicciones que no pueden fallar. Se encuentran en ellas predicciones sobre determinados lugares de América y Asia que antes o después de que Justo y yo hubiésemos partido, se han ido cumpliendo.

Marcas había llegado a verse sumido, como nosotros, en la más extrema miseria; ganaba fácilmente el pan de cada día, pero no tenía camisas, trajes ni zapatos. No se consideraba mejor de lo que realmente era; había soñado con disfrutar del lujo al mismo tiempo que soñaba con el ejercicio del Poder. Pero entonces no se veía a sí mismo como el auténtico Marcas. Abandonaba su fortuna al capricho de la vida cotidiana. Vivía del soplo de su ambición, soñaba con la venganza y se relamía de gusto al experimentar ese placer tan poco moral. El verdadero hombre de Estado debe ser, antes que nada, insensible a las pasiones vulgares; debe, como el sabio,

apasionarse solamente por las cosas de su Ciencia. Fue precisamente durante aquellos días de profunda miseria cuando nos pareció que Marcas era un hombre extraordinario e incluso terrible; había algo de terrorífico en su mirada, que parecía contemplar un mundo distinto del que impresiona la retina de los hombres vulgares. Era, para nosotros, un tema de estudio y de estupefacción, pues la juventud (¿quién de nosotros no lo ha sentido?), la juventud experimenta una verdadera necesidad de admiración; gusta de la entrega afectuosa y se coloca con naturalidad bajo la autoridad de los hombres a quienes considera superiores, del mismo modo que se entrega fácilmente a las grandes acciones. Lo que provocaba, más que nada, nuestra estupefacción, era su indiferencia en todo lo que se refería a sentimientos: jamás una mujer había tenido la menor importancia en su vida. Cuando hablábamos de este tema eterno de conversación entre franceses, nos decía, sencillamente:

—¡Los vestidos son muy caros!

Se dio cuenta de la mirada que intercambiamos Justo y yo, y añadió:

—Sí, demasiado caros. La mujer que se vende es la que nos sale más barata, pues desea únicamente dinero; en cambio, aquella que se entrega libremente nos hace perder el tiempo. La mujer nos impide ejercer toda actividad, apaga toda ambición; Napoleón la redujo a lo que realmente debe ser. En este aspecto fue verdaderamente grande, pues no se entregó a las ruinosas genialidades de un Luis XIV o de un Luis XV; no obstante, amó en secreto.

Descubrimos que, como Pitt —el cual había tomado por esposa y por amante a Inglaterra—, Marcas llevaba a Francia en su corazón; era un idólatra de su patria; ni uno sólo de sus pensamientos dejaba de ir dirigido a su país. La rabia que experimentaba al comprobar que tenía en sus manos el remedio para un mal cuya magnitud le entristecía, pero que no podía aplicar, le corroía el alma incesantemente y aquel estado de indignación se veía aumentado al comprobar el estado de inferioridad en que se hallaba Francia frente a Rusia e Inglaterra. ¡Francia en tercer lugar! Aquel grito aparecía constantemente en su conversación. La enfermedad intestinal del país había pasado a sus entrañas. Calificaba de mezquinas las ansias por enfrentar la Corte con las Cámaras, oposición que producía tanta agitación innecesaria y tantos cambios que perjudicaban la prosperidad del país.

—Se nos da la paz sin tener para nada en cuenta el porvenir —decía.

Una tarde estábamos Justo y yo pensativos y en un profundo silencio. Marcas se había levantado para trabajar en sus copias, pues se había negado resueltamente a admitir nuestros servicios, a pesar de nuestra viva insistencia. Nos habíamos ofrecido a copiar también nosotros para que él no tuviera que realizar más que una tercera parte de su trabajo; se enfadó y no insistimos más. Oímos un rumor de ligeros zapatos en el corredor y levantamos la cabeza, mirándonos uno a otro. Llamaron a la puerta de Marcas, que dejaba siempre la llave en la cerradura y oímos que nuestro grande hombre decía:

—¡Pase!

Y a continuación:

—¿Usted por aquí, señor?

—Sí, yo —respondió el ex ministro.

Era el Diocleciano de aquel mártir desconocido. Nuestro vecino y su visitante estuvieron hablando en voz baja durante un buen rato. Súbitamente, Marcas, cuya voz casi no habíamos podido oír, como acostumbra a suceder en una conferencia en la que el solicitante empieza a exponer los hechos, estalló ante una proposición que para nosotros era desconocida.

—Se burlaría usted de mí —dijo— si confiase en usted. Los jesuitas han desaparecido, pero el jesuitismo es eterno. No hay mejor fe en el maquiavelismo de usted que en su generosidad. Usted sabe contar con los demás, pero los demás no saben si pueden contar con usted. En su corazón anidan las lechuzas, que tienen miedo a la luz, los viejos que tiemblan ante la juventud o que pretenden ignorarla. El Gobierno sigue el ejemplo de la Corte. Han recogido ustedes los restos del Imperio, del mismo modo que la Restauración recogió los restos del reinado de Luis XV. Hasta el momento han tomado por hábiles jugadas lo que no son más que retiradas provocadas por el miedo o la cobardía; pero los días de peligro volverán, surgirá una juventud como la de 1790. Aquélla hizo grandes cosas en su tiempo. En estos momentos están ustedes cambiando de ministros como un enfermo cambia de postura en la cama. Esas oscilaciones revelan la decrepitud de vuestro sistema de gobierno. Tenéis una manera de hacer política que se volverá en contra vuestra, pues Francia acabará por cansarse de todas estas mezquindades. Francia no les advertirá a ustedes de que ya está harta de vuestro sistema, nadie sabe nunca cómo perece, pues determinar ese porqué es tarea de la Historia; pero su régimen morirá por no haber sabido aprovechar la fuerza y la energía de la juventud francesa, su entusiasmo y su ardor; por haber odiado a las personas capaces, por no haber sabido atraerse a esta hermosa generación, por haber elegido siempre, para cualquier empresa, al más mediocre. Acaba de solicitar usted mi apoyo; pero usted pertenece a esa masa decrepita que los intereses hacen sórdida, que tiembla, que sospecha, que se retuerce y que para no sufrir merma o deja que merme todo el potencial de Francia. Mi fuerte naturaleza, mis ideas, serían para usted como el equivalente de un veneno. Por dos veces me ha vencido usted, por dos veces le he derrotado yo, esto ya lo sabe. En el caso de unirnos una tercera vez tendría que ser para realizar algo serio. Me mataría si me dejara engañar nuevamente, pues desesperaría de mí mismo: el culpable, esta vez, no sería usted, sino yo.

Escuchamos entonces las más humildes palabras, los más cálidos juramentos de no dejar al país privado de sus inteligencias más brillantes. Se habló de la patria, y Marcas exclamó un ¡oh, oh!, significativo, como burlándose de su pretendido patrono. El hombre de Estado fue más explícito; reconoció la superioridad de su antiguo consejero, le invitó a aceptar un puesto en la Administración, le prometió hacerle diputado; después le propuso una plaza importante y le dijo que a partir de

aquel momento, él, el ministro, aceptaría todas las indicaciones de aquel de quien no podía ser otra cosa que un lugarteniente. Se iba a producir una nueva combinación ministerial y no quería volver al Ministerio sin que Marcas obtuviera un puesto adecuado a sus méritos; había hablado ya de esta condición, y Marcas fue reconocido como hombre verdaderamente indispensable.

Marcas se negó a aceptar.

—Muy pocas veces me he visto en situación de poder cumplir mis promesas, pero ésta es una ocasión para mostrarme fiel a ellas y usted se niega a aceptarlas.

Marcas nada replicó a estas últimas palabras. Los zapatos volvieron a sonar por el pasillo, y su ruido se encaminó hacia la escalera.

—¡Marcas, Marcas! —exclamamos los dos precipitándonos dentro de su habitación—, ¿por qué se ha negado a aceptar? Hablaba de buena fe. Sus condiciones son honorables. Por otra parte, usted puede visitar a los ministros y asegurarse.

En un abrir y cerrar de ojos le dimos a Marcas cien razones para que aceptara; el tono del ex ministro revelaba sinceridad; sin necesidad de verle, habíamos juzgado que no mentía.

—No tengo ropa —nos contestó Marcas.

—Cuenta con nosotros —le respondió Justo, lanzándome una mirada.

Marcas tuvo el valor de confiar en nosotros, una intensa llama apareció en su mirada, se pasó la mano por la cabellera, descubriéndose la frente en uno de esos gestos que demuestran firme creencia en la suerte, y cuando hubo, por decirlo así, desvelado su cara, nos dimos cuenta de que nos hallábamos ante un hombre que nos era totalmente desconocido: un Marcas sublime, un Marcas en el Poder, el espíritu en su elemento, el pájaro nuevamente en el aire, el pez devuelto a las aguas, el caballo galopando por la estepa que le vio nacer. Aquello fue algo pasajero; la frente volvió a oscurecerse y tuvo como una visión de su Destino. La renqueante duda seguía de cerca a la esperanza de blancas alas. Dejamos a aquel hombre entregado a sí mismo.

—¡Ah! —le dije al doctor—, nosotros hemos prometido algo pero ¿cómo cumplir nuestra promesa?

—Pensemos en ello mientras dormimos —me respondió Justo— y mañana por la mañana nos comunicaremos lo que hayamos pensado.

Al día siguiente por la mañana fuimos a dar una vuelta por el Luxemburgo.

Habíamos tenido tiempo suficiente para pensar en el acontecimiento de la víspera y estábamos sorprendidos, tanto uno como el otro, de la poca facilidad que tenía Marcas para solucionar los pequeños problemas de la vida cotidiana, él, precisamente, que no tenía dificultad para solucionar los más arduos problemas de política racional o de política material. Pero se ve que esta clase de naturalezas extraordinarias son siempre susceptibles de tropezar con un grano de arena y renunciar a las más famosas empresas si carecen de mil francos. Lo mismo le sucedió a Napoleón, que por no tener botas para sus soldados renunció a la conquista de la India.

—¿Qué has podido encontrar? —me preguntó Justo.

—He encontrado el procedimiento de conseguir a crédito un traje completo.

—¿Dónde?

—En casa de Humann.

—¿Cómo?

—Humann, amigo mío, no va jamás a casa de sus clientes, sino que son ellos quienes van a su casa, de modo que ignora por completo si soy rico o no; lo único que sabe de mí es que soy elegante y que sé llevar los trajes que él me confecciona; voy a decirle que ha llegado un tío mío de provincias, cuya negligencia en materia de vestir me causa muchas dificultades en las casas de la buena sociedad a las que concurre para contraer un ventajoso matrimonio; no sería Humann si me enviara la factura antes de tres meses.

El doctor encontró aquella idea excelente para una comedia, pero detestable en la vida real y dudó mucho de su éxito. Pero, puedo jurárselo a ustedes, Humann vistió a Marcos y, como gran artista que es, supo vestirle del modo que corresponde a un hombre político.

Justo ofreció a Marcos doscientos francos en oro, producto del empeño en el Monte de Piedad de dos relojes comprados a crédito. Yo le entregué también seis camisas y todo lo preciso en ropa interior, que no me costó más trabajo que el placer de pedírselo a la encargada de una tienda de ropa blanca con la que me había *divertido* durante el Carnaval. Marcos lo aceptó todo sin agradecérselo más de lo que debía. Únicamente nos preguntó sobre los medios de que nos habíamos valido para conseguir aquello y, al explicárselo, le hicimos reír por última vez. Contemplamos a nuestro Marcos como el armador que, después de emplear todo su crédito y toda su fortuna en equipar un navío, contempla cómo éste despliega sus velas.

Al llegar aquí, Carlos se calló, y pareció sentirse oprimido por sus pensamientos.

—Y bien —preguntó alguien—, ¿qué sucedió después?

—Os lo diré en cuatro palabras, pues no se trata de una novela, sino de una historia. No volvimos a ver a Marcos; el Ministerio duró tres meses, fue derribado después del primer período de sesiones. Marcos regresó a casa sin un céntimo, agotado por el trabajo realizado. Había sondeado el cráter del Poder y regresó con un principio de fiebre nerviosa. La enfermedad progresó rápidamente y nosotros le cuidamos. Al principio, Justo trajo, para que le visitara, al médico jefe del Hospital donde estaba de interno. Yo, que vivía solo en la habitación, me convertí en el más cuidadoso y solícito de los enfermeros. Pero tanto los cuidados como la Ciencia, resultaron inútiles. En el mes de enero de 1838 Marcos comprendió que no le quedaban más que unos días de vida. El hombre de Estado a quien había servido durante seis meses no se acercó a visitarle, ni envió a nadie a preguntar por su estado. Marcos nos demostró el más profundo desprecio hacia el Gobierno; nos pareció que dudaba del destino de Francia y que aquella duda era la causa inmediata de su

enfermedad. Había creído ver que en el seno del Poder se albergaba la traición, pero no una traición tangible, aprehensible, resultado de unos hechos, sino más bien una traición producida por un sistema, por la sujeción de los altos intereses nacionales a un solo egoísmo. Bastaba su creencia en el hundimiento del país para que su enfermedad se fuera agravando. Fui testigo de las proposiciones que se le hicieron por parte del jefe de uno de los partidos a los que había combatido. Su animadversión hacia aquéllos a quienes había intentado servir era tan violenta que hubiese consentido alegremente en pasar a formar parte de la coalición que empezaba a formarse contra los ambiciosos en cuyas mentes sólo tenía cabida una idea: la de sacudirse el yugo de la Corte. Pero Marcas despidió al negociador con la frase del Hôtel de Ville: «¡Es demasiado tarde!».

Marcas no dejó dinero ni para su entierro. Justo y yo nos tomamos la molestia de evitarle la vergüenza del coche funerario de los pobres y seguimos, los dos solos, el féretro de Z. Marcas. Fue enterrado en la fosa común del cementerio de Montparnasse.

Al terminar de escuchar aquella narración nos miramos entristecidos. Fue la última que nos hizo Carlos Roubourdin, la víspera de embarcar en un brick, en El Havre, con rumbo a las Islas de Malasia, pues nosotros también habíamos conocido a más de un Marcas, a más de una víctima de esa entrega a la política recompensada con la traición o con el olvido.

En las Jardies, mayo de 1840.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] Juego de palabras entre *mère*, madre, y *maire*, *alcalde*, que tienen, en francés, igual pronunciación. (N. del T.). <<

[2] Juego de palabras entre las francesas *conte*, cuento, y *comte*, conde que se pronuncian igual. (N. del T.) <<

[3] Olivier, en francés es olivo, lo que explica el juego de palabras de la señora Mollet. (N. del T.) <<

[4] Véase Memorias de dos jóvenes esposas. (*N. del Autor*). <<

[5] Véase *Madame Firmiami*. (N. del Autor). <<

[6] Véase Los Comediantes sin saberlo (*N. del Autor*). <<

[7] Véase *El Cura de Tours*. (N. del A.). <<

[8] Véase Un Asunto Tenebroso y Los Secretos de la Princesa de Cadignan. (N. del A.). <<

[9] Véase Los Secretos de la Princesa de Cadignan. (N. del A.) <<

[10] Véase *Un hombre de Negocios*. (N. del A.). <<

[11] En francés se pronuncia *Marcá*. (Nota del Traductor). <<